

GARCÍA DE SAURA

REINA
DE
AGUIJAS



REINA DE ÁGUILAS (Serie Reinas, nº 3)

1ª edición

© García de Saura, 2024

© Imágenes de cubierta y contracubierta: Shutterstock.

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Más información: garciadesaura.com

Esta es una obra de ficción. Los lugares que se describen, los nombres, personajes, y sucesos que aparecen en la novela son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, empresas o similares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Artículo 270 y siguientes del Código Penal español).

Índice

[Nota de Autora](#)

[Mapa de Reino de Águilas](#)

[Reinos de Lobos y Halcones](#)

[Reino de Águilas](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Puedes localizarme en:](#)

[Citas](#)

[Premios, logros y reconocimientos](#)

*A todas las que fueron, son y serán
unas putas Reinas*

Nota de Autora

Quiero contarte algo antes de leer la novela.

Reina de águilas es el tercer volumen de la Serie Reinas. Hasta la fecha, las historias publicadas son:

- 1- [Reina de lobos](#).
- 2- [Reina de halcones](#).
- 3- [Reina de águilas](#).

Son historias independientes y auto-conclusivas, pero también correlativas, por lo que recomiendo leerlas por orden.

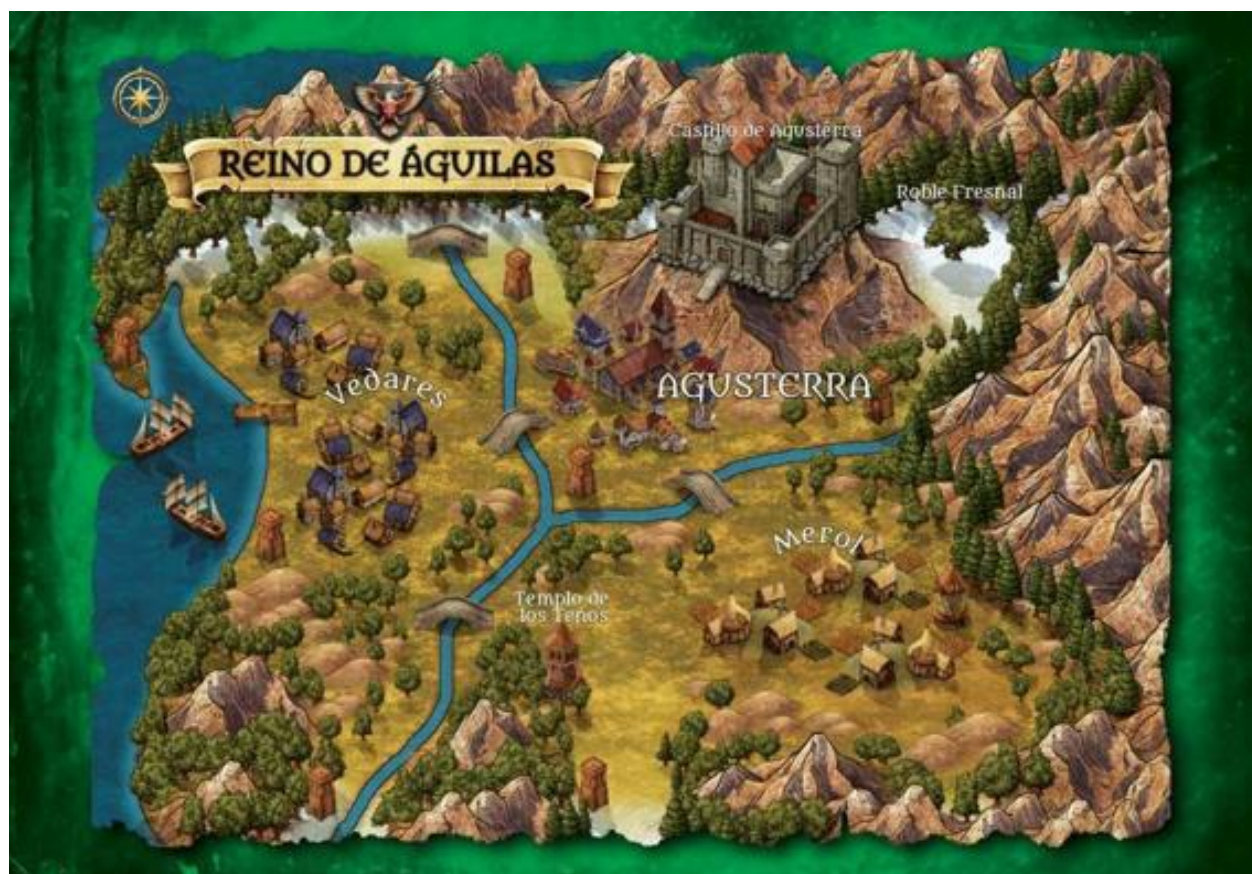
Si te gustan los viajes en el tiempo, los tira y afloja de sus protagonistas y una trama que te enganche, esta es tu Serie. Aún no sé cuántas historias la compondrán. Tan solo puedo decirte... que tengo la firme intención de sorprenderte y enamorarte con cada una de ellas.

Gracias por estar en mi mundo literario.

García de Saura

Sígueme en [Amazon](#) para enterarte de todas las ofertas, promociones y lanzamientos. Y gracias por adelantado por valorar mis novelas.

Mapa de Reino de Águilas



Reinos de Lobos y Halcones



Reino de Águilas



Prólogo

Halculterra, Siglo XV

Su Alteza, la princesa Kazum, paseaba a solas por los jardines de palacio, como cada tarde, al comienzo del ocaso. Solo entonces prescindía de sus cuatro doncellas y abandonaba la torre, cuando los rayos de sol teñían de color dorado el cielo tras los muros, formando parte del fondo de aquel tranquilo y apacible escenario que ella tanto disfrutaba. La luz de las velas, que sostenían los candelabros anclados a los muros junto a las antorchas, comenzaban a dibujar las primeras sombras de la noche sobre la hierba y los pasillos de piedra sobre los que la princesa caminaba. La fragancia de las flores que los siervos se encargaban de cuidar embaucaba su mente hasta calmarla, procurándole el sosiego que tanto necesitaba para reencontrarse con sus recónditos y ocultos secretos. Aquel era su momento preferido del día. Y su lugar predilecto, alejada del ensordecedor ruido que, desde hacía más de tres años, reinaba en el castillo por culpa de sus sobrinas y de la salvaje de su hermana.

Caminar por los jardines le permitía a Kazum distanciarse de toda aquella algarabía, que no hacía más que aumentar su desaliento. Aquellos muros que durante años creyó suyos, ahora tenían otro regente encargado de velar por ellos: Jurón. Conocido anteriormente como el Guerrero Rojo, y por el que ella siempre había suspirado, Jurón resultó ser su hermano, cambiado al nacer para salvaguarda de la infamia de Mengut, antiguo rey y tío de ambos.

Mengut, haciéndole creer que ella y su hermana Visú eran hijas suyas, mintió y escondió demasiados secretos, todos ellos imperdonables. El rey que Kazum había admirado, venerado y respetado por encima de cualquier otro desde pequeña, acabó siendo la persona que más la traicionó y el hombre que amenazó con degollarla. Crecida y criada en el engaño, la princesa solo descubrió la verdad tras la llegada de Lúnam.

Lúnam, antes conocida como Teyra, cuyo título era princesa de Reino de Lobos, llegó a Reino de Halcones como prometida de Lafet, hijo de Mengut. Su compromiso garantizaba la unión de ambos reinos y la continuación del linaje. Un linaje que, basado en el engaño y la traición, no llegó a consumarse. Lúnam era en realidad la Reina de halcones, los animales sagrados del reino, y con la ayuda de estos, sacó a la luz la verdad y acabó desenmascarando al farsante de Mengut y a su hijo. Ambos murieron en un sangriento enfrentamiento con los halcones y su Reina. Y fue entonces cuando el trono fue ocupado por el auténtico y legítimo rey: Jurón, al que siempre creyeron hijo de un granjero.

Jurón contrajo matrimonio con Lúnam. Habían pasado cuatro años de aquel día y Kazum todavía seguía recordándolo. Para ella no fue fácil aceptar que el hombre del que siempre estuvo enamorada era en realidad su hermano, y aún menos verlo desposarse con Lúnam, recién llegada al castillo.

Pero Lúnam pronto se ganó el corazón de todo el reino, incluido el de Kazum. Su cuñada había traído consigo la armonía y la paz..., hasta que nacieron sus hijas, las dos alborotadoras y bulliciosas gemelas. Egulán e Isukán, que así era como se llamaban las pequeñas, habían alcanzado y sobrepasado la edad de los tres años y aún seguían siendo tan ruidosas como cuando se pasaban el día llorando en sus diminutas cunas. Eran dos monstruos que revolucionaban todo allá donde fueran. Sus padres y la tía Visú estaban enloquecidos con ellas, pero para Kazum tan solo eran dos consentidas a las que se les permitía en demasía. Eran molestas, estridentes y tan escandalosas como lo era su hermana cuando apenas levantaba unos palmos del suelo. Visú, su melliza, siempre había sido una insurgente, una rebelde que parecía haber nacido para desobedecer y contradecir las normas innatas a alguien de su posición como miembro de la realeza, y su continuo acercamiento a las niñas afectaba en groso modo el comportamiento de estas. Kazum no soportaba verlas a las tres correteando por el castillo, que se presentaran sin pudor alguno embadurnadas de barro y hierbajos cada día ante el rey y la reina, o peor aún, que les permitiera montar a caballo a tan temprana edad. La princesa temía a aquel animal más que a cualquier otra cosa, debido a una caída que sufrió de pequeña y que la mantuvo durante semanas empotrada en una cama. Los caballos eran bellos, pero muy peligrosos, y le costaba entender que a Sus Majestades no les importase que la loca de su hermana expusiera a las niñas a tal riesgo. A pesar de sus insistencias, Kazum no podía concebir que ni siquiera ellos les recriminaran por tan agrestes e indómitos actos, y le molestaba que nadie estuviera de su parte o atendiese a sus peticiones.

Por eso, aquellos paseos al atardecer, acompañada únicamente por el apacible silencio y el embriagador perfume de las hermosas y coloridas flores que había plantadas en el jardín, conseguían aportarle a Kazum la paz que tanto anhelaba. Una paz que, pese a sentirse agradecida por poder disfrutar una vez al día, también traía consigo uno de sus mayores temores. La soledad.

Rodeada de gente que no lograba comprenderla, la princesa se sentía sola y desamparada frente a un incierto destino que ella misma cuestionaba. Su monotonía solo encontraba sosiego cada tarde, cuando se permitía fantasear con el hado que ella soñaba con alcanzar. En esa vida recreada que ella idealizaba durante sus paseos por el jardín, Kazum se despojaba de sus miedos, fingiendo un pasado feliz en el que crecía sin ser traicionada. Un pasado en el que sus verdaderos padres aún vivían y donde todo eran risas y armonía. Y un futuro en el que, con tan solo cerrar los ojos, se imaginaba reinando su propio castillo junto a su esposo. Su Alteza visualizaba incluso las audiencias, sentada en su trono, acompañada de un hombre digno de su posición. Un hombre que la comprendiera, que entendiera sus valores y la importancia de lo regio, así como la grandeza de la soberanía. Alguien que la guiara en el camino y la acompañara hacia una vida llena de riqueza, enaltecendo y ponderando la magnificencia de la monarquía, tal y como era merecedora.

Sus anhelos, en los que Kazum se sumergía con apaciguador sosiego en los jardines de palacio, fueron interrumpidos aquella tarde de primavera, cuando un halcón mensajero trajo consigo una misiva urgente. Después de varios años de paz en el país, sin batallas ni guerras que lidiar, sin preocupaciones más allá de las propias de gobernar una nación, Sus Majestades, los reyes de Halcones, recibían la triste noticia del fallecimiento de un rey cercano a su reino.

Capítulo 1

Halcusterra, Siglo XV

—Apresuraos, alteza. Su Majestad os requiere en la sala privada —le apremió Crom a Kazum cuando la halló en el jardín, dando vueltas sobre sí misma con los brazos abiertos y los ojos cerrados.

Crom era amigo de Jurón desde hacía muchos años. Ambos eran guerreros del antiguo monarca y, desde que su hermano se alzase con la corona, Crom fue nombrado caballero y miembro de la corte, convirtiéndose así en su mano derecha y hombre de confianza.

—¿Qué es tan importante para interrumpir mi paseo? —inquirió la princesa, molesta porque la pillase de aquella guisa.

Su interrupción había llegado en el momento más álgido de sus pensamientos, borrándole de un plumazo la enorme sonrisa que hasta ese instante llevaba dibujaba en su rostro. Ella no solía mostrarse así en público, y aún menos delante de un súbdito. Kazum estaba convencida de que hacerlo la exponía ante el resto. Mantener su sobriedad le garantizaba el respeto de su gente, y nadie debía conocer aquella faceta suya.

—Un paseo un tanto aventurado, si pretendíais hacerlo dando vueltas —soltó Crom con socarronería.

—Había un insecto y solo intentaba deshacerme de él para que no me picara —se inventó Kazum sin demasiado éxito.

—Para la próxima vez, procurad hacerlo con los ojos abiertos —le susurró inclinándose hasta ella—, no vaya a ser que os pique de verdad.

—¡Sois insufrible! —se quejó, apartándolo con la mano, mientras lo rebasaba para alejarse a toda prisa hacia el interior del castillo.

Crom siempre conseguía irritarla. Era un hombre demasiado atrevido, en especial con Visú, a la que agasajaba con constantes atenciones, sobrepasando incluso sus limitaciones. Kazum no sentía celos cuando eso ocurría. Lo que a ella le molestaba era que, debido a la amistad que le unía al rey, un miembro de la corte se tomase ciertas licencias que estaban fuera de su alcance, y aún más de su limitada jerarquía.

El rey y la reina, e incluso la propia princesa Visú, no respaldaban su opinión. En definitiva, ninguna de las personas que le importaban pensaban como ella. Era como si todos ellos hubieran olvidado quiénes eran en realidad y el papel que debían representar. Kazum había aceptado el hecho de que su hermano, el rey, se alzase con la corona habiendo sido educado por el hijo de un granjero y tenido una vida muy distinta a la que por legítimo derecho le correspondía. Pero en el caso de Lúnam y Visú, nacidas y criadas desde la cuna como miembros de la realeza, era completamente incomprensible. Prueba de ello eran las gemelas, a las que poco se les había

exigido, y mucho menos educado en la regia formación de una monarquía. Un comportamiento así, libre de obligaciones y enseñanzas que requería la soberanía, no era digno de niñas que ostentaban un título como el suyo. Tener sangre real conllevaba un sacrificio, una compostura innata en el cargo que todos debían cumplir, y que ninguno de ellos realizaba. Ella era la única en pensar así, y el hecho de que nadie la apoyase la hacía sentirse incomprendida..., y terriblemente sola.

Kazum se adentró en el castillo sin preocuparse de si Crom la seguía o no. Ninguno de los hombres del rey eran de su incumbencia, como tampoco lo eran la mayoría de los asuntos de palacio, algo que a una mera princesa le estaba vetado por ley.

Cumpliendo su única misión, que era la de obedecer y acatar las órdenes que Sus Majestades le dictasen, Kazum se presentó en la sala privada del rey. En el interior aguardaban Jurón, Lúnam y Visú.

—¿Me habéis mandado llamar, majestad? —preguntó, aun a sabiendas de conocer la respuesta.

—Pasad, Kazum. La reina y yo debemos anunciaros algo —respondió el rey, desviando la vista hacia Visú al referirse también a ella.

Su Alteza se colocó junto a su hermana y aguardó a que Jurón continuase.

—Uno de los halcones mensajeros ha traído una misiva urgente de Reino de Águilas. Su rey, Lintos, ha muerto.

Kazum recordaba a Lintos de cuando Mengut intentó unir ambos reinos por medio de un acuerdo de matrimonio. El viejo rey Ingod había muerto y su hijo Lintos acababa de heredar su trono, momento que Mengut quiso aprovechar para ofrecerla. Sin embargo, el viaje fue en vano, pues Lintos ya se había prometido con la que ahora era su esposa, la reina Sagrid, una mujer a la que no conocía en persona, pero de la que había oído hablar en demasía.

—Lamento tal noticia, mi señor —confesó Kazum.

Por lo que ella sabía, la reina Sagrid y el difunto rey Lintos no habían tenido descendencia, y el reinado del país recaería únicamente en la reina viuda. Algo insólito, dado que se trataba de una mujer, y no de un hombre, como era habitual en cada reino del continente.

—Yo también —se unió Visú, sin ocultar sus deseos de abandonar la sala, dejando claro que el asunto no era de su interés.

—No os vayáis con tanta prisa, hermana —le ordenó el rey al ver sus intenciones—. En la misiva se ruega nuestra presencia en Reino de Águilas.

—¿Es necesario?

—Sí que lo es, Visú —intervino Lúnam—. Debemos mostrar nuestros respetos a su viuda, y sobre todo a la reina madre.

Lúnam se refería a Miyah, una mujer a la que ella respetaba tras ayudarla a sellar el acuerdo de paz entre ambos reinos. La rivalidad entre halcones y águilas, que había existido a lo largo de los siglos, se extinguió cuando Lúnam, en su primera visita a Reino de Águilas, le propuso al rey Lintos una alianza entre ambos. Su Majestad no parecía muy convencido, pero la intervención de su madre, la reina Miyah, fue primordial para convencer al rey y firmar finalmente el acuerdo. Kazum no estuvo presente, pero había oído hablar del momento épico que tuvo lugar en su capital, con halcones y águilas surcando los cielos, unos con otros, uniéndose así al deseo de sus monarcas. Por otro lado, en qué persona recaía el reinado de las águilas como animales sagrados

del reino, era algo que la princesa desconocía.

—Comprendo la amistad que os une a ella, mi señora, mas entended que prefiera quedarme en Halcusterra —insistió Visú.

—No es cuestión de entenderos o no, hermana —medió Jurón—. Se nos ha pedido que mostremos nuestros respetos, y así lo haremos, tanto si os gusta como si no. En un futuro, también apreciaremos que hagan lo mismo con cualquiera de nosotros.

—¡Al fin una muestra de consideración por las normas! —celebró Kazum.

—Como deseáis, mi señor —reverenció Visú.

Para Kazum, a diferencia de su hermana, aquella visita suponía un alivio. Dejar Halcusterra por unos días le permitiría alejarse de aquellos muros que tanto la asfixiaban, y le concedería un respiro de su monótona y aburrida vida en palacio.

«Y ¡quién sabe! Tal vez incluso una aventura», pensó.

—Vos siempre demostrando que puedo contar con vuestro apoyo —le increpó Visú.

—Lo tendríais si os comportarais como lo que sois —defendió Kazum, mirándola de arriba abajo, pues, para no variar, volvía a llevar las faldas de su vestido manchadas de barro y hierbajos.

—Erráis en vuestro juicio, hermana, porque precisamente mi comportamiento es acorde con quien soy.

—Sí, una salvaje y descortés joven que ha olvidado que por sus venas corre sangre real, por la que debe regirse.

—¡Silencio! —ordenó el rey—. No tengo tiempo para soportar una nueva discusión entre ambas. Aún debo avisar a los reyes de Reino de Lobos —añadió sentándose a la gran mesa que reinaba en el centro de la sala, situada frente al hogar sobre el que colgaba el escudo de armas del reino, para redactar una carta.

—¿Vendrán todos? —quiso saber Visú, una vez que las tres se apartaron a un lado.

—Espero que sí —respondió Lúnam con una sonrisa que subía hasta su mirada, pero que no ocultaba su añoranza.

«Genial, más ruido en el castillo».

—¡Grata noticia! Ardo en deseos de ver a vuestros sobrinos —festejó Visú.

«Yo saltaría de la emoción, pero temo que alguien se acabe llevando un codazo en las costillas en la caída».

—Ha pasado mucho tiempo —añadió— y, conociendo a sus padres, deben estar enormes —celebró como si todo lo extremadamente grande fuese motivo de festejo.

—Confío en que al haber crecido no incordien demasiado —murmuró Kazum, ganándose la reprochadora mirada de su cuñada y su hermana.

Jurón, desde el otro extremo de la mesa, resopló.

—Son niños, pueden incordiar cuanto quieran —los defendió Visú.

—Dejadla, alteza —le pidió Lúnam posando su mano sobre su antebrazo—. Algún día será madre y entenderá lo arduo que es educar a un hijo.

«¿Mi cuerpo mancillado y transformado para traer al mundo a un monstruo enano y llorón? ¡Antes muerta!».

—Os equivocáis, majestad, si creéis que pienso hacer tal cosa —defendió Kazum.

—¿No pensáis probar las artes del amor? —se burló Visú, alzando las cejas. Si con algo

disfrutaba su cizañera hermana era con provocarla hasta enrojecer sus mejillas.

—¡Yo no he dicho eso! —rezongó Kazum, molesta por su incontrolable descaro.

—Tranquila, hermanita. Aifos me contó que existe un método infalible para poder retozar sin temor a quedar encinta.

Aifos era la hechicera del reino, educada durante años en el futuro, en un siglo muy posterior al suyo, y poseedora de conocimientos que escapaban a su intelecto. Para Kazum, los hechiceros eran personas singulares, diferentes al resto. Aifos era buena prueba de ello, y aún más con su extraño modo de expresarse, que en ocasiones le costaba entender.

—No os molestéis, hermana, no necesito saberlo —aseguró Kazum.

—Os lo contaré de todas formas —insistió Visú.

—Contadlo. Quiero saberlo —le pidió Lúnam curiosa.

—Es algo que usarán en el futuro, y que garantiza su éxito —aclaró la pelirroja.

—Serán unas hierbas o algún brebaje —dejó caer Kazum, intentando aparentar que no sentía curiosidad.

—No es nada de eso —confirmó Visú—. Según Aifos, es mucho mejor, y podemos usarlo en este siglo —aseguró disfrutando al ver que había llamado la atención de ambas, e incluso del rey que, con disimulo, fingía no escuchar, pese a que su pluma había dejado de moverse sobre el papel desde que comenzara la conversación.

—¿Y qué es? —demandó la reina.

—Tiene un nombre tan extraño como su eficacia —aseguró Visú.

—Será doloroso —interpuso Kazum.

—¡Decidlo ya! —apremió Lúnam, pasando por alto el comentario de su cuñada.

Visú les hizo un gesto con la mano para que ambas se acercaran aún más.

—Se llama Nometaminina —susurró.

—¡Las reuniones secretas ante el rey están castigadas con la horca! —se quejó Jurón, al no haber podido escucharlo.

Pero ninguna le hizo caso.

—Teníais razón al asegurar que su nombre es extraño —reconoció Lúnam, arrugando el entrecejo—. ¿Y decís que Aifos garantiza su eficacia? —insistió.

—Absolutamente, mi señora —aseguró Visú triunfante.

—¿Y sabéis exactamente qué es o en qué consiste ese misterioso método?

—Aifos no me dio más información que la que os he contado.

—Debo hablar con ella —anunció Lúnam, apresurándose por abandonar la sala con premura.

Visú se iba tras ella, cuando el rey se lo impidió.

—¡Y yo con vos! Tenéis mucho que explicarme —le gritó desde su silla—. Kazum, podéis largaros —añadió dirigiéndose a su otra hermana.

—Por supuesto, majestad —reverenció la princesa antes de marcharse con enojo, porque allí no se pensaba en otra cosa que no fuera en dar órdenes, retozar o traer mocosos al mundo.

Capítulo 2

Kazum aguardaba a que Zira, su doncella principal, terminase de cepillarle el cabello. Esa mañana recibían a la familia real al completo de Reino de Lobos, a los que acogerían antes de partir todos juntos hacia las tierras de Águilas, y quería estar perfecta.

—Estáis preciosa, alteza —comentó Zira al ver lo bien que las ondas favorecían a su rostro.

La princesa tenía cuatro doncellas que la seguían allá donde fuera. Eran mujeres hermosas, aunque no tanto como ella. Kazum las había escogido porque confiaba en ellas, sobre todo en Zira. Esta era quien mejor la comprendía entre aquellos muros que tanto la aprisionaban desde hacía ya cuatro años. Siempre se mantuvo a su lado, mostrándole más lealtad que cualquier otro súbdito que viviese en el castillo. Y aunque Su Alteza contaba también con el apoyo de Mina, Fimal y Ramah, sus otras doncellas, era con Zira con quien se creía a salvo y sin riesgo a ser traicionada de nuevo.

Desenmascarar la terrible verdad que su tío Mengut había escondido durante tanto tiempo fue el mayor golpe que Kazum jamás hubo recibido. Ese día, la princesa descubrió que su vida había sido un engaño, que todo su pasado, y los años en los que creció y fue instruida para un único cometido y destino, se destruía como un alcázar tras ser atacado por enormes catapultas que todo lo arrasaban. El que ella creía su progenitor, a quien admiraba y veneraba por encima de cualquier otro ser, no fue sino un vil farsante y el asesino de su verdadero padre, arrebatándole así la ocasión de conocerlo, de concederle la oportunidad de recibir siquiera un solo consejo suyo o un simple y reconfortante abrazo, que jamás recibió. Su mundo se desmoronó, y su corazón se rompió en pedazos al descubrir que el hombre al que siempre había amado era su hermano, sangre de su sangre. Por suerte, Kazum había heredado, al igual que el resto de su familia, una gran fortaleza, y aunque resultó muy duro para ella, pudo aceptar esto último con rapidez. Sus sentimientos hacia Jurón, intactos y reales, dieron paso a un amor fraternal, que ambos compartían.

Sin embargo, pese al paso del tiempo y a esa fortaleza que tanto la caracterizaba, Kazum seguía sin desprenderse de aquella opresiva tristeza que le provocaba no haber podido cumplir sus sueños. Al parecer, su destino era contemplar cómo otros disfrutaban de la vida que ella siempre quiso tener, y de la que fue obligada a renunciar. Sus inexistentes responsabilidades en Reino de Halcones contrastaban con las múltiples funciones que Jurón y Lúnam tenían como monarcas. Su papel de mera observadora, con el que antes se conformaba y creía suficiente, ahora carecía de valor para ella. Kazum ansiaba un reino lejos del suyo, fuera de aquellas tierras que siempre consideró suyas y en las que, desde hacía cuatro años, su alma ya no era libre.

—Vuestras palabras me reconfortan, aunque no creo que mi aspecto importe demasiado —se sinceró con Zira cuando esta terminó de cepillarle el cabello y se hubo postrado frente al oxidado espejo de sus aposentos.

La princesa no podía dejar de pensar en que el castillo pronto se llenaría de ruidosa algarabía con la llegada de la familia de Lobos. Sus generosas y continuas muestras de cariño, junto con las ya espléndidas demostraciones que los monarcas de Halcones se regalaban entre sí, la incomodarían al reunir tal exceso de afecto bajo un mismo techo.

—¡Por supuesto que importa! —defendió Zira—. Vuestro aspecto siempre ha sido impecable. Y aunque el futuro sea incierto, como lo es para todos nosotros, vos debéis estar preparada.

—Aparte de los salvajes guerreros que hoy vaciarán nuestras barricadas con sus bromas y excesiva cháchara, no veo qué más me puede aguardar —rebatía con mordacidad, para intentar así ocultar su pesar.

—Confiad, alteza, porque algo me dice que vuestro destino va a cambiar —insistió la doncella.

—Sois demasiado condescendiente, Zira.

—Alguien debe serlo por las dos, mi señora. Así que, tomad aire, y reuníos en el salón con vuestros invitados, demostrándoos a vos misma lo firme y fuerte que sois.

—Tenéis razón —admitió Kazum llenándose de valor, antes de volverse hacia ella—. Siempre habéis sido mi mejor apoyo, Zira, y os lo agradezco.

—Solo hago mi trabajo, alteza —reverenció la muchacha.

—Sois más que eso para mí. Nunca lo olvidéis.

—Os doy mi palabra, mi señora.

Kazum quiso darle un abrazo, demostrarle lo importante que Zira era para ella. Su doncella principal era como un soplo de aire fresco, un bálsamo que siempre había estado ahí cuando más la había necesitado. Era su mayor apoyo, y la única a la que escuchaba sus sabios consejos. Pero su regia educación y la frialdad con la que fue instruida, y contra la que batallaba en ocasiones como aquella, seguía demasiado enraizada en su interior como para desobedecerla o hacerla desaparecer. Cuando se trataba de sus sentimientos más profundos, Kazum se bloqueaba y utilizaba otros medios para protegerse. Sus brazos quedaron inertes junto a su esbelto cuerpo, y ni siquiera hizo ademán alguno para abrazarla.

Zira, por su parte, consciente de cómo era su señora y su imposibilidad para mostrar afecto, quiso suplir su falta de muestra de cariño regalándole una sincera sonrisa, valedera para ambas. Kazum acogió aquel gesto con agrado y, agradecida una vez más por su incondicional lealtad, le respondió con una escueta venia.

Fuera de los aposentos aguardaban sus otras tres doncellas, junto a los dos guardias que custodiaban la puerta.

—Os esperan en el salón, mi señora —anunció una de ellas, al verse interrumpida por la princesa.

«¡Como si no lo supiera!».

Kazum las había pillado coqueteando y agasajando una vez más a los hombres de la guardia. Sus doncellas eran avezadas en las artes de la conquista, demasiado para su gusto. Ella no entendía aquel libertinaje, y estaba harta de que todo el mundo que la rodeaba se empeñara, a diario y de un modo u otro, en mostrar abiertamente su afecto, sin que ello les supusiera esfuerzo alguno.

—¡Apresuraos en lugar de cotorrear con mis guardias! —las increpó al rebasarlas y encaminarse hacia el pasillo.

Las cuatro doncellas la siguieron escaleras abajo. Ni siquiera los sonoros pasos de todas ellas sobre los escalones de piedra acallaron las resonantes voces que provenían del salón. Al parecer habían adelantado su llegada, y Su Alteza se vio obligada a acelerar el paso para evitar así la reprimenda que, de seguro, le recaería por parte de su rey.

—Kazum, ¡cuánto me alegro de veros! —celebró a su llegada Urkana, la Reina de lobos.

Fue la primera en darse cuenta de su presencia, y en abrazarla en su saludo, como era habitual en ella.

—Lo mismo digo, majestad —respondió la princesa, aun sintiendo cómo su pecho era acorralado y torturado por la opresión que la monarca ejercía sobre ella.

«A este paso perderé mi escasa delantera y me quedaré sin escote que mostrar sobre mis vestidos».

Tal vez estuviera en su cabeza, pero Kazum no recordaba que los demás recibiesen abrazos tan intensos como los que a ella le daban.

—Estoy deseando ver a vuestros hijos —añadió como excusa para lograr liberarse de aquel efusivo saludo.

—Esperad a verlos. Crecen a un ritmo tan rápido que hasta os costará reconocerlos.

«Niños, ruido... ¡Imposible no poder hacerlo!».

—Aquí estáis —advirtió Lúnam, cogiéndola del brazo para guiarla hasta el centro del salón.

Allí, su hermano conversaba de forma animada con Teurón, dejando claro que, además de cuñados, eran buenos amigos.

—Un placer volver a veros, alteza —la saludó el rey de Lobos.

A pesar de haberlo visto en multitud de ocasiones, aquel hombre seguía imponiendo a Kazum. Su aspecto, algo salvaje y demasiado descuidado a su parecer, no pasaba desapercibido, como tampoco su enorme altura y tamaño.

—El placer es mío, majestad —respondió Kazum—. Siento no haber llegado a tiempo para recibirlos, aunque doy por hecho que mi hermano y la reina os han recibido como os merecéis.

—El día que esta mocosa no me reciba como merezco, se lo haré pagar —anunció Teurón, cogiendo de pronto a Lúnam por la cintura para izarla y dar una vuelta sobre sí mismo con ella en el aire.

—¡Bajadme, insensato! —le ordenó entre risas la reina.

Jurón y Urkana contemplaban la escena muertos de risa, mientras que Kazum resoplaba por tal desmesura y excesiva exhibición de afecto.

—¡Corred, la tía Kazum se ha dignado a obsequiarnos al fin con su presencia! —irrumpió como un huracán Visú, seguida de una tropa de niños que gritaban como si la vida se les fuese en ello.

La princesa fulminó a su salvaje hermana con la mirada cuando, las gemelas, sudorosas y con el pelo alborotado, llegaron hasta ella.

—¡Tía Kazum! —gritaron al unísono, abrazándose, una a cada lado, a las faldas de su nuevo vestido.

«¿No había otro sitio donde restregar el sudor? ¿Tenía que ser en la tela más delicada que poseo?, masculló para sus adentros.

Para su desgracia, las mocosas fueron el centro de atención, todo el mundo las observaba, y no pudo apartarlas para enviarlas a manchar otro vestido que no fuese el suyo.

Mientras ella maldecía su mala suerte, frente a ella se presentaron Yram y Kunón, los hijos de Teurón y Urkana, acompañados de Leno, el lobo que Sus Majestades tenían como mascota. Su corazón se desbocó cuando los ojos del animal se posaron en ella como un vigía en mitad de la noche.

—Niños, saludad a Kazum —les ordenó su madre.

«¿Es necesario?».

—Hola, tía Kazum —dijo Yram, la mayor de los dos, y de todos los mocosos allí presentes.

Urkana tenía razón. La princesa de Lobos había crecido muchísimo y su altura ya sobrepasaba con creces la cintura de ella. Era una niña hermosa, de cabellos rizados y mirada penetrante de un color verde esmeralda.

—Vuestra madre no erró en sus palabras. Ya sois toda una mujercita —la congratuló.

—No tengáis tanta prisa —intervino Teurón, con un tono cargado de inquietud.

La comisura de Kazum se extendió hasta dibujar una pequeña sonrisa. Entendía su temor, pues Yram había heredado la belleza de su madre, y en un futuro no muy lejano muchos reinos se interesarían por ella.

—Y vos, príncipe Kunón —se dirigió al pequeño, quien, con apenas tres años, algo menos que las gemelas, ya era mucho más alto que ellas—, pronto os convertiréis en todo un hombrecito.

—Padre dice que lo seré cuando pueda coger la espada —aclaró el pequeñajo.

—Exacto. Y para eso aún queda mucho, ¿verdad, cariño? —intervino su madre, acariciándole el pelo.

Para Leno no tuvo comentario alguno. Aquel enorme animal, que siempre acompañaba a los monarcas, le ponía el vello de punta, aunque, por suerte, para Kazum, se mantuvo quieto en su sitio. Muy al contrario que las mocosas gemelas que, para su desgracia, allí siguieron plantadas, aferradas a la falda de su vestido, limpiándose hasta secar el último brillo de sudor que habían traído consigo.

Capítulo 3

Tras aquel fatídico encuentro para Kazum, y entrañable para el resto, todos se dirigieron al salón principal para el almuerzo. Sus Majestades habían preparado todo un festín para recibir a sus invitados, y no escatimaron en brindarles lo mejor de sus despensas.

Cumpliendo con el deseo de los reyes anfitriones, Teurón y Urkana los acompañaron a la mesa principal, obligando a Kazum y a Visú a cambiar sus habituales asientos a una de las mesas laterales, dispuestas en forma de «U».

De igual modo, todos los niños fueron enviados a sentarse con ellas.

Kazum solía sentarse junto a Isukán. Su Alteza aún guardaba la esperanza de que la pequeña aprendiese algo de ella y acabara distinguiéndose del resto. Pese a su unión con su gemela Egulán, Isukán era algo más comedida que su hermana, y desde que sus padres decidieran que compartiesen mesa con todos ellos, la princesa había escogido colocarse junto a ella. Las gemelas siempre querían estar juntas, y era Visú quien se sentaba al otro lado, junto a Egulán. Ambas rodeaban y custodiaban a sus sobrinas en cada comida, un gesto que nadie les ordenó, pero que ellas quisieron cumplir desde el primer día.

Pero aquel almuerzo era distinto al resto, y Kazum fue premiada con la compañía también de Yram a su lado izquierdo. Kunón, en cambio, negándose a separarse de su tía Visú, se empeñó en ocupar el asiento derecho que quedaba junto a esta.

Kazum no cabía en sí de gozo. No solo la habían obligado a cambiar su habitual lugar, sino que además tenía que compartir mesa con cuatro mocosos. Esa era su condición, la de obedecer y acatar órdenes y, una vez más, se limitó a cumplirlas.

A pesar de que aquella circunstancia no fuese la frecuente, Kazum no quiso perder una tradición que ella misma había iniciado un tiempo atrás. En ese almuerzo le habían arrebatado su lugar en la mesa, pero nadie conseguiría que, como cada día, les quitase a sus sobrinas un pellizco de comida de sus platos, antes incluso de que a ellas les diese tiempo a probarla. Las pequeñas se enojaban cada vez que lo hacía, y era Visú la encargada de defenderlas enfrentándose a su propia hermana.

—Deberíais comportaros —la amonestó, al escuchar a las gemelas quejarse del robo de su tía.

—Curioso, cuanto menos, que tal petición provenga precisamente de alguien que no conoce la rectitud y la mesura —defendió Kazum con socarrona sonrisa, masticando un último trozo de carne.

—Yo nunca robaría a alguien a quien amo —increpó Visú, dispuesta a llevar hasta el final su defensa hacia las pequeñas.

—¿Insinuáis que yo no amo a nuestras sobrinas?

—No lo demostráis, robándoles a diario parte de su comida o cena.

—Habéis aprendido a leer y escribir gracias a la mujer de nuestro hermano, mas, me temo que aún no habéis comprendido la diferencia entre robar y coger prestado —puntualizó Kazum, sin dejar a un lado su actitud burlona.

—Sé perfectamente la diferencia entre ambas. Sois vos quien todavía no habéis aprendido a diferenciar que hacer daño a quien se ama no es amor.

—Dais demasiada importancia a una simple chanza.

—¡No volváis a hacerles daño a las niñas! —advirtió Visú. El hecho de que para su hermana no fuese más que una broma, le molestaba aún más que el hecho en sí.

—Disfrutad de la comida y meteos en vuestros asuntos —defendió Kazum, molesta con su insistencia.

—Pues tomad ejemplo, y no id diciéndome cada día cómo debo comportarme según vuestro criterio.

Aquellas últimas palabras fueron como puñaladas para Kazum. Visú nunca había tenido la capacidad de ver más allá de sus intenciones, y ella no reunía la fuerza suficiente para confesarle a su hermana que lo único que buscaba con aquellos consejos que siempre le había dado era protegerla. Durante toda su vida, a su manera, había estado velando por ella, preocupándose por que en el reino se sintieran orgullosos de Visú, que algún día llegase a ser la princesa que ella sabía que era en realidad, pero que nunca supo expresarle con palabras. La aversión entre ambas era mayor cada día, y la amistad y el amor que ambas se profesaban cuando eran pequeñas, parecían esfumarse conforme pasaban los años. Su distanciamiento era cada vez mayor, y Kazum contemplaba y vivía en carne propia aquel desapego que la resquebrajaba y que padecía en silencio.

Visú se dispuso a comer para dar así por finalizada la conversación, lo que molestó aún más a Kazum. No solo se sentía incapaz de confesarle la verdad, sino que, además, debía soportar aquel desaire, como muchos otros.

—Tía Kazum —la llamó Yram de pronto.

—Yo no soy vuestra tía —farfulló con desazón.

Estaba molesta con Visú. Con los niños. Y con el mundo entero.

—Madre dijo que podíamos llamaros así —justificó la pequeña.

—¿Y vos hacéis cuanto os ordenan?

—¿Acaso vos no?

«Por desgracia sí».

A pesar de ello, hablar sobre uno de sus mayores problemas en aquel momento, y con una niña, no era precisamente lo que más le apetecía.

—Guardad silencio y comed —le mandó con la esperanza de que también la obedeciera a ella.

Tan solo le había dado tiempo a llevarse un primer bocado con desgana a la boca, cuando la niña volvió a la carga.

—¿Puedo preguntaros algo, tía Kazum?

«Ya lo habéis hecho».

—¿Qué os preocupa para que no podáis esperar a después de la comida?

—Es una duda que tengo.

«Jodida mocosa. Ahora quien tiene curiosidad soy yo».

—Preguntad lo que queráis —la animó, mientras cogía su copa para probar el vino.

—¿Por qué fingís que no queréis a vuestras sobrinas?

Aquello le pilló tan de sorpresa que acabó atragantándose y convirtiéndose en el centro de atención e todos. Solo cuando volvieron a lo suyo y ella se repuso, retomó la conversación con la princesa Yram.

—¿Por qué pensáis que hago tal cosa? —le increpó.

—Porque es lo que hacéis, tía Kazum.

«Y dale con lo de tía».

—No sabéis de lo que habláis. Centraos en la comida.

—Sé que las amáis —insistió la pequeña princesa—. Lo que no sé es por qué intentáis demostrar que no es cierto.

—Son mocosas y ruidosas, ¿por qué habría de quererlas?

—He visto cómo le quitáis comida.

—¿Y eso os parece una muestra de amor? —se defendió con sorna Kazum.

—Lo es por el motivo por el que lo hacéis.

—Me gusta chincharlas, como dice nuestra hechicera Aifos.

—No es cierto, tía Kazum, y vos lo sabéis.

«Me está empezando a hartar la princesita de los lobitos».

—Ah, ¿sí? ¿Y según vos, por qué lo hago? ¿Qué os lleva a pensar que importunarlas sea una muestra de afecto?

—Porque no lo hacéis para molestarlas, sino para protegerlas. En verdad, comprobáis que la comida no esté demasiado caliente para evitar que puedan quemarse.

Kazum volvió a toser y a beber para aclarar su garganta. No entendía cómo ella podía haberse dado cuenta de algo así, cuando ni siquiera su hermana o los reyes se habían percatado de ese detalle. Aquel era uno de sus grandes secretos, y le inquietaba verse descubierta por una mera niña, que se suponía que debía estar pensando en corretear, sudar y gritar, como lo hacían ella y los demás cuando jugaban con la salvaje de Visú.

—Os equivocáis —gruñó con fastidio.

—Pues no es eso lo que dicen madre y tía Lúnam —aseguró la pequeña alzando los hombros.

—¿Las Reinas han dicho eso? —increpó.

—Sí. Las escuché hablarlo de camino hacia el salón.

Kazum se quedó sin aliento. Ella siempre creyó su secreto a salvo, cuando en realidad lo único que había hecho era el ridículo ante su cuñada y la Reina de lobos. ¡Por supuesto que amaba a sus sobrinas, por muy ruidosas, sucias o escandalosas que fueran! Eran sangre de su sangre, y su nacimiento trajo consigo la felicidad al reino. Pero aquel gesto que ella tanto había escondido tras un incordio, ahora la dejaba al descubierto.

Kazum nunca mostraba su afecto, y aún menos con la generosidad con la que lo hacían los demás. Ella se sentía cómoda en su papel, un papel que todos habían aceptado y en el que ella se encontraba a salvo. Aceptar el amor y demostrarlo de forma abierta era quedar expuesta, y demasiado peligroso. Había visto cómo su mundo se derrumbaba en un solo día, cómo su cariño y afecto habían sido en vano, o destinados a las personas equivocadas. No era vergüenza lo que impedía a Kazum mostrar su amor hacia los demás, sino el temor a volver a errar o a perder de su vida a los seres que ella amaba. En lo más profundo de su alma, sus miedos seguían allí

intactos, y ocultarlos siempre era más sencillo que sacarlos a la luz. Al hacerlo, como había ocurrido al conocerse lo que hacía con sus sobrinas, Kazum se sintió perdida. Ya no estaba a salvo tras la armadura que ella misma había creado, y su corazón se desgarró en pedazos.

Al borde del llanto, Kazum abandonó el salón a toda prisa, sin esperar al permiso previo del rey. Alzando las faldas de su vestido con las manos, y sin importar si sus doncellas o alguien la seguía, corrió por los pasillos de palacio en busca de una salida, un lugar en el que sentirse a salvo, lejos de las miradas que conocían y habían descubierto su mayor secreto, su mayor protección.

Solo había uno. El jardín.

Aquel espacio en la parte trasera del castillo era donde Kazum se reencontraba a sí misma cada tarde, y corrió hacia él con la fuerza y la celeridad de un caballo, escuchando el único sonido de sus pasos y los fuertes latidos que golpeaban contra su pecho.

Únicamente al llegar a su destino, rodeada de las flores que visitaba al atardecer, Su Alteza logró detenerse. Apenas le quedaba aliento, y se tomó un instante para calmar su agitada respiración. Sin embargo, ni siquiera aquel mágico lugar pudo acallar las voces que aún seguían conspirando en su mente. Unas voces que la alentaban a alejarse cuanto pudiera de allí para poder estar a salvo. Solo así tendría la oportunidad de empezar una nueva vida, desde los comienzos, sin temor a ser de nuevo descubierta, a tener que encubrir cualquier muestra de afecto, y la posibilidad de volver a perder a un ser querido. Huir conllevaría liberarse de fingir, y le concedería la oportunidad de ser como ella quería. Fría. Distante. Mordaz. Cualidades que, a buen seguro, le impedirían recibir el apego de cuantos la rodeasen, pero que ella no reclamaba ni necesitaba. Era esa distancia que su incisiva y punzante personalidad creaba, precisamente, lo que la haría sentirse segura, protegiéndose a sí misma y a los suyos.

Kazum repasaba en su mente todos esos pensamientos, cuando unas voces, a corta distancia de donde se encontraba, acallaron las suyas propias. Al instante supo reconocerlas, pese a estar ocultas tras unos rosales y al tenue tono con el que ambas mujeres se comunicaban.

De forma meticulosa para no interrumpirlas y de no ser descubierta, Su Alteza caminó hacia ellas. Había escuchado algo sobre Reino de Águilas que había llamado su atención, y quiso acercarse para averiguar qué era lo que tramaban.

—¿Estáis segura de que es ella? —cuestionó Kirba, la hechicera de Reino de Lobos.

—Comprobadlo por vos misma —aseguró Aifos, la hechicera de Reino de Halcones, entregándole una carta.

Ocultas tras los rosales, Kazum vio cómo la anciana leía aquel misterioso documento que logró intrigarla.

—Me gustaría poder afirmar que esta misiva es de Vigar, pero no logro sentirla con claridad —apreció la anciana con cierto escepticismo.

«¿Vigar? ¿Quién es Vigar?».

—Porque vuestro reino está más alejado de Águilas que el nuestro, ya lo sabéis —justificó Aifos.

Reino de Halcones siempre había sido un país fronterizo, un lugar de paso entre Reino de Lobos y Reino de Águilas, y Kazum pudo entender a qué se refería la hechicera. Sus visiones estaban ciertamente limitadas, y al parecer Aifos había visto algo importante en sus piedras que escapaba a los poderes de Kirba.

—Tenéis razón —admitió la anciana hechicera—. Aunque también me hago mayor y...

—No digáis tonterías, mi señora —la interrumpió Aifos—. Vuestras capacidades están intactas. Además, os conozco, y sé por vuestra mirada que la noticia no os ha sorprendido.

—Debo felicitaros por vuestro incuestionable progreso, mi querida Aifos —admitió Kirba.

—Agradezco vuestras palabras, mi señora. Pero, os lo ruego, decidme qué pensáis al respecto.

—Creo que antes de afirmar nada, debemos consultar el libro de la leyenda de la Reina de águilas.

—¿Pensáis visitar el Templo de los Tenos?

—Es necesario, Aifos. Ambas lo haremos. Solo así podremos comprobar que la afirmación de Vigar es cierta.

—¿Y si no hallamos nada? ¿Y si el libro no recoge quién es su sucesora?

—Os aseguro que lo hará. Tal vez en él no aparezca su nombre, pero todos los libros de leyendas recogen datos suficientes para desvelar quién es su Reina. Aún es pronto para afirmar que es la persona que se menciona en esta carta, aunque, de ser cierto, me temo que nuestra visita a Reino de Águilas será mucho más importante de lo que pensábamos.

—Así es, mi señora.

Hubo un pequeño silencio.

—Todavía estoy intentando asimilarlo —confesó la hechicera de Halcones—. No quiero ni pensar cómo se lo tomará, y no digamos el rey.

—Cada uno debe aceptar su destino.

—Tenéis razón, Kirba. No existe poder alguno que pueda borrar las líneas de un destino escrito.

—Y es por eso que nuestro deber es averiguar la verdad.

—Hablando de la verdad..., he de confesaros que yo tampoco logro percibir con claridad la señal de Vigar, es demasiado débil, si os soy sincera.

—Lo imaginaba, Aifos. Pero no os preocupéis. Sé de alguien que puede ayudarnos.

—¿El maestro de los Tenos?

—No. Se trata de alguien con mucha más experiencia que vos e incluso que yo. Su nombre es Katrid, aunque la llaman la Anciana Sabia, y es una vieja amiga a la que le debo una visita desde hace demasiado tiempo.

—¿Confiáis en ella?

—Tanto como en vos —confirmó Kirba.

—Entonces yo también —aseguró Aifos sin el menor titubeo.

—Solo os ruego una cosa, mi querida amiga.

—Lo que deseéis, mi señora.

—Os ruego, mantengamos en secreto nuestra conversación —le pidió la anciana—. Soy consciente de que le debemos lealtad a nuestras Reinas, pero es imprescindible que no les digamos nada hasta averiguar la verdad.

—Tenéis mi palabra, Kirba.

—Os lo agradezco, Aifos. Ambas sabemos cómo es la monarquía de Reino de Águilas, y de ser cierto lo que dice esa carta, los tiempos venideros traerán consigo grandes inconvenientes, y tal vez el fin de la paz en los reinos.

Capítulo 4

Agusterra, Reino de Águilas, diez años atrás

Aquella sala estaba prohibida. El rey Ingod, padre de Badel, había prohibido expresamente que nadie entrase sin su presencia o permiso, pues allí era donde el monarca guardaba sus reliquias. Las paredes cubiertas con frisos de madera tallada a mano custodiaban los mayores tesoros de la Corona. Capas bordadas a mano con hilo de oro, trajes que solo habían vestido grandes reyes en puntuales ocasiones, joyas con las mayores piedras preciosas jamás halladas y retratos de los mejores artistas nunca antes conocidos, entre otros, acompañaban a la corona oficial del reino, así como a muchas otras heredadas de antiguos antepasados, que reposaban sobre bustos esculpidos en bronce y piedra a lo largo de la estancia. Todo cuanto había allí era de un incalculable valor, y Su Majestad había ordenado la prohibición de entrar sin su permiso, cerrando sus puertas bajo llave.

Badel consiguió hacerse con ella aquella tarde, e invitó a su fiel amigo y compañero de fechorías, Durkán, para colarse en ella.

—No deberíamos estar aquí, alteza —cuestionó Durkán con temor a que alguien los descubriese.

—Dejad de lloriquear y guardad silencio, no vaya a ser que nos pillen —insistió el hijo del rey, mientras giraba la enorme llave de hierro en la cerradura.

El príncipe Badel, el primero en la sucesión al trono, confiaba en la discreción de Durkán. Ambos eran amigos desde la infancia, y desde entonces eran inseparables. Vivir bajo el mismo techo y nacer casi al mismo tiempo, les permitió forjar una amistad que ya duraba más de dieciséis, amenos, rebeldes y divertidos años. La relación entre ambos era tan cercana, que nadie dudaba de la lealtad del hijo de la hechicera del reino hacia el príncipe. No había acto o evento en el que Su Alteza no fuese acompañado de Durkán, al que consideraba como a alguien de su sangre, y al que apreciaba más que a su propio hermano, Lintos.

Lintos era insoportable, un consentido del que Badel y Durkán solían burlarse. Segundo en la sucesión al trono, Lintos era un niño engreído al que su madre, la reina Miyah, le concedía todo. Había nacido entre algodones y ni siquiera era capaz de blandir una espada con una sola mano, pese a sus catorce años de edad. Sus músculos ni siquiera habían llegado a desarrollarse, y su enjuto cuerpo apenas soportaba mantener en alto un arco o una ballesta sin que le temblasen los brazos.

Durkán, en cambio, era mucho más parecido a él. Badel había encontrado en su fiel amigo a su compañero de aventuras, a su camarada y compinche para poder llevar a cabo sus travesuras. Sobre todo, si con ellas lograba retar al rey. Desobedecer las órdenes de su regio y severo padre se había convertido con el paso del tiempo en su mayor afición, y robarle la llave para entrar a

escondidas en la sala de reliquias era su última hazaña.

La cerradura se abrió y Badel apremió a su amigo a adentrarse antes de que alguien pudiera descubrirlos. Pese a ser el primogénito del rey, él nunca había estado antes allí, su amigo tampoco, y ambos se sorprendieron al hallar todo lo que encontraron ante sus ojos.

—Es impresionante —comentó con asombro Durkán, mirando de un lado a otro, pese a la escasa luz que penetraba de las aspilleras que había en una de las paredes.

El rey había ordenado que en lugar de ventanales allí se construyesen las estrechas y largas aberturas de las aspilleras para garantizar que nadie pudiese saquear o robar sus reliquias.

Tanto Badel como Durkán habían oído hablar de lo que aquella sala escondía, pero ninguno de los dos podía imaginar la magnitud de lo que realmente albergaba.

—Mirad esto —señaló Badel, colocándose la corona imperial del rey.

—Llevad cuidado, alteza, no quisiera que vuestro padre nos encerrara.

No era la primera vez que el rey los había castigado encerrándolos en una de las mazmorras de los subterráneos del castillo para que aprendieran la lección. Pero ni siquiera entonces Ingod había conseguido doblegar el espíritu rebelde y desafiante de su hijo Badel. El príncipe detestaba a su padre tanto como que le clavasen un cuchillo recién sacado de la forja. Su desavenencia se remontaba a varios años atrás, cuando el príncipe apenas era un niño, y el rey se burlaba de él delante de sus lacayos. Badel no tenía la estatura que Su Majestad esperaba, había nacido prematuro, su cuerpo no se había desarrollado como era debido y su tamaño era menor que el del resto de los hombres de su linaje. Lintos, en cambio, pese a su extrema delgadez, sí había nacido tras una gestación completa, y su altura sí cumplía con los deseos del rey.

Badel, habiendo recibido aquel desprecio por parte de su padre, desarrolló su cuerpo a base de fuerza y su mente a base de estudios. Musculoso y diestro para la batalla, el primogénito del rey creció prometiéndose que nunca educaría a sus hijos como lo habían hecho con él. La familia que Badel deseaba formar distaba mucho de la que él había tenido y le había tocado al nacer. Había sido testigo obligado de las infidelidades de su padre, de las palizas que aquel le propinaba a su madre y de las que él también había recibido por protegerla a ella. Su hermano Lintos, en cambio, se escondía y guardaba silencio para no correr la misma suerte. Era un puto cobarde, como lo era su padre, y por eso aquella tarde quiso burlarse de él y disfrutar con su pequeño triunfo.

—¿A que me queda bien? —cuestionó divertido al colocarse la enorme corona del rey.

—Os queda de lujo, majestad —teatralizó Durkán, inclinándose ante él.

—Pronto será mía, como todo lo que hay aquí —aseguró Badel—. Divertíos conmigo —añadió—, escoged lo que queráis y probároslo.

—No me atrevería a tocar nada de cuanto hay aquí, mi señor.

—Si creéis que habéis venido hasta aquí solo para mirar, es que no me conocéis tan bien como aseguráis. Poneos esa capa. Quiero ver cómo mi futura mano derecha y principal miembro de la corte del nuevo rey vestirá en un tiempo no muy lejano.

—La salud de vuestro padre no augura tal cercanía en la que vos hacéis tanto hincapié —le recordó Durkán.

—¡Poneos la jodida capa y dejad de tocarme las narices! —bramó, fingiendo molestia.

Con una sonrisa socarrona que elevaba la comisura de sus labios, Durkán se acercó hacia el maniquí de hierro. Él solo había visto al rey vestir aquella capa las ocasiones en que posó junto a

su familia, y la del propio Durkán, para uno de los cuadros que colgaban de las paredes de aquella sala.

Allí solo había varios retratos del rey, uno montado a caballo, otro sentado en su trono, un par de ellos con la familia real al completo, y solo uno junto a Durkán y sus padres. Este último cuadro era especial para él por todo lo que representaba. Su Majestad nunca antes había encargado un retrato para alguien que no perteneciese a la monarquía, pero Badel, viendo que su padre no accedía a que su mejor amigo también tuviese el honor de quedar immortalizado en una de las obras que adornaban las paredes del castillo, al momento de posar junto a su hermano y sus padres, cerraba los ojos o creaba formas con las manos para volver loco al pintor. Finalmente, y debido a su incansable tozudez, el rey no tuvo más remedio que ceder, con la intervención también de la reina Miyah. Fue así como Badel consiguió que su mejor amigo apareciese en uno de los retratos de la Corona. La familia de Durkán no pertenecía a la nobleza, pese a vivir en el castillo. Pero su padre, Jareth, era un fiel guerrero y hombre de la guardia de Su Majestad; y Gemar, su madre, era la hechicera del reino, por lo que el rey pudo excusar la posición y el cargo de ambos para justificar que los tres apareciesen en uno de sus cuadros.

—Todavía me parece escuchar los gritos de vuestro padre —recordó Durkán al plantarse con la capa frente al enorme retrato.

—Un pago justo para salirme con la mía y que vos también aparecierais en él —celebró el príncipe.

Así era Badel, un tipo que sabía ver el lado positivo de cualquier inconveniente, incluso de su pérfido padre.

A Durkán, en cambio, le costaba ser tan optimista, tanto como acostumbrarse a verse en una imagen. Hacía apenas unas semanas que el pintor había dado por finalizado su trabajo, y el joven seguía sin familiarizarse con la obra, sin aceptar que su rostro apareciese en uno de los mayores cuadros que colgaban de las paredes de palacio. Pensaba en ello, cuando escuchó unos pasos provenientes del pasillo.

Apresurándose para advertir al príncipe, alzó una mano en su dirección para pedirle que guardara silencio. El sonido del exterior se había detenido frente a las puertas, y ambos se quedaron inmóviles, aguardando vigilantes. Corrían el riesgo de ser descubiertos, y Durkán, sigiloso, se adelantó para intentar averiguar quién estaba al otro lado. No escuchó nada, hasta que un enorme estruendo golpeó contra las puertas, haciéndole retroceder un paso.

—¡No puede ser! —gritó acercándose de nuevo, sintiendo cómo el corazón le atronaba con fuerza bajo el pecho.

—¿Qué ocurre? —demandó el príncipe.

—Creo que alguien nos ha encerrado.

Al pronunciarlo en voz alta, fue consciente del peligro que corrían. El sonido que había escuchado había sido el de un tablero atrancando las puertas, y por más que forcejeó con todas sus fuerzas, no consiguió abrirlas.

—¡Ayudadme! —le pidió a Badel.

Pero ni siquiera uniéndose a él para empujar contra ellas, lograron su objetivo.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Me las pagaréis, Lintos! —escupió el príncipe frente a una de las puertas.

—¿Creéis que ha sido él? —cuestionó Durkán, sin cejar en su intento.

—¿Quién si no iba a encerrarnos aquí? Quiere asegurarse de que padre sepa lo que hemos hecho.

Durkán pensaba en el castigo que les impondría el rey y golpeó contra la madera con más fuerza, esta vez empujado por la rabia y la impotencia.

—Dejadlo —le pidió Badel, rindiéndose ante lo que ya era más que evidente—. Es inútil que sigáis. Solo nos queda aguardar a que...

No pudo acabar la frase. Una bola de fuego, penetró por una de las aspilleras, estampándose contra uno de los trajes del rey, prendiéndolo al instante.

—¡Apartaos! —advirtió Durkán, interponiéndose entre las llamas y su fiel amigo.

Este, pálido y enmudecido, se quedó paralizado sin poder reaccionar. Badel tenía verdadero terror al fuego, y Durkán intentó apagarlo cubriéndolo con la capa del rey que aún llevaba puesta.

Su rápida reacción parecía haber sofocado el incendio, cuando otra bola de tela prensada ardiendo penetró por la misma aspillera, chocando contra el propio príncipe.

—¡Apagadlo! ¡Apagadlo! —gritó desesperado Badel, girando sobre sí mismo, incapaz de reaccionar ante la rapidez con la que sus ropas comenzaban a arder.

Durkán, viendo cómo el fuego cubría su cuerpo, corrió hacia otro maniquí para coger otra capa, cuando otra bola atravesó de nuevo la aspillera. El humo era cada vez más intenso. Apenas podían respirar. Los gritos desesperados de Badel martilleaban su cerebro, no lograba dar con la capa y regresó confuso hasta su amigo.

—¡Tumbaos en el suelo y rodad! —le ordenó con el estómago en la garganta.

La tos se entremezclaba con el sonido de las llamas que, imparables, arrasaban con todo a su paso. Dos de las capas ya se convertían en cenizas sobre los maniqués, y el fuego se había extendido hacia las paredes de madera, hasta alcanzar uno de los retratos del rey.

Durkán, intentando salvarle la vida a su mejor amigo, se deshizo de su jubón y comenzó a golpearle sobre las llamas. Los gritos de dolor de Badel junto con el olor a carne quemada rompieron su corazón en pedazos. Había conseguido mitigar las llamas, pero el fuego ya había abrasado gran parte de su cuerpo.

—Os sacaré de esta —murmuró Durkán, decidido a dar con una salida.

Sabiendo a su amigo tumbado en el suelo y a salvo de las llamas que arrasaban la mitad de la estancia al otro lado, hizo lo primero que se le ocurrió. Tapándose la boca con el antebrazo, agarró uno de los bustos del rey y lo utilizó para golpear la pared junto a otra aspillera. Esperaba poder derribar algunas de las piedras del muro hasta agrandar lo suficiente la abertura. Y fue entonces cuando, a través de aquel escaso hueco, pudo ver quién sujetaba la ballesta y lanzaba las bolas de fuego hacia su posición. Se volvió para decírselo a Badel, pero en aquel instante uno de los cuadros, en el que aparecía el rey sentado en el trono, cayó sobre el príncipe, aplastándole la cabeza.

—¡¡¡No!!! —se desgarró Durkán al ver cómo su amigo perdía la vida ante sus ojos.

Enloquecido, llevado por la ira y el dolor, dejando que las lágrimas cargadas de rabia e impotencia recorriesen su rostro, corrió hacia Badel para liberarlo. De nada sirvió. El enorme cuadro pesaba demasiado para una sola persona y apenas consiguió moverlo. A pesar de todo, se negó a rendirse, siguió intentándolo una y otra vez, negándose a aceptar que aquel fuese su final, olvidándose incluso de sí mismo y de su propia protección. Apenas quedaba oxígeno en la sala,

el humo era irrespirable, y no pudo ver que el cuadro desprendía aceite derretido de la pintura, y que buena parte de él caería sobre su muslo derecho. Sin embargo, ni siquiera el inhumano dolor que le produjo logró detenerlo. Durkán siguió luchando contra aquella enorme estructura de madera y tela con todas sus fuerzas, dejando que todos los buenos recuerdos junto a su fiel amigo pasaran frente a sus ojos. Eran ellos los que lo empujaban a seguir. Hasta que las imágenes se volvieron borrosas y las voces se alejaron.

Todo se volvió oscuro.

Y se hizo el silencio.

Capítulo 5

Reino de Águilas, Siglo XV

Los guardias de las torres fronterizas del sureste del país concedieron el paso a los carruajes de Sus Majestades. Acompañadas de sus mejores hombres de la guardia, las dos familias reales de Halcones y Lobos llegaron a Reino de Águilas tras un largo viaje de dos días.

Kazum había pasado todo el trayecto pendiente de Aifos, observando las veces que se reunía con Kirba en cada parada del camino. Las hechiceras no habían vuelto a hablar acerca de lo que ella había escuchado en el jardín, pero aquella conversación seguía todavía resonando en la mente de Su Alteza. Por lo que había comprobado, las Reinas desconocían lo que ambas mujeres llevaban entre manos, y ella era la única en conocer parte de aquella información que tanto preservaban y mantenían en secreto. Por su cabeza habían pasado todo tipo de conjeturas y suposiciones que no la llevaban a ninguna parte, salvo a una única dirección: averiguar toda la verdad a su llegada a la capital.

Merol fue la primera ciudad encargada de recibirlos. Situada al sureste del país, Merol era el lugar más cercano a Reino de Halcones por su proximidad a la frontera. Era conocida por sus reses y por abastecer a todo el reino de maíz y de cuanto se cultivase en la tierra, muy al contrario que Vedares, la ciudad portuaria situada al oeste del territorio, célebre por su dedicación a la exportación e importación de mercancías. Ambas ciudades respondían ante la capital, Agusterra, la ciudad principal y más importante del país. Ubicada en el noreste de la nación, Agusterra acogía el gran castillo y el verdadero poder del reino.

Reino de Águilas era afamado fuera de sus tierras por su tamaño, su posición y su patrimonio. Situado al norte de Yúrop, el continente, Reino de Águilas era el país más grande y con mejor enclave de todos. Protegido por una cadena montañosa infranqueable en la parte septentrional del territorio, contaba con doble frontera en la zona meridional con los reinos de Panteras —al suroeste— y de Halcones —al sureste.

Pero su renombre y notoriedad ante el resto de países no solo provenía por su extensión o situación geográfica, sino también por su incalculable riqueza. Sus rocosas montañas y su acaudalado río, de los que extraían oro y piedras preciosas, habían permitido durante siglos consagrar a Reino de Águilas como el más opulento y prestigioso de cuantos se conocían. Era el encargado de suministrar a los demás reinos de monedas con las que poder mercadear, y de su puerto de Vedares salían barcos repletos de oro y piedras, que eran repartidos a lo largo y ancho del continente, a cambio de las mejores reses, telas o armas, entre otros.

Muchos consideraban Reino de Águilas como la capital del continente, a pesar de recaer en Reino de Leones tal privilegio. Pero era su poder y el hecho de que fuese el centro de todas las transacciones y decisiones más trascendentales lo que había llevado a las gentes a tener esa

creencia. Debido a ello, el fallecimiento de su rey se había convertido en uno de los mayores acontecimientos acaecidos en los últimos años, al que ningún monarca debía faltar. No era habitual que las familias reales al completo abandonasen sus propios reinos para despedir a un soberano, pero la ocasión lo merecía, y por eso todos ellos viajaron hasta Agusterra.

Kazum estuvo de acuerdo en hacerlo, deseaba conocer mundo y salir de su reino. Aunque nunca imaginó encontrarse con un lugar como aquel.

Todo lo que encontraba a su paso, y observaba a través de la ventana de su carruaje, la dejó sin aliento. La incuestionable belleza de sus valles y la intensidad de su amplia gama de colores era algo que ella nunca antes había visto. Y al fondo, sobre una alta colina vestida de frondosos árboles, contempló el flamante castillo de Reino de Águilas. Era, al menos, tres veces más grande que el de Halcones, y su ostentosa y preponderancia ya se presumía desde lo lejos. Sus torres, regias y altas, enmarcaban aquella fortaleza que rezumaba supremacía y poder, construida para deleite de sus monarcas y asombro de sus visitantes.

Pero para Kazum fue mucho más que eso. Aquel lugar era mágico, era cuanto siempre había soñado, y los latidos de su acelerado corazón así lo confirmaron.

A su llegada a la capital, la princesa comprobó que esta también era distinta de cuantas ella conocía. Sus gentes y sus puestos eran diferentes, y sus viviendas y calles eran amplias, limpias y sin olores nauseabundos, a los que ella estaba acostumbrada. El aire allí era mucho más puro del que ella hubo respirado jamás, y llenó sus pulmones agradeciendo la oportunidad que se le brindaba. Aquella ciudad era realmente hermosa, y los rayos de sol aumentaban su esplendor aportando su brillo sobre ella. Un brillo que solo era interrumpido por las intermitentes sombras de las águilas que sobrevolaban y surcaban libres los cielos de Agusterra.

A su llegada al castillo, la princesa tuvo una sensación aún más extraña. Cada rincón, cada detalle o escenario de aquel mágico lugar era la respuesta a sus propios anhelos y ambiciones, sobrepasando incluso cualquier idea preconcebida o imaginada, cuando ella se permitía fantasear cada atardecer en los jardines de palacio. Sin embargo, no fue la satisfacción o la fascinación por el feliz hallazgo lo que erizó por completo su tersa piel. Aquella insólita y misteriosa sensación que paralizó a Kazum en el patio de armas, a las puertas de la torre del homenaje, era mucho más fuerte, más intensa, y provenía de un lugar mucho más profundo que su propia alma. No supo reconocerla, ni siquiera qué era lo que la había provocado o cuál era su significado, pero la calma y el sosiego que le suscitaban le hizo creer con firmeza que aquel castillo, que aquella ciudad que tenía bajo sus pies, estaban destinados para ella.

—¡Sed bienvenidos a mi castillo! —los saludó la reina Sagrid, que salió a su encuentro para recibirlos.

Su larga frente y sus cabellos dorados enredados en perfectos rizos contrastaban con el negro estricto de sus vestimentas. Su cordialidad afable y su impoluto porte la hacían merecedora de su título. La reina Sagrid destacaba con su sola presencia, aunque si algo llamaba la atención era el enorme guardia que la acompañaba. Aquel hombre, con una cicatriz que le desdibujaba todo el lado izquierdo de su rostro, imponía con su tenebrosa mirada y su desmesurado tamaño.

Curiosa, los observó a ambos durante el recibimiento y los correspondientes saludos entre la anfitriona y sus invitados. Al llegar su turno, la reina se detuvo frente a ella para examinarla con detenimiento.

—Veo que vuestra fama os precede, alteza —aseguró Sagrid—. Había oído hablar de vuestra

belleza, mas, ahora, puedo afirmar que no os hicieron justicia.

—Sois muy amable, majestad —agradeció Kazum, con una reverencia algo más desmedida de lo habitual.

Aquel gesto sorprendió a todos los de Halcones, sobre todo a su hermana Visú.

—Y por lo que puedo apreciar, además, vuestra educación es incuestionable —apreció con agrado la reina.

Kazum sintió afinidad con ella desde ese instante. Aquella mujer, nada más conocerla, había sabido ver y valorar en ella lo que otros no habían logrado en años. Su gesto la conquistó. Sagrid reflejaba todo cuanto ella aspiraba. Poseía la cortesía y la actitud de una verdadera reina, y se alegraba infinitamente de que hubiera sabido apreciar su esfuerzo.

—No sabría cómo agradeceros vuestras palabras, mi señora —respondió Kazum orgullosa, ante la atenta mirada de ambas familias.

—Será un honor para mí alojaros en mi castillo, aunque sea en estas circunstancias.

—Lamento profundamente vuestra pérdida, majestad —reverenció la princesa.

Los demás ya les habían presentado sus condolencias, y ahora le tocaba a ella hacer los honores.

—Acojo vuestro pesar, alteza. Solo espero que el infortunio no arruine vuestra estancia aquí y que os sintáis como en casa.

—Dudo mucho que eso sea posible —susurró Kazum, poniendo voz a sus pensamientos.

Su comentario fue interpretado como una ofensa hacia la reina, y su hermano, el rey Jurón, no dudó en increparle.

—¡Disculpaos inmediatamente, hermana! —le ordenó con severidad.

Ninguno podía creer que Kazum se hubiese atrevido a algo así. Los monarcas de Lobos aguardaban junto con Jurón a que se retractara, Lúnam la miraba con asombro, y Visú curvó sus labios al ver el lío en el que su hermana se había metido por culpa de su incisiva y mordaz lengua.

—Explicaos, alteza —le exigió Sagrid, poniendo en duda que una joven así incurriera en un agravio hacia su reino.

Tal vez había cometido un error al decir lo que pensaba, pero así era como Kazum se sentía en realidad. Sus más sinceros sentimientos habían hablado por ella y, a pesar de lo mucho que estos pudieran molestar a su propia familia, quiso dar su propia versión para evitar posibles malentendidos, pues su frase no había sido en contra del Reino de Águilas, sino más bien del de Halcones.

—Sé que aquí estaré mucho mejor, si me permitís la licencia, majestad —aclaró Kazum.

El rey Jurón la fulminó con la mirada, pero a Sagrid le agradó conocer aquella noticia.

—Con una adulación así os permito todas las licencias, alteza. —Rio la reina aliviada, ante el asombro de sus invitados—. No sé por qué la habéis escondido tanto tiempo, mi querido Jurón —añadió dirigiéndose al rey de Halcones, con la firme intención de favorecer a Kazum—. Vuestra hermana solo ha dicho lo que pensaba. Me caéis bien —afirmó volviéndose hacia ella—. Estoy segura de que seremos buenas amigas.

—Ruego por ello, majestad —respondió Kazum orgullosa, con una reverencia aún más flexionada que la anterior.

La reina Sagrid se encaminó de regreso a la torre, acompañada de su guardia gigante y de Sus

Majestades.

—Tened cuidado no vayáis a partiros la columna, hermanita —se burló Visú cuando se quedaron a solas.

—Deberíais hacer lo mismo en lugar de ir burlándoos de unas normas que os dedicáis a pasar por alto —masculló Kazum.

—¿Y partirme en dos como habéis estado a punto de hacer vos? No, gracias.

Visú era insufrible. Siempre se las ingeniaba para fastidiarla y provocar lo peor de ella. Con alguien así era imposible razonar, y su agreste comportamiento no hacía otra cosa que enojarla.

—Algún día dejaréis de comportaros como lo hacéis y seréis digna de vuestro título —masculló Kazum.

—¡Siempre creyéndoos el centro del mundo! —se quejó la pelirroja.

«Y vos siempre buscando una razón para discutir y enfrentaos a mí».

—Ya no estamos en nuestro reino, hermana —le recordó Kazum—. Haced una excepción y comportaos como es debido.

—No sé por qué habría de actuar de otro modo por estar aquí.

—¿De verdad no sois consciente de dónde estáis? —increpó señalando a su alrededor.

—Claro que sí. Lo que no sé es qué le veis vos de especial.

—¿Habláis en serio? ¿Acaso alguien no querría vivir en este increíble lugar? —defendió Kazum, incrédula porque Visú no fuese capaz de apreciar la belleza que tenía ante ella.

—¿Rodeada de ostentación y sin barro con el que manchar los suelos de palacio? No, gracias.

—¡No cambiaréis nunca! —resopló molesta—. ¡Siempre tan indómita y tan desagradecida por cuanto se os concede!

—Y vos tan remilgada. Pero a ambas nos toca aguantarnos —se mofó entre risas, mientras se alejaba de ella de camino al interior del castillo.

—No, si puedo impedirlo —masculló Kazum hablándose a sí misma, convencida de que algún día lograría convertir a Visú en una verdadera princesa.

Capítulo 6

Agusterra acogía a sus visitantes y su castillo recibía sin descanso a las distintas monarquías del continente. Reyes de todos los reinos eran recibidos por la reina Sagrid, mientras que la reina madre, Miyah, permanecía encerrada en sus aposentos.

Miyah no se sentía capaz de cumplir con su obligación como reina emérita, como dictaba el protocolo. La muerte de su segundo y último hijo la había dejado rota de dolor, y no halló consuelo que le permitiera salir de su encierro. Solo en el momento de la ceremonia pudo abandonar su reclusión para dar sepelio a su hijo Lintos.

Kazum aún no había tenido oportunidad de verla. Acompañada del resto de su familia y de la de Lobos, y junto al resto de los asistentes, aguardaba su llegada al salón del trono. Un salón amplio, lujoso y repleto de detalles, que aquella tarde acogía a miembros de la realeza de todo el continente, nobles de diferentes reinos, señores de renombre y gentes de la capital que lucían sus mejores galas para mostrar sus condolencias hacia ambas reinas, las únicas supervivientes de la monarquía de Águilas.

La comidilla de todos ellos no versó sobre el dolor que ambas mujeres pudieran estar viviendo en un momento como aquel, sino en el hecho de que el país fuese a ser regentado por una mujer. Muchos cuestionaban esta inaudita posibilidad, y entre unos y otros provocaron la urgente necesidad de buscar y elegir un esposo para la reina Sagrid.

—Míralos, todavía está el cuerpo presente y ya pretenden sustituirlo. Es exasperante —murmuró Visú, sin ocultar su gesto de hastío hacia las personas que los rodeaban.

Al fondo, frente al trono real, el cuerpo del difunto rey Lintos descansaba sobre un altar, cubierto por una tela negra.

—Tal vez sea el aire de Agusterra, pero, sin que sirva de precedente, debo daros la razón —admitió Kazum.

Visú estaba tan molesta, que ni siquiera se percató de aquel detalle que su hermana acababa de tener con ella.

—Siguen sin evolucionar ni respetar a la mujer. Daría cualquier cosa por vivir en otra época, al igual que hicieron Urkana y Aifos. Allí somos valoradas y tenidas en cuenta, y no como aquí, consideradas como meros objetos incapaces de hacer lo mismo que un hombre.

—¿Lo haríais? —cuestionó con asombro Su Alteza.

—Sin dudarlo. ¿Acaso vos no? —planteó Visú.

Kazum ni siquiera necesitó meditar la respuesta. Abandonar la vida que ella conocía y dejar atrás sus costumbres, con las que se sentía cómoda, no entraba en sus planes. Había oído hablar de que en el futuro las mujeres eran tan independientes que muchas vivían solas por decisión propia. Tal vez ella no fuese tan valiente para atreverse siquiera a plantearse algo así. La sola idea de tener que trabajar para ganarse la vida le ponía el vello de punta.

—Prefiero quedarme donde estoy —admitió Kazum con total convicción.

—En ocasiones como esta me pregunto si realmente somos mellizas —bromeó Visú.

—¡Por todas las leyes sagradas! Con esta van dos veces que debo daros la razón en una misma conversación. Tocad mi frente y confirmadme que no tengo fiebre —se mofó, provocando la risa de ambas.

Aunque también la reprochadora mirada de Jurón por tal agravio en un acto tan solemne.

Un silencio abrumador se hizo cuando la reina Sagrid y la reina madre aparecieron en el salón. Todos los asistentes se inclinaron a su paso por el pasillo de camino al féretro. Tras ellas, caminaban el enorme guerrero que había acompañado a Sagrid en su recibimiento, y un hombre de la guardia con barba puntiaguda y pelo canoso, cuya destacada vestimenta vaticinaba que ostentaba un cargo importante.

Observadas por todos, ambas reinas ocuparon su lugar en los tronos. Sagrid lo hizo en el trono real, un sitial de gran belleza, en oro y madera tallados, con dos esculturas de águilas a ambos lados. A su derecha, uno mucho más pequeño, perteneciente a la reina consorte, que ahora era ocupado por Miyah.

Kazum contempló la escena expectante. Todo cuanto la rodeaba era grandioso, regio y majestuoso, tal y como ella siempre soñó con alcanzar, hasta que el guardia de pelo blanco que acompañaba a la reina madre la sacó de su ensoñación al destapar al finado, cuyo cuerpo reposaba sobre un altar cubierto de tela de un blanco inmaculado.

—Está desnudo —murmuró con asombro Kazum al ver que solo una espada, que sujetaba con ambas manos, cubría la parte central de su cuerpo.

—Es tradición en el reino —comentó Lúnam, que había oído hablar de tan peculiar y curiosa costumbre para enterrar a los monarcas de Águilas.

—Miradlo por este lado, hermana, frío no va a pasar —bromeó Visú, ganándose de nuevo la reprochadora mirada de su hermano, el rey.

Seis lacayos fueron los encargados de ir entregando una vela a cada asistente, que debían prender en el cirio grande que un séptimo sirviente colocó previo al altar.

Era tradición en todos los reinos que en cada inhumación los asistentes, en fila, caminasen hasta el difunto para reverenciarlo. Después, tras inclinarse ante la persona que ocupase el trono, debían rodear el cuerpo y regresar por el lado contrario de la sala hasta volver a su posición inicial. Era un recorrido en forma de círculo en el que presentar respeto a los ya fallecidos y a los vivos.

En Agusterra, en cambio, habían añadido a esa tradición la de exponer al muerto completamente desnudo sobre el altar. Además, al llegar a él, los asistentes debían dejar muestra de su presencia inclinando su vela y aguardando a que esta vertiera cera derretida sobre el cuerpo. Al parecer, y según les informó Lúnam mientras aguardaban la cola, aquella era la forma que tenían para demostrar la veneración hacia un rey y la importancia de su reinado. Una gran cantidad de cera cubriendo el cuerpo del monarca fallecido significaba una mayor asistencia de personas al funeral, lo que llevaba implícito un mayor prestigio, poder y honra hacia su memoria.

Aquel dato sorprendió mucho a Kazum, aunque no tanto como cuando llegó su turno de mostrar sus respetos ante el difunto rey Lintos.

«¡Por todas las leyes sagradas del pasado y las venideras! ¿Esto es real?».

—¿Habéis visto eso? —inquirió con los ojos abiertos como platos ante aquel enorme bulto

que la espada no lograba cubrir, pese a la anchura de su hoja de acero.

—Como para no verlo —confirmó Visú, tan asombrada como ella.

A esas alturas de la ceremonia, la cera derretida ya cubría la mayor parte del cuerpo del difunto, a excepción de aquella zona en particular que, cubierta de vello ondulado, se mantenía intacta.

—Pobre Sagrid —se apiadó Kazum al imaginar el dolor que debió provocarle a la reina aquel enorme miembro al invadir su cuerpo, con tan desmesurado tamaño, que más bien se asemejaba a un instrumento de tortura.

Por suerte las niñas y sus primos se habían quedado en Halcones con las amas de cría y las sirvientas, y no habían viajado hasta allí para contemplar semejante imagen.

—Decidme, ¿habías visto antes una verga así de grande? —planteó Visú.

Ninguna de las dos podía apartar la vista de aquella enorme cosa.

—¿Acaso vos sí? —cuestionó con reparo Kazum.

—Nuestros guerreros son muy dados a hacer sus necesidades donde y cuando quieren, pero os aseguro que ninguno está tan bien dotado.

—Daos prisa, la ceremonia debe continuar —les reprendió Jurón al ver que la gente comenzaba a impacientarse y que ambas retenían al resto por estar demasiado entretenidas.

«Y yo necesito reponerme».

Kazum se debatía entre dos opciones. Una parte de ella quería hacer lo correcto y hacer lo mismo que habían hecho los demás. Pero la otra, ajena a cuanto ella defendía, le susurraba tentadora que fuese valiente y conquistase aquella zona que nadie se había atrevido a tapar.

—¿Qué hacemos? —planteó Kazum—. ¿Dejamos que la cera caiga en cualquier parte como han hecho los demás o...?

—Vos sabéis tanto como yo que no somos como ellos —defendió Visú.

Kazum volvía a estar de acuerdo con ella. Según su cuenta, era la tercera vez que coincidía con su hermana, pero prefirió no hacer comentario alguno para no tener que darle la razón de nuevo. Demasiado para un mismo día.

—¿Qué hacemos entonces? —la apremió.

—Cubridle la verga, yo le cubriré el huevo izquierdo —propuso Visú.

—¿Entera? ¿Sabéis el tiempo que eso me llevaría?

—Vale, lo haremos juntas. Verted vuestra cera ahí y yo lo haré en la punta.

—Cuando decís «la punta», ¿a qué os referís exactamente? —planteó—. ¿A la punta de donde nace o de donde termina?

—¿Acaso pensáis que soy experta en vergas?

—Pues sed más específica o no terminaremos nunca —defendió Kazum.

—Cubrid donde hay más pelo. Yo me encargaré de la otra punta.

—¿Y por qué no os toca a vos la que tiene pelo?

—¿Queréis la punta cercana al huevo? ¡Pues por mí, perfecto!

—¿Y si lo hacéis al mismo tiempo y termináis de una maldita vez? —masculló Jurón, harto de escuchar una nueva discusión entre ambas, y aún más cuando esta versaba sobre un huevo.

—Por supuesto, majestad —respondieron al unísono, justo antes de disponerse a cubrir aquella enorme cosa que nunca borrarían de sus memorias.

El entierro del rey Lintos sería recordado a lo largo de los años por la cantidad de cera que acabó cubriendo su cuerpo. Fue uno de los más importantes y multitudinarios jamás vividos en el reino, y su ceremonia se alargó hasta la celebración del gran banquete que la reina Sagrid ordenó en honor a su difunto esposo. Todos recordarían la magnitud de aquel evento. Era un hecho irrefutable. Como también lo era la hazaña que Kazum y Visú vivieron en carne propia, pues, después de muchos años de enfrentamientos, de multitud de discusiones y de infinitos agravios, ambas hermanas podían afirmar que dejaron de ser rivales por un día, gracias a la verga del rey de Reino de Águilas.

Capítulo 7

Al día siguiente, Kazum creyó estar sumergida en un sueño al despertar sobre aquellas sábanas, cuya suavidad y procedencia eran desconocidas hasta entonces para ella. Solo los aposentos que le habían sido concedidos para alojarse en el castillo de Agusterra rezumaban más lujo y riquezas que toda la fortaleza de Halcones. La princesa se cuestionaba cómo su hermano Jurón no había destinado las arcas del reino para remodelar y convertir su castillo en uno como el de Reino de Águilas y se lamentaba por no tener una alcoba como aquella. Era el doble de grande que la suya, y su gran cama con dosel de madera tallada a mano lograba que se sintiera como lo que era en realidad, una verdadera princesa.

Se incorporó y acarició aquellas sábanas mirando cuanto la rodeaba. Todo allí era de una calidad exquisita, la opulencia y el buen gusto se representaban en cada rincón, y cada elemento, cada detalle, relucían como si el tiempo se hubiese detenido y no pasara para ninguno de ellos. Incluso el espejo enmarcado en oro que tenía a su derecha resplandecía sin óxido alguno que desvirtuara o le impidiera ver su reflejo. Sin duda, aquel lugar era tal y como ella había soñado que sería su hogar, como lo había imaginado cada tarde en sus paseos por el jardín de palacio. Si bien el motivo que la había llevado hasta Reino de Águilas era triste, Kazum no podía dejar de sonreír. Estaba viviendo un sueño y, enloquecida, se levantó para danzar, recorriendo de un lado a otro los aposentos, agradecida por la colosal oportunidad que se le brindaba.

Su particular baile la llevó hasta el balcón. Si ya en el interior se sentía afortunada, allí su dicha se convirtió en auténtica felicidad. Las vistas desde aquel lugar eran indescriptibles, incluso para ella, que siempre sabía encontrar la palabra adecuada para definir las cosas. El día había amanecido completamente despejado, lo que le permitía apreciar la capital, el valle y las ciudades de Merol y Vedares a lo lejos con claridad. A sus pies, Agusterra comenzaba a cobrar vida. El humo que salía de las chimeneas de sus tejados no enturbiaba los colores vivos y radiantes que dibujaban el hermoso paisaje. Ni siquiera en sus mejores sueños hubiera recreado un lugar tan lleno de vida y con tanta variedad de tonalidades, que nunca creyó que existieran. Reino de Águilas era extraordinario y desprendía pura magia.

Embaucada, cerró los ojos un instante para dejar que los rayos del sol penetraran en los poros de su piel, permitiéndose que aquella luz la atravesara, llegando hasta lo más profundo de su alma. Se sentía profundamente agradecida por estar allí y por la oportunidad que se le brindaba de poder vivir ese instante único que siempre guardaría en la memoria. Una memoria que no tardó en recordarle lo acontecido el día anterior, durante y tras el entierro.

Kazum había visto determinados detalles que llamaron su atención y que no compartió con nadie. Uno de ellos fue la cercanía del guardia que acompañaba a la reina madre. Aquel hombre, de edad similar a Miyah, iba siempre con ella, pero fue su forma de mirarla lo que acabó sorprendiéndola.

Su Alteza no se había comprometido aún con ningún príncipe o rey, ni conocía las artes del amor, como un beso, una caricia y mucho menos un encuentro íntimo. Pero sí había amado durante años a Jurón antes de saber quién era en realidad, y sabía reconocer el amor en la mirada de un hombre. Kazum supo que lo tenía todo perdido incluso antes de conocerse la verdad, solo por el modo en que él miraba a Lúnam. La fortaleza y la capacidad para ocultar sentimientos eran cualidades innatas en los hombres, pero cuando se trataba de asuntos del amor, cuando un hombre amaba con el corazón a una mujer, eran sus ojos los que lo delataban. Ni siquiera la bravura o las palabras podían contra aquella fuerza, aquel sentimiento que la mirada era incapaz completamente de ocultar.

Y eso fue lo que ella vio en aquel guardia. El cruce de miradas que mantuvo con la reina madre le hicieron saber sin lugar a dudas que la amaba profundamente.

Miyah había enviudado unos años atrás, y por lo que la princesa había escuchado, el entierro de su difunto esposo Ingod no fue tan multitudinario como el de su hijo Lintos. Al parecer, el antiguo rey era un monarca poco apreciado en la corte y por las gentes de su pueblo. Había mantenido la riqueza y el poder del reino, pero su reinado y su forma de gobernar lo convirtieron en un rey que nadie quería recordar. Su hijo Lintos, en cambio, se había ganado el aprecio y el cariño de su gente. Venerado y querido por todos, Lintos había reinado en paz, y su despedida pasaría a la historia como una de las más concurridas y populares del reino.

Otro hecho que llamó la atención de Kazum en la ceremonia fue la llegada de Minós, el rey de Leones. El protocolo dictaba que el último monarca en entrar debía de ser el anfitrión, y que ningún otro rey podía hacerlo tras él, una vez que el trono estuviese ocupado. La reina Sagrid ya había tomado asiento en el trono real cuando el rey de Leones se presentó en el salón. Kazum se sorprendió de su osadía, y solo ella y la propia Sagrid, a juzgar por su reprochadora mirada, parecieron percatarse de tal hecho. Lo único que se escuchó fueron los comentarios acerca de su esposa, que al parecer no había podido viajar hasta Agusterra debido a que acababa de dar a luz a su segundo hijo.

Su Alteza todavía guardaba en la memoria el día en que ella y Visú conocieron al rey de Leones. Fue en la boda de Jurón y Lúnam, hacía ya más de cuatro años. En aquella ocasión, el monarca acudió junto a su flamante esposa, embarazada de su primogénito. Visú se fijó en él nada más verlo, pero su indiferencia y el hecho de que no reparase en ella fue el detonante para que la rebelde princesa se marchase hecha una furia del banquete. Kazum se percató de todo, pero guardó su secreto y nunca lo habló con nadie. El día anterior, en cambio, fue la propia Visú la que hizo un comentario sobre el rey de Leones.

—¿Sabíais que Minós debe cientos de miles de monedas de oro a la corona de Águilas?

Kazum la miró con asombro. Al parecer, su hermana había investigado acerca del rey y sus deudas. En su mirada ya no había sentimiento alguno, sino más bien desprecio.

—Desconocía que os interesaran esa clase de informaciones —tanteó Kazum.

—Aunque siempre me hayáis considerado una salvaje, soy más de lo que creéis, querida hermana —defendió Visú con orgullo.

Kazum se limitó a sonreír. No sería ella quien la contradijese en algo que ya sabía, aunque su hermana se empeñara en demostrar lo contrario con su agreste comportamiento.

El entierro de Lintos y el posterior banquete que se dio en su honor dio mucho de sí, sin embargo, de entre todas las cosas que descubrió Kazum, hubo una que llamó poderosamente su

atención: el distanciamiento que existía entre Sagrid y Miyah. Ambas reinas apenas se miraban, pero había gestos sutiles que no pasaron por alto para la princesa, y que dejaban entrever la clara desconfianza y enemistad que existía entre ambas. Su Alteza apenas había conversado con la reina madre desde su llegada, pero sí sabía cómo era su nuera, y que aquella carecía de su encanto. Sagrid había sido muy amable con ella y toda su familia desde el principio, había sido una anfitriona envidiable y jamás cuestionaría su valor como monarca y su admirable capacidad para reconocer cualidades, como le ocurrió a ella misma a su llegada.

Tanto fue así, que la propia Sagrid tuvo la amabilidad de poner una doncella a su servicio. Visú rehusó a la suya, pese al ofrecimiento de la reina, pero para Kazum fue todo un detalle, y también un alivio. Sus doncellas, y sobre todo Zira, se habían quedado en Halcusterra, y el hecho de que Su Majestad pusiera a su servicio una doncella para atenderla fue todo un gesto más que admirable. La princesa idolatraba a Sagrid, era un hecho irrefutable, y tan solo le había bastado un día para ganarse su absoluta y más leal amistad.

—Con vuestra venia, alteza —saludó la doncella al adentrarse en sus aposentos, sacándola así de sus recuerdos del día anterior.

—Adelantaos y venid aquí, Lagar —la invitó Kazum desde el balcón.

Tal vez se debiera a lo especial que eran aquella ciudad y su reino, pero la propia princesa comenzaba a notar un cambio en su interior. Agusterra lograba sacar lo mejor de ella, la hacía sentirse más viva que nunca, y la amabilidad y conveniente servidumbre de la doncella Lagar ayudaban en demasía a que se sintiera de mejor humor y más relajada de lo que lo había estado en mucho tiempo.

—¿Habíais contemplado alguna vez unas vistas más hermosas que estas? —planteó cuando llegó a su lado.

—Agusterra es especial, mi señora.

Su voz era tan dulce como lo era ella. La reina había querido ofrecerle a una de sus mejores doncellas, según le había comunicado el día anterior, y a Kazum le había bastado un par de encuentros con Lagar para confirmar que Su Majestad estaba en lo cierto.

—¿Nacisteis aquí? —quiso saber la princesa.

—Sí, alteza. En la capital.

—¡Perfecto! Así podréis aconsejarme sobre las mejores tiendas.

Kazum había visto la calidad de las ropas que vestían en el castillo, y quería averiguar de dónde procedían aquellas fastuosas telas. La doncella le aconsejó un par de lugares a los que ir y le explicó cómo llegar, mientras la ayudaba a prepararse.

Una vez terminó de arreglarla, Lagar la guio hasta la planta inferior. Pero, al bajar las escaleras de la torre, Kazum se dio cuenta de que no eran las mismas que había utilizado desde su llegada.

—¿Estas escaleras llevan al salón? —cuestionó la princesa al percatarse de que no había pasado antes por allí.

—Sí, alteza. Solemos usarlas porque por aquí el camino es mucho más corto. Pero, si lo deseáis, puedo llevaros de nuevo a...

—No es necesario —la interrumpió—. De hecho, ardo en deseos porque alguien me muestre el castillo.

—Necesitaríais varios días para eso, mi señora, si me permitís la licencia.

Aquel palacio era tan grande que era fácil perderse, y la doncella le era de utilidad para no hacerlo. Sus largos y elegantes pasillos estaban repletos de enormes e innumerables puertas, y Kazum sentía curiosidad por lo que se escondía tras cada una de ellas.

—En ese caso, ruego a lo más sagrado que me conceda tal deseo —bromeó Kazum, ganándose la sonrisa sincera de Lagar.

Pese al poco tiempo que la conocía, aquella joven le recordaba a Zira, y se sentía cómoda con ella.

Al pasar por la primera planta, Kazum observó algo que llamó su atención. Lagar, al ver que se había detenido en seco, interrumpió su descenso de inmediato junto a ella.

—¿Qué sala es esa? —quiso saber la princesa al ver la luz y el brillo que emanaba de ella, a través de sus puertas entreabiertas.

—Es la vieja sala de las reliquias, alteza.

—¿La «sala de las reliquias»? —repitió mientras intentaba entender por qué un lugar así no estaba cerrado bajo llave.

—Antiguamente, el rey Ingod guardaba ahí sus mayores tesoros.

—¿Y ahora qué alberga?

—Su Alteza, os ruego bajemos al salón —dijo señalando hacia la escalera de la torre.

El modo en que se lo pidió despertó aún más el interés de Kazum. Si había algo innato en la princesa, era su capacidad para observarlo todo, y aquella sala que la doncella pretendía evitar que viera, se había convertido ahora en su mayor deseo.

—Antes quiero ver qué es lo que hay en ella —anunció sin detenerse, dirigiéndose con firmeza hacia aquel lugar misterioso.

Al llegar, comprobó que se trataba de una sala con grandes ventanales, arcos y columnas, en cuyo interior solo albergaba un par de esculturas y un retrato enorme enmarcado en oro.

—¿A esto llamáis reliquias? —soltó con cierta altivez.

Pero al girarse, se dio cuenta de que la doncella ya no estaba a su lado; se había quedado en el pasillo, sin atreverse siquiera a mirar hacia el interior. Su gesto logró inquietarla, y quiso averiguar el motivo.

—¿Por qué no entráis? ¿Tenéis prohibido hacerlo y teméis que os castiguen por ello?

—No, mi señora —respondió sin levantar la mirada.

Tanto misterio no hizo más que aumentar el interés de Kazum por aquella sala, y comenzó a examinar con detalle lo poco que había allí. Tal vez había pasado algo por alto y no había dado aún con aquello tan enigmático o tenebroso que le impedía a la doncella entrar. Pero aparte de las dos esculturas, que nada tenían de peculiar, lo único que quedaba por ver allí era la pintura, un enorme cuadro en el que solo reconocía a la reina madre y a...

«¡El hombre de la guardia!».

Curiosa, se acercó más al retrato para poder verlo de cerca. A juzgar por el aspecto de la reina Miyah, pues se la veía algo más joven, Kazum calculó que debió pintarse al menos diez o doce años atrás. A su lado, un hombre mucho mayor que ella, de enorme tamaño y pelo canoso, cuya corona sobre su cabeza no dejaba lugar a dudas de que se trataba del difunto rey Ingod. A la derecha de este aparecía un joven de pelo color madera y otro algo más bajo que él de cabello rubio.

La princesa se apartó unos pasos para verlos en conjunto. Sin duda, el chico que estaba junto

al antiguo rey era Lintos, mucho más joven y sin barba que cubriese su rostro. Lo que le llevó a cuestionarse quién era el chico de pelo dorado que lo acompañaba, pues ella no había oído hablar de ningún otro príncipe de Águilas, y no recordaba haberlo visto en la ceremonia.

Al lado de los monarcas, y junto a la reina, estaba el hombre de la guardia, acompañado de una mujer de pelo castaño, cuyo aspecto poco tenía que ver con la realeza. Kazum dedujo que sería su esposa, a juzgar por la cercanía que ambos mantenían entre sí, pero, ¿quién era ella y qué tipo de relación había entre aquel matrimonio y Sus Majestades para aparecer en un retrato real?

Kazum buscaba una respuesta, cuando su mirada se detuvo en el joven que había al lado de la mujer. Dedujo que sería su hijo, pues ambos compartían el mismo color de cabello, un castaño claro, aunque su aspecto era el de un noble. No se atrevió a confirmar su edad, tenía un cuerpo bastante desarrollado, casi del tamaño de un hombre, pero su rostro conservaba las facciones y los rasgos de alguien mucho más joven. Pese a todo, no fue su fuerte figura lo que más llamó la atención de la princesa, sino su profunda mirada. Aquellos ojos azules ejercían algo extraño sobre ella, algo que nunca antes había sentido y que la hizo sentirse expuesta. Resultaba absurdo, se trataba de una pintura. Pero allí estaban frente a ella, vigilándola, observándola a través del lienzo, con tal magnitud que la hicieron sentirse diminuta, desnuda, hasta el punto de poder atravesarla y descubrir lo que escondía en lo más profundo de su alma. Un escalofrío inquietante recorrió su cuerpo, erizando su vello hasta acabar con la suavidad de su piel, y desbocando el latir de su corazón bajo el pecho.

—¿Quién es? —balbuceó sin poder apartar la mirada.

Desde el pasillo, la doncella dio respuesta a su pregunta.

—Durkán, el hijo de Gemar, la antigua hechicera, y de Jareth, el jefe de la guardia de la reina madre.

Capítulo 8

Madrid, en la actualidad

Durkán tomó un último sorbo de café mientras contemplaba desde su apartamento el amanecer sobre el parque de El Retiro. Aquellas hectáreas de espacio verde y abierto significaban un descanso entre el bullicio de la ciudad, y le ayudaban en cierto modo a recordar de dónde procedía.

Miró el reloj de su muñeca y cogió las llaves para cerrar. Aún le quedaban más de veinte minutos para llegar a su destino, en Tres Cantos, y abajo el conserje del edificio ya le había pedido un taxi, como de costumbre.

—Buenos días, señor. El taxi le espera en la puerta —anunció con su habitual sonrisa cuando lo vio aparecer en el vestíbulo.

Aquel hombre derrochaba amabilidad y siempre tenía una sonrisa complaciente para cada vecino del edificio. Tal vez incluso para las visitas, aunque ese dato Durkán lo desconocía, pues él nunca había invitado a nadie a su apartamento, ni tenía pensado hacerlo. Su intimidad era infranqueable, y su casa, el refugio en el que se sentía a salvo.

—Gracias por pedírmelo —respondió, sacando un billete de su cartera, que el hombre se negó a coger.

—Oh, no, señor, no puedo aceptarlo —aseguró.

No era la primera vez que se lo rechazaba, pero Durkán sabía con certeza en qué invertiría ese dinero.

—Como quiera. Que tenga un buen día —se despidió con una leve inclinación de cabeza.

Pero al llegar al portón, el conserje lo llamó a su espalda.

—¡Espere, señor! He olvidado darle esto —advirtió mientras abandonaba el mostrador para alcanzarlo.

En la mano portaba una carta de pergamino, cuyo sello Durkán reconoció al instante, ensombreciendo aún más su habitual semblante serio. No llevaba remitente, como todas las que recibía de aquella misma persona que en secreto lograba que él mantuviera su conexión con el pasado.

—Gracias —respondió con solemnidad, una cualidad innata en él que había adquirido con el tiempo, y que tanto contrastaba con el ánimo siempre alegre del conserje.

Durkán tomó aquella carta, la metió en el bolsillo trasero de su vaquero y salió de allí dispuesto a afrontar un nuevo día de trabajo.

Cuando el taxi se detuvo frente a la puerta del centro ecuestre, sintió cierto alivio. Los coches seguían incomodándole y le causaban cierto respeto, muy al contrario que los caballos, en los que sí confiaba. Durkán se había criado entre corceles, conocía sus costumbres y cuidados, y

aprovechó la oportunidad de poder dedicarse a ellos a su llegada a Madrid. Para su sorpresa, en pleno Siglo XXI los caballos no eran usados como medio de transporte o labranza, sino que eran animales muy protegidos, considerados de un gran valor, aptos para una limitada parte de la sociedad, y adiestrados incluso para competiciones que reportaban altos beneficios económicos. Sin embargo, para él eran mucho más que eso. Eran su conexión con el pasado, el hilo que mantenía con vida sus recuerdos y los encargados de rememorarle quién era él en realidad.

Pensaba en ello cuando reconoció el vehículo oscuro que había aparcado a las puertas de la finca. El chófer que aguardaba en el asiento del piloto lo delataba, y su hallazgo oscureció aún más su semblante.

«Isaac».

Pagó la carrera al taxista y se adentró en el centro ecuestre decidido a echar a aquel impresentable de sus tierras. De camino al vestíbulo del edificio principal, comenzó a escuchar las primeras voces que llegaban de forma clara hasta sus oídos.

—Le repito que no puede atenderlo hoy. —Era Teo, su encargado y hombre de confianza.

—¿Qué pasa? ¿Tu jefe tiene la agenda completa y no puede atenderme? —se mofó Isaac. Su voz era inconfundible, como lo era su narcisismo.

—Pues lo cierto es que sí —defendió Teo.

—Tú qué vas a saber. Solo eres un tipo venido a menos que sobrevive gracias a hombres como nosotros.

La distancia de Durkán hasta ellos se acortaba, mientras que su deseo de enfrentarse a él aumentaba a cada paso.

—Márchese —masculló su encargado.

—Como ya he dicho, he venido a hablar con él; puedes repetirlo las veces que quieras, porque no pienso irme hasta hacerlo.

—Durkán no tiene nada que hablar con usted, ya se lo dejó claro la última vez que estuvo aquí, así que haga el favor de marcharse.

—Vaya, vaya, al parecer tu lealtad hacia él no es ficticia. Dime, ¿cuánto te paga para que le hagas de perro guardián?

—La lealtad no se compra con dinero, debería saberlo.

—Todo se compra con dinero —lo rebatió alzando la voz con convicción—. Pero claro, ¡qué vas a saber tú después de lo que hiciste!

—¡Váyase! —le gritó Teo.

—¡Maldito empleado estúpido! ¿Qué parte de no pienso marcharme no has entendido?

—¿Y qué parte no has entendido tú de largarte de una puta vez? —siseó Durkán al llegar y enfrentárselo cara a cara.

—¡Durkán, viejo amigo! —celebró como si nada hubiera pasado, alzando los brazos bajo su habitual traje blanco que debió vivir tiempos mejores, fingiendo que entre ellos había una amistad que los tres sabían que no existía.

—Teo, déjanos a solas —le ordenó, sin dejar de retar a Isaac con la mirada, deteniendo en seco su falsa intención de acercarse a él.

—Por supuesto, jefe. Si me necesitas, estaré fuera.

Ambos hombres aguardaron a que el encargado saliera.

—Que sea la última vez que te presentas sin previo aviso. Este es mi centro y en él las

órdenes las doy yo —advirtió Durkán.

—Venga, hombre, no te pongas así —suavizó—; solo he venido a hablar de negocios.

—No tengo nada que negociar contigo. Ahora, márchate.

—Tal vez no opines lo mismo cuando escuches mi oferta —insistió Isaac, quitándose su sombrero Panamá, para mesarse su cabello canoso, antes de volver a colocárselo en un rápido gesto.

—Sea lo que sea, no me interesa.

Haciendo caso omiso a sus palabras, el empresario siguió hablando.

—He contactado con un multimillonario indio muy interesado en nuestros caballos y...

—¿Cómo te atreves a hablar por mí a mis espaldas? —lo interrumpió Durkán.

—Porque soy un hombre de negocios, con más años y experiencia que tú.

—Claro, y por eso tu centro está en decadencia —siseó.

Había sido un golpe bajo, sin embargo, Durkán necesitaba hacerle ver que él también podía hacerle daño si se lo proponía. Isaac llevaba más de tres años intentando convencerlo para que le vendiera su centro ecuestre, le había hecho multitud de ofertas que cualquier otro hubiese aceptado, pero que él siempre rechazaba. Aquel centro era su vida ahora, no estaba en venta y jamás se lo traspasaría a alguien como él. Y menos aún ahora, que había sobrepasado los límites ofreciendo sus caballos sin tan siquiera consultárselo antes.

El empresario tragó saliva del mismo modo que se vio obligado a tragarse su orgullo. Durkán había dado en la diana al recordarle que su centro ecuestre ya no era ni un reflejo de lo que fue en el pasado, y por mucho que su ataque le molestase, tuvo que pasarlo por alto para intentar conseguir su objetivo. Habían pasado varios años y aún seguía preguntándose cómo demonios lo había hecho aquel joven para coger aquel centro que estaba en la ruina y levantarlo hasta convertirlo en uno de los más famosos y con mayor relevancia, fuera y dentro de la capital. Él tenía mucho dinero, lo quería a toda costa, aunque eso supusiera tener que hacerle una visita de vez en cuando y ofrecerle cantidades que jamás pensó en ofrecer.

—Déjame que te explique —insistió el hombre, empujando con el dedo índice el puente de sus gafas negras de pasta, tras las que ocultaba sus pequeños ojos almendrados.

—No necesito escuchar nada.

—Ese hombre está dispuesto a pagar una fortuna.

—No me interesa el dinero.

—Pero a mí sí —le rebatió Isaac—. Este podría ser el mejor negocio de mi carrera, tú tienes los mejores ejemplares, y sería un buen acuerdo, tienes mi palabra.

«Como si tu palabra tuviese algún valor para mí».

—Sé que no quieres venderme todo esto —prosiguió—, pero podrías al menos permitirme comprarte algunos de tus mejores caballos. Te daría lo que me pidieras y...

—¡Mis caballos no están en venta! —gruñó, harto de su incansable insistencia.

—Pero, Durkán, es una oportunidad de oro. Si al menos me permitieras...

—La reunión ha terminado —volvió a cortarlo—. Puedes irte.

—Ya veo que es un imposible que aquí comprendáis lo que son los negocios —se quejó lleno de rabia al ver que no había podido salirse con la suya—. ¡Teo es un inútil y tú un maldito cabezota!

—Asegúrate de tratar bien a mis empleados si quieres volver a poner un pie en mi finca. Y

ahora, ¡lárgate de una puta vez! —siseó Durkán con mirada desafiante.

El hombre, al ver que nada de lo que dijese le haría cambiar de opinión, resopló de impotencia y se marchó sin tan siquiera molestarse en despedirse. Tras su salida, Teo se reunió con Durkán.

—Gracias por dar la cara por mí.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

—Cualquiera no, eso te lo aseguro —objetó desviando la vista hacia el lugar por donde Isaac acababa de marcharse—. Por cierto —añadió—, Acero ya está listo; Marcos lo preparó a primera hora.

Marcos era su mejor mozo de cuadra. Tenía un don para los caballos, pero también para las mujeres.

Durkán no era hombre de oficina, pese a la comodidad de la suya, equipada con todo lujo de detalles, y donde, además, contaba con una habitación y un baño privados. Él prefería los establos, donde pasaba la mayor parte del tiempo. Aquellas enormes naves albergaban a más de ochenta caballos, todos ellos de pura raza, la mayoría adiestrados en distintas disciplinas hípicas, y algunos de ellos campeones de incalculable valor.

Sin embargo, entre todos ellos, había un ejemplar de pura raza española que, a pesar de no haber ganado ningún título o campeonato, era su favorito. Aquel caballo, de nombre Acero y pelaje blanco, era su mayor tesoro y al que apreciaba por encima de cualquier otro. A lomos de él, Durkán abandonaba la finca cada mañana para visitar siempre un mismo lugar. Ningún empleado sabía a dónde se dirigía, pero todos tenían la certeza de que siempre volvía.

—Gracias, Teo. Pero avísale de que hoy no montaré. Tengo un asunto importante que atender.

—Como quieras. Si me necesitas, estaré en las cuadras.

Durkán asintió y se encaminó hacia su despacho. Él apenas pisaba aquella oficina, que poco tenía que ver con él, y cuyas funciones solía relegar en Teo. Pero esa mañana necesitaba estar a solas. Había recibido una carta de Agusterra, y necesitaba tomarse su tiempo para poder leerla.

Capítulo 9

Agusterra, Siglo XV

La doncella acababa de decirle quién era aquel misterioso joven de mirada atrapante retratado en el cuadro. Durkán, un nombre que Kazum no había oído antes, pero que de algún modo sorprendente le era familiar.

—¿Habéis dicho que es el hijo de Gemar, la hechicera? —cuestionó sin apartar la vista de sus ojos tan claros como un día despejado.

—Sí, alteza.

Aquello le recordó que aún debía resolver el asunto pendiente que tenía con Aifos y Kirba. Desde que llegaran a Agusterra no las había visto abandonar el castillo para hablar con nadie, pero tal vez Gemar, la mujer del retrato, fuese la mujer misteriosa de la que ambas mujeres habían hablado en los jardines de palacio, y quiso indagar más sobre ella.

—Decidme, ¿cómo es que no he conocido ni a la hechicera ni a su hijo? ¿Dónde están? —le preguntó a la doncella.

—Deberíamos irnos, alteza —insistió Lagar con cierta inquietud. La joven seguía junto a las puertas, sin atreverse a poner un pie en aquella sala.

Pero Kazum no estaba dispuesta a irse sin respuestas. La fuerza que irradiaba aquel lugar había despertado por completo su curiosidad, y escogió quedarse hasta averiguar más sobre el retrato que colgaba de la pared, y sobre aquellos ojos azules que tanto habían llamado su atención y que tanta vida proyectaban.

—Responded a mi pregunta —le ordenó en tono afable, aunque firme.

—La antigua hechicera y su hijo ya no están con nosotros, mi señora.

—¿Queréis decir que se marcharon, o que...?

Kazum no pudo terminar la frase. La posibilidad de que aquel joven de mirada penetrante ya no estuviese vivo le provocó una punzada en el pecho, de la que ella misma se sorprendió.

—Ambos murieron, mi señora.

Su corazón se detuvo al instante y por un momento se olvidó de respirar.

—¿Es por eso que os quedáis ahí y no entráis? —masculló en cuanto volvió en sí, empleando su habitual mordacidad para ocultar lo que aquella noticia le había provocado.

Kazum detestaba la idea de mostrar su vulnerabilidad ante nadie, y no sintió remordimiento alguno en dirigirse de aquel modo hacia la doncella para protegerse. Para su sorpresa, la muerte de aquel joven le había afectado lo suficiente para pasar por alto la cordialidad que había entre ellas, y se sentía molesta con ella misma al descubrirlo. Era completamente ilógico y carecía de sentido que su ausencia la conmoviera de aquel modo, y aún menos cuando se trataba de un chico al que ni siquiera conocía, más allá de haberlo visto a través de una pintura.

—Por respeto, mi señora —respondió Lagar, sacándola de sus torturadores pensamientos.

—¿A quién, si aquí no hay nadie?

—A los difuntos, mi señora.

«Menuda estupidez».

—El castillo está lleno de retratos de personas que están muertas. ¿Qué diferencia hay con esta sala?

—Porque en esta sala murieron mi hijo y su mejor amigo —respondió la reina madre, apareciendo de pronto en la estancia, acompañada de Jareth, el hombre de la guardia que la seguía a todas partes y que también estaba retratado en el cuadro.

Su presencia, y aún más su respuesta, erizó la piel de Kazum. Ahora entendía por qué Lagar se había negado a entrar, aunque el modo en que la reina Miyah había pronunciado aquellas palabras aumentó todavía más su curiosidad.

—Majestad —la reverenció cuando la vio entrar en la sala. Fuera quedaron su hombre de la guardia y la doncella.

—Alteza —la saludó Miyah con una breve venia, mientras caminaba hacia ella.

—Lamento mucho saber esa aciaga noticia, mi señora —añadió manteniendo su postura.

—Levantaos —le ordenó la reina madre con un gesto con la mano cuando llegó a su posición—. Veo que habéis hallado la sala y el retrato —añadió girándose hacia el enorme cuadro que había colgado frente a ellas.

La seriedad de aquella mujer lograba ponerle los pelos de punta a Kazum. Desde su llegada, apenas habían cruzado unas pocas palabras y, aunque era consciente de la situación por la que estaba pasando tras el fallecimiento de su hijo Lintos, su regia aptitud, sus gestos pausados y su frío distanciamiento conseguían intimidarla.

—Solo sentí curiosidad al ver tanta luz —se justificó Kazum.

—Que penséis así me reconforta. Antes era sombría —aclaró la reina sin abandonar su semblante reservado.

—Me cuesta imaginarla como afirmáis viendo lo luminosa que es ahora —comentó la princesa de modo cordial, ocultando así la inquietud que aquella mujer le provocaba.

—Donde ahora veis esas cristaleras, antes solo había aspilleras entre enormes rocas de piedra que ordené que derribaran.

—Entonces debo felicitaros por vuestro acertado cambio, majestad.

Miyah se volvió hacia ella con un gesto que ni la princesa fue capaz de descifrar.

«Detesto que me mire así».

A pesar de lo mucho que la reina madre le imponía, Kazum le mantuvo la mirada durante lo que a ella le pareció una eternidad. Por la mente se le pasaron multitud de posibles reproches que Miyah podría tener guardados para ella, tal vez por estar allí o simplemente por querer mantener una conversación. Sin embargo, y para su sorpresa, la reina relajó su rostro y volvió la vista de nuevo hacia el cuadro.

—Mi intención no era decorar la sala, sino borrar las sombras y la oscuridad que desde aquel día este lugar significaba para mí —confesó Miyah sin ocultar su dolor—. Esa tarde, mi hijo Badel vino aquí con Durkán, el chico que está a la derecha —aclaró, señalándolo. Su voz quebrada dejó a Kazum sin aliento—. Eran inseparables —añadió con añoranza—, y demasiado rebeldes, si he de seros sincera. —Por un instante, la comisura de sus labios se curvó de forma

leve—. Nunca he conocido a nadie con tanta vida como la que ellos derrochaban —prosiguió alternando la mirada de uno al otro—. Pero su rebeldía acabó con la vida de ambos del modo más cruel que un ser humano puede soportar.

—¿Puedo preguntaros qué pasó? —se atrevió a cuestionar Kazum.

Tal vez su osadía le haría perder la confianza que la reina madre estaba mostrando en ella, pero necesitaba conocer la respuesta, su corazón no dejaba de latir con una fuerza arrolladora que ni siquiera ella, con su habitual frialdad, era capaz de apaciguar.

Miyah, confiando en la joven que tenía junto a ella, le contó que ambos llegaron allí a escondidas del rey Ingod y que, por algún descuido, fruto de sus continuas travesuras, murieron abrasados en un terrible incendio. Todo acabó en cenizas, excepto las esculturas y el cuadro que tenían frente a ellas.

Kazum no daba crédito. No podía ni imaginar una muerte más dolorosa que aquella, y por más que deseaba atreverse de hacerle miles de preguntas a la reina, las palabras acabaron muriendo en su boca.

—Esta es la única imagen que tengo de mi hijo Badel, y por eso vengo cada día a visitarlo —confesó la reina madre.

Por primera vez desde que la conociera, Kazum dejó de sentir temor hacia Miyah. Tras la frialdad que había percibido en ella, se ocultaba una mujer que albergaba un inmenso dolor, con una nobleza y elegancia innatas, que ni siquiera ella se veía capaz de alcanzar.

—¿Queréis saber lo más curioso de todo? —le planteó la reina volviéndose de nuevo hacia Su Alteza.

—Lo que vos gustéis, mi señora.

—Que ni Lintos ni mi difunto esposo permitieron que este cuadro saliese de aquí.

Era un detalle que la propia Kazum se había cuestionado, y quiso indagar.

—¿Puedo preguntaros por qué, majestad?

—Porque ninguno de ellos era tan bueno como Badel —respondió con pesar.

Y, de pronto, para su sorpresa, cambió su gesto y se volvió hacia ella.

—Marchaos de este lugar lo antes posible, alteza —la zarandéó, agarrándola de ambos brazos—. Alejaos todo lo que podáis y no volváis si queréis manteneros a salvo.

—Mi señora, debemos irnos —irrumpió el hombre de la guardia con gesto serio, llegando hasta ellas con grandes zancadas.

Decidido a llevarse a la reina consigo, Jareth agarró del brazo a Miyah y la sacó a toda prisa de la sala, sin concederle siquiera la oportunidad de despedirse. Sucedió tan rápido que Kazum no tuvo tiempo de reaccionar. Había visto verdadero temor en los ojos de la reina madre, y solo tenía clara una cosa. Aquel hombre ocultaba algo que, fuera lo que fuese, no quería que ella supiera.

Capítulo 10

Agusterra, diez años atrás

—Sois muy atrevida si pensáis ponerlos eso, Vigar —advirtió Gemar, sentada frente al hogar, cuando la vio a reaparecer en la sala con una capa verde.

—Sois la mejor hechicera del continente, ¿y no sabéis que vuestra mejor amiga es una atrevida? Me defraudáis —bromeó la Reina de águilas, de pie frente a ellas, girando sobre sí misma para mostrar con orgullo el modo en que ondeaba la tela de su nueva capa.

—A mí me parece hermosa, majestad —corroboró Katrid, sentada junto a la hechicera.

Las tres mujeres eran amigas desde la infancia, y solían reunirse en la casa de la Anciana Sabia a menudo para poder charlar con libertad y conferirse todo tipo de confidencias.

—¡Gracias! ¡Por fin alguien con gusto! —celebró Vigar, dedicándole una divertida mirada de reproche a Gemar.

La hechicera nunca había dado demasiada importancia al vestir. La austeridad y la humildad que la definían se reflejaban siempre en sus ropajes y en su modo de vida, y aunque la Reina de águilas solía insistir en que cambiara, Gemar nunca le hacía caso.

—¿No lo diréis por mí? —teatralizó la hechicera.

—¡Por supuesto que lo digo por vos! Aunque no sé ni para qué me molesto.

—Os queda maravillosa —admitió con una amplia sonrisa, sin ocultar la admiración que sentía hacia ella.

Vigar quiso agradecerle el gesto, cuando vio que de la lumbre salía una enorme llama.

—¡Gemar! —advirtió con temor, señalando hacia el fuego.

Esta, al ver su gesto, se volvió hacia el hogar con rapidez.

Gemar era la hechicera con mayor poder en el continente. Sus visiones no eran a través de las piedras como las de otros reinos, sino que ella podía predecir y revelar hechos venideros a través del fuego. Sus amigas conocían su capacidad, como también el presagio que auguraba una llama tan alta como aquella.

—Durkán —gimió incorporándose a toda prisa.

Acompañada de sus inseparables amigas, Gemar llegó al castillo de Agusterra con el corazón atronándole bajo el pecho. La visión había sido clara, y se adentró en la torre del homenaje sin dudar a dónde debía dirigirse para salvarlo.

Al llegar a la sala de las reliquias, vio el humo asomar bajo las puertas y un vasto tablero atravesándolas para impedir que se abrieran.

—¡Ayudadme! —le pidió a Vigar, para que lo cogiera desde el otro extremo y así poder quitarlo.

—El aire avivará el fuego —advirtió Katrid.

Gemar se detuvo y miró a ambas mujeres.

—Estáis a tiempo de marcharos si así lo queréis —insinuó con severidad.

—Jamás os abandonaré —aseguró Vigar.

—Ni yo —se unió la anciana.

Gemar, orgullosa de ellas, asintió en agradecimiento y agarró de nuevo el tablero por un extremo. Mientras Katrid vigilaba el pasillo, Vigar la ayudó a liberar las puertas. Cuando lo consiguieron, encontraron a Durkán inconsciente en el suelo entre una densa nube de irrespirable humo, rodeado de abrasadoras llamaradas. El crujir de la madera resonaba en toda la sala y amenazaba con derrumbarlo todo.

—Aún respira —suspiró aliviada cuando comprobó su pulso.

Por desgracia, no podía decir lo mismo de Badel. Su cuerpo yacía atrapado bajo uno de los cuadros, y partes de su cabeza esparcidas por el suelo.

—Saquémoslo de aquí —advirtió Vigar, al ver el dolor en su mirada.

—Apresuraos y marchaos —las alentó Katrid desde el pasillo.

—¿Y qué haréis vos? —le preguntó Gemar.

—Buscaré la manera de sustituir su cuerpo.

Aquellas palabras atravesaron el corazón de la hechicera. De ese modo, todo el mundo daría muerto a su hijo cuando hallaran un cadáver calcinado junto al de Badel.

—¿Y cómo pensáis hacerlo? —inquirió la Reina de águilas, sosteniendo sobre su hombro uno de los brazos de Durkán.

—Todos los días mueren jóvenes. ¡Largaos!

Gemar conocía los pasadizos secretos del castillo, varios reyes los habían ocultado durante diferentes reinados, pero sus visiones eran ajenas a la monarquía, y por ellos, ella y Vigar, lograron sacar a Durkán sano y salvo, conscientes de a dónde debían dirigirse.

Ya bajo el Roble Fresnal, con la cabeza sobre el regazo de su madre, Durkán recobraba el sentido gracias al ungüento que esta le había pasado una y otra vez por la nariz para que volviera en sí.

—Madre —carraspeó entre una seca tos—. ¿Cómo habéis...?

—Eso ahora no importa. Lo importante es que estáis vivo —celebró abrazándolo, estrechando su cabeza frente a su pecho.

—Badel... —balbuceó—. No he podido salvarlo.

—Lo sé, hijo. Pero debéis seguir adelante y marcharos cuanto antes.

Durkán hizo ademán de incorporarse, sin embargo, aún estaba demasiado débil y su madre lo instó a sentarse apoyado contra el tronco del Roble.

—Irme, ¿a dónde? —cuestionó.

—A un lugar donde nadie pueda encontraros —respondió la hechicera con lágrimas en los ojos—. Debéis viajar al futuro.

—No puedo, madre —la rebatió, separando la espalda del árbol—. Necesito vengar su muerte.

—No hay tiempo para eso, Durkán. Debéis ir, solo allí estaréis a salvo. Tomad esto —añadió Gemar entregándole una bolsa de piel que solía llevar consigo con unas pocas monedas de oro.

—Sé quién lo hizo —anunció de pronto con firmeza, negándose a obedecerla.

—Tendréis suficiente hasta que os enviemos más. Estaremos en contacto, os lo prometo — prosiguió la hechicera, obviando las palabras de su hijo.

—¿Me habéis escuchado? —insistió Durkán, decidido a confesar la verdad—. Vi cómo disparaba bolas de fuego con la ballesta desde el patio de entrenamiento.

—¿Estáis seguro de eso? —intervino Vigar.

—Sí, majestad. Lo vi con mis propios ojos, justo antes de que Badel...

Durkán no pudo acabar la frase. La imagen aún seguía viva en su retina y sabía que jamás lograría hacer que desapareciera.

—¿Quién ha sido? —insistió la Reina de águilas.

Gemar continuó en silencio.

—«La Bestia» —respondió Durkán, seguro de lo que decía y lo que ello suponía.

«La Bestia» era como apodaban al guerrero leal del rey Ingod. Era el hombre más grande y fuerte de todo su ejército, y solo aceptaba órdenes directas de Su Majestad.

—Eso significa que el rey ha ordenado la muerte de su propio hijo —gruñó sin ocultar el odio que sentía hacia el monarca.

—Así es, nos ha tendido una emboscada y pienso vengarme por ello —escupió Durkán, decidido a quedarse, aunque ello supusiera poner en riesgo su propia vida.

—No haréis tal cosa —intervino Gemar, con todo el dolor de su corazón.

—Madre, no podréis detenerme.

Vigar miró a su amiga, y supo por su mirada que había llegado el momento.

—Escuchad a vuestra madre —le rogó la Reina de águilas.

—No, mi señora, esta vez no —gruñó Durkán, incorporándose hasta quedar en pie, decidido a cumplir con su promesa. Su mejor amigo acababa de morir y él no había podido hacer nada para salvarlo, pero al menos, quedándose, tendría una oportunidad para limpiar su imagen e intentar vengar su muerte.

—Marchaos —insistió Gemar.

—¿Por qué os negáis a escucharme? —masculló—. Ese hombre ha matado a su propio hijo por considerarlo un rival para él. Badel hubiese sido mucho mejor rey de lo que él será jamás, por eso lo detestaba y no ha parado hasta acabar con su vida de la forma más ruin. Y todo para que sea Lintos quien ocupe su lugar en el trono, porque a él sí puede manejarlo. Y sí, madre, sé el riesgo que corro, creedme, pero no iré a ninguna parte hasta que...

—La emboscada no ha sido para acabar con la vida de Badel —lo interrumpió la hechicera con el alma rota en pedazos.

—Tenéis razón, casi nos mata a ambos de no ser por las dos —reconoció con agradecimiento—. Pero yo tan solo hubiese sido un daño colateral.

—Erráis de nuevo, hijo —aseguró con templanza la hechicera.

—¿Qué queréis decir? —inquirió Durkán con temor a conocer la respuesta.

—Lo que ha pasado hoy ha sido por mi culpa —confesó Gemar.

El joven no podía creer lo que acababa de decirle. Fuera lo que fuese que su madre hubiese hecho, jamás hubiese hecho nada para verse involucrada en un asesinato como el perpetrado por el rey.

—No digáis eso —le riñó Vigar.

—Es cierto, majestad —aseveró la hechicera—. Y quiero que sepáis que lo lamento

profundamente —añadió dirigiéndose a Durkán.

—Madre —susurró el joven sin entender a qué venía todo aquello.

—Hace diecisiete años cometí un error, y hoy he pagado por ello —anunció Gemar entre lágrimas—. Mi deber es enmendarlo y manteneros a salvo, hijo mío. La intención de Ingod no ha sido solo acabar con la vida de Badel, sino también con la vuestra. Vos también sois rival para él, pues no sois hijo de Jareth, sino el hijo bastardo del rey, y el verdadero heredero del reino.

Capítulo 11

Agusterra, Siglo XV

Tras su encuentro con la reina madre, Kazum salió de la sala de las reliquias recordando todo lo sucedido. El modo en que Jareth se la había llevado la había dejado sin habla, pero fue su advertencia la que la dejó realmente intrigada. Su Alteza se cuestionaba por qué la reina madre le había aconsejado que se marchara. «Alejaos todo lo que podáis y no volváis si queréis manteneros a salvo», habían sido sus palabras. Pero, ¿a salvo de quién? ¿Qué peligro corría en una fortaleza como aquella y en un reino que no había entrado en guerra en los últimos años?

Kazum sabía que el antiguo rey, Ingod, un hombre muy dado a la lucha y al enfrentamiento, había muerto en batalla precisamente en la última contienda a la que sometió al reino. Su hijo Lintos, en cambio, el monarca recién fallecido y motivo por el que se encontraba allí, prometió un reinado de paz al alzarse con la corona, como así sucedió. Ahora el país se encontraba en una apacible calma, y por ese motivo se cuestionaba cuál era el temor que sentía la reina madre para aconsejarle que se marchase del reino.

Pensaba en ello cuando, de camino al salón para reunirse con el resto de su familia, Kazum vio a la reina Sagrid charlando con una joven, que al instante despertó su instinto.

—¿Quién es? —le preguntó a la doncella Lagar, que volvía a acompañarla tras salir de la sala.

—Es Nijal, la hechicera del reino, mi señora.

«El reemplazo de Gemar».

Aquella joven poco tenía que ver con la mujer que ella había visto en el cuadro. Nijal, baja de estatura, de ojos claros y de pelo albino, como el tono de su piel, tenía un aspecto de lo más extraño. Había algo en ella que le provocaba recelo, e incluso cierto temor, a juzgar por el modo en que su vello se erizó conforme se acercaba.

—Kazum —se sorprendió la reina Sagrid al verla, interrumpiendo así su conversación con la hechicera—, qué sorpresa veros por aquí.

A esas alturas, Su Alteza tenía ya la certeza de que aquella zona del castillo no debía ser muy visitada por gente ajena al reino, aunque ello no le impidió acercarse hasta ellas para averiguar más sobre aquella singular hechicera y demostrar que ella era una invitada en la que podían confiar.

—Majestad —la saludó con una elegante reverencia—. Señora —añadió dirigiéndose a la joven, a pesar de la desconfianza que sentía hacia ella.

—Alteza, permitidme presentaros a Nijal, prima de sangre y hechicera de Reino de Águilas.

—Es un placer conoceros, princesa —dijo la joven, clavándole su azulada y penetrante mirada.

Su rostro aniñado contrastaba con el temor que desprendían sus ojos. Fríos y profundos, amenazaban con congelar la hoguera más alta posible.

Kazum sintió un escalofrío que le recorrió la columna de abajo arriba, hasta morir en la nuca.

—Sois muy amable, mi señora —mintió la princesa.

—Nijal es una poderosa hechicera, alteza —se apresuró en defender la reina—. Sus logros son conocidos incluso fuera de nuestras fronteras.

—Me alegra oír eso, majestad —volvió a mentir.

Kazum podía ser realmente mordaz con la palabra, pero también faltar a la verdad sin ser descubierta para mostrar condescendencia, cualidades que había aprendido con los años y que había perfeccionado con el paso del tiempo.

—Si alguna vez necesitáis de mis servicios, no dudéis en venir a visitarme, alteza —se ofreció la hechicera, señalando la puerta que había tras ellas.

«¿Su sala, tal vez?».

—Quedo agradecida por vuestra amabilidad —fingió de nuevo—. Si me permiten la licencia, he de despedirme para retomar mi paseo con Lagar —se excusó—. Se ha ofrecido para mostrarme el castillo y estoy deseando conocer sus maravillosos rincones.

—Por supuesto, alteza. Y disfrutad de un día tan hermoso y soleado como este para visitar los jardines de palacio —se despidió la reina.

Cuando ya sintió que se había alejado lo suficiente de ellas, Kazum se permitió soltar el aire que había estado reteniendo. Con aquel ya iban dos desencuentros seguidos y, como bien había dicho Sagrid, hacía un día hermoso para pasarlo entre paredes.

Kazum agradeció la compañía de Lagar durante el resto de la mañana. La decisión del rey de viajar sin doncellas se vio compensada con la amabilidad de la reina al ofrecerle a la joven. No hablaba en demasía, y su voz suave era un verdadero deleite para sus oídos, mientras le contaba y mostraba los principales y más emblemáticos lugares del castillo. La biblioteca fue todo un descubrimiento, aunque no tanto como lo que halló en el exterior.

Tal y como había imaginado, los jardines de palacio se convirtieron, sin duda, en su espacio predilecto. Su Alteza recobraba vida cuando se rodeaba de naturaleza, y aquel lugar era pura fantasía. Allí donde mirase encontraba una variedad de colores y plantas que no hacían más que aumentar su gran belleza. Y en el centro, rigiendo el espacio, una fuente aportaba mayor luz con sus aguas cristalinas. Sobre ella, una escultura representando un águila vigilante, llamó poderosamente su atención.

—Es realmente hermosa —susurró al detenerse frente a ella.

—Es el primer Águila Imperial, mi señora —le aclaró la doncella—. La leyenda cuenta que gracias a ella se creó Reino de Águilas.

—¿Qué ocurrió? —preguntó con curiosidad.

—Es una larga historia, alteza.

—Podéis contármela. Os aseguro que, de todas mis posesiones, de lo que más dispongo es de tiempo —reconoció con sarcasmo.

Lagar, al ver que mostraba verdadero interés por conocerla, comenzó su relato desde el principio.

—La historia se remonta a varios siglos atrás, cuando el rey que conquistó estas tierras abdicó la corona en favor de su primogénito Herol. Por aquel entonces la capital aún no existía, y el castillo no se había terminado de construir. El nuevo monarca continuó conforme a los deseos de su padre, y trajo consigo años de gloria y dicha para el país. Gentes de todas partes venían para asentarse y comenzar de nuevo, la mayoría en busca de una segunda oportunidad, y poco a poco el reino fue cobrando vida. Cuentan que fue la época más gloriosa, y que la paz y la armonía reinó entre los hombres. Pero esa etapa acabó cuando el rey Herol acogió a su primo Thirón, apodado como «el príncipe loco» por sus excesivas extravagancias y sus inexplicables e insensatas conductas, fruto de su excentricidad.

»Herol había acogido a Thirón por el aprecio y el cariño que le guardaba —prosiguió—, y no se negó a cumplir su deseo de añadir una torre a los planos iniciales de la fortaleza. Así fue como se alzó la torre más alta jamás construida, desde la que, según dicen, se podían ver las tierras, incluso más allá de las fronteras. Pero nadie, ni siquiera el rey Herol, imaginó jamás el verdadero destino que «el príncipe loco» tenía para aquella atalaya.

Kazum sintió un vuelco en el estómago. A lo largo de la historia, habían sido numerosos los hombres que, ansiando el poder, habían cometido multitud de crímenes para alzarse con la corona y ocupar el trono, y algo le decía que aquel relato no distaría mucho del resto. Ella conocía el significado de la traición, y no era difícil imaginar el final de aquel relato. Sin embargo, no estaba preparada para escuchar lo que la doncella le siguió contando...

»Durante la construcción de la torre —continuó Lagar—, «el príncipe loco» se hizo con un pequeño y leal ejército, a espaldas del rey. Tenía sus propios planes para la fortaleza y el reino, y cuando la obra terminó, mandó apresar Herol para encerrarlo en la parte más alta de la torre. Aprisionarlo en las mazmorras facilitaría su liberación por parte de su hueste, pues el monarca contaba con hombres fieles en su guardia, y aquel torreón, completamente infranqueable, era la mejor opción para que nadie pudiera rescatarlo. Para asegurarse de que su plan fuese aún más efectivo, ordenó derribar la escalera que había en su interior, dejando así que Herol muriera de inanición. De ese modo nadie podría alimentarlo, algo del todo imposible por la gran altura de la atalaya, y por la escasez y reducido tamaño de las aspilleras que él mismo se había encargado de diseñar, por las que apenas penetraba la luz.

Kazum se quedó sin aliento al escucharla. De todas las muertes posibles, aquella era, sin duda, la más perversa y cruel de todas. No podía ni imaginar lo doloroso que era acabar así, y su gesto la delató.

—No sufráis, alteza —le pidió la doncella al verla.

—Os pedí que me contarais la leyenda del Águila Imperial, y no sé qué tiene todo esto que ver con ella —puntualizó.

—Esa parte de la historia viene ahora, mi señora.

—Pues apresuraos —ordenó de forma fría, para ocultar que aquel relato le había provocado un nudo en la garganta.

—Por supuesto, alteza —confirmó la doncella—. Como os había dicho antes, cuando comencé a relataros la leyenda, el reino aún no tenía nombre. En estas tierras habitaban numerosas especies de animales, la cercanía a las montañas facilitaba mucho a ello, aunque lo que más abundaban eran las águilas, que surcaban los cielos con total libertad. De entre todas las aves, ellas eran las predilectas de Herol. El rey había prohibido apresarlas o cazarlas, y Thirón

abolió esa ley, como muchas otras, en cuanto ocupó su lugar en el trono.

»Convertido en el nuevo rey —prosiguió—, Thirón comenzó su gobierno aniquilando todo cuanto había hecho su antecesor. Su objetivo era transformar el reino a su imagen y semejanza, y los conflictos y cruzadas entre sus gentes no tardaron en llegar. El país que con esfuerzo habían levantado el padre de Herol y él mismo, en apenas unos días, Thirón lo convirtió en una ola de enfrentamientos. La sangre comenzó a correr por las calles y las águilas, protegidas hasta entonces, fueron atacadas y servidas en platos, convirtiéndose en el alimento predilecto del nuevo monarca, como símbolo de su victoria.

—Os ruego me digáis que ese malnacido recibió su merecido —apremió Kazum con pesar. El hecho de imaginar el sufrimiento de las pobres águilas le revolvió el estómago.

La doncella curvó sus labios antes de continuar el relato.

—Thirón ya había sido apodado entonces como «el rey loco». Él mismo se creía más inteligente que su antecesor, o que cualquier otro monarca, pero pasó por alto un detalle importante: la inteligencia y la fortaleza de las águilas.

—Bravo por ellas —murmuró Kazum, dando voz a sus pensamientos—. Continúa —le pidió para fingir que no había pasado nada.

—El tiempo de vida de un águila alcanza hasta los setenta años —explicó la doncella—, pero muchas no sobrepasaban ni su primer vuelo por culpa de Thirón. El número de ejemplares comenzó a bajar de forma drástica, las águilas morían por decenas cada día, y temían extinguirse. Según cuenta la leyenda —prosiguió—, las águilas, al ver que los hombres del rey mataban incluso a los aguiluchos recién nacidos, se presentaron ante su líder para pedir ayuda. Fue entonces cuando el Águila Imperial abandonó las montañas y decidió dar su vida por todas ellas. Aventurándose a acabar atravesada por una flecha, voló hasta la torre donde Thirón había encerrado a Herol. Malnutrido y empapado de su propio orín, lo creyó muerto al verlo a través de la espillera. Sin embargo, arriesgó su propio pico para salvarlo. El Águila Imperial golpeó con todas sus fuerzas contra las piedras, hasta abrir un hueco suficiente para poder acceder ante el que consideraba su verdadero rey.

»Cuando las águilas más adultas vieron lo que su líder había hecho por todas ellas, se unieron a él y, juntas, sacaron a Herol de la torre. Sobrevolaron la ciudad hasta llegar a las montañas, donde cuidaron de él hasta su completa recuperación. Cuando esto ocurrió, el rey se arrodilló ante el Águila Imperial, y le juró lealtad a ella y al resto de su bandada, prometiéndole protegerlas durante su reinado y los años venideros.

Las lágrimas empañaron la visión de Kazum, y cogió una rosa, fingiendo olerla, para no mostrar debilidad ante la doncella.

—El Águila Imperial —continuó Lagar—, agradecida por el gesto de Herol, lo nombró Rey de las águilas, jurándole igualmente fidelidad por el resto de los tiempos. El monarca les dio su palabra de denominar al reino en honor de las águilas, y juntos derrotaron a Thirón.

«¡Sí, joder, sí!».

—Y así nació el nombre del reino —apuntó Kazum.

—Así es, mi señora.

—Aunque lamento que el Águila Imperial perdiera su pico —reconoció, sin poder evitar apiadarse de ella.

—Os equivocáis, alteza —le rebatió Lagar—. A los seis meses de salvar a su Rey, el pico del

Águila Imperial volvió a renacer. Y no fue lo único que ocurrió. Durante ese tiempo, se arrancó las plumas y las garras.

—¿Y por qué haría algo así?

—Los picos de las águilas, al envejecer, crecen y se curvan hacia su pecho hasta lastimarlas. Sus plumas se tornan gruesas y se vuelven pesadas para volar, y sus garras se alargan demasiado y se debilitan. Les es imposible cazar a su presa y su única alternativa es dejarse morir. Sin embargo, desde que el Águila Imperial decidió sufrir aquella dolorosa y lenta transformación, su pico, sus alas y sus garras volvieron a nacer con más fuerza que nunca. Y desde entonces todas las águilas, al llegar a los cuarenta años, repiten este acto en su honor. Por eso muchas de ellas llegan hasta los setenta años de edad.

Majestuoso. Esa era la palabra que Kazum repetía en su mente una y otra vez. Aquella ceremonia, tomada por decisión propia, era digna de su total y completa admiración. Ella conocía la historia de los halcones, gracias a Lúnam, pero jamás hubiera esperado que las águilas fuesen animales tan fuertes, valientes y honorables para llevar a cabo una transformación tan dolorosa para sanarse a ellas mismas, para renacer y regresar con más fuerza que nunca.

Kazum ya no podía ocultarlo. Después de conocer aquel relato, sintió que ella también necesitaba sanarse a sí misma, borrar su pasado y sentirse tan libre como lo eran los que la rodeaban. De un modo que ni ella lograba explicar, se sintió identificada con las águilas, y fue entonces cuando supo que su amor por ellas... acababa de nacer en lo más profundo de su corazón.

Capítulo 12

Por la tarde, Kazum regresó a los jardines de palacio acompañada de las Reinas de halcones y lobos, de Visú y de las hechiceras de ambos reinos. A la mañana siguiente partirían de regreso a sus respectivos hogares, y Su Alteza quiso mostrarles la belleza de aquel lugar.

—Sin duda, es un jardín precioso —comentó Urkana.

—Demasiado cuidado y limpio para mi gusto —bromeó Visú, provocando la risa de todas, excepto la de Kazum.

—No sufráis —replicó esta—, ahora os llevaré a las caballerizas para que podáis estar en vuestro ambiente predilecto.

En esta ocasión, Visú fue la única que no rio.

—Estoy deseándolo, hermanita —le rebatió—. Aunque os advierto, por experiencia, que llevéis cuidado por donde pisáis, no vaya a ser que tropecéis y acabéis enlodando en cierto lugar donde los caballos excretan sus necesidades.

Aquello había sido una amenaza de pleno derecho, y Kazum la fulminó con la mirada.

—¡Jamás os daré la oportunidad de que me veáis así! —masculló, creyéndola completamente capaz de hacerlo.

—¿Quiere eso decir que ya no me llevaréis a las caballerizas? —dramatizó con sorna Visú—. Una lástima entonces, porque hubiese sido todo un espectáculo veros embadurnada en excrementos de caballo, hermana. Además, dicen que es bueno para la piel.

Kazum infló su rostro de aire al retener todo lo que deseaba soltarle, mientras las demás reían imaginando la escena.

—Nos quedaremos aquí, así estropearé vuestro plan y seré yo quien os vea lejos de vuestro ambiente —masculló retomando el paseo con la barbilla alta y la mirada al frente.

—Creo que esta vez la cosa ha quedado en empate —susurró Urkana al oído de Lúnam, pues a cuál de las dos disfrutaba más con cada enfrentamiento de las mellizas.

Durante el resto del paseo, Kazum no volvió a discutir con Visú, pero sí descubrió que esa misma tarde Aifos y Kirba tenían intención de bajar a la capital. Su Alteza había dejado de lado el asunto pendiente que tenía con ambas hechiceras para averiguar qué secreto llevaban entre manos y, de manera astuta, se las ingenió para compartir carruaje con ellas, con la excusa de comprar telas para nuevos vestidos.

De regreso al castillo, Kazum vio algo que llamó su atención, y se separó del resto del grupo. Un ave había salido de una de las ventanas de la torre y se había estampado contra un árbol. No había podido ver de qué especie se trataba, y se acercó para averiguarlo. Cuando lo hizo, el corazón se le contrajo de inmediato. Junto al tronco, en el suelo halló un aguilucho herido, con los ojos más tristes que había visto nunca.

—¿Qué os ha ocurrido? —murmuró acariciándolo.

Nunca antes se había atrevido a tocar una sola ave, pero aquella cría de águila le provocó una pena profunda.

Sin tomarse tiempo para meditarlo, al ver que el pobre animal no rehusaba sus caricias, lo tomó y lo acunó entre sus brazos. Desprendía un olor fuerte y desconocido para ella, que le recordaba al acero y a la sangre por su aroma metálico, y dedujo que había sido víctima de algún alquimista.

—¿Qué os han hecho? —cuestionó en un susurro, incapaz de asumir que en aquel castillo hubiese alguien con una mente tan enferma.

Apiadándose del aguilucho, siguió acariciándolo..., hasta que sus ojos se cerraron y su pequeño corazón dejó de latir.

Una parte de ella murió con él.

La pena contrajo su pecho, y lo llevó hasta la fuente central del jardín, bajo la figura del Águila Imperial. Desde que conociera su leyenda, Kazum se sentía diferente, no conocía qué otro sitio había designado para ellos, pero su instinto la arrastró hasta allí, creyendo que así encontraría el descanso y la paz que necesitaba.

Para su sorpresa, una sombra las cubrió a la cría y a ella. Alzó la mirada y vio a un águila enorme observándola a corta distancia. Era la primera vez que veía a una tan de cerca, y se sorprendió de su enorme tamaño. Debía medir al menos el doble de su altura con las alas extendidas, pero no sintió temor alguno. Kazum se limitó a observarlo en silencio, dejando el suficiente espacio para que actuara con total libertad. Lo vio descender y coger al aguilucho con sumo cuidado, para después alzar el vuelo y llevarlo consigo en dirección a las montañas.

Solo cuando la figura de ambos se desdibujó en el cielo, Kazum regresó a los pies de la ventana. Observó al lateral del castillo y, tras hacer un pequeño cálculo, se adentró en la torre decidida a averiguar quién había sido el responsable.

Recorrió el pasillo que creyó correcto, hasta detenerse frente a una de las puertas. No le quedaba la menor duda de que era allí, como tampoco de que aquel lugar le era familiar. Había estado allí antes, al encontrarse a la reina Sagrid con la hechicera Nijal. Kazum conocía de sobra cómo eran y qué métodos usaban las hechiceras, y sabía que ninguna de ellas practicaba la alquimia. En ningún reino se hubiese permitido jamás una práctica así, y pensó que, si estaba en lo cierto y Nijal lo hacía a espaldas de Su Majestad, esta debía saberlo.

Decidida a averiguar la verdad, llamó a la puerta. Nadie respondió al otro lado y, tras comprobar que en el pasillo tampoco había quien la observara, se atrevió a entrar. La ventana seguía abierta, aunque ni siquiera la luz que penetraba por ella era capaz de mitigar el horror que sintió al ver lo que aquella sala escondía. Ni en cien años que viviera hubiese sido capaz de imaginar un lugar tan aterrador y espeluznante como lo era aquel. Se estremeció al comprobar que era una especie de laboratorio. Había estantes por todas partes, repletos de tarros que contenían diferentes partes del cuerpo de águila bañados en líquido. Vísceras, patas, cerebros, ojos... Era escalofriante. Sobre la mesa se extendían decenas de artilugios metálicos que desconocía, y en uno de los rincones, una jaula abierta junto a una rama de árbol. El hedor, acorde con el resto de la sala, era insoportable. Provenía de una olla de barro enorme que se calentaba sobre el fuego de la chimenea.

Kazum sintió un urgente deseo por salir huyendo de allí. Toda la fuerza que había sentido al entrar se había esfumado en un abrir y cerrar de ojos, y se prometió a sí misma no regresar

jamás. Pero cuando se dirigía de nuevo hacia la puerta, un extraño ruido la sobresaltó. Era un cuervo blanco que había entrado por la ventana y que, tras asustarla, se posó sobre la rama que había visto antes junto a la jaula.

Había tenido más que suficiente. Corrió hacia la puerta, y salió sin mirar atrás.

Capítulo 13

Tras su descubrimiento, Kazum optó por guardar silencio. Tal vez su curiosidad en aquel castillo la estaba llevando a encontrarse con cosas demasiado extrañas que nunca debió ver, y decidió no decir nada al respecto para no ponerse en riesgo a ella misma, ni a ninguno de los suyos. Pese a no ser capaz de demostrar abiertamente sus sentimientos, Kazum supo que haría cuanto estuviera en su mano para protegerlos, aunque ello conllevara llevarse aquel secreto consigo a la tumba.

Es por ello que decidió centrarse en Aifos y Kirba. A pesar de no saber lo que ambas hechiceras llevaban entre manos, Kazum necesitaba alejarse por un tiempo del castillo, y visitar la ciudad era la excusa perfecta para hacerlo.

Al llegar a Agusterra, Su Alteza se separó de ellas fingiendo ir de compras. Había convencido al rey Jurón para que solo un guardia la acompañase, y este se sorprendió al ver que su misión pronto cambiaría. Al doblar la primera esquina, la princesa se detuvo y dio un giro a su rumbo para vigilar a las hechiceras. Kazum recordaba que tenían pensando visitar a una anciana, y las persiguió sin perderlas de vista, mezclándose entre la gente y sorteando puestos, calles y plazas, hasta verlas adentrarse en una vivienda que parecía haber vivido tiempos mejores. Aunque lo que más le sorprendió lo austera y antigua que parecía, comparado con las demás casas, sino el hecho de que de su chimenea saliese humo de color verde.

Eludiendo las preguntas que el guardia le hacía a Su Alteza, pues aquello parecía más bien una misión de espionaje que una ruta de compras, Kazum se acercó hasta la puerta de la vivienda.

—Quedaos aquí —le ordenó al guerrero.

—Alteza, tengo orden de protegeros. Debo acompañaros en todo momento y comprobar que ahí dentro no haya peligro para manteneros a salvo.

—¿Realmente pensáis que necesitare ayuda para protegerme de dos hechiceras que han venido a visitar a una anciana? Más bien la necesitaríais vos si entráis ahí, con tanta mujer. —El hombre tragó saliva solo de pensarlo. Tenía esposa y cuatro hijas, y se cuadró ante ella escogiendo hacer guardia en la puerta—. Tal y como que pensaba —se burló la princesa, justo antes de volverse para entrar.

Kazum se adentró en la vivienda con sigilo, siguiendo las voces de las hechiceras que provenían del fondo.

—Pasad, alteza, os estábamos esperando.

Aquella voz, sin embargo, no la reconoció. Fuera quien fuese quien le hubiera hablado, había notado su presencia, sin tan siquiera haber llegado al lugar donde se encontraban. Había llevado especial cuidado para no ser vista mientras las perseguía, y aún más para entrar allí.

Con cierta desconfianza y demasiada incertidumbre, Kazum siguió avanzando por aquella

ajada casa hasta llegar a una sala que, aunque deslucida y tan deteriorada como el exterior de la vivienda, era acogedora y poseía cierta calidez.

—Sed bienvenida a mi casa, alteza —la recibió con tono amable una mujer de avanzada edad, de aspecto mesurado y limpio, con un pañuelo en la cabeza, sentada frente al hogar.

A su lado, de pie, estaban Aifos y Kirba.

Kazum no recordaba el nombre de aquella mujer, pero sí que las hechiceras tenían intención de reunirse con ella. Tenía curiosidad por saber quién era, el motivo que las había llevado hasta allí y, sobre todo, averiguar por qué la estaban esperando precisamente a ella, cuando ni siquiera había avisado de su visita.

—Alteza —la saludó Kirba.

—Mi señora, ella es Katrid —anunció Aifos, señalando a la anciana.

Kazum, tras una casi inapreciable venia hacia ambas, las rebasó para llegar hasta la misteriosa mujer.

—¿Me esperabais? —cuestionó sin ocultar su asombro.

—Estaba escrito en vuestro destino que llegarais hoy aquí —aseguró la anciana.

Aifos fue la encargada de explicarle todo. Al parecer, ellas supieron en todo momento que la princesa las estaba escuchando en el jardín, y se habían encargado de que las siguieran hasta allí.

—¿Vuestro plan era que os persiguiera? —inquirió sin dar crédito.

—¿Hubieseis venido de pedirnos que lo hicierais? —cuestionó Kirba.

Por mucho que le costase reconocerlo, la hechicera de Lobos estaba en lo cierto. Ella jamás hubiese aceptado ir a una casa como aquella de habérselo pedido, y aún menos para conocer a una mujer de avanzada edad, que nada tenía que ver con ella.

—¿Qué dicta mi destino para traerme hasta vos? —le demandó a la tal Katrid, con cierto aire de soberbia.

Aquello no había sido más que una emboscada para arrastrarla hasta allí, se sentía utilizada, y no ocultó su molestia.

—Debíais conocer a alguien.

—¿A vos? —cuestionó alzando una ceja.

Kazum detestaba no poder controlar la situación, y aquellas tres mujeres, con su halo de misterio, solo lograban inquietarla.

—A mí no, mi señora. A ella —respondió la anciana dirigiendo la mirada hacia una cortina, que colgaba a modo de puerta, a escasa distancia de donde se encontraban.

—Acompañadme, mi señora —le pidió Aifos, señalando hacia aquel lugar que con tanto recelo custodiaban.

Pese a dudar un instante, Kazum aceptó. Con Aifos siempre le había unido una curiosa amistad, confiaba en ella, y si había llegado hasta allí no iba a desaprovechar la oportunidad que se le brindaba para averiguar de qué iba todo aquello.

Acompañada en todo momento por la hechicera, apartó la tupida cortina y se detuvo a un solo paso de ella al descubrir que se trataba de una alcoba. En el centro, sobre una modesta cama, descansaba una mujer de mediana edad, de pelo oscuro y gran belleza, aunque su salud se veía muy deteriorada.

—¿Quién es? —demandó en un susurro.

—Lo sabréis enseguida —aseguró la hechicera, invitándola a seguir.

Pero Kazum no se encontraba cómoda, e hizo el ademán de marcharse.

—No sé qué hago aquí.

—Es vuestro deber, mi señora —le aclaró, cogiéndola del brazo para evitar que se fuera.

—¿Mi deber era venir a esta... casa? ¿De verdad me habéis traído para ver a una enferma? —se quejó.

—De buena gana te daba una buena azotaina —respondió Aifos—. Entra ahí y deja de dar por culo.

Kazum se quedó perpleja al escucharla. Su hechicera recurría a su extraño lenguaje cada vez que se enfadaba, y había dejado claro que en aquella ocasión lo estaba.

—Si volvéis a hablarme así os juro que saldré por esa puerta y...

—No os molestéis con ella —intervino de pronto la mujer que yacía sobre la cama—. Fui yo quien les pidió que os trajeran hasta aquí.

Aquello resultaba aún más extraño, y Kazum no se movió por desconfianza.

—Sois tan hermosa como lo fue vuestra madre —añadió la mujer en un susurro. Su voz sonaba tan tenue, que la princesa se apiadó de ella al instante.

—¿Conocíais a mi madre? —preguntó con el corazón en un puño.

—Ella era la hija de la menor de mis hermanas.

Kazum se quedó sin aliento, no podía creer lo que acababa de escuchar, y su cuerpo, actuando por cuenta propia, tiró de ella hasta llegar a los pies de la cama.

—¿Era vuestra sobrina? ¿Entonces yo...? ¿Cómo...? ¿Cuándo...? —Las preguntas morían en su boca, a pesar del enorme deseo que sentía por hacerlas.

—Sois mi sobrina nieta —respondió la mujer—. Solo se me permitió veros a vos y a Visú cuando aún erais muy pequeñas —prosiguió con esfuerzo—, pero recuerdo que vos erais la más parecida a vuestra madre.

Kazum sintió una presión bajo el pecho que apenas le permitía respirar. De ser cierto, aquella misteriosa mujer que tenía ante ella era sangre de su sangre. Y su recuerdo, el mayor regalo que jamás hubo recibido.

Con un nudo en la garganta, se detuvo a contemplar con más detalle su rostro. Para su sorpresa, descubrió que tenía sus mismas facciones, y que el parecido entre ambas era innegable. Era real. Aquella mujer, cuyo nombre aún desconocía, era lo más cercano a una madre que había tenido nunca, y por su aspecto, sabía que no le quedaba demasiado tiempo para saber y disfrutar más de ella.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó con los ojos anegados en lágrimas.

—Vigar —respondió con esfuerzo, seguido de una tos tan profunda que acabó preocupando a todas.

Al instante, Kirba y la Anciana Sabia se presentaron en la alcoba. Esta última corrió a asistir a Vigar, incorporándola para darle a beber de un frasco pequeño que llevaba consigo.

—Vuestra tía está muy enferma, alteza —le comunicó Kirba a su lado.

—Nosotras responderemos a vuestras preguntas, mi señora —se le unió Aifos, decidida a sincerarse con ella.

—No —la interrumpió Vigar en cuanto se repuso—. Llevo esperando este momento demasiado tiempo, y quiero ser yo quien se lo diga.

«¿Decirme el qué?».

Pero Vigar siguió tosiendo a pesar de la medicina que su amiga Katrid le había ofrecido.

—Os estáis esforzando demasiado, majestad —le reprochó la anciana.

«¿Majestad?».

Pese a la calma que Kazum mostraba ante ellas, en su interior se fraguaba una auténtica batalla.

—Decidme qué está ocurriendo —le exigió a Aifos. La conocía más que al resto y confiaba en que la sacara de dudas.

—Alteza, vuestra tía es la Reina de águilas —aclaró.

—Y vos sois su heredera —añadió Kirba.

—Así está escrito —remató la Anciana Sabia.

—«Escrito», ¿dónde? —cuestionó Kazum.

—Miradlo por vos misma —respondió Katrid, ofreciéndole lo que parecía una hoja arrancada de un libro.

Aifos le explicó que Vigar lo había extraído del libro de la leyenda de la Reina de águilas que custodiaban los Tenos para evitar que llegase a las manos indebidas.

—Pero en este papel aparece el nombre de Ursena —balbuceó Kazum tras leerlo. Aunque al instante recordó que Teyra había cambiado su nombre a Lúnam, como Mary lo había hecho a Urkana.

—Es vuestro nombre de Reina, majestad —aclaró Vigar.

—Yo no quiero ese nombre —rebatía Kazum.

—Podéis mantener el vuestro, si así lo deseáis, tal y como hice yo.

—Y tampoco sé si quiero aceptar ser quien decís que soy —añadió la princesa, entregándole la hoja a Aifos.

Necesitaba algo de tiempo para procesar todo cuanto le estaban diciendo.

—Entiendo cómo os sentís, mi señora —aseguró Vigar—. Pero es vuestro destino.

—¿Y cómo sabéis que la persona que dicen las escrituras soy realmente yo? ¿Por qué no mi hermana, por ejemplo? Somos mellizas, tal vez os equivocáis y es ella la que...

—Los reyes de animales sagrados nombramos a nuestro heredero, ha sido así durante siglos —explicó Vigar—. Y yo os he escogido a vos.

—¿Os dais cuenta de la responsabilidad que pretendéis imponerme con un título así?

—Soy consciente de ello, alteza, pero las águilas os necesitan. Yo ya no puedo hacer nada por ellas, por eso es imprescindible que heredéis vuestro título y el poder que conlleva para salvarlas.

«El laboratorio».

Si sus sospechas eran ciertas, aquellas cuatro mujeres estaban al tanto de lo que ella había descubierto en el castillo de Agusterra. Y tal vez conociesen también el motivo de su existencia.

—«Salvarlas», ¿de qué? —tanteó intrigada, para averiguar si estaba en lo cierto.

—Más bien, la pregunta sería de quién —intervino Aifos, inquietándola aún más.

Kazum le demandó una explicación con la mirada, pero fue Vigar quien dio respuesta a su pregunta.

—Nijal —respondió tajante—. Se hace pasar por la hechicera del reino, pero en realidad no es más que una bruja de artes oscuras que está sometiendo a las águilas bajo hechizos para dominarlas. Pretende acabar con nuestra ley magna. Los animales sagrados son...

No pudo terminar la frase. Su tos empeoró.

—Sus pulmones no podrán aguantar mucho más —anunció con pesar Katrid.

En su mirada y en su modo de cuidarla se apreciaba lo mucho que la quería.

—No hay tiempo, alteza. Debéis aceptar quién sois y presentaros cuanto antes ante el actual Águila Imperial y las demás águilas —apremió Kirba.

—No —aseguró la propia Vigar—. Antes debe...

Su respiración era demasiado débil, y Katrid, pretendiendo ayudarla, intentó que bebiera de nuevo del frasco. Pero ella se negó a hacerlo.

—Ha llegado mi hora —aseguró Vigar, clavando su mirada en los ojos de su mejor amiga.

Su voz sonaba tan tenue que todas eran conscientes de que la muerte no tardaría en llevársela.

—Acercaos —le pidió a Kazum.

Su Alteza, sin dudarle un instante, se sentó junto a ella a un lado de la cama. Al otro lado, Katrid se alejaba un poco para darles más intimidad.

—Mi querida Kazum —susurró Vigar acariciándole el rostro—. Sois tan hermosa como lo fue vuestra madre. Sin duda habéis heredado su belleza, aunque no es el único legado que os dejó.

—¿Qué queréis decir? —preguntó con el corazón encogido.

—No he estado presente en vuestra vida, y me disculpo por ello, pero sé de buena mano que vuestra fuerza radica en el mismo lugar donde lo hacía la de vuestra madre. Aquí —indicó señalando el corazón de la princesa.

Kazum inclinó la cabeza. Aquella era la primera vez en toda su vida que alguien se dirigía a su corazón como el causante de su fuerza, cuando durante toda su existencia había tenido que escuchar que poseía un corazón frío y distante que la alejaba de todos.

—Kazum —prosiguió la Reina de águilas, alzándole el mentón con especial cariño—, sois una mujer increíblemente fuerte, mucho más de lo que pensáis. Yo lo sé, y es por eso que os escogí como mi sucesora, porque estoy segura de que no hay nadie mejor que vos.

Había tanto amor en sus palabras, que Kazum rompió a llorar. Ella nunca lo hacía, la habían educado para no derramar una sola lágrima y ocultar sus sentimientos. Pero allí estaba, mostrándose tal como era frente a una mujer que, a pesar de acabar de conocerla, pronto se vería obligada a despedirse de ella.

«¡No podéis iros! ¡No ahora que os he conocido!».

—Tomad esto —le ofreció Vigar, refiriéndose al collar que llevaba puesto, y que pudo quitarse gracias a la ayuda de Katrid—. Es el pico del primer Águila Imperial, el mayor amuleto jamás conocido en los reinos —aclaró con apenas un hilo de voz—. Con él hallaréis un gran poder, pero también una gran responsabilidad.

Kazum recordó al instante la leyenda que le había contado la doncella frente a la fuente de los jardines de palacio. Aquel debía de ser el segundo pico del Águila Imperial, tras perder el primero por salvar a su Rey de la torre.

Su Alteza lo tomó, y en cuanto se lo colgó al cuello, su cuerpo se estremeció.

—Ahora vos sois su Reina —murmuró Vigar—. Las águilas serán vuestros mayores y más leales súbditos, excepto las que están bajo el yugo de Nijal. Liberadlas, os lo ruego —suplicó, deteniéndose para toser—. Salvadlas de esa maldita mujer y preservar nuestra historia.

—Pero..., ¿cómo? —susurró Kazum entre sollozos.

—Hallaréis la forma de hacerlo. Aunque necesitaréis la ayuda del rey. Una Reina de animales sagrados carece de su poder sin su amuleto, pero también sin su rey.

—Lamento decirlo que Lintos ha muerto, majestad.

—No me refiero a él, sino al legítimo y verdadero rey.

Kazum pensó que el delirio hablaba por ella. Estaba demasiado débil, y su raciocinio parecía abandonarla, como lo haría muy pronto su alma.

Con la mirada, Vigar le hizo una señal a su vieja amiga Katrid, y esta, sabiendo que había llegado el momento, trajo consigo una prenda doblada de color verde que entregó a la princesa.

—Mi capa es ahora vuestra, Kazum —anunció la ya emérita Reina de águilas.

La princesa se emocionó al verla. Era la tela más hermosa que había visto jamás.

—No he podido escribir una misiva, pero con ella el rey os reconocerá y sabrá quién sois —prosiguió Vigar con mucha dificultad. Los silbidos de su respiración se entremezclaban con su débil voz—. Traed a Durkán de vuelta... y salvad el reino..., majestad.

Y entonces ocurrió.

El corazón de la última Reina de águilas dejó de latir.

Y otro lo hizo con fuerza sobre el suyo, cuando Kazum lloró desconsolada, abrazada a su pecho, sintiendo aquella amarga sensación de abandono que tanto conocía. La figura más cercana a una madre que había tenido nunca se había marchado para siempre, y ella volvía a quedarse sola, desamparada, y con una responsabilidad que nunca creyó que el destino le depararía.

Sin embargo, entre aquella oscuridad, un halo de luz alumbró de esperanza a la princesa. Sus destellos, azules como los ojos que había visto en el cuadro, recobraron su fuerza. Durkán no había muerto, seguía con vida, al igual que su interior, que volvía a renacer, tal y como les ocurría a las águilas al llegar a la madurez.

Y, ante el asombro de las tres mujeres, Kazum se incorporó y se dirigió a ellas con envidiable entereza.

—Decidme a dónde he de ir para hallar al rey y traerlo de vuelta.

En aquel instante, orgullosas y frente a ella, Aifos, Kirba y Katrid supieron que acababan de asistir... al nacimiento de la nueva Reina de águilas.

Capítulo 14

Madrid, en la actualidad

Durkán se había encerrado en su despacho para leer aquella carta que supo reconocer al instante. El tipo de papel y el sello no dejaban lugar a dudas. Era de Vigar. La Reina de águilas era la única que sabía dónde se encontraba y solía escribirle tras algún acontecimiento de interés acaecido en Agusterra, cumpliendo con la promesa que su madre le había hecho bajo el Roble Fresnal, hacía ya más de diez años.

Desempolvar los recuerdos y reencontrarse con el pasado nunca resultaba sencillo, pero Durkán agradecía recibir aquellas misivas. Saber de lo acaecido en el reino, lograba que todo aquello que había dejado atrás, y que solo conservaba en su memoria, recobrara vida y fuese real. Tan real como la rabia y el dolor que sintió cuando supo de la muerte de su madre, al poco tiempo de que él llegase a Madrid; o el alivio y la dicha que halló posteriormente al conocer el fallecimiento del rey Ingod. Durkán aún recordaba la borrachera que cogió aquella noche en su apartamento al celebrarlo. Aquel hombre, al que jamás consideraría como a un padre, había intentado matarlo y le arrebató al ser que más quería delante de sus ojos.

Sin embargo, aquella mañana Durkán se sintió algo intranquilo al romper el sello de lacre. Desconocía por completo qué noticia le aguardaba en aquella carta, y exhaló con fuerza antes de abrirla.

Mi querido Durkán,

Lamento no poder extenderme más en esta misiva y preguntaros cuán generosa está siendo la vida con vos, pero el tiempo apremia y debo contaros la situación que vive el reino.

El rey Lintos ha muerto. Ha llegado el momento de que todos sepan la verdad y de que regreséis para ocupar el lugar que os corresponde en el trono. Vuestro trono. Sois el heredero y el verdadero rey, y es vuestro deber salvar al reino del terror que le aguarda.

Solo espero que lo hagáis a tiempo para poder despedirme de vos como quisiera. Y de no ser así, tomad estas líneas como una despedida hacia vos. Mi misión estos diez años ha sido la de velar por vos y manteneros informado acerca del reino, pero los viajes en el tiempo debilitan en demasía, y yo he sobrepasado el límite. Tal vez esta sea mi última carta, aunque no quisiera abandonar este mundo sin haceros saber que para mí ha sido un verdadero honor cumplir con la promesa que os hizo vuestra madre bajo el Roble. Ella fue para mí mucho más que una amiga, era sangre de mi sangre, y es por eso que mi lealtad hacia ella la conduje hacia vos, pues sois mi rey y os serviré con orgullo mientras me quede un poco de aliento.

En cuanto a mí, no debéis preocuparos. Mi vida dedicada a las águilas ha sido plena. Ellas lo son todo para mí y para el reino, y ya me he asegurado de que mi sucesora venga a verme para heredar mi reinado. Las águilas están en peligro, y yo ya no puedo hacer nada por

salvarlas. Le corresponderá a la nueva Reina tal responsabilidad, como os corresponde a vos regresar al reino y alzaros como el legítimo rey.

Sé que seréis el mejor monarca que tendrá Reino de Águilas, como también que vuestro poder os ayudará a ello. Ningún otro rey a lo largo de la historia ha sido también hechicero. Vos lo heredasteis de vuestra madre, lo que os otorga el mayor poder jamás conocido a lo largo y ancho del continente. Sé que seréis digno de ella, como también de vuestro reino que os aguarda.

Vuestra siempre,

Vigar.

Reina de águilas.

Durkán arrugó la carta con fuerza antes de lanzarla contra la pared. La pérdida de Vigar era una muerte más que añadir a la larga lista que Ingod había dejado en el camino. Estaba seguro de que, de no haber sido por el viejo monarca, su madre y la Reina de águilas seguirían aún con vida, y él estaría en el reino al que pertenecía, como guerrero o tal vez como un miembro más de la corte.

Furioso, sacó su móvil para hacer una llamada. En su agenda solo había tres contactos de teléfono, y él era uno de ellos.

—Ronco —respondió una voz al otro lado.

—¿Puedes venir ahora?

—¿Es una pregunta?

—No —respondió Durkán con firmeza.

—Lo imaginaba. En diez minutos estoy ahí.

Ronco era la única persona, junto con Teo, en la que él confiaba. Empezar una nueva vida en una época y ciudad tan lejanas a la suya no fue nada fácil, pero ellos aparecieron en el momento preciso para que Durkán pudiese comenzar de cero.

En el caso de Ronco, lo había conocido nada más llegar. Durkán acababa de viajar a través del Roble, apareciendo en mitad de un arroyo. Era otoño, hacía un frío de mil demonios y, al salir, una extraña carreta con ruedas gigantes se detuvo ante él. Era un tractor. Ronco lo conducía de vuelta a la finca tras un día agotador cuando, a mitad del camino, le pareció ver a un jabalí saliendo del agua. Sin pensárselo dos veces, pisó el freno y detuvo el motor en mitad del sendero. Él era un granjero amante de la forja que fabricaba espadas en su tiempo libre, y siempre llevaba una consigo por lo que pudiera pasar. Así pues, decidido a llevarse a aquel animal a casa para llenar su nevera durante semanas, bajó del tractor con su acero en mano.

Durkán, al ver que un hombre que le sobrepasaba al menos un palmo en altura iba directo hacia él portando una espada, optó por enfrentarse a él. No tenía nada que perder, puesto que el viaje no había funcionado y seguía en Agusterra frente a un hombre dispuesto a acabar con su vida.

—¿Os ha enviado él? —masculló refiriéndose al rey, pese saberse desarmado y en clara desventaja.

—¡Coño! —soltó Ronco, al darse cuenta de que no era un animal, sino un joven empapado y lleno de barro—. Tú no eres un jabalí.

—No, pero puedo ser tan fiero como él si pretendéis atacarme.

Ronco se volvió para comprobar si había alguien detrás de él, pero al ver que allí no había

nadie, dedujo que estaba borracho y que se habría escapado de alguna casa o finca de la zona en la que se hospedara.

—Deberías regresar, muchacho, y no andar por ahí asustando a la gente —le advirtió de regreso al tractor.

—¿Os marcháis sin más? —cuestionó Durkán con asombro. No sabía muy bien el motivo, pero aquel hombre había optado por salvarle la vida.

—Mira, chaval, estoy deseando llegar a casa y darme una buena ducha. Pero, si quieres, puedo acercarte.

Fue así como comenzó su amistad que ya duraba diez años. Durkán apreciaba a Ronco más que a cualquier otra persona allí, y aquella mañana lo llamó para adelantar su entrenamiento.

—¿Alguna mujer te ha dado problemas y ha provocado que me llames antes de tiempo? —le preguntó nada más entrar por la puerta de su despacho.

—Sabes de sobra que ninguna mujer me afectaría hasta ese punto —respondió recibéndolo con un afectuoso saludo.

—Eso lo dices ahora. Espera a casarte y verás de lo que es capaz una mujer —se burló Ronco.

—Ese día no llegará, así que no tienes de qué preocuparte —remató Durkán.

Ronco, llamado así por un apodo que le venía de familia, se había jubilado a una temprana edad y se dedicaba a su verdadera pasión: la forja y la lucha con espadas. Había crecido en una familia con seis hermanos, y desde siempre tuvo destreza con el acero. Durkán supo de todo ello cuando el hombre lo acogió en su casa durante un tiempo, y le pidió que le enseñara. En Agusterra había aprendido a manejar un poco la espada, pero no a defenderse en el cuerpo a cuerpo frente a un contrincante experto como lo era Ronco.

—¿No vas a decirme qué te ocurre? —demandó el hombre cuando ambos llegaron al granero, lugar donde se guardaban las balas de heno, y donde ambos entrenaban varias tardes a la semana.

—Desenvaina tu espada y empecemos —ordenó Durkán cogiendo la suya, que colgaba de una de las paredes de la nave.

—Por tu reacción, ya veo que es importante. Aunque temo que, sea lo que sea que te preocupa, pueda descentrarte.

—Si dejaras de gastar saliva, lo averiguarías por ti mismo —defendió con firmeza Durkán.

—Veamos de lo que eres capaz —amenazó blandiendo su espada, dispuesto a ponerlo a prueba.

Durante un buen rato, Ronco entrenó a Durkán.

—Esquiva los golpes... Busca los puntos flacos... Evita mellar el filo... No pierdas de vista el arma de tu contrincante... —siguió diciéndole mientras luchaban.

Sin embargo, el joven empresario cometía siempre los mismos errores y Ronco acababa desarmándolo, amenazando con la punta de su acero la garganta de su alumno.

—Otra vez —insistió Durkán, negándose a aceptar cada una de aquellas derrotas.

Estaba empapado en sudor como nunca lo había visto, pero no era su aspecto ni el brillo de su piel lo que intranquilizaba a Ronco, sino el incansable interés que el joven mostraba y, sobre todo, su oscura mirada. En ella había rabia y resentimiento, imposibles de ocultar.

—¿Vas a contarme ya qué te pasa? —insistió Ronco, retomando la lucha entre ambos.

—Necesito entrenar..., eso es todo —respondió con la respiración agitada por el esfuerzo.

—Claro, y yo me he caído de un nido —se mofó.

—¿«De un nido»? —repitió sin entenderlo.

—¿Tampoco conoces esa expresión? —cuestionó con asombro Ronco. El sonido del acero al chocar resonaba en toda la nave—. A veces me pregunto de dónde has salido.

—Eso es algo que nunca voy a responderte —remató Durkán con orgullo, tras desarmar a su amigo—. Por fin el alumno supera al maestro —celebró acercándose triunfante hacia él.

—No lo suficiente —le rebatió Ronco, sacando de su bota un cuchillo, que al instante colocó frente al cuello de Durkán—. El adversario siempre puede sorprenderte y debes estar preparado.

—¡Joder! —masculló alejándose para recoger la espada de su contrincante del suelo.

Ambos estaban exhaustos.

—Estoy cansado. Creo que por hoy es suficiente —advirtió Ronco cuando aquel se la entregó.

—No, no lo es. Sigamos —exhaló, decidido a continuar con la clase.

Pero Ronco no se movió y se quedó parado ante él.

—Durkán, te conozco desde hace diez años y aún no sé por qué tanto empeño. Dime, al menos, para qué te preparas.

«Es mejor que no lo sepas».

—Solo quiero ganarte. Llámalo orgullo propio —mintió.

—Te llevo entrenando demasiado tiempo y...

—Lo sé —lo interrumpió—, y te pago por ello.

En realidad, cobraba más que cualquier entrenador personal. Pero no era una cuestión de dinero. Ronco se preocupaba realmente por él, y quiso sincerarse por la amistad que los unía.

—Siempre he respetado tu hermetismo a la hora de no hablar de tu pasado, pero eres mi amigo, te aprecio más de lo que puedas imaginar, y es por eso que debo ser franco contigo. Estás lleno de ira, y por experiencia sé que no es bueno.

—Déjate de psicoanálisis y sigamos —insistió.

—No voy a hacerlo, tío. Hoy no.

Por mucho que lo lamentase, tenía que presionarle para que se diera cuenta de que aquel camino no iba a llevarlo a ninguna parte.

—¿Estás diciendo que te niegas a entrenarme?

—Solo digo que lo dejamos por hoy.

Lo escuchó murmurar algo, pero no logró entender muy bien lo que era.

—No sé qué te pasó, pero sea lo que sea, es mejor que lo dejes donde está —le aconsejó Ronco con la respiración mucho más calmada—. Solo tú decides si darle al pasado el poder suficiente para estropear el presente. Y créeme, sé de lo que hablo.

—No creo que lo tuyo tenga nada que ver con lo mío —gruñó, molesto por no poder borrar su vida y hacer como si no hubiese existido.

—Durkán, no soy idiota. Supe desde el primer día que esto para ti no era un mero entrenamiento, y sí, ya sé que no quieres contarme nada, pero soy tu amigo, y me veo en la obligación moral de decirte que, si no controlas tu ira, ella acabará destruyéndote a ti. Piensa bien antes de actuar, porque si permites que la ira domine tus emociones perderás el control. Y solo con control..., vencerás a tus miedos y al demonio al que te enfrentas.

Aquellas palabras fueron como puñales atravesándole el pecho. Todo cuanto su amigo le

había dicho era real. Sabía que estaba en lo cierto, pero necesitaba aquel entrenamiento para asegurarse de que podía cumplir con su deber. La única verdad era que aún no estaba preparado, no podía regresar a su reino, tal y como le había pedido Vigar en aquella carta, si no era capaz de vencer a «la Bestia» para vengar la muerte de Badel y la de su propia madre. Gemar murió de pena al poco tiempo de que él viajase al siglo en el que se encontraba, y él era el único responsable. Habían pasado diez años, Durkán ya no era aquel niño asustadizo que se vio obligado a abandonar su reino para salvar su vida, pero aún no era lo suficientemente fuerte para enfrentarse al hombre que intentó asesinarlo. Necesitaba seguir entrenando, mejorar en su lucha para no acabar desangrado ante el acero de aquel gigante «mata niños» del que no había logrado librarse. Durante el día, se aferraba a la idea de poder derrotarlo porque, al caer la noche, era su imagen y la de Badel bajo aquel cuadro, entre las llamas, las que se aparecían cuando dormía. Aquellas pesadillas seguían tan vivas como el primer día, tanto como su deseo de venganza a su regreso al reino.

Incapaz de traicionar el recuerdo de su amigo y de inquietar al que ahora tenía ante él, Durkán dejó la espada y, sin tan siquiera despedirse, se marchó con paso firme. Ronco estaba en lo cierto, pero no conocía la verdad a la que él se enfrentaba.

Necesitaba largarse de allí, poner en claro sus pensamientos, y solo había un lugar donde poder hacerlo: el arroyo que, con Acero, visitaba cada día..., desde hacía ya más de diez años.

Capítulo 15

Agusterra, siglo XV

Kazum regresó al castillo de Agusterra con la certeza de mantener en secreto el título que acababa de heredar para que no llegase a oídos de Nijal. El futuro de Reino de Águilas corría un serio peligro si no traía de vuelta a su legítimo rey. Una Reina de animales sagrados carecía de su poder sin el monarca de su reino, y la fuerza de las águilas se debilitaba si ambos no ocupaban su lugar, conforme a las divinas escrituras.

En muy poco tiempo había asumido su nueva posición. Su conexión con Vigar había sido tan fuerte que ni siquiera ella era capaz de explicarla. Entre ambas no solo existía una unión sanguínea, se había forjado un vínculo extraordinario, casi mágico, que las mantendría unidas por y para siempre.

Sin embargo, la idea de viajar en el tiempo lograba inquietarla.

Katrid, la Anciana Sabia, le había explicado lo que ocurrió realmente aquella tarde en la que salvaron a Durkán de una terrible muerte. Enviarlo al futuro fue el único modo de protegerlo, pues nadie en el reino, aparte de ella, Vigar y Gemar, o el propio Ingod, tenía conocimiento de que él fuese el hijo bastardo del rey. Ahora que Lintos había fallecido, Durkán debía ocupar su lugar en el trono y salvar al reino de una muerte segura.

Kazum se cuestionaba lo que podría ocurrir si Durkán se negaba a regresar a Agusterra. Después de tanto tiempo tan alejado del reino, cabía la posibilidad de que hubiese rehecho su vida y de que se negase a viajar a una época que había dejado atrás hacía ya más de diez años. Por las cosas que Aifos le había contado, sabía que en el futuro existían muchas comodidades que ahora eran impensables, y tal vez el heredero al trono se aferraría a ellas hasta el punto de no querer abandonarlas.

Su misión se complicaba aún más al saber que Durkán, además de rey, había heredado el título de hechicero del reino. El país entero lo necesitaba, y sobre Kazum recaía la gran responsabilidad de traerlo de vuelta.

Al caer la noche, la mayoría de los monarcas que habían acudido al entierro del rey Lintos ya se habían marchado. Solo el rey de Panteras, con su esposa, y la familia de Kazum y la de Lobos, permanecían aún en el castillo, junto con el resto de nobles y caballeros del reino, que muy pronto partirían de regreso a sus lugares de origen.

En el salón, la reina Sagrid los agasajaba a todos con un sabroso banquete para cenar a modo de despedida. A su lado, Miyah escuchaba cómo su nuera charlaba con unos y otros, sin apenas dirigirle la palabra. Aquel hecho no parecía asombrar a nadie, sin embargo, para Kazum, era la

prueba irrefutable de que ambas mujeres se detestaban, aunque era la diferencia que existía entre ambas lo que en verdad lograba inquietarla. Mientras que una era amable con ella y le hacía sentir como en casa, la otra le resultaba misteriosa, y aún más tras el insólito consejo que le había dado en la sala de las reliquias antes de que Jareth la sacara de allí, casi a la fuerza.

Buena prueba de la amabilidad de Sagrid quedó demostrada en aquella cena. Su Majestad tenía verdadero interés en ser una buena anfitriona, y curioseó entre sus invitados para saber si su estancia en el castillo había sido de su agrado.

Pese a las circunstancias que los había llevado hasta allí, la Reina de halcones respondía con agradecimiento que había sido placentera, cuando Sagrid los sorprendió a todos con una proposición que nadie esperaba.

—Rey Jurón, permitidme alojar a la princesa Kazum y convertirla en mi invitada durante un tiempo. Me consta que a Su Alteza le agrada nuestro castillo, y no me vendría mal tener una amiga, dado el aciago acontecimiento que por desgracia acabamos de vivir.

Aquello asombró y pilló por sorpresa a la propia Kazum, como también alarmó a la reina madre, a juzgar por su mirada. Al instante la princesa se convirtió en el centro de atención, todos en el salón la miraban, sobre todo Visú, que no dudó en aprovechar la ocasión para arremeter contra su hermana.

—Quedaos, así nos libramos de vos durante un tiempo —murmuró divertida.

Con todo lo que se le venía encima, lo que menos le preocupaba a Kazum era discutir con ella, pero debía hacerlo para no levantar sospechas.

—Preguntaros por qué me ha invitado a mí y no a vos —defendió Kazum, fingiendo molestia.

—No preciso hacer tal cosa, hermana. Aceptad la propuesta de la reina Sagrid, así el deseo de ambas se verá cumplido.

—Majestad —respondió Jurón—, estáis en vuestro derecho de alojarla, aunque no debéis preguntarme a mí, sino a ella.

—¿Le concedéis tal poder a una mujer? —intervino el rey de Panteras, un hombre de aspecto vikingo y voz grave, cuyo pelaje recordaba más al de un león salvaje que al de un monarca—. ¿Acaso ya no tenéis huevos bajo vuestra diminuta verga? —se mofó entre sonoras carcajadas, que retumbaron con lozanía en las paredes de piedra.

Lúnam lo fulminó con la mirada, y a ella se unieron Urkana y Visú.

—¿Queréis comprobarlo por vos mismo, majestad? —le rebatió Jurón sin mostrar enfado alguno—. Estaré encantado de dar respuesta a vuestra pregunta si tanto os inquieta.

Su provocadora propuesta provocó las risas de todo el salón.

—¡Maldito cabrón!

—Esposo, dejadlo ya —le pidió la reina de Panteras.

—¡Silencio, mujer! —le gritó delante de todos.

La reina agachó la cabeza y no abrió la boca más durante el resto de la cena.

—Si pudiera le daba su merecido —masculló Visú entre dientes, fulminándolo con la mirada.

Kazum vio cómo su hermana cogía el cuchillo por el mango y no pudo evitar curvar sus labios.

—Vuestra inconsciencia arrebatada a vuestra valentía la capacidad de la victoria —le recordó Kazum—. Esa bestia podría partiros en dos con solo poner una mano encima.

—Le sesgaría la garganta antes siquiera de que intentara hacerlo —aseguró Visú.

En el fondo, Kazum entendía a su hermana. En la época en la que ellas vivían, las mujeres carecían del poder de los hombres, pero Visú era demasiado atrevida. La influencia que Aifos ejercía sobre ella al pasar tanto tiempo juntas se reflejaba en su imprudente osadía. La hechicera de Halcones le había enseñado demasiadas cosas del futuro que no beneficiaban en nada a la princesa, y Kazum temía por ella.

—Alteza —intervino la reina Sagrid dirigiéndose a ella, con la firme intención de retomar el asunto que ella misma había iniciado—. ¿Tenéis una respuesta para darme?

Kazum se tomó un instante para contestar. El hecho de que Su Majestad la hubiese invitado personalmente, y que delante de todos la hubiese catalogado como a una amiga, la enorgullecía sobremanera. Era cierto que se había quedado prendada del castillo nada más verlo, y que había deseado disfrutar del lujo que este le brindaba. Pero también sabía que debía abandonarlo en breve para ir en busca de Durkán. Aifos le había asegurado que, al viajar al futuro, el tiempo era relativo en uno y en otro lado, y desconocía si, al aceptar, la reina notaría su ausencia en caso de que retrasara en demasía su regreso.

De todos modos, necesitaba un motivo para alargar su estancia hasta su partida, y alojarse como invitada en el castillo le concedía la excusa perfecta para hacerlo. Kazum desconocía lo que le aguardaba el destino, y tal vez se enfrentaba a peligros que pondrían en riesgo su vida o la de la gente a la que amaba. Cabía la posibilidad, incluso, de que aquella fuese la última vez que viera a su familia, pero ella ya no era la mujer que días atrás había llegado a Agusterra. Había asumido su posición y su título, y como Reina de águilas, debía cumplir con su deber.

—Será un honor para mí aceptar vuestra invitación, majestad —le respondió finalmente, pese a ganarse con ello la reprochadora mirada de la reina madre.

Aquella mujer la desconcertaba, y comenzó a sospechar que tal vez ella estuviera detrás de lo que Nijal hacía en su aterrador laboratorio.

—¡Perfecto! Sentíos como en casa entonces, alteza —celebró Sagrid—. Y cuidado, Jurón —añadió dirigiéndose a él entre risas—, puede que no os la devuelva.

—Espero que sí, majestad —respondió aquel.

—Pues yo espero que no —añadió Visú, intentando hacerla rabiar una vez más.

Kazum le dio un codazo, sabiendo lo mucho que echaría de menos aquellas peleas.

Al acabar la cena, cuando todos se disponían a regresar a sus aposentos, Sagrid insistió en dar un paseo con Kazum. La reina adoraba pasear de noche por los jardines de palacio, cuando la luz de las antorchas alumbraba sus románticos caminos y la algarabía daba paso a una sosegada calma.

Mientras se dirigían hacia allí, seguidas a pocos pasos de «la Bestia», el guardia personal de la reina, Sagrid se desvivió en halagos hacia su castillo y alentó a la princesa del modo de vida que le esperaba al haber aceptado su invitación. Pero Kazum tenía demasiado en lo que pensar, en su mente repasaba una y otra vez los consejos que las hechiceras le habían dado y el plan que había urdido con Katrid para llegar al Roble Fresnal al día siguiente, y por un momento, entre tanta lisonja, dejó de escucharla.

—Alteza, ¿habéis oído lo que os he dicho? —cuestionó la reina al notarla tan ausente.

—Disculpad, majestad. Pensaba en mi familia —mintió.

—Imagino por lo que estáis pasando —la compadeció Sagrid, agarrándose de su brazo—. Cuando llegué aquí, me sentí igual que vos.

—¿De dónde sois, mi señora? —cuestionó curiosa.

—De Reino de Leones —respondió la reina con cierto gesto nostálgico—. Mi difunto esposo vino por cuestiones políticas a visitar al rey Minós, y este organizó una fiesta en su honor, a la que todas las familias nobles fueron invitadas. Entre ellas la mía. A partir de ahí, ya podéis imaginaros lo que ocurrió.

—¿Amor a primera vista?

—No en mi caso, si he de seros sincera —reconoció al detenerse frente a unos tulipanes—. Ya sabéis cómo son estos asuntos. Lintos habló con mi padre, y ambos acordaron nuestro matrimonio —resumió Sagrid, entregándole la flor que acababa de arrancar para ella.

Kazum agradeció su gesto, y ambas retomaron el paseo.

Las cuestiones del amor siempre habían sido de su interés, y se atrevió a seguir hablando de ello.

—¿Puedo preguntaros algo, majestad?

—Por supuesto, querida. Os invité porque confío en que seamos amigas, así que, preguntad sin temor.

—¿Amasteis a vuestro esposo?

—Lo cierto es que sí.

—Y supongo..., que él también a vos.

La reina se tomó un instante antes de proseguir.

—Os diré una cosa en confianza, alteza —advirtió con complicidad—. Los hombres solo tienen corazón para amar a una mujer a lo largo de su vida. Así que, si queréis ser vos esa mujer, procurad ser algo misteriosa y no le concedáis todo cuanto desee. Complicádselo antes de darle algo, solo así enloquecerá por vos y hará cuanto le digáis.

—Tenía entendido que las mujeres éramos educadas para complacer a los hombres —apostilló Kazum, sorprendida por el extraño, aunque ciertamente convincente, consejo de la reina.

—Si complacéis en todo a un hombre, solo conseguiréis ser una más. Además, ¿qué os asegura que enloquezca por vos si siempre le concedéis lo que desea?

—Puede que tengáis razón, majestad —reconoció al recordar que la relación de su hermano con Lúnam era bastante parecida a lo que acababa de describirle Sagrid—. Lo cierto es que nunca lo había contemplado de ese modo.

—Creedme, mi señora, los hombres tienden a aburrirse cuando no temen perder lo que poseen.

Aquellas palabras dejaron pensativa a Kazum. Y no por su interés hacia los hombres, pues ella aún no había estado con ninguno, ni había conocido las mieles de un beso de amor, sino por el gran conocimiento de la reina acerca de ellos. Tal vez ese había sido su triunfo para convertirse en la esposa amada que había sido y en la reina poderosa que era ahora. Kazum la admiraba por ello, y lamentaba tener que ser partícipe precisamente de acabar con su reinado. Ella apoyaba el hecho de que una mujer gobernase un reino, enfrentándose así a la ley de los hombres. Pero su destino estaba escrito, y su deber era traer de vuelta al legítimo rey para que

ocupase su lugar en el trono.

Apartando aquel controvertido pensamiento para no estropearse a sí misma la velada, Kazum continuó el grato paseo con la reina, agradecida por su generosa hospitalidad y sintiéndose verdaderamente afortunada por tener una amiga como ella.

Unas horas antes

—¿Y decís que ha estado en la casa de la Anciana Sabia?

—Así es, majestad. Como os había advertido tras nuestro encuentro en el pasillo, no confío en ella y he enviado a Oscuro a seguirla.

A Sagrid siempre le había llamado la atención que su prima escogiera ese nombre para un cuervo precisamente albino.

—¿Y os ha confirmado con quién se ha reunido?

—No, mi señora. Esa vieja ha quemado hojas de Roble Fresnal para que ningún cuervo pudiese acercarse a esa pordiosera casa —escupió Nijal. Ambas sabían que el humo verdoso que desprendían aquellas hojas actuaba de escudo protector contra cualquier tipo de hechizo—. Aunque sé que llegó allí persiguiendo a las hechiceras de Halcones y de Lobos —añadió.

—Eso no es buen presagio. Traman algo, y debemos averiguar el qué.

—Tengo mis ligeras sospechas, aunque me temo que no será de vuestro agrado oírlas.

—Sois sangre de mi sangre, dejaos de formalismos y decidme todo cuanto creáis saber —la apremió la reina.

—Creo que Kazum tiene algo que ver con Vigar.

—¿La Reina de águilas? ¿Acaso no os encargasteis de ella?

—Sí, mi señora. Le suministré el veneno, tal y como me pedisteis, pero nadie ha comentado nada acerca de su muerte, y Oscuro no ha podido dar con su cadáver. ¡Ese maldito humo nos tiene cogidas de pies y manos!

—¿Pensáis que la anciana ha estado ocultando desde entonces a la Reina de águilas en su casa?

—Hasta su muerte sí. Aunque si os sirve de consuelo, no creo que siga con vida, majestad. De ser así, no hubiera podido avanzar en el laboratorio, pero la presencia de Kazum allí con las hechiceras no trae buen agüero.

—¿Qué queréis decir?

—Creo que la princesa podría ser la sustituta de Vigar.

—¡Por todas las leyes sagradas, decidme que no es cierto!

—Lamento no poder hacerlo, y aún más después de lo que ha ocurrido esta tarde a su regreso de la capital.

—¿Pretendéis matarme? ¡Soltadlo de una maldita vez! —le ordenó, temiéndose lo peor.

—Kazum ha encontrado al último aguilucho que robamos del nido, y debido a su intrépida curiosidad, y a un terrible descuido por mi parte, ha descubierto el laboratorio.

—¡Por las leyes sagradas, decidme que no es cierto! —alzó la voz Sagrid, sin ocultar su preocupación.

—Asumo mi error y os pido disculpas por el infortunio, majestad. Pero, si me permitís la licencia, os advertí que esa mujer suponía un peligro para nuestro propósito, y creo que debemos

hacer algo para impedirlo.

—Concededme un momento. Necesito pensar.

Al cabo de un rato, cuando la reina Sagrid halló la respuesta que deseaba, se volvió hacia Nijal sin ocultar la satisfacción que reflejaba su rostro.

—La invitaré a quedarse en el castillo —anunció ante el asombro de la falsa hechicera.

—¿Habéis perdido el juicio? Cuanto antes se marche de Agusterra, mejor para nosotras.

—Os equivocáis, mi querida prima —la rebatió con un sosiego que presagiaba la firmeza de su decisión—. En el reino existe un proverbio que aprendí al llegar aquí: «Acercarte a tu enemigo te permitirá conocer sus debilidades, te facultará para vetar su ataque y te aventajará en la batalla para poder vencerlo».

—He oído hablar de él —reconoció Nijal.

—Este país no es el mejor del continente solo por sus riquezas. Así que, demostrémosle a todo el mundo que Reino de Águilas nos pertenece, y acabemos de una vez por todas con las malditas Reinas de esos bichos.

Capítulo 16

A la mañana siguiente, en el castillo de Agusterra ya solo quedaban el linaje de Halcones y de Lobos, y tanto la reina madre, como la reina Sagrid, salieron a despedirlos al patio de armas.

—Gracias una vez más por alojarnos en vuestro palacio, majestad —correspondió Teurón, el rey de Lobos.

—Agradecida me siento yo porque vinierais a despediros de mi esposo. Su entierro pasará a la historia, y eso es un hecho que jamás olvidaré —aseguró Sagrid con orgullo.

A su lado, Lúnam se despedía de la reina madre y Jurón lo hacía de Kazum.

—Cuidaos mucho, hermana —le aconsejó el rey con cariño.

—Gracias, mi señor —respondió ella con un nudo en la garganta.

—¡Dejaos de formalismos y venid a mis brazos!

Su abrazo pilló por sorpresa a Kazum. En otro momento se hubiese apartado y hubiese renegado de aquella efusiva muestra de afecto, pero en aquella ocasión, se limitó a aceptarlo y a dejarse envolver por la calidez de su pecho. Deseaba decirle lo mucho que agradecía aquel gesto, contarle que aquella sería la última vez que los vería en mucho tiempo, porque su vida estaba a punto de cambiar para siempre, pero, de nuevo y muy a su pesar, las palabras murieron en su boca.

Cuando llegó el turno de despedirse de Visú, Kazum estuvo a punto de derrumbarse.

—Aún no me creo que vaya a librarme de vuestros mordaces comentarios durante un tiempo. Será una etapa de dicha que, os prometo, guardaré para siempre en la memoria —se burló la pelirroja para fastidiarla.

Pese a que nunca lo confesaría, en el fondo adoraba aquellos enfrentamientos.

—Disfrutadla, porque yo también os doy mi palabra de que será mucho peor cuando volvamos a vernos —amenazó Kazum divertida.

—Aprovecharé entonces cada instante de vuestra ausencia —aseguró Visú.

—Aunque, pensándolo bien —objetó con sorna—, creo que os escribiré a menudo para manteneros informada y haceros la vida imposible desde aquí.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué he hecho yo para merecer esto? —dramatizó Visú, provocando las risas del resto.

—Si lo deseáis, puedo escribiros cartas de amor en las que os confiese lo mucho que os quiero, y así...

—¡Parad, os lo ruego! —la interrumpió la pelirroja—. Prefiero las mordaces.

Mientras todos reían por el divertido enfrentamiento entre ambas, Kazum sorprendió a Visú al acercarse hasta ella para abrazarla.

—Os voy a echar mucho de menos, hermanita —susurró en su oído.

Era la primera vez que lo hacía, y hasta la propia Visú enmudeció un instante.

—Y yo a vos —reconoció con la voz temblorosa—. Aunque negaré haberlo dicho.

—Ya somos dos —respondió Kazum antes de separarse, como si nada hubiese ocurrido.

Cuando ya la guardia estaba preparada y todos habían subido al carruaje Real para emprender el camino de vuelta a casa, Visú se asomó por la ventana para despedirla con la mano.

«Cuidaos mucho», leyó en sus labios.

«Vos también», respondió Kazum de igual modo.

«Os quiero», añadió Visú.

—Yo más —susurró Kazum, con los ojos anegados en lágrimas.

A media tarde, con el corazón todavía compungido tras la despedida, Kazum se cuestionaba si podría llevar a cabo su propósito de reunirse con Katrid. Habían quedado en hacerlo a medianoche, pero la reina Sagrid había preparado todo tipo de visitas que la mantuvieron ocupada durante todo el día, incluso hasta después de la cena.

La reina, además, en ausencia de la guardia de Halcones, le había puesto dos hombres para que la custodiaran y, cuando llegó el momento, Kazum se las tuvo que ingeniar para despistarlos. Ataviada con la capa verde y el vestido más ligero que tenía, conforme al consejo de Katrid, abandonó sus aposentos y bajó a hurtadillas por la escalera de la torre hasta la primera planta, donde la anciana la esperaba en una de las salas, según lo acordado.

Sin tiempo alguno que perder, la mujer la guio hasta una de las entradas de los pasadizos secretos del castillo. Allí, tomó una de las antorchas, sobre la que vertió un puñado de lo que parecían hojas secas machacadas que llevaba consigo, logrando que el humo se tornase en color verde.

—¿Podéis decirme para qué es? —le preguntó Kazum con curiosidad, al recordar el humo de la chimenea que vio al visitar su casa.

—Para ahuyentar al cuervo de Nijal —aclaró Katrid sin detenerse, mientras recorrían el primer corredor.—. Ese maldito animal son los ojos de ella, y lo utiliza para vigilar y controlar a quien esa bruja le ordene.

Kazum comprendió en ese momento que Nijal debía saber que había estado en su laboratorio, y se alegró más que nunca de alejarse de allí.

Ya en el exterior, Katrid apagó la antorcha; el humo que aún desprendía las protegería, y la luna llena que aquella noche brillaba en el cielo era más que suficiente para guiarlas hasta el Roble Fresnal.

—Es mucho más grande que el de Halcones —comentó Kazum al verlo.

—Apresuraos, majestad. Y recordad no decir quién sois hasta encontraros con el rey.

Aún seguía sin acostumbrarse a que se dirigieran a ella de ese modo. Pero no le preocupaba su nombramiento, sino la inquietud y los nervios que comenzaron a apoderarse de ella en aquel instante. Había llegado el momento de abandonar el reino, de dejar una época atrás para irse a otra totalmente desconocida y nueva para ella, para buscar a un hombre del que solo había visto un retrato de cuando era joven. Solo le quedaba la esperanza de poder reconocerlo por sus expresivos ojos azules que aún recordaba.

—¿Cómo podré encontrarlo? No sé a dónde voy ni lo grande que será el lugar al que me dirijo.

Katrid la agarró de los brazos para tranquilizarla.

—Vigar habló una vez de una finca a las afueras de Madrid, tal vez eso os ayude. Mi señora —añadió—, no olvidéis las palabras de vuestra tía. Confiad en vos y seguid a vuestro corazón. Él os guiará hasta el rey.

Kazum asintió, pese a la multitud de dudas que sentía. Deseaba confiar en ella y en sus palabras, se había mentalizado para llevar a cabo su cometido y había asumido su posición como Reina de águilas. Pero todo pareció desvanecerse frente al Roble Fresnal. Su seguridad mermaba conforme llegaba el momento de dar el paso, y la incertidumbre acabó embargándola hasta hacerla temblar como una hoja.

—¿Y si no lo encuentro? ¿Cómo volveré? —cuestionó sin poder ocultar su temor.

Aifos le había explicado antes de su marcha que la línea del tiempo era relativa y que no era igual en un lado que en otro. En ocasiones, varias lunas en el futuro podían equivaler a una sola en el siglo en el que se encontraban y que, con un golpe de suerte, regresaría el mismo día y nadie notaría su ausencia. Sin embargo, aquella información no era precisa y no restaba intranquilidad a su nerviosismo.

—Sé que cumpliréis con vuestro destino y lo encontraréis. Y en cuanto a lo de volver, no debe preocuparos, majestad —añadió la anciana al ver su estado—. Yo estaré aquí cuando llegue ese momento, os doy mi palabra. Solo espero que confiéis en vos misma del mismo modo en que lo hago yo.

Kazum se sintió agradecida por sus palabras. Aquella mujer poseía la asombrosa habilidad de calmar al corazón más desbocado solo con su dulce voz y su ternura. Su Majestad era consciente de ello, y deseó con todas sus fuerzas poseer la misma confianza que la anciana había depositado en ella. Sin embargo, no fueron ella ni su destreza lo que logró alentarla.

Cuando Kazum se disponía a tocar el tronco del Roble Fresnal, un sonido agudo, proveniente de las montañas, llegó hasta lo más profundo de sus oídos.

—Es el Águila Imperial, que ha venido a despedir a su reina —susurró Katrid.

Kazum lamentó no haber tenido siquiera la oportunidad de presentarse ante él, conforme dictaba la ley magna. Su grandeza y lealtad eran realmente admirables, y quedaron demostradas con su valentía al presentarse allí, por ella, y aun a riesgo de que las águilas dominadas por Nijal pudiesen atacarlo.

Kazum se sintió en deuda con él, y fue en ese momento cuando, sintiendo en lo más profundo de su corazón por primera vez quién era ella en realidad, se despidió de Katrid y posó su mano sobre aquel tronco..., decidida a encontrar a su rey.

Capítulo 17

Madrid, en la actualidad

Tras dejar a su amigo y entrenador en el granero, Durkán pasó por su despacho para cambiarse de ropa. Esa mañana no tenía pensado salir con Acero, pero la carta de Vigar y su posterior encuentro con Ronco lo habían trastocado. Después de diez años preparándose para su regreso y para poder vengar la muerte de Badel, Ronco le había vuelto a demostrar que no estaba preparado. «La Bestia» no era un rival desmerecedor de su nombre, le habían puesto aquel apodo porque había matado hombres con una sola mano. Su tamaño y fuerza sobrepasaba a la de cualquier otro guerrero, y aunque él nunca lograría alcanzar su altura, al menos esperaba adquirir la destreza suficiente para poder acabar con él.

De nada servía regresar al reino y ocupar un trono que solo le correspondía por nacimiento, si no era capaz de ganarse el respeto de su pueblo. Un rey debía estar preparado para la batalla, dar ejemplo entre sus hombres y, sobre todo, poder hacer justicia vengando la muerte del que debió llevar la corona.

En el futuro, Durkán había conocido multitud de formas de poder acabar con su vida, pero ninguna de ellas era tan satisfactoria como la idea de poder hacerlo frente a frente en igualdad de condiciones. Tampoco permitiría que otros acabasen con la vida de «la Bestia» en su nombre. La memoria de Badel se merecía mucho más que eso, y debía ser él, y solo él, quien llevase a cabo la venganza de su muerte.

En la oficina se cambió de camiseta, cogió sus gafas de sol y una gorra con el logotipo del centro hípico, y salió disparado hacia los establos.

Al haber advertido previamente a Teo de que esa mañana no saldría, el mozo de cuadra no había ensillado al caballo. En su lugar, lo encontró tonteando con una cliente, una joven acaudalada que había heredado numerosas propiedades y que vivía solo de las rentas. Durkán, como el resto de trabajadores del centro, conocían las artimañas del joven y su claro interés por engatusar a una rica que le cambiara la vida y no le sorprendió encontrarlo de aquella guisa. Como su jefe, le molestaba que aquellas conquistas se llevasen a cabo durante la jornada laboral, y le había advertido en numerosas ocasiones por ello, pero siempre acababa renovándole el contrato, pues, por mucho que quisiera negarlo, Marcos era el mejor mozo de cuadra que había tenido nunca.

—Prepara a Acero —le ordenó contundente.

Su visita lo había pillado por sorpresa, y el joven no ocultó su malestar. Su arma de conquista era inventarse que ocupaba algún alto cargo en la finca y que la mayoría de empleados trabajaban para él. Durkán lo sabía y se lo había pasado por alto en más de una ocasión, pero aquella mañana no estaba para juegos, había vivido demasiados contratiempos, y quiso dejar

claro que él era el único jefe allí.

—Enseguida, señor —respondió, no sin antes despedirse de la mujer guiñándole un ojo.

«¿En serio? ¿Ese es tu mejor método?».

Pese a ver interrumpida su lluvia de halagos, la clienta lo despidió con una sonrisa y se volvió hacia Durkán de manera coqueta. Él no lo sabía, pero la comidilla entre las socias del club no era precisamente Marcos. Ni su físico ni su ensayado encanto eran comparables con el deseo y el morbo que desprendía y les provocaba Durkán. Ninguna había conseguido seducir al «jefazo» del centro hípico, como ellas lo llamaban, y las apuestas, clandestinas y de alto voltaje, habían alcanzado cifras exorbitadas.

—Buenos días —lo saludó, dejando caer su peso sobre una sola pierna, con el propósito de realzar aún más la cadera, mirándolo de arriba abajo.

Durkán no solía interactuar con los clientes. Esa tarea se la dejaba a Teo y al resto de sus empleados, y encontrarse en una situación así, a solas con aquella mujer, le molestó lo suficiente para mostrar su lado más distante e inaccesible, como solía hacer siempre.

—Marcos le atenderá enseguida. Será solo un momento —advirtió contrariado, al interpretar que aquel modo de mirarlo era para demostrar que estaba de parte de su mozo de cuadra, y así conseguir que no acabase despidiéndolo.

—No me importa esperar. Las vistas ahora son mucho mejores —flirteó la clienta, sin percatarse de que, a su lado, otro de los chicos giraba a un caballo hasta dejarlo de espaldas a ella.

Al ver la imagen del trasero del animal junto a su cara, Durkán no pudo evitar curvar sus labios.

La clienta, ajena a lo que pasaba y emocionada por haber hecho sonreír al jefazo, se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja y comenzó a enrollarlo con los dedos en la punta, devolviéndole también su sonrisa.

—Marcos me ha comentado que es un gran jinete —susurró insinuante, decidida a aventajar a sus amigas en la apuesta—, y me preguntaba si hoy..., podría darme la clase de equitación.

Interpretando que se refería al mozo de cuadra, Durkán volvió a mostrarse frío y cortante con ella. Estaba harto de que todas las clientas a las que Marcos engatusaba y engañaba para llevarlas hasta allí le hiciesen la pelota de aquel modo para defender el puesto de su empleado, y le inquietaba que aquellos flirteos acabasen desprestigiando el nombre del centro hípico que tanto le había costado remontar.

—Me temo que no será posible. Cada uno tiene su función asignada —siseó.

Por fortuna, el mozo de cuabras se presentó con Acero justo a tiempo.

—Marcos, acompáñala al club. Una señorita como ella no debe estar en un lugar como este —remató subiéndose al caballo, para largarse de allí sin molestarse siquiera en despedirse.

El día no había comenzado demasiado bien, y alejarse de la finca era cuanto Durkán deseaba. Si ya sentía que era casi un deber poner en claro sus pensamientos, visitar el arroyo se había convertido en toda una necesidad. Allí era donde se permitía ser él mismo y encontraba el sosiego que tanto anhelaba y que le conectaba con su pasado.

Al llegar a la orilla, junto a una gran encina, que ya reconocía incluso a lo lejos, se detuvo y desmontó de su caballo. Acero quiso beber del agua, pero estaba demasiado fría para él y lo apartó hasta la hierba que crecía bajo aquel árbol. Era un buen ejemplar, obediente y leal como

ningún otro, y lo acarició mientras se reencontraba con su mejor amigo.

—Vigar me ha escrito —susurró con la mirada sobre el reflejo que el sol dibujaba sobre las aguas del arroyo—. Sé que está muerta, no necesito ninguna llama para saberlo. Dejé de sentirla anoche, tal y como te dejé de sentir a ti aquella tarde —confesó—. ¡Maldita sea, Badel! ¿Por qué tuviste que robar aquella llave? —Sus ojos se llenaron de lágrimas, y Durkán se apresuró con rabia en secarlas con la mano antes de que brotaran—. Sé que es mi deber volver —prosiguió—, nadie lo desea tanto como yo, pero no estoy preparado. Aún no —reconoció con voz ronca—. He hecho todo lo posible, créeme, sin embargo... ¡Joder! ¿Cómo voy a hacerlo si ni siquiera soy capaz de vencer a un hombre de mediana edad? Tendrías que ver cómo lucha el muy cabrón. Te hubiera gustado verlo, y estoy seguro de que...

Durkán interrumpió su particular monólogo al escuchar una voz en grito que provenía del otro lado de la orilla. A unos metros de donde él se encontraba, en dirección al sur, había una mujer empapada y llena de barro discutiendo con unas ramas. Al parecer, se le habían enganchado en su vestido al pretender salir del agua. Aquel lado del arroyo era mucho más propenso a la propagación de matorrales y todo tipo de hierbajos debido a los excrementos de los animales salvajes que se acercaban hasta allí para beber.

Curioso, se permitió observarla. Era morena y tenía un cuerpo esbelto, a juzgar por el modo en que la ropa se ceñía a sus curvas, pero no parecía estar muy cuerda. Hacía falta estar loca para bañarse en un agua tan fría como aquella, hacerlo con ropa y, para rematar, discutir con unas pobres ramas que no tenían culpa alguna de que una desequilibrada anduviese por ahí enredándose y gritándoles todo tipo de improperios que, por fortuna, no iban a entender.

Sin embargo, su cuerpo se tensó en cuanto se detuvo a escucharla. Su modo de hablar le era familiar. Pero fue el nombre que pronunció lo que le confirmó su procedencia. Aquella mujer había viajado en el tiempo y provenía del mismo reino que él.

Durante los diez años que habían transcurrido desde que dejase Agusterra, solo había mantenido contacto con Vigar por medio de sus cartas. En todo ese tiempo ni siquiera se había reunido con ella para mantener a salvo su paradero. Nadie en el reino conocía de su existencia, y aún menos de su cargo. Sin embargo, el fallecimiento de la Reina de águilas lo cambiaba todo. Existía una amenazadora posibilidad de que alguien, previo a su muerte, hubiese averiguado dónde se encontraba.

Ahora era consciente de ello, y su corazón se paralizó.

Su mente se desbocó.

Y fue entonces cuando Durkán supo que solo había una explicación que justificara la presencia de aquella mujer: había sido enviada allí con el único objetivo de matarlo.

Capítulo 18

¿De verdad tenía que ser así? ¿No había otra manera más seca y limpia de viajar en el tiempo?

Kazum se lamentaba furiosa mientras salía del arroyo. El agua estaba demasiado fría y su cuerpo comenzó a tiritar en cuanto la brisa llegó hasta ella. Tampoco ayudaba el hecho de que la capa pesara al menos tres veces más al estar empapada.

—Por eso Katrid me advirtió de que me pusiera el vestido más ligero que tenía —masculló recordando su consejo.

Su deseo por salir era tal que no se detuvo a examinar la zona. Estaba demasiado enfadada, y no se percató de que, en aquella parte de la orilla, había más maleza que en el lado contrario. Las ramas se enredaron en las faldas de su vestido y al intentar desengancharse de un fuerte tirón, perdió el equilibrio y cayó sobre un lodazal de barro y excrementos.

—¡Mierda! —soltó asqueada sobre aquella masa blanda, escurridiza y pestilente en la que pronto se vio atrapada.

Cuanto más intentaba moverse o ponerse en pie, más se pringaba y acababa resbalando. Tenía barro y boñigas hasta en el pelo, y la pagó con las únicas culpables de su desgracia.

—¡Estúpidas ramas! ¿Acaso os faltaba campo que teníais que estar aquí? ¿No había más sitios donde brotar o lo que quiera que hagáis para reproduciros? —gruñó, enfadada consigo misma, por no conseguir algo tan simple como desengancharlas, porque en cada intento los dichos tallos se le resbalaban de entre las manos—. Lástima que no seáis del mismo lugar que yo y que solo seáis unas malditas ramas, porque estoy segura de que la reina Sagrid ordenaría vuestro arresto y que os cortaran la cabeza por traición a la Corona —prosiguió mientras seguía luchando contra ellas—. Incluso yo misma... os degollaría... si pudiera —amenazó con esfuerzo.

Pero nada de lo que hacía servía, y Kazum acabó rindiéndose.

Desesperada, miró a su alrededor por si encontraba algo que pudiera ayudarla a salir de allí, cuando comprobó que al otro lado de la orilla había un hombre que, junto a su caballo, la observaba sin hacer nada. Era alto y parecía tan fuerte como un guerrero. Llevaba una ropa extraña, un sombrero horrible y unas gafas oscuras que cubrían sus ojos, aunque ni siquiera estas ocultaban su gesto serio.

—¿Pensáis quedaros ahí mirando o vais a ayudarme a salir?

En cuanto terminó de pronunciar la frase se dio cuenta de que debía llevar cuidado y hablar como le había escuchado a Aifos. En el futuro las expresiones eran distintas, y ella debía usarlas si quería pasar desapercibida y no llamar demasiado la atención.

—Perdona mi error, el esfuerzo me ha nublado la vista y creía que erais dos —se excusó para justificarse—. Bueno, ¿vas a ayudarme o no?

Él no se movió. Ni siquiera respiró.

Los pies de Durkán se habían anclado a la tierra al descubrir de dónde procedía. La había tomado por una loca, cuando en realidad se trataba de alguien que había viajado a través del tiempo como lo había hecho él. El hecho de que nombrase a la reina Sagrid no dejaba lugar a dudas de que provenía de Reino de Águilas, y para su desazón, intuía cuál era su verdadero propósito allí.

Solo mediante hechiceros se podía viajar a través del Roble Fresnal, lo que le llevó a cuestionarse quién era aquella extraña mujer que tenía frente a él al otro lado del arroyo. De pronto un nombre resonó en su cabeza. Durkán recordaba todas y cada una de las cartas que Vigar le había enviado a lo largo de los años, y en una de ellas le hablaba de Nijal y de su llegada al reino. Emparentada con la reina Sagrid, Nijal fue enviada al castillo para ocupar el lugar de su difunta madre, y la idea de que aquella temida bruja, que se hacía pasar por hechicera, estuviese ahora frente a él, erizó el vello de su nuca.

Durkán pensó en dejarla allí tirada y regresar al centro ecuestre. E incluso en zambullirla de nuevo en el agua para enviarla de vuelta a Agusterra; allí no había nadie y no dejaría testigos de su hazaña. Sin embargo, le inquietaba averiguar hasta dónde estaba dispuesta a llegar, y dejarla a su suerte era demasiado arriesgado, tanto o más que llevarla consigo. En Reino de Águilas había una vieja costumbre que él había aprendido desde pequeño, y era la de mantener vigilado al enemigo para poder prever sus pasos. Si aquella mujer era quien él creía, prefería mantenerla cerca para controlarla. Además, ahora ella estaba en su terreno, él jugaba con ventaja, y solo debía convencerla para que lo acompañara a la finca, lo que le daría el tiempo suficiente para trazar un plan para deshacerse de ella.

Por suerte para Kazum, el hombre se dignó a ayudarla, cruzando el arroyo a lomos de su caballo. Lo vio desmontar y, sin apenas esfuerzo, comenzó a desengancharle las ramas que aún apresaban su ropa sin decir una sola palabra.

—Gracias —dejó caer cuando ya le había desenganchado la mitad de los tallos.

Pero él no respondió. Parecía desconfiar de ella, algo normal si se detenía a sopesar en la situación en la que se encontraba. Por suerte, Kazum aún recordaba lo que Aifos le había contado acerca de esa época, donde la gente era más abierta y mucho más extrovertida, y decidió mostrarse algo más cercana para ganarse su confianza.

—¿Cómo te llamas?

—Isaac —respondió en tono seco.

Fue el primer nombre que le vino a la mente, y no dudó en decirlo. Si aquella mujer estaba allí por él, mentir sobre su identidad era su mayor ventaja y lo que le mantendría a salvo. No había posibilidad alguna de que lo reconociese, en el pasado no había cámaras ni fotos, y el único retrato en el que aparecía su rostro acabó quemado en el incendio.

Para Kazum, aquel hombre era demasiado parco en palabras, y supo que debía esforzarse un poco más para poder conseguir su objetivo.

—¿No quieres conocer el mío? —le planteó.

—No —contestó con el mismo desplante que había usado la primera vez.

Durkán no pretendía ser amable con ella. Una cosa era tenerla vigilada, y otra muy distinta tratarla con delicadeza. Y menos aún tras comprobar que pretendía engañarlo con su falsa amabilidad, un método inteligente y preocupante al mismo tiempo, dado el riesgo que corría si

ella acababa descubriendo quién era él en realidad.

—De todos modos, no lo recuerdo —se inventó Kazum, provocando que él alzase un poco la cabeza para mirarla.

Si debía justificar su presencia allí, tenía que tener una coartada, un argumento lo suficientemente creíble que explicara de dónde procedía y cuál era en verdad su objetivo.

—Te agradecería que no me tomaras el pelo —siseó Durkán.

Kazum no podía verle los ojos, pero no era difícil adivinar su molestia por su tono de voz y la línea recta de sus labios. Sugerentes, dicho sea de paso.

«Para ser del futuro, menudo genio os gastáis».

—No pretendo hacerlo —aclaró ella—. Es solo que... tengo anestesia y apenas recuerdo nada.

Durkán no sabía si reír o lanzarla al agua. Estaba seguro de que había querido decir amnesia, pero prefirió guardar silencio. El olor a mierda era demasiado intenso y deseaba acabar cuanto antes.

—Esto ya está —anunció al incorporarse y acercarse al arroyo para limpiarse las manos.

Kazum quiso soltarle de todo al ver que no la había ayudado a levantarse, pero necesitaba hablar con él y tenerlo de su parte para que, al menos, pudiese darle alguna pista que la llevase hasta Durkán.

Obligada a tragarse su orgullo, se incorporó y se colocó a su lado para hacer lo mismo que él.

—Gracias por liberarme —susurró con gesto amable—. ¿Vives por aquí?

Durkán deseaba librarse de ella, pero era demasiado arriesgado dejarla allí y que cualquiera que se cruzase en su camino pudiera decirle cómo encontrarlo. El centro hípico era demasiado conocido, tanto como su nombre, y ahora entendía que había cometido el error de no cambiarlo a su llegada a Madrid. Aunque nadie le advirtió de hacerlo.

De todos modos, sopesar qué hacer con ella no iba a llevarlo a ninguna parte. Lo único que tenía en claro era que, por mucho que le molestase, debía llevarla consigo a la finca para vigilarla. Y para conseguirlo, debía ser un poco más amable con ella.

—De nada y sí —respondió de forma arisca.

«Tampoco voy a pasarme. Solo la amabilidad necesaria», pensó Durkán.

Por su parte, Kazum pensó que Aifos tal vez le había mentido. En el futuro la gente era incluso más estúpida de lo que ella podía llegar a ser, y quiso ir al meollo del asunto para terminar con aquel encuentro lo antes posible.

—Necesito encontrar a una persona, ¿podrías ayudarme? —cuestionó poniéndose en pie.

Durkán sintió una punzada en el estómago y, al levantarse, se mostró a la defensiva.

—Eso depende de a quién estés buscando.

«No es de tu incumbencia», gruñó ella para sus adentros.

—A un primo lejano —se inventó.

—Aquí hay muchos primos —le indicó él.

«Yo el primero, por querer meterte en mi puta finca», pensó él.

«¡Menudo imbécil!», pensó ella.

Empezaba a estar harta de él, y sabía que su paciencia estaba llegando al límite. Había estado fingiendo una amabilidad que no sentía solo para ganarse su confianza, y ahora era ella quien desconfiaba de él.

—Yo busco al mío, no me interesan los demás —farfulló.

—Pues si no me das más pistas, poco podré decirte.

—Esto es perder el tiempo —gruñó Kazum, volviéndose y agarrando las faldas de su vestido para comenzar a andar sin un destino concreto. Solo le quedaba el orgullo para no perder la poca dignidad que le quedaba con aquel aspecto, y en un lugar tan desconocido y nuevo para ella.

—En esa dirección solo hay animales y campo —le advirtió.

Kazum pensó en robarle el caballo y dejarlo allí tirado, pero aún no había superado el temor que le suponía montar a uno de ellos. La caída que sufrió de pequeña, y que estuvo a punto de costarle la vida, seguía aún intacta en su memoria, y no se veía capaz de llevar a cabo su demente idea.

En su lugar, se giró y retomó su caminata en la dirección contraria. La ropa le pesaba demasiado y el fango que cubría sus pies conseguían que resbalasen y perdiese el equilibrio cada pocos pasos. Siguió andando, hasta que sintió cómo el caballo la alcanzaba y caminaba a su lado.

—No necesito que me acompañes —farfulló Kazum, inquieta por tener al animal tan cerca.

—Prefiero hacerlo. Este lugar es bastante peligroso —advirtió.

La cara que ella puso hizo que la pequeña mentira mereciese la pena.

Kazum no quería ponerse en riesgo de manera innecesaria y, muy a su pesar, retomó la marcha en silencio, aceptando que el animal lo hiciese junto a ella.

—¿No tienes coche? —curioseó al recordar que era así como se llamaban los carruajes del futuro.

—Hay muchas cosas que no tengo. —«Una de ellas ganas de llevarte conmigo, pero es lo que hay».

—Bueno, al menos sé que voy en la dirección correcta —murmuró.

Ambos guardaron silencio durante un rato. Kazum maldecía su mala suerte por estar en un lugar que no conocía y hecha un adefesio. Nunca en su pulcra vida había tenido peor aspecto que en ese instante, ni siquiera cuando sus sobrinas se restregaban contra ella. Para su desdicha, recordarlas le produjo una punzada en el estómago.

Durkán, por su parte, lamentaba su situación. No solo debía cargar con ella, sino que, además, debía estudiar el modo de hacerlo para no acabar siendo descubierto. Por suerte, el trayecto hasta el centro ecuestre le daba tiempo para pensar. Y más, si lo hacían a un ritmo tan lento. La bruja caminaba despacio, demasiado para un caballo como Acero, y se veía obligado a detenerlo cada poca distancia para poder mantener el paso.

Durkán sabía que tarde o temprano la invitaría a montar con él o no llegarían ni de madrugada, pero verla allí abajo, arrastrando aquellas ropas manchadas de barro y mierda, resultaba cuanto menos divertido. Si estaba en lo cierto y había viajado hasta allí para acabar con él, al menos conseguiría agotarla y disfrutaría con ello.

No obstante, aquel tiempo era demasiado valioso para dejarlo escapar, y decidió recabar más información.

—¿Qué es lo que recuerdas? —indagó.

«Todo».

—Ahora mismo, un baño caliente y unas sábanas limpias —reconoció.

Podía entenderla, aunque aún debía averiguar más cosas antes de ofrecerle compartir a Acero. Y de paso, esperar a que su ropa se secase un poco y no oliese tanto.

—Puedo ofrecerte ambas cosas y ropa en mi finca.

Escuchar esa última palabra la detuvo en seco. Katrid le había hablado de una justo antes de tocar el Roble Fresnal, tal vez era la que ella buscaba, y no se lo pensó para indagar sobre ella.

—¿Tienes una finca? —inquirió.

Su excesivo interés confirmó aún más las sospechas de Durkán.

—Solo trabajo allí —fingió.

—¿Y de qué es? —demandó Kazum retomando de nuevo la caminata.

—Resumiendo, acoge un centro ecuestre. En él hay una escuela y un club privado.

Un centro ecuestre de esas características era el negocio idóneo para alguien como el legítimo rey de Agusterra, y su curiosidad aumentó.

—Vuestro... Tu jefe —rectificó— debe ser alguien con mucho poder.

—Sí, y un poco gruñón —reconoció divertido, aunque supo ocultarlo sin dificultad—. Supongo que el tuyo también lo será —añadió para ponerla a prueba.

«Como para no serlo, siendo el rey».

—En verdad no lo recuerdo —mintió—. Y ese jefe tuyo..., ¿podría conocerlo?

Durkán se tensó.

—¿Para qué?

«¿Y a vos qué diantres os importa?».

—Puede que conozca a mi primo —respondió.

—Tal vez yo puedo ayudarte —se atrevió a proponerle—. Claro que, igual, no recuerdas su nombre.

«De todos los hombres que hay en el futuro, ¿tenía que tocarme el más tocapelotas?».

—Su nombre y que tiene relación con una finca es lo único que recuerdo —aclaró Kazum.

—¿Cómo se llama?

—Durkán.

Acero relinchó al notar la tensión de su dueño. Y Kazum lo detectó de inmediato. Que tuviera temor a los caballos no significaba que no estuviese familiarizada con ellos. Sabía que una respuesta así solo era provocada por la actitud del jinete, y su instinto le indicó que estaba en el camino correcto.

—Tu jefe no estará muy contento contigo si no sabes manejar bien a un caballo —dejó caer con sorna.

Aquella burla había colmado su paciencia, y guio a Acero hasta acercarse aún más a ella.

—Sube —le ordenó ofreciéndole el brazo.

—No pienso subirme a esa cosa —declinó sin detenerse. La altura de aquel animal sobrepasaba con creces la suya.

Durkán, molesto porque se dirigiese de esa forma tan despectiva hacia Acero, lo provocó para que relinchara de nuevo.

—El centro ecuestre está demasiado lejos, y no creo que puedas llegar a pie y en tu estado —añadió señalando con la mirada hacia su ropa.

—No me gustan los caballos —refunfuñó.

—Y por eso quieres ir a la finca —se mofó—. Sube y acabemos con esto.

—No voy a hacerlo, así que no te molestes en intentar convencerme —remató retomando la caminata.

Estaba más que claro que aquella mujer era una bruja, porque no había conocido a ninguna tan terca como ella. A pesar del riesgo que corría, su paciencia se había agotado, y guio a Acero frente a ella para impedirle el paso.

—Se acabó —dijo tras desmontarlo—. Sube al caballo —ordenó con tal firmeza que sonrojó sus mejillas.

—Ya te he dicho que...

—Me da igual lo que hayas dicho o no —la interrumpió—. Mira, no sé qué te pasó, pero si no lo haces, no llegaremos nunca, así que, o subes por las buenas o por las malas. Tú decides.

La firmeza de su voz fue suficiente para que Kazum acabase claudicando.

—Tengo miedo de...

—No te caerás. Yo te sujetaré —aseguró él posando su mano sobre la parte baja de su espalda.

Aquel pequeño contacto la traspasó hasta agitar su vientre.

Una vez arriba, tras izarla agarrándola por la cintura, él se sentó tras ella. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había montado a caballo, pero Kazum supo que no era el miedo lo que había provocado aquella sensación. La calidez que emanaba de su pecho era justo lo que necesitaba para entrar en calor, y se dejó acariciar por ella para sentirse segura.

—Prométeme que no me soltarás —le pidió, sin ocultar su fragilidad.

—Tienes mi palabra —aseguró él.

Capítulo 19

Kazum había averiguado poco acerca de Durkán. Su falacia acerca de su falta de memoria apenas le había dado la oportunidad de preguntar por él o de indagar sobre su paradero. Su única pista para encontrarlo era una finca, y por lo que había visto de camino al centro ecuestre, aquel lugar estaba repleto de ellas.

—Es aquí —anunció él a su espalda.

Kazum no dijo nada. Se limitó a observar todo cuanto le rodeaba. Carruajes extraños con ruedas que debían ser coches, construcciones de baja altura y unas pocas personas vestidas con extraños ropajes y peinados de lo más insulsos.

Con el pretexto de ocultarla lo máximo posible, Durkán la guio hasta las oficinas. Un mozo de cuadra se había llevado a Acero, y a la puerta de su despacho se encontró con Teo. El hombre, al ver el terrible aspecto de la joven, no pudo evitar mostrar sorpresa.

—Solo será un momento. Se irá enseguida —aclaró de forma fría.

Lo último que necesitaba era que se quedara más tiempo del necesario, y mucho menos que alguien la descubriera o supiera de dónde procedía. Nadie, ni siquiera Ronco o el propio Teo, conocían de su viaje a través del tiempo, y la presencia de aquella mujer no podía poner en riesgo su secreto.

A Kazum, en cambio, le molestó aquel desaire. No era necesario dar explicaciones, a no ser que aquel hombre fuese... ¡su jefe!

—Encantada de conocerle —se presentó ella misma alargando el brazo para ofrecerle la mano, aunque al instante la retiró al recordar dónde estaba y lo sucia que la tenía—. Lamento mi aspecto, he tenido un incidente. Aunque agradezco su hospitalidad. Tiene una finca preciosa.

Teo miró a Durkán sin entender nada y este, a espaldas de Kazum, le hizo señales para que le siguiera el rollo.

—Gracias, señorita...

—Sofía —respondió ella, recordando el nombre que usaba Aifos.

—Un placer recibirla en nuestro centro, Sofía. Permítame presentarme, soy Teo, el... —Miró a Durkán y este se lo indicó—... el propietario. Cualquier cosa que necesite, no dude en comunicármelo.

El pobre hombre no entendía a qué venía todo aquello, pero los gestos de su jefe eran claras, y él se limitó a cumplirlas.

—No será necesario, jefe —intervino Durkán—. Como he dicho, no estará aquí mucho tiempo.

Pese a no entender de qué iba todo aquello, Teo era un hombre curtido en años y vivencias, y aquella situación le parecía demasiado divertida para dejarla correr. En los diez años que conocía a Durkán, nunca lo había visto en una situación así, y sentía curiosidad por averiguar quién era

en verdad aquella mujer que tenía ante él. Bajo aquella capa de barro, que cubría su ropa y parte de su rostro, se presagiaba una joven hermosa de ojos grandes y labios generosos que, por algún motivo aún desconocido, había provocado que su jefe decidiera ocultar quién era en realidad, intercambiando incluso los papeles con él. ¿Cómo iba a irse y perderse algo así?

—Pero, hombre, no seas descortés —se atrevió a rebatirle—. Dejemos, al menos, que se asee y se cambie.

Definitivamente, Durkán había cometido un error al llevarla allí. Y otro más al confiar en el cabrón de Teo y en su afán por divertirse a su costa.

—No será necesario —masculló.

—Pues lo cierto es que un baño me vendría bien —intervino Kazum, decidida a ignorar al descortés y grosero que tenía a su lado.

—¿Y las clases? —gruñó Durkán al ver que Teo pensaba quedarse allí a fisgonear.

—Ya me he encargado. Por algo soy el jefe —se mofó Teo.

Durkán lo amenazó con cortarle el cuello con un rápido gesto con la mano, a sabiendas de que ella no podía verlo.

Pero ni siquiera aquella advertencia, que ambos sabían que nunca llevaría a cabo, le impidió a Teo ofrecerse para acompañar a la joven hacia el baño privado que Durkán tenía en su despacho.

«Cojonudo, tenía que ser el mío».

—Aquí encontrará todo lo que necesite —aseguró Teo—. Y si le falta algo, no dude en avisar a mi empleado. Me encargaré de que le localicen algo de ropa para poder cambiarse, no se preocupe.

—No sabe cuánto se lo agradezco —confesó Kazum—. Me alegra ver que no es usted un gruñón, como me habían dicho —añadió mirando de reojo al que creía su empleado.

—¿Le habían dicho que soy un gruñón? —cuestionó con sorna Teo y ella asintió—. Pues me temo que es cierto, señorita Sofía —admitió, volviéndose hacia Durkán—. A veces, soy un gruñón y no hay quien me aguante. Pero, ¿sabe qué? En el fondo tengo un corazón que no me cabe en el pecho.

Durkán ya no sabía si partirle la cara o invitarlo a una cerveza.

—Yo iré a por la ropa, jefe —remató con cierto retintín, justo antes de marcharse.

¿En qué momento aquellos dos se habían confabulado en su contra y él era el malo de la película?

Entre tanto, en el interior de cierto baño, Kazum se cuestionaba cómo iba a asearse si allí no había bañera. Aquel reducido espacio tan solo tenía un cristal grande al fondo, una especie de letrina rara y, bajo el espejo, una palangana con agujero, sujeta a la pared y sobre un pequeño mueble de madera.

¡Cómo echaba de menos a sus doncellas!

Su Majestad curioseó por todo el espacio, hasta que accionó una pieza de acero que había sobre la palangana.

—¡Sale agua! —celebró con asombro.

Al instante se acordó de que Aifos le había hablado de aquel artificio, no recordaba su nombre, pero bebió de él y gozó del momento abriéndolo y cerrándolo varias veces.

Acto seguido, siguió curioseando por el resto de la habitación de paredes brillantes. En un pequeño armario halló utensilios que no había visto jamás, y decidió no tocarlos para prevenir

males mayores. Al fondo de la sala, el suelo cambiaba de color tras un cristal, y se aventuró a averiguar qué sentido tenía aquel espacio. Pronto conoció la respuesta, cuando el agua fría de la ducha cayó sobre su cabeza. El grito que soltó fue tan fuerte, que desde fuera una voz le preguntó si todo iba bien.

—Sí, no pasa nada —respondió.

«Solo que, por algún tipo de brujería, me ha caído una lluvia encima y ahora vuelvo a estar empapada».

Finalmente optó por la palangana que, aunque demasiado pequeña para zambullirse en ella, al menos le servía para lavarse.

Fuera, en el despacho, Durkán se inventaba una historia que Teo fingía creerse.

—Y por eso le he hecho creer que tú eres el jefe —aclaró.

—O sea, que te haces pasar por mi empleado, porque según tú a esa mujer la ha enviado Isaac para espiarte y camelarte para que accedas a venderle el centro.

—Eso es.

—Pero Isaac ya le habrá advertido que tú eres el dueño de todo —puntualizó Teo.

—Por eso, si te pregunta, estoy de viaje.

—Pero si estás aquí —confirmó señalándolo.

—Me refiero a Durkán. Yo soy Isaac.

—Me estoy liando —se quejó el pobre Teo. Cada vez entendía menos.

—Ella cree que yo soy Isaac.

—Entonces Isaac la ha enviado para espiarse a sí mismo, ¿es eso?

Durkán resopló sin saber muy bien cómo salir de aquel embrollo.

—Lo único que debe preocuparte es que ahora tú eres el dueño y yo tu empleado.

—¿Y qué hago si alguien pregunta por ti? Un cliente, un proveedor...

—Adviérteles a todos que, desde este momento, y hasta que esa mujer se largue de aquí, ninguno me llame por mi verdadero nombre. Durkán está de viaje y yo soy Isaac.

—Isaac —repitió asintiendo—, el nombre del cabrón que quiere quitarte todo esto. ¿De verdad no se te ocurrió otro mejor? —se mofó.

—No me toques los huevos; fue lo primero que me vino a la cabeza —se justificó, sin demasiado éxito.

Teo aún seguía con cara de asombro, pero él era el jefe y debía limitarse a cumplir sus órdenes.

—Vale, ¿y qué hay de ella? —planteó levantando el mentón hacia la puerta del baño.

—Asegura no recordar nada y que tiene amnesia —aseguró Durkán.

—¡Joder! ¿Y por qué no la llevas a la policía o al médico?

—Porque sé que miente. Ya te lo he dicho, solo está aquí para joderme. Pero ahora voy a ser yo quien lo joda a él —se inventó, metido en su papel contra el empresario—. Voy a dejar que se quede y así poder vigilarla.

—¿Vas a alojarla en el centro?

—Tiene amnesia, ¿recuerdas?

—No sé, Durkán.

—Isaac —lo corrigió.

—Está bien, haz lo que quieras. Pero ten cuidado. No quisiera que te metieras en un lío.

«Ya estoy en uno, y no pequeño».

—Tranquilo, Teo. Sé lo que me hago. Tú solo... cúbreme las espaldas.

—Siempre, jefe —confirmó con sinceridad.

Teo le debía demasiado a Durkán, se sentía en deuda con él desde hacía diez años, y su lealtad hacia él comprendía defenderlo e incluso tener que fingir que se había creído la trola que le había contado acerca de la misteriosa mujer.

Durkán, tal y como había anunciado, fue el encargado de buscarle algo de ropa para Kazum. En el almacén guardaban los uniformes para los empleados, desde las camareras del club privado, con falda hasta la rodilla y el polo blanco del centro hípico con el logo; hasta los peones de cuadra, con pantalón vaquero, botas de agua y el mismo polo, pero en color gris. Se trataba de una bruja, así que se decantó por el último uniforme. La talla la escogió a ojo.

A su regreso, se la acercó hasta la puerta y aguardó en el despacho hasta que saliera. Para su sorpresa, Teo seguía allí, fingiendo ser el jefe, ocupando su silla y su escritorio. Él hizo lo mismo tomando asiento al otro lado de la mesa. Mientras se quitaba la gorra y las gafas para mesarse un poco el pelo, pensaba en lo divertido que debía ser para su encargado aquella situación. Durkán no podía reprocharle nada, él mismo hubiese hecho lo mismo en su situación, y no le quedaba más remedio que aguantarse y seguir metido en el papel. Le hubiese gustado sincerarse con él, Teo había demostrado que era un tipo legal, pero su vida era demasiado complicada y debía guardar su pasado en secreto. Sin embargo, con la llegada de la bruja, su mundo volvía a estar en riesgo. No podía permitirse ponerlo en peligro ni a ninguno de sus empleados, y tomó una decisión al respecto. Cuando pretendía comunicárselo a su encargado, la puerta del baño se abrió.

Kazum no podía creer lo cómoda que era aquella ropa, pese a lo estrecha y rara que era. Aifos le había hablado sobre ello en más de una ocasión, y aun así nunca hubiese imaginado lo bien que sentaba. Sus ropajes los había dejado colgados sobre el cristal que había al final del baño, había visto a las sirvientas hacerlo y no le costó demasiado. Aunque el olor no había logrado quitarlo del todo.

Solo necesitaba algo de tiempo para indagar sobre Durkán. Teo había sido muy amable con ella, y esperaba que él o algunos de sus empleados le facilitara alguna pista que le ayudara a dar con su paradero.

Decidida a no rendirse hasta conseguirlo, abrió la puerta del baño y salió a su encuentro. Lo halló sentado a una mesa sobre la que había papeles y varios objetos de lo más extraño.

El hombre carraspeó al verla y Kazum, pensando que había hecho mal, se miró de arriba abajo.

—¿Me lo he puesto del revés? —cuestionó sin dejar de observarse.

—No, no, está perfecto —aclaró Teo.

Durkán lo fulminó con la mirada.

—No lo está —farfulló al comprobar que había errado con la ropa y la talla. Debió recordar que en su época no había ropa interior. Aquel polo no dejaba nada a la imaginación y el pantalón le marcaba hasta la fecha de nacimiento.

Kazum no quería ni mirarlo. Aquel hombre era tan estúpido que, si le contestaba una de las suyas, pondría en riesgo su objetivo. Debía ser amable, y prefirió ignorarlo.

—Iré a por otra —se ofreció al levantarse.

—No hace falta —balbuceó Teo, sin dejar de mirarla.

—Sí, sí hace falta, jefe —repitió haciendo énfasis en la última palabra.

Aquello molestó tanto a Kazum, que se sabotó a sí misma su propio plan y se enfrentó a él.

—No deberías hablarle así a tu superior —le increpó, pese a tenerlo de espaldas.

—Lo que yo haga con mi vida no es tu problema —masculló, volviéndose hacia ella, molesto por su infumable osadía.

Y de pronto ocurrió.

Kazum se olvidó de respirar al darse cuenta de que era él. Había estado ahí todo el tiempo a su lado y no lo supo hasta poder verle los ojos. Ellos eran su único faro, y ni siquiera el paso de los años le hubiese impedido reconocerlos. Vigar estaba en lo cierto, su corazón lo guiaría hasta él, y ahora latía con fuerza celebrándolo. Tenía frente ella a su rey, al hombre que la ayudaría a salvar al reino y a las águilas, y ya solo debía llevarlo de vuelta.

Sin embargo, no sería tan fácil.

Katrid nunca le comentó que Durkán hubiese cambiado de nombre al viajar al futuro, y solo había dos razones por las que él se hubiese hecho pasar por otra persona y fuese tan duro con ella: temía por su vida y sabía de dónde provenía. De ser cierto, si él pensaba que ella había viajado hasta allí para hacerle daño, ahora más que nunca necesitaba hablar con él, contarle quién era en verdad y explicarle el verdadero motivo de su presencia.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —le planteó.

—No —respondió él tajante.

Era consciente de que debía ganarse su confianza, pero no lo haría si ni siquiera le daba la oportunidad de aclarárselo.

—Es importante —insistió.

—Para mí también lo es que nadie se meta en mis asuntos.

No se lo estaba poniendo fácil. Pero ella no se rendía fácilmente. El futuro del reino era más relevante que el orgullo de un rey, y ella no iba a quedarse de brazos cruzados hasta conseguir su objetivo, aunque ello conllevara provocarlo.

—Quiero agradecerle su amabilidad, don Teo —se volvió hacia él, mostrando sus benévolas modales y, de paso, ignorando a Durkán—. No sé qué hubiera sido de mí sin usted.

De soslayo, podía ver cómo el rey se tensaba.

—Bueno, no ha sido nada —comentó con modestia el hombre.

—Para mí sí lo ha sido —le rebatió ella—. Me ha salvado al dejarme usar su baño.

«Un baño que es mío y al que yo te he traído. Si lo llego a saber, te dejo allí tirada con tus amigas las ramas», pensó él al ver que había pasado por alto su hazaña junto al arroyo.

—Es lo menos que podía hacer —respondió orgulloso Teo.

En muy pocas ocasiones el encargado se había visto en una situación así, con tan semejante mujer. Si ya con barro le parecía que era guapa, ahora podía confirmar que era un auténtico bombón.

—En realidad, me preguntaba si podría hacer algo más por mí —comentó ella coqueta.

«Sí, llévate de vuelta al arroyo para que te largues por donde has venido».

—Si está en mi mano, claro que sí —aseguró Teo.

—Verá, don Teo, necesito encontrar a una persona —anunció con extremada sensualidad—. Es un primo al que quiero mucho.

Solo una bruja era capaz de engañar así a un hombre, y la que Durkán tenía ante él era merecedora de ganarse un lugar en el reino. La cuestión era, cómo lograría controlarla para no embrujar a ninguno de sus empleados.

—Usted dirá —la alentó el falso dueño de la finca.

—Se llama Durkán. ¿Lo conoce?

Kazum pudo ver de reojo la tensión de la mirada del rey.

—Bueno, lo cierto es que... ¿sí? —titubeó el encargado, sin saber muy bien qué responder para no meter la pata. Aquello era demasiado estrés para él.

—Me alegra oírlo —celebró Kazum—. ¿Puede decirme dónde puedo encontrarlo?

—Está de viaje —masculló Durkán.

«De viaje os voy a enviar yo a cierto lugar que sé», gruñó para sus adentros ella.

—¿Y podría decirme cómo localizarlo, don Teo? Es muy importante para mí hablar con él.

—Pues verá... yo...

—No volverá hasta dentro de dos años —intervino de nuevo Durkán.

«Debéis aprender a mentir si queréis gobernar un reino», pensó Kazum. «A ver si esto os ayuda».

—¡Oh, no! —lloriqueó, cubriéndose el rostro—. Es el único familiar que me queda. ¿Qué voy a hacer yo ahora?

Kazum llevaba demasiados años sin usar aquella treta. Lo hacía para convencer a su tío Mengut cuando quería salirse con la suya, y esperaba que ahora le funcionara de igual modo. Al fin y al cabo, por muchos siglos que hubiese de diferencia, eran hombres y ella una mujer desvalida.

—No llore, mujer —la alentó Teo, haciéndole señales a su jefe para que hiciese algo.

Durkán estaba al límite de su paciencia. Las artimañas de aquella mujer eran más peligrosas de lo que él había imaginado y, muy a su pesar, solo le quedó una opción.

—Te quedarás aquí durante un tiempo —ladró—. El jefe te ha contratado, así que, desde este momento, trabajarás para él.

—¿De verdad? ¿Haría eso por mí, Teo? —demandó ella con la mirada más compungida que el hombre había visto jamás.

—Claro que sí, mujer. Y ahora que soy tu jefe, puedes tutearme. A ver, te he contratado como...

—Peón de cuadra —aclaró Durkán.

Teo no ocultó su sorpresa al ver hasta qué punto su jefe pretendía castigar a la pobre muchacha.

—Bueno, igual de camarera podrías...

—Peón de cuadra habías dicho antes —insistió Durkán, negándose a que su encargado le rebatiese una orden.

—Claro, claro, de peón entonces.

—¡Gracias! —celebró Kazum abrazándose a Teo, dispuesta a todo para ganarse a alguien de su parte.

Durkán, harto de aquel teatro que solo le provocaban arcadas, decidió echar el telón.

—Vale, pues ya está todo aclarado. Ahora, ven conmigo.

—¿A dónde? —cuestionó ella.

—A limpiar la mierda de los establos. Ya estás familiarizada con el olor, así no te costará acostumbrarte.

Capítulo 20

Kazum siguió sus pasos a través de la finca. Aquel centro ecuestre era muy distinto a las caballerizas que ella conocía, y el club privado, acristalado y rodeado de multitud de palmeras y hierba verde, era una auténtica preciosidad. Deseaba visitarlo, ver cómo era por dentro y conocer más sobre las construcciones y servicios de aquella época, pero en lugar de eso, Durkán, haciéndose llamar Isaac, la guio hasta las cuadras.

Él, por su parte, evitando hablar con nadie hasta asegurarse de que Teo hubiese advertido a todos de su ficticio nombre, la acompañó hasta la zona donde guardaban las herramientas.

—Toma —indicó ofreciéndole un rastrillo.

—Gracias, pero no lo necesito.

—No es un regalo, es tu herramienta de trabajo —siseó, soltando el mango frente a su pecho.

—¿Y qué pretendes que haga con él?

—Recoge la paja y llévala a ese montón —dijo señalando una montaña casi más alta que ella de hojas y rastrojos de paja.

«¿Y por qué no os lo estampo en la cabeza?».

—¿Y si me niego?

—Te prohibiré la entrada y nunca más sabrás nada de tu primo.

Kazum deseó estrangularlo con sus propias manos. Una cosa era ocultar quién era en realidad, y otra muy distinta tratarla de aquel modo. No había necesidad para menospreciarla, solo tenía que escucharla y todo aquello acabaría.

—Vale, pero antes me gustaría hablar contigo. Tengo algo que...

—No hay nada de qué hablar. Aquí se viene a trabajar, no a parlotear. Lo tomas o lo dejas.

Kazum respiró por la nariz con todas sus fuerzas. Sus orificios se inflaron tanto que hasta hubiese podido coger el rastrillo con ellos.

¡Quién se lo iba a decir a ella! Estaba en el futuro, donde se suponía que la vida era mucho más sencilla y donde había todo tipo de comodidades. Y, sin embargo, allí estaba ella, una princesa ascendida a Reina, que en la Edad Media disponía de doncellas y sirvientes a su cargo, y que ahora tenía un rastrillo en la mano porque era obligada a recoger la suciedad que otros dejaban en el suelo.

Pero él era su rey y le debía obediencia. Además, por otro lado, si lo que Aifos le había contado sobre que el tiempo era relativo en una época y otra era cierto, tal vez ella podía permitirse alargar un poco su estancia y aprovechar la oportunidad para conocer cómo era la vida en el futuro. Aquel era ahora el mundo de Durkán y, si se detenía a pensarlo, ella no podía pretender llegar allí para arrebatárselo de inmediato. Él iba a necesitar algo de tiempo para asimilarlo, el mismo que ella tendría para ganarse su confianza, aunque ello conllevara tener que trabajar, algo que no había hecho jamás.

—Lo tomo —respondió sin ocultar su enfado.

Durkán la mantuvo ocupada el resto del día, vigilándola a poca distancia. Las únicas palabras que cruzó con ella eran relativas al trabajo y se aseguró de que nadie más le diese conversación. Era demasiado peligroso dejarla a solas y aún más permitirle que confraternizara con alguno de sus empleados. Toda precaución con ella era poca. No era una mujer cualquiera, era una bruja, algo que demostró solo con su llegada, pues apenas había puesto un pie en el centro ecuestre y ya había encandilado a tres cuartas partes de su plantilla. El cuarto restante eran mujeres heterosexuales.

Al caer la noche, ambos regresaron a las oficinas. Casi todos los empleados se habían marchado y solo quedaban los del club privado y los vigilantes.

—Voy a pedir algo de cena. ¿Eres alérgica a algo?

Ella negó con la cabeza sin entender muy bien lo que le había preguntado. Estaba tan dolorida y agotada que no se veía con fuerzas de pensar o hablar, y se arrastró hasta un asiento alargado que había junto a la pared.

Cuando Durkán terminó la llamada, se volvió y la encontró profundamente dormida sobre el sofá.

Se sentó en su silla tras la mesa de su despacho, y desde allí la observó. Era realmente hermosa. Y más fuerte de lo que pensaba. Él conocía lo duro que era trabajar en una finca y, sin embargo, no la escuchó quejarse ni una sola vez. Por más que la enviara a recoger excrementos, guardar balas de heno, o barrer una y otra vez las cuadras durante toda la jornada, ella no protestó. Ni siquiera cuando la había visto tomarse un tiempo para descansar o torcer el gesto por el dolor.

En verdad le desconcertaba. No le cabía la menor duda de que no era de alta cuna, pues alguien con título no hubiese sido capaz de soportar lo que había aguantado ella, pero tampoco una plebeya, a juzgar por su saber estar. Aquella mujer que dormía frente a él era todo un misterio para él, con un cuerpo de infarto, aunque practicante de las artes oscuras y bruja, al fin y al cabo.

Resultaba inquietante tenerla allí en su sofá, tanto como aceptar el hecho de que alguien con una belleza natural o inocente apariencia como la suya fuese una amenaza para él. Durkán era consciente del peligro que corría al acogerla, y también que no podría postergar demasiado tiempo el hablar con ella. Tarde o temprano se vería obligado a afrontar una realidad demasiado dura para él. Su presencia, de un modo u otro, le había traído su pasado al presente, lo que le recordaba que aún no estaba preparado para volver. Tampoco para deshacerse de ella llegado el momento.

Cenó en silencio y encendió el ordenador para solucionar un par de asuntos pendientes. Uno de ellos era comprar una cesta de comida para el conserje de su edificio. La segunda y más complicada, ropa interior para ella con servicio de entrega urgente. Al terminar, apagó y se encerró en su dormitorio, sabiendo que las cámaras de vigilancia grabarían durante toda la noche.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, Durkán ya había recibido el encargo, cogido un uniforme, dos tallas más grandes, y volvía a observarla desde su silla. Estaba en la misma posición que la había dejado la noche anterior y, por lo que había visto en su ordenador, las cámaras no habían captado ningún movimiento.

—Despierta —determinó con exigencia.

Kazum escuchó su voz y al instante abrió los ojos. Le costó un instante reconocer dónde se encontraba y una eternidad incorporarse.

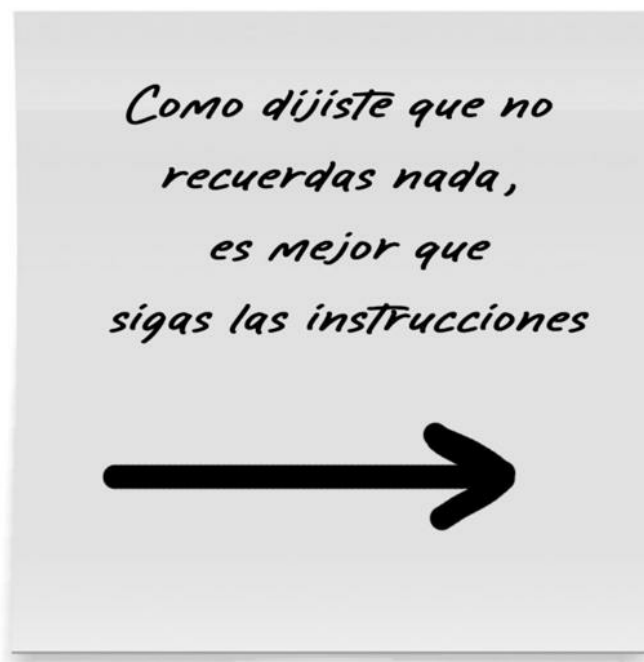
—Buenos días, majestad —saludó somnolienta.

Durkán se tensó y la fulminó con la mirada.

—En el baño tienes ropa para cambiarte. No tardes —gruñó.

Kazum se dio cuenta de lo que había hecho, pero no justificaba que la tratara de aquella forma. Estaba claro que no iba a ser un rey indulgente, cabrearlo era tan fácil como respirar y, aunque se le pasó por la mente poner a prueba su paciencia, se resignó y acató su orden. Al menos, al hacerlo, tendría oportunidad de despejarse para poder enfrentarse a él.

Para su sorpresa, al entrar en el baño encontró un papel amarillo pegado en el espejo.



«Será mamón», pensó recordando una expresión de Aifos que, pese a no conocer con exactitud su significado, sonaba con fuerza en su cabeza.

Estaba claro que Su Majestad prefería el juego de la mentira antes que enfrentarse a ella. Ella no era reina de ningún reino, pero ostentaba un título igual que el suyo, y se sentía preparada para aceptar su reto. Dispuesta a demostrarle que podría ser una gran rival, se dirigió en la dirección que le indicaba la flecha del papel. El siguiente lo encontró pegado sobre la letrina rara.

Al terminar, hay que pulsar este botón para que el agua se lo lleve y quede limpio

Esto ya lo había descubierto el día anterior, aunque continuó por si aprendía algo que no sabía. El último papel estaba tras el cristal.

Con este mango se elige la temperatura del agua de la ducha. Hacia la izquierda es agua caliente. Hacia la derecha es agua fría. Da igual el que uses, pero utiliza también el jabón, o de lo contrario no volverás a dormir en mi sofá.

Molesta como pocas veces, Kazum solo pensó en fastidiarlo. En realidad, lo de la ducha le parecía un invento increíble, y decidió recrearse tomándose su tiempo.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día? —lo escuchó gruñir al cabo de un rato, desde el otro lado de la puerta.

—Si te empeñas —respondió ella, mientras ojeaba la ropa que le había dejado sobre el mueble.

—Sal de una vez. Hay que trabajar.

«Era demasiado pedir».

Tras pelearse con una extraña prenda de encaje y corchetes que no conseguía cerrar de ningún modo a su espalda, optó por dejarla donde estaba. El resto de piezas no tuvo dificultad para vestirlas. Pero al llegar al pantalón, volvió a desesperarse. Para su sorpresa, era mucho más grande que el anterior y, por más que intentaba que se quedara en su sitio, la prenda siempre acababa cayendo hasta sus rodillas. Harta de aquella tortura a la que su rey se había empeñado en someterla, decidió rebatirlo, volviendo a ponerse, muy a su pesar, el pantalón manchado y sucio del día anterior.

Al salir, Durkán la esperaba sentado a la mesa grande de la sala.

—¿Qué pasa? ¿También necesitabas instrucciones para ponerte ropa limpia? —ladró al verla. No llevaba sujetador y tampoco se había puesto el nuevo pantalón.

—Es demasiado grande y se me cae —aclaró tocándose a ambos lados de la cadera—. Pero si lo que quieres es que vaya semidesnuda por el centro, por mí encantada —añadió haciendo el ademán de volverse.

Durkán se lo impidió cogiéndola del brazo.

—Desayuna. Tenemos que irnos —indicó molesto, señalándole la silla que había a su derecha.

Sobre la mesa, había todo tipo de comida. Fruta, pan, y unos bollos de forma redonda con un agujero en el centro. Para su sorpresa, estos y un líquido negro que le dio a probar en una taza deleitaron su paladar

—¿Qué son? —cuestionó sin ocultar lo mucho que le gustaban.

—Donuts y café. ¿Tampoco los recordabas? —se mofó.

Comenzaba a estar harta de sus malos modos, y no dudó en encararse.

—Lo cierto es que empiezo a recordar cosas. Como a un hombre que encerraron y después degollaron al intentar burlarse de mí —se inventó ella.

Durkán se obligó a tragar el bocado que llevaba en la boca. Ella lo vio, y pensó en aprovechar la ocasión para hablar con él, cuando de pronto Teo apareció por la puerta.

—Buenos días y que aproveche —los saludó—. ¿Qué? ¿Tomando fuerzas para afrontar un duro día de trabajo? —se jactó, uniéndose a ellos y cogiendo un donut de la bandeja.

Durkán lo fulminó con la mirada.

—Claro, jefe. Y no te cortes en servirte —añadió con sarcasmo.

—Hombre, cómo voy a hacerlo, si soy el jefe —se jactó Teo.

Durkán y él siguieron soltándose mofas el uno al otro mientras desayunaban. Las conversaciones y las flechas que ambos se tiraban eran todo un espectáculo. Teo era un gran tipo, y su cercanía al rey era innegable. Kazum los observaba con una sonrisa en los labios. Hasta ese momento había sido consciente de lo compleja que era su situación, pero empezaba a descubrir que también tenía su lado divertido. Durkán no era el ser malvado que se empeñaba en aparentar. Conocía su pasado y la valentía que se escondía tras su dura coraza. Ella también era así, y podía comprenderlo. No sabía lo que le aguardaba mientras estuviera allí, pero sí sabía una cosa: Durkán no sabía mentir tan bien como ella. Desde el principio supo que él era el único jefe allí, y solo era cuestión de tiempo que la verdad saliera a la luz. Aunque ello conllevara tener que recoger mierda durante todo el día.

Capítulo 21

Los días fueron pasando y Kazum empezó a familiarizarse con el entorno y su trabajo. Sus manos encallecidas ya soportaban mejor las duras labores de las cuadras, y su temor hacia los caballos desaparecía conforme avanzaba el tiempo. Estar cerca de ellos ya no le asustaba tanto, y hasta se atrevía a acariciarlos mientras los cepillaba.

Siempre que lo hacía se acordaba de Visú. Ella adoraba los caballos y sabía lo que daría por estar en su lugar, en aquel entorno y aún más en aquella época. Aifos les había contado tantas cosas del futuro que su hermana se moría por conocerlo. Sin embargo, era ella la que había viajado en el tiempo y la que ahora se ensuciaba como lo hacía su melliza. Nunca hubiese imaginado que el destino la llevaría hasta ese momento, pero allí estaba, afrontando sus propios miedos y esperando a poder llevar a cabo su misión.

Durkán no se lo estaba poniendo nada fácil, se las había ingeniado para no volver a quedarse a solas con ella. Hablar con él era un imposible, aunque Kazum comprobó que no era la única.

Observar se había convertido en su mayor ocupación y, conforme pasaban los días, se dio cuenta de que Durkán era un hombre hermético y prácticamente inaccesible. Eran muy pocos los que podían acercarse a él, pese a que algunos, o más bien algunas, no dejaban de intentarlo. Cada mañana, las socias del club llegaban a los establos en busca de sus caballos para las clases de hípica. Kazum había aprendido que en las labores de los mozos incluía acercar a los animales a la pista, pero aquellas mujeres insistían en acercarse hasta allí. Todas ellas insistían en que Marcos las atendiera, aunque ninguna apartaba la vista de Durkán. No tardó en averiguar quién era su verdadero objetivo. El pobre Marcos no se daba cuenta, pero aún menos el idiota de su jefe.

Por suerte para ella, Durkán las evitaba. No era fácil ver con qué descaro tonteaban con él o cómo lo devoraban con la mirada. Aunque fue mucho más duro conocer qué intención escondían con aquel acercamiento y lo que ello conllevó aquella mañana.

El cielo había amanecido nublado. La noche anterior había estado lloviendo y las clases se trasladaron al picadero cubierto de la última nave del centro. Kazum había olvidado un aparejo al llevar allí a uno de los caballos y Durkán le pidió que volviese a las cuadras a por él. A su regreso, y justo antes de llegar a la esquina de la nave, escuchó unas voces que le eran familiares.

—Os aseguro que es cierto —dijo una de las socias del club.

—Yo no creo que esa fulana sea una rival para nosotras —le rebatió otra—. Él es demasiado hombre para ella, y nunca se fijaría en alguien de su clase.

—En eso coincidido contigo. Sé que lleva poco tiempo aquí, pero es muy guapa, y he visto cómo la mira. Creo que hay algo entre ellos.

—Eso es imposible —defendió una tercera—. Es una vulgar empleada, o sea, ¡por el amor de dios! ¿Acaso no habéis visto su aspecto?

—Y ese olor, ¡no, por favor! —soltó la anterior.
—Si ni siquiera se digna a ponerse una base de maquillaje.
—Durkán está muy por encima de alguien así.
—No lo llares así, ahora se llama Isaac, ¿recuerdas?
—Da igual cuál sea su nombre, él sigue estando por encima de esa pobre —dijo con altanería.
—Creed lo que queráis —insistió la primera—, pero sé lo que he visto. Además, ninguna de nosotras ha conseguido ningún avance con él.

—Pues eso va a cambiar —anunció la segunda—. No sé quién de nosotras ganará la apuesta, pero os aseguro que esa pordiosera no va a tirárselo.

«¿Tirarlo a dónde?».

Kazum no comprendió muy bien lo último que había dicho, pero había entendido perfectamente el resto de la conversación. Aquellas mujeres hablaban de ella con desprecio cuando ni siquiera había cruzado una sola palabra con ellas. Decidida a darles una lección, bordeó la esquina de la nave hasta encontrárselas junto a una zona ajardinada cercana de las puertas.

—Buenos días, señoritas.

Las tres mujeres enmudecieron al verla y, tras saludarlas, fingió tropezarse para chocar contra una de ellas. Lo hizo con tanta fuerza que, del empujón, ambas cayeron al suelo. Kazum conocía aquella zona y sabía que la parte ajardinada se transformaba en un barrizal cuando llovía.

—¡Oh, my god! —soltó una sin moverse a socorrerla, mientras la otra retenía la risa.

—Oh, cuánto lo siento —fingió Kazum—. Déjeme ayudarla —añadió mientras se aseguraba de embadurnarla de barro todo lo que podía al intentar levantarla.

—¿Has visto lo que has hecho, insensata? —le increpó la mujer al incorporarse.

—No sabe cuánto lo lamento —mintió.

—¡Más lo vas a lamentar cuando hable con tu jefe! —masculló.

—Hable con quien quiera —la retó Kazum, con una calma que la cabreó aún más.

—Hazlo, porque esto no es forma de tratar a los clientes, ¡por favor! —se le unió la otra.

—Venga, no os pongáis así, ha sido un accidente —la defendió la que se había reído al verla. Por su voz, Kazum supo que era la primera que había escuchado al llegar.

—¿«Un accidente»? ¿No ves cómo me ha puesto? ¡Podría hacer que te despidieran por esto! —le gritó esto último a Kazum.

—¿Por mancharla de barro? —se burló ella—. Ah, claro, olvidaba que a los de mi clase no nos asusta la suciedad como a los de la suya. Aunque tenía entendido que el barro era bueno para la piel, y a usted no le vendría nada mal, así no tendría que cubrísela con tanto potingue en la cara.

—¡Grosera insolente! ¡Pagarás por esto! —amenazó encaminándose hacia el interior de la nave, seguida de las otras dos.

Al cabo de un buen rato, Durkán salió y le pidió a Kazum que lo acompañara hasta las oficinas. Las tres mujeres observaron la escena con sonrisa triunfante, para después alejarse en dirección al club.

Ya en el despacho, Durkán le ordenó que se sentara en la silla que había frente a su mesa que, a diferencia de la suya, no estaba tapizada.

—Me han contado lo que ha pasado. Ahora quiero escuchar tu versión —dejó caer de modo

tajante.

Era la primera vez que estaban a solas en mucho tiempo, y la única que él se había atrevido a mirarla sin apartarle la mirada. Lo que había escuchado de aquellas mujeres era cierto, ella también era consciente de las veces que él la observaba, y en todas ellas fingía no hacerlo cuando ella intentaba encontrarse con sus ojos. Ahora los tenía allí, de nuevo frente a ella, tan azules e intensos como los recordaba del retrato. Lo único que los diferenciaba era lo que ella sentía al verlos. Tras ellos había un rey al que ella había aprendido a admirar cada día, dirigiendo una empresa y a más de cincuenta empleados sin dejar de arrimar el hombro y de trabajar o mancharse como cualquiera de ellos. Su autoridad era respetada por todos, y ella era la primera que lo hacía porque era la única que conocía quién era en realidad. Así pues, se limitó a obedecer su petición, contándole que no había sido más que un incidente.

—A los clientes y a los socios del club hay que tratarlos bien, y debes llevar más cuidado la próxima vez.

«He llevado cuidado de darle su merecido y de mancharla bien. ¿Eso no cuenta?».

—Esa mujer es una de las socias del club con mayor influencia, y me ha pedido que te despida —añadió.

Deseaba decirle lo que pensaba. Por más que Kazum se había adaptado a la época, no entendía que un monarca se rebajase ante el deseo de unas simples mujeres.

—¿Vas a hacerlo sabiendo que ha sido un accidente? —cuestionó ella sin mostrar temor alguno.

Al ver su entereza, se apoyó en el respaldo y se sinceró con ella.

—He visto cómo trabajas y, aunque sé que todos podemos cometer errores en un momento dado, no creo que haya sido como dices.

—¿Qué insinúas entonces?

—Que algo ha pasado para que la empujaras.

Ahí estaba una vez más el rey que ella veneraba.

—Solo he defendido lo que creía que era justo —reconoció Kazum.

—¿Defender el qué? —cuestionó sin entender nada.

—Querían tirarte y yo la he tirado a ella —confesó Kazum.

—Es una excusa patética, incluso para ti —siseó.

—No es una excusa, es la verdad. Dijeron algo así como que «esa no va a tirárselo».

Lo de «pordiosera» prefirió omitirlo. Se le veía demasiado molesto y no quería provocarlo aún más. Si finalmente decidía echarla, no tenía a dónde ir y nada por lo que estaba pasando serviría de nada.

Sin embargo, para su sorpresa, tras un pequeño silencio, Durkán comenzó a reír a carcajadas. Nunca antes había escuchado su risa, y Kazum sintió un revoloteo en el estómago.

—No sé exactamente qué es lo que te hace tanta gracia —masculló ella, molesta más por lo que había notado que por el hecho en sí.

En cuanto pudo, quiso aclarárselo.

—Creo que lo que ellas querían decir no es lo que tú crees.

Su voz sonaba más relajada, pero su respuesta no era la que ella esperaba.

—Sé lo que he oído y nadie puede negármelo —defendió.

—Tirarse a alguien no es lanzarlo ni empujarlo a ningún sitio, es acostarse con alguien —

explicó—. Aunque estoy seguro de que no hablaban de mí, sino de Marcos.

—Ellas no están interesadas en Marcos —murmuró ella.

La sensación en el estómago volvió a repetirse, pero esta vez ascendió hasta su pecho.

—Eso es imposible. Las veo cada día con él y sé cómo lo defienden.

—Para lo versado que sois para los negocios, poco lo sois para los asuntos del corazón —se le escapó al murmurar.

Durkán clavó su mirada en ella. Había tardado demasiado en cometer un error en su modo de hablar, y él uno demasiado grande al reunirse a solas con ella.

—Sal de aquí —le ordenó, intentando evitar lo que llevaba días postergando.

Pero Kazum supo que aquella era su oportunidad, se había descubierto a sí misma, y no quiso dejarla escapar.

—No lo haré hasta que me escuchéis —se atrevió a rebatirle.

—Solo te lo repetiré una vez más. Vuelve al trabajo o, de lo contrario, no volverás a poner un pie en la finca —masculló con tal firmeza que no fue capaz de responderle.

En su lugar, Kazum se levantó y se marchó a toda prisa de allí. Y no porque temiese lo que pudiera hacerle o por obedecer su orden, sino para evitar que la viera llorar.

Capítulo 22

Al salir, Teo se encontró con ella.

—¿Qué te ocurre, Sofía? —le preguntó al verla.

Pero Kazum no pudo responder y salió corriendo en dirección a la entrada. La vio salir de la finca y no dudó en ir tras ella. Cuando la alcanzó, le ofreció un pañuelo de papel y dar un paseo para tomar un poco el aire. Ella aceptó.

Teo, paciente, aguardó a que ella dejase de sollozar para romper el silencio entre ambos.

—¿Vas a contarme ya qué ha pasado?

—Nada. Un malentendido, eso es todo —respondió ella.

—No ha sido un malentendido si te ha hecho llorar así. Puedes contármelo. Es más, debes contármelo —rectificó al acordarse—. Soy el jefe, y debo estar al tanto de mis empleados y de los problemas que puedan tener.

—Déjalo, Teo. Sé que el jefe es él —se sinceró, volviéndose hacia él con una tímida sonrisa.

—Coño. ¿Y desde cuándo lo sabes? —cuestionó el hombre con asombro.

—Desde el día en que llegué aquí —confesó Kazum.

Sabiéndose a salvo, el hombre empezó a soltar por su boca.

—Si es que ya me lo dice mi mujer, que mentir no es lo mío. Por eso no fui capaz de salvar esto —dijo señalando con la barbilla la finca.

—¿Salvarlo? ¿De qué? —demandó curiosa.

—Ay, dios, ¿ves? Si ya sabía yo que acabaría metido en un lío —lamentó el pobre hombre—. Nada, nada, olvídalo. Cuéntame tú qué te ha pasado que, aunque no sea tu jefe, me preocupo por ti.

Kazum, agradecida por todo lo que hacía por ella, quiso sincerarse. Le contó toda la verdad sin omitir ninguna palabra y su posterior reprimenda en el despacho.

—¿Le has dicho a él lo mismo que me has contado a mí? —planteó Teo.

—No. No quería que se preocupara por mí —confesó.

—Verás, Sofía —se detuvo para mirarla de frente—, él no es tan duro como parece, créeme. Y estoy seguro de que, de haberlo sabido, no hubiera hecho lo que quiera que haya hecho para hacerte llorar así.

—Tal vez haya sido culpa mía —admitió.

—No digas eso, mujer. Tus motivos tendrás para no haberlo hecho. Cada uno sabe lo que carga a sus espaldas, y los demás no somos nadie para enjuiciar.

—Todo sería más fácil si él no se negara a escucharme.

Teo estaba al tanto de eso y quiso alentarla.

—Lo conozco y créeme si te digo que, sea lo que sea que tengáis que hablar, solo lo hará cuando esté preparado.

—No hago más que preguntarme cuándo será eso.

—Dale algo de tiempo, y verás cómo al final podrás tener esa conversación que tanto deseas.

Ambos retomaron el paseo. Kazum deseaba con todas sus fuerzas que Teo estuviese en lo cierto, pues no sabía cuánto más podría aguantar. El hecho de que el tiempo fuese relativo en una época y en otra no le aseguraba que en Agusterra no se notase su ausencia, y sabía que tarde o temprano, de un modo u otro, necesitaba enfrentarse a la verdad.

Agradecida por su aliento, Kazum quiso mostrarle su afecto, interesándose por su pasado.

—¿A qué te referías con lo de salvar la finca?

—¿Ahora me toca a mí? —se burló él, señalándose.

—Me temo que sí —respondió ella divertida.

Teo tomó aire y lo exhaló antes de responder.

—Fue hace diez años —comenzó a relatar—. Yo era el dueño de la finca. Lo había sido desde que la heredase de mi padre. Perteneció a la familia durante generaciones, cuando solo era una pequeña granja. Pero cometí el error de confiar en quien no debía, y acabé arruinándome.

—¿Quién te pudo hacer a ti algo así?

—Isaac. Bueno, pero no este Isaac —titubeó—. Otro Isaac.

Kazum curvó sus labios. Confiaba en él para confesarle que también sabía cuál era su verdadero nombre, aunque quería conocer su historia y lo dejó para otro momento.

—Supongo que ese Isaac del que hablas no es una buena persona —comentó ella para ayudarlo.

—Lo cierto es que no. Es un hijo de puta. Con perdón de la palabra —se excusó.

—Tranquilo, no tienes por qué disculparte —aseguró ella.

Él sonrió agradecido y retomó su relato.

—Isaac es dueño de otro centro ecuestre aquí en Tres Cantos y su objetivo ha sido siempre quitarnos de en medio. Es un hombre de negocios y un amante de los trapicheos, y me convenció para comprar unos caballos de mucho valor, asegurándome que tenía unos compradores de fiar que nos pagarían mucho por ellos. Yo siempre había defendido que nos iba bien en el centro, fingía disponer de aquel dinero y no tenía por qué rechazar una ocasión como aquella. Pero, la realidad era que no podía permitirme comprarlos y acabé hipotecando parte de la finca para poder hacerlo. Al final, los compradores no dieron señales de vida y el banco quiso embargármelo todo. Y lo peor, ¿sabes qué fue? —Ella alzó un hombro y él prosiguió—. Que Isaac supo en todo momento que yo no disponía de aquel dinero, y lo orquestó todo para arruinarme.

—Menudo malnacido —murmuró Kazum.

—Fue entonces cuando conocí a... Isaac. Este Isaac —aclaró—. Entendía de caballos como nadie, los amaba, más bien, y aceptó trabajar a cambio de un mísero salario. La mayoría de mis empleados se marcharon cuando entré en quiebra, pero él se quedó aquí, a mi lado. De pronto un día me propuso comprarme la finca. Al principio pensé que era una broma, que se estaba quedando conmigo, pero resultó ser cierto. Tenía mucho oro que había heredado y quitó toda la deuda. Aunque, antes de hacerlo, me puso una condición.

—¿Cuál?

—Que yo fuese el encargado y que lo ayudase a llevar el centro. Ese hombre nos salvó la vida a mi familia y a mí, y estaré en deuda con él mientras viva.

Su historia conmocionó a Kazum, y quiso ser honesta con él.

—Teo, puedes nombrarlo por su nombre. Sé que él es Durkán.

De nuevo se detuvo. El pobre hombre no sabía si celebrarlo o echarse a temblar.

—Y, ¿desde cuándo lo sabes?

—También desde el día en que llegué aquí.

Kazum vio que su rostro se volvía pálido y que su cuerpo se inclinaba un poco hacia atrás.

—¿Quién eres?

—No puedo decírtelo, Teo.

—Entonces Durkán tenía razón. Eres una espía.

Al ver su gesto, Kazum comenzó a reír. Hacía tanto tiempo que no lo hacía, que ni recordaba cómo era.

—No soy una espía. Pero es algo que solo debe quedar entre Durkán y yo. Como bien has dicho, todos tenemos un pasado que no debemos juzgar, y solo espero que lo entiendas y lo aceptes.

Aquellas palabras encogieron el corazón de Teo.

—No sé de dónde has salido, muchacha, pero lo que sí sé, es que ese hombre es idiota si no ve lo que tiene delante y no te concede lo que deseas —concluyó orgulloso de ella, justo antes de retomar el paseo.

Al llegar la tarde, Durkán estaba de un humor de perros. Había salido tras ella al acabar su encuentro en el despacho y no la encontró por ninguna parte. Buscó en los establos, en el granero e incluso en el club. Nadie la había visto y dedujo que se había marchado. Regresó a su despacho y miró la grabación de las cámaras. El centro estaba repleto de ellas, y en una de las pantallas la localizó hablando con Teo a las afueras de la finca.

Su cuerpo se relajó nada más verla. Había creído que se había marchado, que aquella habría sido la última vez que la viera, y se reprendió a sí mismo al descubrirse pensando en ello.

Desde su llegada, Durkán se sentía en una tensión constante. Aquella mujer había amenazado su tapadera para mantenerse a salvo, había desestabilizado sus costumbres, su día a día, y había hecho todo lo que estaba en su mano para evitarla. Era plenamente consciente de que tenía una conversación pendiente con ella, debía responder a demasiadas preguntas que él se hacía una y otra vez. Sin embargo, aún no se sentía preparado. La única solución que había encontrado para protegerse de ella mientras tanto era mantenerla ocupada. Al agotarla cada día conseguía debilitarla, lo que le aseguraba permanecer a salvo.

Pero no podía engañarse a sí mismo. Pese a que la había visto trabajar de sol a sol y aceptar todo cuanto le pidiera sin soltar una sola queja, eran su obediencia y subordinación precisamente lo que lograba desestabilizarlo. Él siempre había esperado un ataque más directo, un método más rápido y ligero para acabar con su vida. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, más improbable lo creía. Durkán no podía evitar sentirse acorralado. A pesar de lo mucho que se esforzaba por no bajar la guardia, empezaba a darse cuenta de algo que sí conseguía asustarlo realmente. Aquella mujer no era como las demás, y por más que le doliese admitirlo, era por ella, por lo que sentía que estaba perdiendo el control.

A la hora habitual, y sin haber vuelto a hablar con ella, evitando incluso cualquier cruce de

miradas entre ambos, se encerró en el granero con Ronco. No podía olvidar lo que había ocurrido esa mañana en su despacho, pero sí sacar toda la rabia que le consumía por dentro.

Kazum se había acostumbrado a verlo cada tarde con aquel hombre de pelo canoso que aún no le habían presentado. Teo era quien se quedaba con ella mientras tanto, bajo encargo del propio rey, y ella se limitaba a fingir que lo que hacían en aquel granero no era más que para mantenerse en forma. Sin embargo, para ella era mucho más que eso. Aquellos entrenamientos eran la única señal de que Durkán no había olvidado su pasado, que se preparaba para volver a Agusterra, y ella no perdía la esperanza de que así ocurriera.

Continuó sus quehaceres en silencio junto a Teo, hasta que lo vieron salir a toda prisa del granero. Para sorpresa de ambos, Durkán parecía más furioso que cuando entró, y Teo no dudó en preguntarle a Ronco.

—¿Qué ha pasado?

El hombre, igual de sudoroso que habían visto a Durkán al salir, resopló y se colgó al hombro la vaina de su espada antes de responder.

—Intenta averiguarlo tú, porque yo no he tenido suerte. Últimamente, no lo reconozco —confesó con pesar.

Su mirada se desvió hacia Kazum, que estaba junto a Teo.

—No nos han presentado, soy Ronco —dijo ofreciéndole la mano.

—Sofía. Encantada —respondió ella al estrechársela.

Teo se quedó en silencio. Una de las normas de Durkán era evitar que ellos dos se conocieran, aunque tampoco conocía el motivo.

En ese instante, un espeluznante trueno, acompañado de un tremendo rayo, sonó sobre sus cabezas y los tres enmudecieron. Los caballos, en cambio, tanto dentro como fuera de las cuadras, comenzaron a relinchar enloquecidos. El ruido los había asustado y no iba a ser fácil calmarlos. Teo observó el cielo. No le gustaba el color de las nubes, y el dolor en su rodilla no presagiaba nada bueno. En su memoria aún guardaba el recuerdo de una inundación que acabó con la mitad de su caballada, y supo lo que había que hacer para evitar que se repitiera.

—Ve y diles que los lleven enseguida a los establos —le ordenó a Kazum.

Ella obedeció al momento y Ronco se ofreció al ver el gesto del encargado.

—Si puedo hacer algo...

—Toda ayuda es poca, esto es demasiado grande. ¿Tienes mano con los caballos?

—No mucha, la verdad.

—Entonces quédate a mi lado.

Ambos se dirigieron a toda prisa a la primera pista. Había tres más, incluidas las de salto, además del picadero y tenían faena para rato.

La lluvia no tardó en caer de forma salvaje sobre la finca y pronto la tierra se convirtió en barro. Los truenos no dejaban de retumbar en el cielo, y un último rayo dejó el centro a oscuras, incluidos los establos. Todo el mundo corría de un lado a otro, se oían órdenes en grito por todas partes, herraduras de caballos contra el suelo y puertas de hierro abriéndose y cerrándose continuamente. Aquellos sonidos le trajeron consigo a Kazum recuerdos de batallas acaecidas en Reino de Halcones, y se apartó un instante para respirar. Su cuerpo temblaba sin control y su corazón latía desbocado bajo su pecho sin que ella lograra calmarlo.

—¡No te quedes ahí y abre! —le gritó Marcos desde el pasillo, llevando las riendas de dos

caballos al mismo tiempo.

Con él apenas había conversado desde que llegara. Las veces que lo había intentado, él rehuía de ella, pero no podía decirle que ese no era el motivo de su quietud. Los pies no le respondían, no podía moverse, y se quedó mirándolo sin poder decir una sola palabra.

—¿Estás sorda? ¡Te he dicho que abras! —insistió Marcos al ver que no hacía nada.

—¡Déjala en paz y haz tu trabajo! —le ordenó Durkán, apareciendo de pronto junto a él.

Las sombras se entremezclaban con la poca luz que entraba del exterior, pero lo vio llegar hasta ella.

—¿Estás bien? —le preguntó cogiéndola de ambos brazos.

«Ahora sí».

Aquel contacto erizó su piel. Él era lo más cercano a su verdadero mundo, a la que siempre fue su época, su vida real. Y al mirar sus ojos, Kazum sintió por primera vez que en ellos estaba su hogar.

—Sí —balbuceó—. Es solo que necesitaba...

—¡Rápido! —irrumpió Teo nervioso—. ¡Tenemos que colocar las balas a modo de dique o el agua acabará inundándolo todo!

Estaba empapado, daba pena verlo, pero fue el temor que vio en sus ojos lo que logró que Kazum se olvidase de los suyos propios.

—Iré a por ellos —se ofreció ella sin esperar una orden de Durkán.

—No. Tú quédate aquí ayudando al resto para resguardar a los caballos —la detuvo alzando la voz para que pudiera oírlo. Había demasiado ruido alrededor.

—Puedo hacerlo —insistió ella—. Llevo haciéndolo desde que tú me lo ordenaste, ¿recuerdas?

—No estoy para discutir ahora, Sofía. ¡Haz lo que te digo! —remató justo antes de salir con Teo y varios empleados más, a los que advirtió para que los acompañaran hasta el granero.

Kazum resopló molesta. Estaba harta de tener que obedecer siempre. Esa había sido su sino desde pequeña, y ahora seguía estando obligada a acatar las órdenes que se les imponía.

—¿Qué pasa, princesita? ¿El jefe no quiere que te mojes porque eres su favorita? —se mofó Marcos al ver lo que había ocurrido.

—Eso no es cierto —siseó.

—Ya lo creo que sí. Mira, guapa, conozco a las tías como tú y sé de qué palo vais.

—Sí, ya he visto lo experto que eres en mujeres —se burló ella.

—Pues sí que lo soy —se justificó estirando el pecho todo lo que daba de sí.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Qué sabrás tú? Solo eres una donnadie y una simple moza de cuadra que aspira a convertirse en princesita ganándose al jefe.

—No necesito ganármelo para demostrar quién soy, como haces tú con las socias del club. Por cierto —remató antes de irse—, ellas te utilizan para llegar hasta él porque tienen una apuesta para ver quién se lo tira primero. Y en cuanto a mí, no soy una donnadie, ni una princesita, soy, como decís aquí, una puta Reina.

Capítulo 23

La tormenta los retuvo a todos en los establos más de dos horas. Gracias a la experiencia de Teo, evitaron que las instalaciones se inundaran, y ningún ejemplar sufrió daño alguno. Durkán nunca había vivido un temporal así, y mientras aguardaban la llegada de la calma, entretanto unos y otros comentaban sobre lo sucedido, él no dejó de pensar en una sola persona. La bruja.

Pese a su clara advertencia de quedarse en las cuadras, ella desobedeció su orden y ayudó con las balas de heno para formar los diques. La lluvia había aumentado su peso y aun así ella no desistió. Además de fuerte, era una mujer decidida, terca y extremadamente leal. No podía negarle aquel mérito. Como tampoco la oportunidad que llevaba tiempo evitando.

Cuando la tormenta amainó y era seguro abandonar las instalaciones, Durkán les permitió a todos salir de los establos. Los caballos estaban bien atendidos y ellos necesitaban descansar después de una agotadora jornada de trabajo.

Ya a solas con Kazum en la oficina, Durkán quiso ser amable con ella, y le ofreció usar el baño antes.

—Gracias —respondió Kazum.

—También quiero que esta noche duermas en mi dormitorio.

Ella lo miró con asombro y él no tardó en explicarse.

—No es lo que estás pensando —aclaró—. Es solo que..., creo que te has ganado dormir en un sitio decente. Yo dormiré en el sofá.

—El sofá está bien. Es muy cómodo y me he acostumbrado a él. Aunque lo del baño sí te lo acepto —confirmó con un amago de sonrisa, adentrándose en él por si le daba por cambiar de opinión.

Mientras la esperaba, era él quien no dejaba de sonreír. Quería hacer algo por ella, simplemente era su deseo, y preparó algo de cena para los dos. Desde que Kazum se instalase allí, Durkán había previsto de comida y bebida el pequeño frigorífico que tenía en el despacho, y era allí donde solían comer cada día. Pero para esa noche quería algo especial, y preparó un plato en el microondas, similar al que él recordaba haber comido en el castillo.

Cuando la vio aparecer, con el pelo suelto y el vestido que llevaba el día que la encontró junto al arroyo, la curva de sus labios se borró al instante. Pese a que el servicio de lavandería se lo había entregado al día siguiente de su llegada, ella no había vuelto a ponérselo. Durkán se había acostumbrado a verla con el uniforme, pero aquel vestido, ahora que podía verlo con claridad y cómo le sentaba, le evocó demasiados recuerdos y le provocó una reacción involuntaria que lo obligó a salir disparado al baño sin decir una sola palabra.

Por extraño que pareciese, su entropierna nunca había reaccionado así en los diez años que llevaba allí. Él siempre había mantenido el control de sus emociones y aún más de su propio cuerpo. Pero ahora ese dominio ya no dependía de él, ya no estaba en sus manos, y le molestaba

que le arrebatasen un poder así.

Cuando salió, ya más calmado, ella ya había sacado la cena y colocado la mesa.

—Espero que no te importe que haya añadido algo a la comida —anunció mientras tomaban asiento.

«¿Veneno?».

—¿No está bien así? —cuestionó observándola, sin encontrar nada que no hubiese puesto previamente él.

—A las afueras de la finca crecen unas hierbas que reconocí y cogí esta mañana, y me he tomado la licencia de añadir unas pequeñas ramas.

El olor que desprendía aquella comida provocó el crujir de su estómago, pero necesitaba comprobar que no había nada peligroso en ella. Fingiendo ser el mejor anfitrión, sirvió su plato primero y aguardó a que lo probara. Cuando lo hizo, y por su gesto, supo que estaba tan bueno como olía.

Durkán pretendía cenar como cualquier otra noche con ella, en silencio y sin apenas dirigirse la palabra. Pero aquella comida era distinta, aquella noche también lo era. Y ni siquiera él se sentía el mismo. A pesar de desear zambullirse la mitad de aquella bandeja para saciar su hambre, prefirió saciar lo que en verdad lo estaba consumiendo por dentro. Había estado postergando aquella conversación hasta estar preparado, hasta ser lo suficientemente valiente para afrontar un pasado que seguía vivo en su memoria, y tan doloroso que aún aprisionaba su pecho. Las pesadillas seguían acompañándolo cada día de su jodida vida, y tal vez aquel era el momento de enfrentarlas, como lo haría hablando con ella para descubrir al fin la verdad.

La observó en silencio antes. Lo había hecho infinidad de veces, pero nunca la había visto tan hermosa como esa noche. Y no era solo por el vestido. La había analizado cada día y había sido testigo de su innegable evolución. Su belleza no solo radicaba en la naturalidad de su rostro, carente de maquillaje alguno o de adornos innecesarios, sino en su fuerza y su incuestionable valentía. Aquella mujer que estaba a su lado había conseguido en pocos días lo que nadie había logrado en diez años. Y se rindió ante lo que ya era más que evidente. Necesitaba saber quién demonios era en realidad.

—Está bien —dijo, dejando el tenedor apoyado en el plato—. Dime quién eres y por qué estás aquí.

Kazum se quedó paralizada. Tal y como le había advertido Teo durante el paseo, él solo hablaría con ella cuando estuviera preparado, y al parecer el momento había llegado. Terminó de masticar lo que aún tenía en la boca y se limpió con delicadeza con la servilleta.

—Solo lo haré si sé que realmente estás dispuesto a escucharme —advirtió mirándolo a los ojos.

—Lo estoy —aseguró él, apoyando el antebrazo sobre la mesa, volviéndose ligeramente hacia ella.

Su firmeza le hizo confiar a Kazum que cumpliría con su palabra y, tras exhalar una bocanada de aire, se recolocó en la silla dispuesta a sincerarse con él.

—De acuerdo. —Suspiró—. Pues ya que ha llegado el momento, lo haré a mi modo.

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a escuchar o a interrumpirme cada cosa que diga?

—Ambas —respondió tajante.

Kazum quiso responder, pero no deseaba perder aquella oportunidad y pasó por alto su comentario. Ansiaba aquella conversación más que ninguna otra cosa, y mostrarse tal y como era en realidad.

—Os mentí al llegar aquí —confesó.

—Eso ya lo sé —puntualizó él.

—No fui la única en hacerlo —se defendió al ver que él no callaría ni amordazándolo.

Lo escuchó carraspear y se animó a seguir.

—No sabía lo que me iba a enfrentar al llegar aquí, y adapté mi nombre a la época.

—¿Tu nombre no es Sofía?

—¿Conocéis a alguna Sofía en Reino de Águilas?

El corazón de Durkán bombeó con tanta fuerza, que temió que le explotara bajo el pecho.

—¿Cómo te llamas? —inquirió.

—Kazum.

—Un nombre poco común —observó.

—Porque provengo de Reino de Halcones —aclaró ella.

—¿Cómo supiste que era yo? —preguntó de pronto.

—¿Sabíais que os había reconocido? —cuestionó Kazum sin ocultar su asombro.

—Desde el segundo día dejaste de preguntar por mí.

—¿Y por eso me habéis estado castigando en las cuerdas?

—¿Consideras un castigo trabajar?

—Bueno, os aseguro que hasta entonces nunca lo había hecho, aunque debo confesar que no ha sido tan malo como creía —añadió con una tímida sonrisa.

Pero él no curvó sus labios y no tardó en retomar la charla por donde lo había dejado.

—No has respondido a mi pregunta —le recordó—. ¿Cómo supiste que yo era Durkán?

—Os reconocí por el retrato de la sala de las reliquias.

Durkán tensó cada uno de los músculos de su cuerpo. Creía que estaba preparado para aquella conversación, pero la precisión en los detalles era demasiada crueldad para él.

—¡Eso es imposible! —masculló.

—No lo es —le rebatió Kazum—. Vi aquel cuadro con mis propios ojos. La reina Miyah lo conserva en aquella sala porque es el único recuerdo que le queda de su hijo.

—Badel —susurró roto de dolor.

Durkán temió llegar a su límite, y se levantó para que no viera la humedad de sus ojos.

—El retrato es lo único que se pudo salvar del incendio —prosiguió ella.

Quiso hacerlo con la mayor de las ternuras porque sabía lo que suponía para él, pero habían pasado diez años, y debía afrontarlo para poder seguir adelante.

—¿Cómo sabes todo eso? —le demandó sin atreverse a mirarla.

—La propia reina madre me lo contó.

—¿Y quién cojones te envía?

—Vigar.

—¿Conoces a Vigar? —inquirió volviéndose hacia ella.

—La conocí justo antes de verla morir. Ella era hermana de mi abuela y mi...

—¿Quién eres, Kazum? —la interrumpió, colocándose frente a ella, con los puños apoyados en la mesa.

El modo en que la miró no le gustó. Pudo ver la rabia que había en sus ojos, pero aun así no se amilanó.

—Soy la princesa de Reino de Halcones y también...

—Y si eres de allí, ¿qué diablos haces aquí? —inquirió.

—Si me dejaseis explicarme, tal vez...

—¿«Explicarte»? —masculló—. ¡No te haces una idea por lo que he tenido que pasar, para que ahora vengas tú a destrozarme la puta vida!

—¿«Destrozaros la vida»? ¿Acaso conocéis vos a lo que he tenido que renunciar yo? —gritó furiosa, levantándose para enfrentarse a él en las mismas condiciones—. ¡No sois el único aquí en sacrificarse! ¡Yo he dejado todo para venir hasta aquí, mi reino, mis doncellas, mi familia...! ¡Todo! ¡He recogido estiércol, limpiado hasta sangrarme las manos, y todo para ganarme vuestra confianza! ¡Pero no permitiré que acabéis con mi orgullo, porque además de mi título, es lo último que me queda!

—¿Quién eres?

—La sobrina nieta de Vigar y la nueva Reina de Águilas.

—No es posible —susurró sin dar crédito.

—Vedlo por vos mismo —anunció antes de dirigirse a un pequeño armario, donde guardaba la capa verde que le entregó Vigar.

Al vérsela puesta, Durkán la reconoció al instante. No tenía la menor idea de que había estado allí todo el tiempo. El día que encontró a Kazum en el arroyo estaba manchada de barro, y cuando el servicio de lavandería se la devolvió limpia y debidamente doblada, él solo se limitó a entregársela a ella. Aquella capa era la que llevaba Vigar en su última tarde en Agusterra.

—Vigar me dejó esta capa y también el pico del Águila Imperial para demostraros quién era en realidad.

Kazum había guardado el amuleto a buen recaudo desde que se dispusiera a embarcarse en aquella aventura, y agradecía la oportunidad de poder mostrarlo. Por suerte, él ya no se mostraba tan airado, y pudo proseguir.

—Antes de morir me pidió que viniera a por vos —añadió—. Mi misión aquí no es otra que convencerlos para devolver al reino a su verdadero rey.

Durkán negó con la cabeza. Aquello que tanto había estado temiendo se presentaba ahora ante sus ojos. Hacía días que sabía en lo más profundo que ella no era quien él creyó en un principio, que no era una bruja enviada para matarlo, pero tampoco estaba preparado para escuchar, después de tantos años, que él era el rey. Solo lo escuchó una vez. Fue su madre, bajo el Roble Fresnal, poco antes de viajar en el tiempo. Esa tarde, el mundo y la vida que él conocía se desmoronaron. Después de creer durante dieciséis años que Jareth era su padre, Gemar le confesó que él era el hijo bastardo del rey. Con el tiempo llegó a asimilarlo, Vigar se encargó de recordárselo en sus cartas durante años. Pero aquella era la primera vez que alguien, frente a él y después de tanto tiempo, volvía a pronunciarlo en voz alta.

Kazum vio en sus ojos que la rabia había dejado paso al dolor. Le dañaba tanto como a él verlo así porque sabía por lo que estaba pasando. Pero ella había sido testigo de lo que había ocurrido esa misma tarde. Se habían dejado la piel para salvar a los caballos de la finca porque eran importantes para él y todos los demás. Sin embargo, lejos de allí, las águilas también los necesitaban a ambos. Ella era su Reina, tenía un deber con ellas y sabía que, tarde o temprano,

debía regresar con ellas.

—El reino os necesita, majestad.

«Yo os necesito».

Pero Durkán solo podía negar con la cabeza y mantener el silencio. Solo el hecho de oír su forma de hablar le envolvían miles de recuerdos. En todos ellos aparecía la imagen de Badel y la confirmación de que aún no estaba preparado para hacerlo.

—Debéis volver y ocupar vuestro lugar en el trono —insistió ella al ver que él no reaccionaba.

—Aún no —lo escuchó murmurar.

—El tiempo se agota, y solo su rey puede salvar al reino del yugo de Nijal.

Precisamente él creyó que era ella al llegar aquí. Ahora que conocía la verdad, no estaba tan seguro de si la opción real era mejor que la que él se había recreado en su cabeza.

—Soy consciente de ello —aclaró Durkán—, pero, como he dicho, aún no voy a regresar.

—Si hubieseis visto lo mismo que yo, no pensaríais así. Esa mujer tiene una especie de laboratorio donde tortura a las águilas y las despedaza para después guardar sus miembros en tarros de cristal —explicó de forma atropellada—. Está usando las artes oscuras para dominarlas, y acabará con el reino si no regresáis y acabáis con todo esto.

—¿Y qué te hace pensar que yo pueda conseguirlo? —masculló, sintiendo cómo la impotencia se apoderaba de él.

—Sois el rey. Solo vos podéis obligarla a desistir.

Oír la palabra «rey», significaba recordar una y otra vez quién era su verdadero padre y su intento de matarlo, y de la persona encargada de ejecutar su orden.

—No —repitió de un modo rotundo.

Kazum se negaba a aceptarlo. Lo conocía, había estado a su lado día tras día y había visto cómo todo el mundo lo respetaba. Él no solo era un monarca, era un líder, y no entendía qué le impedía cumplir con su destino.

—¿Preferís esconderos en lugar de afrontar vuestro deber? —planteó con entereza, dispuesta a enfrentarse a él para hacerlo entrar en razón.

—¿Piensas que me escondo? —masculló.

—Sí —contestó tajante.

Durkán la alcanzó en un solo paso. Si lo que pretendía era cabrearlo, lo había conseguido.

—¿Y que huyo de mis obligaciones? —siseó a escasa distancia de su rostro.

—Sí —reafirmó ella, sin importarle la diferencia de tamaño que había entre ambos.

Durkán temía no poder controlar sus emociones. Aquella mujer iba a acabar con lo poco que había mantenido intacto: su propio orgullo.

—¿Crees también que soy un puto cobarde? —inquirió clavando su mirada en sus ojos marrones.

—Lo seréis si no regresáis conmigo.

—Lo seré si no hago esto —aseguró justo antes de abrazar su rostro con las manos y besarla con todas sus fuerzas.

Capítulo 24

¿Podía un beso dar sentido a todo y arrebatarlo al mismo tiempo? ¿Podía arrollarte hasta desubicarte sin saber dónde estás, hasta anular tu juicio o tu capacidad de distinguir entre el día y la noche, entre el bien del mal, entre tu pasado y tu presente, o incluso tu futuro?

Kazum así lo creyó. Nunca la habían besado, pero aquel beso lo cambiaba todo, dándole sentido al mismo tiempo. La pasión con la que ella había fantaseado cuando paseaba por los jardines de palacio cada tarde ya no formaba parte de un sueño. Era real. Tan real como el estallido que sintió en su corazón.

Había estado negándose a sí misma lo que Durkán significaba para ella, lo que le provocaba con tan solo su presencia. Ya era tarde para hacerlo. Lo que le unía a él iba más allá del deber de ambos. Él era su rey, pero también el responsable de provocar aquella erupción que abrasaba su interior y que alteraba su piel hasta erizarla con solo tocarla.

Ninguno pudo separarse por temor a interrumpir el momento, y tan solo cambió el escenario cuando ambos acabaron tumbados sobre la cama uno frente al otro, vestidos, como dos adolescentes, y alumbrados tan solo por las velas que había sobre la mesilla. Durkán ansiaba con todas sus fuerzas hacerla suya y mostrarle lo infinitamente que la deseaba. Pero ella merecía algo más que la muestra de su afecto. Merecía todo su respeto. Lo último que deseaba para ella era desprestigiar su honor, dada la relevancia que la castidad tenía en el lugar de donde ambos procedían, y limitó aquel encuentro a multitud de besos y caricias, acompañados por la fina lluvia que siguió cayendo durante toda la noche al otro lado de la ventana.

Al día siguiente, el sol brillaba con fuerza y el centro ecuestre recobraba su normalidad diaria. La tormenta del día anterior había quedado en un mero suceso que algunos recordarían, y que otros, como Kazum y Durkán, jamás olvidarían. Desde que se levantasen, él no dejaba de observarla, esperando un cruce de miradas para ver cómo a ella se le iluminaba la cara. Ella, por su parte, mostraba cierta timidez cada vez que los ojos azules de su rey se posaban en los suyos. Había dormido con él, se habían tirado el uno al otro, según se decía en aquella época, y no hacía más que sonreír todo el tiempo.

En contraste, Teo se presentó esa mañana en las oficinas con gesto serio, algo poco habitual en él. Kazum ya se había marchado para comenzar la jornada y Durkán lo esperaba en el despacho para la reunión diaria.

—¿Y esa cara? —soltó Durkán, nada más verlo.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Va todo bien? —cuestionó con cierta intriga.

—Sí, sí. Es que... No sé, igual no debería decírtelo, pero...

—¿Qué ocurre, Teo? —inquirió temiéndose lo peor.

—Es sobre Sofía.

—¿Qué pasa con ella? —Ahora era él quien mostraba el gesto más serio de los dos.

—Nada, es solo que...

—Suéltalo ya —apremió.

—Pues que no deberías ser tan duro con ella. ¡Hala, ya lo he dicho!

Durkán se quedó tan parado que el hombre continuó su verborrea.

—Sí, ya sé que eres el jefe y que no debo meterme donde no me llaman, pero fuiste tú quien me metió en esto, así que, por eso, me atrevo a decírtelo. Esa muchacha es buena gente y no es ninguna espía, eso te lo aseguro. Y antes de que me lo preguntes, no, no tengo pruebas, pero si te fías de mi palabra, habla con ella, dale la oportunidad de...

—Teo. ¡Teo! —insistió por segunda vez al comprobar que no había escuchado la primera.

—¿Qué?

—No es una espía.

—Claro que no lo es porque... Espera, ¿lo sabes?

Durkán caminó hasta él con una sonrisa, y posó su mano sobre su hombro para calmarlo.

—No tienes de qué preocuparte. Y para tu información, ya he hablado con ella.

—¿Lo dices en serio? —Él asintió, y Teo suspiró aliviado—. No sabes el peso que me quitas de encima. Esto de fingir no es lo mío, de verdad que no.

La historia que Durkán se había inventado con la llegada de Kazum no fue muy acertada, le surgió de manera precipitada y era poco creíble. Pero Teo era tan buen hombre y lo había visto tan apurado, que quiso sincerarse con él, en la medida de lo posible.

—Solo puedo decirte que es alguien de mi pasado, aunque ahora está todo bien y no tienes de qué preocuparte. De hecho..., estamos juntos.

La cara que puso Teo era digna de enmarcar. Dudó un instante, hasta que se dejó llevar y se lanzó para abrazarlo.

—¡Felicidades, hombre!

—Por favor, Teo, que esto solo quede entre nosotros. ¿Entendido? —le pidió Durkán.

—Claro, claro —respondió el hombre al separarse, sin ocultar su alegría. A él le daba igual la historia que le contase, lo importante era lo buena pareja que hacían y lo mucho que se alegraba por ellos.

Al ver que ya estaba más tranquilo, Durkán regresó a su mesa con la intención de retomar la reunión. Había varios asuntos pendientes que atender, y uno de ellos era cosa de Teo.

—¿Tienes aún el número de teléfono de ese conocido tuyo que tenía algo de experiencia con los caballos? —le planteó.

—Sí.

—¿Sabes si sigue interesado en encontrar trabajo?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Llámallo. Tenemos que cubrir el puesto de Marcos.

—¿Vas a despedir a Marcos? —cuestionó con asombro.

—Debí hacerlo hace mucho tiempo.

—¿Puedo saber el motivo?

Durkán alegó tener más que suficientes para tomar una decisión así, aunque no le confesó que

Kazum era el principal. Quería poner fin a los flirteos con las socias del club y, sobre todo, darle su merecido por el modo en que le había hablado la noche anterior. Él no iba a permitirlo, y el próximo que se atreviera a hacerlo, iría también a la calle.

—¿Alguna objeción? —concluyó.

—Ninguna, jefe. Iré a decírselo.

—No, tú encárgate de localizar al chico —lo detuvo—. Esto quiero hacerlo yo mismo —aseguró justo antes de marcharse en dirección a los establos.

El despido de Marcos alegró al resto de la plantilla, aunque no tanto a las socias del club. Tras su marcha, la excusa para acercarse al inaccesible Durkán eran demasiado limitadas y, por si fuera poco, él solo parecía tener ojos para la ramera de su empleada. Ninguna podía entender cómo un hombre como él podía fijarse en alguien con tan poca clase social, y aprovechaban la menor ocasión para arremeter contra ella.

Una mañana, Kazum las escuchó una vez más cuchicheando sobre ella con desprecio. Lo hacían cada vez que se cruzaban con ella o cuando estaban lo suficientemente cerca para que pudiera oírlas. Buscaban provocarla para que cometiera otro error que justificara su despido. La Reina de águilas siempre daba la callada por respuesta para no rebajarse a su altura, pero esa mañana, de camino a la lavandería, cambió de opinión al escuchar que había una segunda apuesta sobre ella y sobre el tiempo que duraría en el centro ecuestre. La cifra había alcanzado la friolera de mil euros por cabeza.

—Me sorprende ser tan importante para vosotras como para liderar una apuesta —les dejó caer con altivez, deteniéndose frente a ellas.

Los gestos que hicieron quedarían para siempre en la memoria de Kazum.

—«Importante», dice. No me hagas reír —se mofó la que ella había apodado como «la pija» o «mujer tres», mientras empujaba un mechón de pelo tras el hombro.

—Lo que nos importa es este centro, y verte nos estropea las vistas —espetó la que había empujado y tirado al barro a conciencia días atrás, apodada como «la ramera» o «mujer dos».

—Así que es eso —comentó Kazum, fingiendo enterarse por primera vez—. Y yo que creía que la apuesta importante era sobre Durkán —dejó caer como si nada.

—Bueno, esa también sigue en pie —aseguró la que ella había apodado como «la risitas» o «mujer uno». Era la más consecuente de las tres, pero una arpía, al fin y al cabo.

—Perfecto —celebró Kazum—, porque quería deciros que apuesto diez mil a que ninguna conseguiréis tirárselo —soltó con toda la arrogancia de la que era capaz.

—¿«Diez mil»? ¿Te has vuelto loca? —increpó.

—Tú no puedes permitirte esa cantidad ni en tus mejores sueños, así que ve a limpiar mierdas que es lo tuyo —escupió la ramera.

—Hablando de mierdas, de hecho, iba a la lavandería, por si quieres que te traiga muda para después —se burló Kazum—. Puede que te acabe haciendo falta cuando vaya a llevarte el dinero.

—¡Oh, por favor, qué maleducada! —se quejó la pija.

—Mira, guapa, aquí nadie va a aceptar que formes parte de ninguna apuesta, así que, lárgate —siseó la ramera.

Estaba harta de ellas, y decidió rematar.

—¿Sabes qué? Pensándolo bien, tienes razón. No necesito vuestro mísero dinero ni formar

parte de ninguna apuesta para ver quién se lo tira, porque yo ya lo he hecho. Adiós, que tengáis un buen día —se despidió, no sin antes darse la satisfacción de retener la cara que se les quedó a las tres.

Esa noche, Kazum se entregó a nuevos besos y caricias con Durkán, más orgullosa que nunca. Había ganado su contienda con aquellas mujeres, pero, sobre todo, había ganado para sí misma su propio respeto.

A la mañana siguiente, a Kazum le aguardaba una sorpresa. Era su día de descanso y Durkán la despertaba y la animaba a levantarse susurrándole al oído.

—Sea lo que sea, puede esperar —balbuceó ella somnolienta, con la cabeza hundida en la almohada.

Su Majestad tenía razón, aquella cama era mucho más cómoda que el sofá, y no iba a moverse de allí por nada del mundo.

—Imposible..., tengo... reserva —insistió, dándole multitud de besos cortos y tan sonoros que le impedía reconciliar el sueño.

—Pues anuladla. Yo me quedo aquí —siseó.

—Soy el rey, ¿recuerdas? —advirtió divertido.

—Y yo la Reina, encantada de conoceros, majestad. Ahora, si no os importa, dejadme dormir.

—Me debes obediencia —se burló Durkán al ver que ni siquiera abría los ojos.

—Lo que os deberé será un puñetazo si no me dejáis en paz —amenazó.

—Eso habría que verlo. ¡Levanta de una vez! —se mofó dándole un cachete en el culo—. Tengo hambre.

—Ahora sí que os comportáis como un rey —gruñó, llevándose la mano sobre la picazón que le había dejado.

La sorpresa consistía en un desayuno privado en el club. Durkán lo había preparado todo para poder estar a solas con ella y enseñarle aquella parte del centro ecuestre que aún no conocía.

—Este sitio es precioso —comentó ella, observando cuanto había a su alrededor.

Por su cara, supo que había acertado, y no dudó en contarle el resto del plan que había preparado.

—No es nada comparado con lo que quiero mostrarte. Quiero enseñarte Madrid, y que conozcas todo cuanto puede ofrecer esta época —anunció con una sonrisa que le subía hasta la mirada.

—Me encantaría —susurró Kazum, incapaz de asimilar que aquello estuviera ocurriendo de verdad.

Durante el tiempo que llevaba en la finca, había descubierto costumbres, objetos y todo tipo de cosas de las que Aifos le había hablado. Muchas le asombraron, pero ninguna podía superar la oportunidad de poder conocer una ciudad como Madrid, y aún menos de la mano de su rey.

—Nos iremos en cinco minutos. El taxi ya debe de estar en la puerta —especificó él.

—Cuando vos deseéis, majestad —celebró ella con una cortés venia.

Durkán se sorprendió al comprobar que aquella respuesta, en su boca, era lo más erótico que había visto y escuchado nunca.

Cogidos de la mano y entre infinidad de arrumacos, pasaron el día entero en la capital,

visitando los lugares más emblemáticos y degustando los mejores y más populares platos de su gastronomía. Kazum disfrutó como nunca lo había hecho. Le fascinó poder vivir en persona los cambios y la evolución que había desarrollado el hombre con el paso del tiempo, e insistió en llevarse para el recuerdo una cámara de diapositivas con imágenes de la ciudad que había visto en una pequeña tienda. Visú iba a enloquecer al verla.

Cuando regresaron de noche a la finca, Kazum sintió que algo cambiaba en su interior. Aquella había sido la cita más bonita de su vida. Todo cuanto estaba viviendo era un auténtico y maravilloso sueño del que no deseaba despertar. Se sentía la mujer más afortunada del mundo, y solo esperaba tener pronto la fuerza suficiente para expresar lo que su corazón le dictaba.

Pensaba en ello tumbada sobre la cama junto a Durkán, mientras él le acariciaba el brazo. Ambos estaban agotados tras un día tan intenso y otra apasionada lluvia de besos. Apenas lograban mantener los párpados abiertos, pero él se negaba a rendirse y quedarse dormido por temor a despertar y descubrir que todo había sido un sueño.

—Daría cualquier cosa por poder detener el tiempo y quedarnos así para siempre —murmuró siguiendo con la mirada la estela que sus dedos dejaban sobre su piel.

—Sería perfecto —susurró ella.

—Hablo en serio, Kazum. Nunca me había sentido así con nadie —confesó mirándola a los ojos, atreviéndose a abrirse por primera vez ante ella

Kazum se estremeció al escucharlo. Deseaba decirle que ella compartía ese mismo sentimiento hacia él, que aquello tan intenso y voraz que sentía en su interior era tan real y profundo como el hecho de que ya era imparable.

Sin embargo, no fue capaz de expresarlo, y en su lugar le pidió que la abrazase. Era un gran paso para ella. Aquello que en tantas ocasiones Kazum había rehuído e incluso le había molestado cuando la estrujaban, ahora era su mayor anhelo y todo cuanto podía ofrecerle. Él lo aceptó. Y así, entre la calidez de sus brazos, se quedó profundamente dormida.

Mientras tanto... Agusterra, siglo XV

Su Majestad, la reina Sagrid, recibía de nuevo a Nijal en su sala privada.

—¿Estáis segura?

—Sí, mi señora. Nadie la ha visto y Oscuro no ha podido dar con ella —respondió Nijal, haciendo alusión a su cuervo albino.

—¿Dónde se habrá metido esa necia?

—Ya os advertí que no era buena idea invitarla a quedarse en el castillo.

—¿Osáis a cometer una afrenta hacia mí? —masculló la reina.

Sagrid estaba siendo demasiado dura con su prima, pero era el temor quien hablaba por ella. Kazum llevaba semanas desaparecida, en Agusterra nadie la había visto, y a juzgar por las cartas que su hermana Visú había enviado desde Reino de Halcones, allí tampoco conocían su paradero. La incorrecta pelirroja no hacía más que preguntarle a Kazum en sus estúpidas misivas por qué no respondía a ninguna, y todas ellas se amontonaban ya sobre la mesa de la reina.

—No, majestad. Disculpad.

—Centraos en vuestro deber y encontradla. No podemos dejar que se reúna con las águilas en las montañas o todo lo que hemos logrado se perderá en vano —masculló lanzando con desaire

la última carta sobre el resto.

—Ya estoy en ello, mi señora, os lo aseguro. He conseguido controlar a más del treinta por ciento de las águilas. Todas ellas están a vuestro servicio, así pues, disponed cuanto deseéis.

—Ellas no pueden sustituirme para lo que he de hacer, pero sí podéis aseguraros de que sigan buscándola. ¡Donde sea!, hasta dar con esa maldita Reina.

—Lo lograrán. Y no afectará a vuestro plan, majestad, tenéis mi palabra.

—Procurad que así sea, Nijal. Me apiadé de vos al saber que os quemarían en la hoguera. No hagáis que me arrepienta.

—Jamás, majestad. Mi lealtad siempre estará con vos.

—Bien, porque os necesitaré también para la audiencia.

—Ya me he encargado de ello, mi señora. Será conforme vos pedisteis.

—Me alegra oírlo —concluyó recolocándose el vestido—. Ha llegado el momento de dar el siguiente paso —anunció encaminándose hacia el salón del trono.

La desaparición de Kazum había supuesto un inconveniente para Sagrid. Su afán de invitarla para controlarla no había dado sus frutos, pero la reina era versada en revertir un inconveniente en beneficio propio. Así pues, aprovechando la posición en la que se encontraba, se dispuso a dar audiencia, cumpliendo con su perfecto e impoluto papel como monarca.

Tal y como esperaba, la mañana había sido agotadora, y en su última audiencia, Sagrid volvía a tener que soportar los lamentos de otro ciudadano, esta vez de Merol. Desde el piso superior, la reina madre, acompañada de su inseparable Jareth, acudía como mera observadora, impotente por el sufrimiento de cada uno de ellos.

—Sed breve, no tengo todo el día —ordenó Sagrid con altivez.

En el centro, un humilde campesino se postraba ante ella, portando algo envuelto en una manta.

—Majestad, ruego vuestra ayuda. Las águilas han atacado...

—Sí, ya sé, vuestras reses y vuestros cultivos. ¿Cuántas veces tengo que escuchar lo mismo? —se quejó esto último en un casi inapreciable susurro.

—Pero, majestad, están descontroladas y yo no dispongo de medios para salvaguardar nuestra casa.

—Ni yo del poder de controlarlas —se desentendió.

—Lo sé, mi señora. Pero, tal vez si vuestros hombres...

—¿Pretendéis que envíe a mis hombres a una muerte segura? —Ningún otro ciudadano se había atrevido a tal agravio—. ¿Quién protegerá al reino si les encomiendo la orden de cazarlas?

—No habrá reino si no intervenís y hacéis algo por él, mi señora —le rebatió el campesino.

—¡Insolente! ¿Cómo os atrevéis? —gritó fuera de sí.

—Porque no sobreviviremos si no hacéis algo —respondió el hombre, dejando con cuidado en el suelo lo que tanto protegía con la manta.

El salón retumbó con las muestras de espanto de los asistentes al descubrirlo y ver que era la pierna de una niña. Todos apartaron la vista, excepto Nijal, escondida en un segundo plano, y la propia reina.

—Un águila se llevó a mi pequeña mientras jugaba junto a mi casa —comenzó a relatar el campesino con la voz quebrada—. Yo intenté impedirlo. La agarré por el tobillo, pero ella...

—¡No os quedéis ahí plantados! —les gritó Sagrid a sus hombres—. ¡Dadle oro en

compensación por su pérdida y aseguraos de que regrese sano y salvo para poder despedirse con dignidad!

Todo había salido según lo previsto. Y ella solo debía dar el punto y final a su interpretación, poniéndose en pie y dirigiéndose a los allí presentes.

—Durante siglos, las águilas han sido nuestros animales sagrados y hemos velado por ellas. ¡Pero lo que acabamos de presenciar aquí hoy es la situación que vive nuestro reino! —alzó la voz, consiguiendo que la gente asintiera y murmurase entre ella, dándole la razón—. Vigar ha muerto, todos lo sabemos. ¡Aunque los ataques que estamos sufriendo no son debido a su muerte, sino a la clara ineptitud de la Reina de águilas por no garantizar la seguridad de nuestro pueblo antes de morir! —Los ánimos de los asistentes se enaltecieron, posicionándose con las palabras de su parte—. ¡No podemos dejar el futuro de nuestra nación quede en manos de esas bestias! —La gente gritaba ensalzando cada frase—. ¡Soy vuestra reina, y no permitiré que maten a vuestros hijos! —Clamores—. ¡Ni a vuestras mujeres! —Gritos—. ¡Mi deber es protegeros! ¡Y por eso, desde hoy, os anuncio que todo aquel que necesite un lugar seguro para vivir, se le concederá asilo en Agusterra!

El salón del trono al completo estalló en júbilo y todo el mundo gritó alabanzas hacia su reina.

Capítulo 25

Madrid, en la actualidad

Kazum se despertó en mitad de la noche con el rostro empapado en sudor. Había tenido un sueño desgarrador, donde las águilas se enfrentaban unas a otras en una dura batalla. Había sido tan real, que hasta pudo escuchar sus lamentos y ver cómo sus cuerpos caían hasta estrellarse contra el suelo.

Angustiada, se levantó a por un poco de agua. La máquina estaba junto a la ventana y observó que fuera la luna llena iluminaba la noche con su intensa luz. Mientras bebía, se quedó mirando el exterior a través del cristal. Desde allí podía ver un poco el club y buena parte de los establos. Algo en su interior se removió, y fue entonces cuando supo que había llegado el momento.

Kazum ya no podía engañarse a sí misma. Lo que había soñado esa noche no había sido fruto de la casualidad, era demasiado real, tanto como el hecho de que Durkán y ella debían dejar todo aquello y regresar al reino.

Mirando la finca a través de la ventana, supo lo mucho que añoraría aquel lugar. Allí había trabajado y hecho cosas que jamás imaginó hacer, pero también se sentía agradecida por todo lo que había aprendido. Aquel centro y su gente le habían enseñado a ser la mujer que era ahora, y nada ni nadie borraría aquel episodio de su vida.

Kazum intentó hablar con él al día siguiente, pero no tuvo oportunidad de estar a solas con él y se vio obligada a aguardar hasta la noche.

Volvían a estar uno frente al otro, tumbados en la cama. Despedirse de todo aquello no iba a ser fácil para ninguno de los dos, y Kazum, pretendiendo no sacar el tema de una forma demasiado directa, para no acabar en una fuerte discusión como la última vez, quiso preguntarle por la cicatriz de su muslo derecho. La había visto en su segundo encuentro y nunca se había atrevido a indagar sobre ella, pero esa noche, en cambio, le pareció la excusa perfecta para poder hablar del pasado y la verdadera época de ambos.

—La cicatriz, ¿os la hicisteis en el incendio?

Hubo un breve silencio. Durkán volvía a acariciarla, rozando con la yema de los dedos el contorno de su cadera.

—Ni siquiera recuerdo que me doliera —reconoció.

Pese a conocer parte de la historia, Kazum deseaba escucharla de él.

—¿Qué ocurrió?

Durkán se tumbó boca arriba y, llevándose la mano a la nuca, cerró los ojos un instante antes de responder. No había una sola imagen de aquella tarde que hubiese borrado de su memoria, y hablar de ello era como revivir de nuevo todo lo que pasó. Después de aquel día nunca había

tenido la oportunidad de contárselo a nadie, y quiso hacerlo esa noche con ella. Le narró con detalle la idea de Badel de robarle la llave a su padre, lo poco que tuvieron oportunidad de bromear en la sala y la rapidez con la que el fuego comenzó a devorarlo todo.

—Aún creo percibir el olor a carne quemada en el interior de aquella sala—prosiguió sin ocultar el esfuerzo que le suponía al hacerlo con la mirada perdida en algún punto del techo de la habitación—. Conseguí apagar las llamas que abasaron parte de su piel, pero después cometí el error de separarme de él, a sabiendas de que su mayor temor era precisamente el fuego. Estábamos atrapados, todo a nuestro alrededor comenzó a arder y me obsesioné intentando encontrar la forma de salir de allí. Solo se me ocurrió coger un busto de piedra para golpear con él la pared. Debí saber que sería inútil y no dejarlo solo. Cuando me quise dar cuenta, aquel maldito cuadro había caído sobre él y le había aplastado la cabeza.

—Os infringís una culpa que no os corresponde —aseguró Kazum, con un nudo en la garganta.

—No debí abandonarlo. Era mi mejor amigo.

—No podíais prever un accidente así.

—¿«Accidente»? —cuestionó volviéndose para mirarla por primera vez desde que comenzase su relato—. No fue un accidente, Kazum. Vi perfectamente cómo aquel hijo de puta nos disparaba bolas de fuego desde el patio de armas.

—¿Qué queréis decir? —cuestionó sin ocultar el temor que él pudo ver en sus ojos.

—El incendio fue una orden del rey Ingod, mi padre. Nos encerró y nos sentenció a muerte a manos de «La Bestia».

Kazum se quedó paralizada. Ahora todo cobraba sentido. Su sed de venganza. Su entrenamiento con Ronco cada tarde. Su negativa a marcharse... Sin embargo, debía convencerlo. Debían regresar al reino cuanto antes, y le contó lo que había soñado.

—Solo ha sido un sueño —abogó él cuando ella terminó su relato.

Molesta, se incorporó, sentándose a su lado.

—¿Y si no lo es? ¿Y si está ocurriendo de verdad, mientras nosotros estamos aquí, tan tranquilos, fingiendo que el reino no nos necesita?

—Yo no finjo nada. Y ya te lo dije. Aún no estoy preparado para volver —siseó.

—Sois el rey, ocupad vuestro lugar en el trono y deshaceos de ese hombre, si es lo que tanto necesitáis.

—Precisamente por serlo, no quiero que otro cumpla por mí la promesa que le hice a Badel.

—No necesitáis demostrar vuestro liderazgo poniendo en riesgo vuestra vida —se encaró ella con entereza.

—¡Por eso no puedo volver, Kazum! ¿No lo entiendes?

Durkán se levantó y salió al despacho. Necesitaba un trago y bebió de lo primero que pilló. Ella lo siguió y le pidió que le sirviera lo mismo. Resultó ser una bebida demasiado fuerte, perfecta para una ocasión como aquella.

Lo vio caminar de un lado a otro y aguardó a que fuese él quien rompiese el tenso silencio que había entre ambos.

—Llevo diez años preparándome, ¡diez putos años! —masculló—. Y ni siquiera he sido capaz de vencer a un hombre de mediana edad en un solo entrenamiento. ¿Cómo cojones pretendes que me enfrente a «la Bestia»?

—Con vuestro poder, no con vuestro acero —respondió Kazum con templanza.

Deseaba transmitirle lo mucho que lo admiraba y el hombre que veía en él.

—No es tan sencillo. Hice una promesa —se justificó Durkán.

—No dejáis de mencionar una promesa que os hicisteis a vos mismo y que, de igual forma, podéis cambiar.

—Jamás renunciaré a ella —se revolvió, clavando su mirada en ella.

—No os pido que renunciéis, sino que meditéis y actuéis con cabeza.

—Eso es precisamente lo que hago —farfulló.

—Habláis desde el orgullo, no desde la mente o el corazón.

—¡Por supuesto que sí, maldita sea! —bramó—. ¡Tú no estabas allí, no viste su cabeza partida en trozos esparcidos por el suelo!

—¡Pero estoy aquí y ahora, decidida a cumplir con mi deber para salvar el reino, algo que también deberíais hacer vos!

—¡¡¡¿Cómo quieres que salve a todo un reino si ni siquiera fui capaz de salvarlo a él?!!! —gritó fuera de sí, lanzando el vaso que llevaba en la mano hasta estrellarlo contra la pared.

Ahí estaba. El verdadero temor de Durkán no era solo por no verse preparado para vencer a «la Bestia», sino por no valorarse lo suficiente para creer que pudiera cumplir con su deber como rey.

—Decís eso porque os negáis a ver lo que yo veo en vos —argumentó Kazum con lágrimas en los ojos, al comprobar que la esperanza de llevarlo consigo comenzaba a desvanecerse.

—¡Lo digo porque soy realista y porque lo que viví fue real! —masculló Durkán, con el alma rota de dolor—. Me acusaste de esconderme, ¡y sí, lo hago! ¡Lo hago porque no hay día que lamente el no haber podido salvarlo, lo hago porque me obligaron a marcharme, y porque con tan solo dieciséis años supe quién era yo en realidad!

—¿Os lamentáis por eso? —se le encaró Kazum, molesta por su respuesta y decidida a llevar aquel enfrentamiento hasta las últimas consecuencias—. ¡Yo supe con más edad que vos que el hombre que fingió ser mi padre intentó matarme en la cuna! ¡Asesinó a mi verdadero padre degollándolo a sangre fría! ¡A su propio hermano! ¡Y nos arrebató a mi hermana y a mí la oportunidad de conocer a nuestros padres! ¡Vos, al menos, tuvisteis la oportunidad de conocer a los vuestros! ¡Pero el tiempo pasa, y nos guste o no, no tenemos más opción que la de dejar todo eso atrás y aceptar nuestro presente! ¡Debemos afrontar quiénes somos y el deber que nos aguarda!

—¿Por qué te empeñas en regresar, Kazum? —inquirió—. ¿Acaso no ves que podrían matarte?

—Porque solo nosotros podemos salvar el reino.

—¡Para ti es fácil decirlo! —escupió furioso—. ¡Tú solo te enfrentarías al hechizo de unas aves, mientras que yo tendría que hacerlo a un reino al borde de la guerra!

—¡Juntos podríamos lograrlo! —insistió.

—¡¡¡Basta!!! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡¡¡No voy a repetirlo más!!! ¡¡¡No iré a ninguna parte, y tú tampoco lo harás!!!

Kazum pudo ver la desesperación en su mirada. Aquellos ojos que la habían guiado hasta su rey, ahora eran precisamente los que la alejaban de él. Con una presión bajo el pecho y el corazón roto en pedazos, lo rebasó y se adentró en el dormitorio. Para ella, su mayor temor no

era enfrentarse a lo que le aguardaba en Agusterra, sino al hecho de separarse de él y aceptar que aquel sueño a su lado había llegado a su fin.

Durkán la siguió con la mirada cuando la vio salir vestida, con una mochila colgada al hombro.

—¿Dónde vas? —le increpó con temor en la voz.

Kazum se detuvo y se volvió hacia él, decidida a enfrentarse por última vez. Había fracasado en su deber de llevarlo de vuelta al reino, y solo le quedaba admitir su derrota.

—Sois mi rey, y yo solo la Reina de águilas. Pero este no es vuestro reino, y no podéis decirme lo que debo o no debo hacer.

—¡Sabes que no...! Espera. ¡Kazum, espera! —gritó Durkán a su espalda cuando la vio salir a toda prisa de las oficinas.

Apenas lograba pensar con claridad. Él no sabía cómo afrontar aquel tema sin acabar discutiendo con ella, y se quedó allí creyendo que debía darle su espacio. Ya había metido la pata suficiente y no quería fastidiarlo aún más. Ambos necesitaban algo de tiempo para calmarse, en la finca ella no corría peligro alguno, y su temor a montar le aseguraba que no iría a ninguna parte.

Erró.

Cuando quiso darse cuenta, el sonido de unos pasos de caballo lo alertaron. Salió a toda prisa para detenerla, pero ella ya cruzaba la puerta y abandonaba la finca a lomos de Acero. Corrió hacia los establos en busca de otro caballo para seguirla. Por suerte, había luna llena y pudo guiarse sin dificultad a través del sendero que llevaba hasta el arroyo. Miles de pensamientos agolparon su mente durante el trayecto. Su corazón latía desbocado. Y al llegar, sus mayores temores se confirmaron. Acero estaba solo en la orilla, y no había ni rastro de ella.

Capítulo 26

Agusterra, siglo XV

Las montañas del este no dejaban pasar los débiles rayos del sol del amanecer cuando Katrid llegaba al Roble Fresnal para aguardar la llegada de Kazum. Le había hecho la promesa de estar presente a su regreso del futuro, y la Anciana Sabia cumplió su palabra aquella apacible mañana de primavera.

—Bienvenida, majestad.

—¡Katrid, estáis aquí! —celebró Kazum al verla.

—Os prometí que lo haría, mi señora.

El modo de hablar y su voz calmada hicieron sentir a Kazum que estaba en casa, y se lanzó directa a sus brazos. La mujer acogió su efusivo saludo con cariño, aunque había conseguido mojarla.

—Estáis empapada.

—Es solo agua —argumentó la Reina de águilas al separarse, restándole importancia.

La Anciana Sabia sonrió al ver lo mucho que había cambiado. Y no solo por su modo de vestir, con aquel pantalón de tela extraña y camisa entallada. La mujer que ahora tenía ante ella ya no era la misma joven que conoció días atrás, y se alegró enormemente de ello.

—¿Cómo habéis sabido que llegaría hoy? —quiso saber Kazum, mientras volvía a colocarse la mochila al hombro.

—Vuestro sueño —respondió Katrid.

El gesto de Kazum cambió al instante.

—¿Sabéis de mi sueño?

—No hubo tiempo de explicaros cuando nos conocimos. Yo os lo provoqué, majestad. Espero disculpéis si...

—No hay nada que disculpar —aseguró—. Era el momento de regresar y vos solo habéis allanado el camino. Ahora entiendo por qué os apodan la Anciana Sabia —añadió.

Ambas sonrieron.

—Gracias, mi señora. Espero que, al menos, vuestra estancia en el futuro haya sido grata.

—Lo cierto es que sí. Pero he fracasado, Katrid —se sinceró, bajando la mirada.

—No lo habéis hecho, mi señora —le rebatió la anciana con cariño—. Vuestro corazón ya no es el mismo. Os fuisteis con el empaque de una princesa y regresáis con la humildad de una verdadera Reina.

—Una Reina que carece de su rey —puntualizó.

—No os hagáis daño, majestad. vuestra presencia ahora es lo más importante para el reino.

—Decidme, ¿qué hay de verdad en el sueño?

—Comprobadlo por vos misma. Vayamos al castillo y...

—Aún no, Katrid. Antes debo ir a otro lugar —advirtió desviando la mirada hacia las montañas.

—¿Estáis segura? Puede que sea peligroso, conforme está la situación en el reino.

—No puedo ser una Reina si temo presentar mis respetos a las águilas —defendió con firmeza.

La anciana la miró con orgullo, y se ofreció a acompañarla. Ella nunca había tenido oportunidad de subir con Vigar, y pese a que el trayecto era un poco fatigoso para alguien de su edad, estaba dispuesta a hacerlo por ella hasta que le quedasen fuerzas.

En el camino, Katrid le contó la verdadera situación que vivía el reino. Cuando Kazum escuchó el nombre de Sagrid y todo lo que estaba haciendo apenas podía creerlo. Se había engañado a sí misma venerando a una mujer que no era digna del título que ostentaba. Alguien con su posición no podía contradecir la ley sagrada, y puso en duda incluso el hecho de que su hospitalidad al alojarla fuese verdadera.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me marché? —le preguntó a la anciana.

—Varios días, majestad. ¿Por qué?

—Creo que sabía quién soy incluso antes de viajar a través del Roble.

—No sois la única en creer esa teoría, mi señora. Yo también pienso como vos.

De ahí su interés y su insistencia en invitarla. Kazum había creído que su deseo de entablar una amistad con ella era sincero, cuando en realidad tan solo escondía un oscuro propósito. Tal vez vigilarla, tenerla bajo su control para evitar que pudiera impedir su propósito de acabar con las águilas. Todo cobraba sentido. Incluso la advertencia y las miradas de la reina madre al pedirle que se marchara. Pero no iba a hacerlo. Ahora más que nunca debía quedarse. Estaba dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias para cumplir con su deber, y confiaba en poder contar con el apoyo de las águilas.

Con el pico colgado al cuello y la capa para solventar en la medida de lo posible el frío de las montañas, Kazum las guio hasta un enorme claro en el que solo había nieve y un siniestro silencio. En el centro había un árbol, o más bien el tronco que quedaba de él. Rodeando aquel espacio había decenas de árboles cubiertos por copos en las puntas, aunque no en sus ramas, y a la izquierda se abría una cueva.

—¿Estáis segura de que es aquí? —planteó la anciana.

—Sí lo estoy. Lo presiento —aseguró.

De pronto, el zumbido de un intenso aleteo retumbó en el claro y una sombra se dibujó sobre la nieve. El corazón de Kazum bombeaba con la misma intensidad de aquel sonido que la dejó sin aliento, y al alzar la vista comprobó que estaba en el lugar correcto. Ante ella apareció el águila más grande que había visto jamás, y su fuerte aletada provocó ráfagas de viento que movió incluso su húmedo cabello. Su plumaje era realmente hermoso, con tonos rojizos en las puntas, y no tuvo la menor duda de que se trataba del Águila Imperial.

—Sed bienvenida, majestad —la saludó, posándose sobre el tronco del árbol que reinaba en el centro.

Kazum se estremeció con tan solo escuchar su voz. Sabía por Lúnam de su capacidad para comunicarse con sus halcones, pero nunca había entendido el hecho de que el vínculo que la unía a ellos fuese incluso más fuerte que el que pudiera sentir por sus propias hijas. Sin embargo, en

ese instante lo hizo. Todo su interior estalló en un sinfín de sensaciones que le hicieron comprender la unión entre una Reina y sus animales sagrados. Una unión inquebrantable que, de un modo extraordinario y mágico, le hizo saber que era la razón de su existencia y de su verdadero destino.

—Gracias por recibirme, mi señor —respondió ella, dejándose embaucar por el sosiego y la paz que le suscitaba aquel lugar y la presencia del Águila Imperial.

—Os estábamos esperando.

—Lamento haber tardado tanto. Ruego me disculpéis por no haberme presentado antes, conforme dicta la ley.

—Agradecemos vuestro gesto, pero no tenéis por qué disculparos, majestad. Sabemos a qué es debida vuestra tardanza y os elogiamos por vuestro intento.

—No he conseguido traer de vuelta al rey, no debéis elogiarme por ello —objetó Kazum con cierto grado de tristeza en la voz.

—Permitidme que os rebata vuestro argumento, majestad —aseguró el líder de las águilas—. Vuestra valía reside precisamente en haberlo intentado. El resultado no dependía de vos.

La historia que Lagar le había contado en los jardines de palacio cobraba más fuerza que nunca. La sabiduría y la grandeza del Águila Imperial eran dignas de admiración, y Kazum se rindió ante lo que para ella era más que evidente.

—Poseéis un gran corazón, mi señor, y, aunque os haya conocido un poco tarde, os admiro por ello. Pero no estoy aquí para hablar de mis logros o los vuestros, sino para pedir os vuestra ayuda para salvar el reino.

El Águila Imperial se removió y al instante el cielo se oscureció. Centenares de águilas aparecieron de pronto, manteniendo su vuelo tras su líder.

—Es nuestra Reina, debería ser ella quien nos ayudara a nosotras —se quejó una de ellas.

—¿Acaso no conoce la situación en la que nos encontramos? —cuestionó otra.

—No juraré lealtad a alguien que no está dispuesto a velar por nosotras —se le unió una tercera.

Los comentarios despectivos hacia Kazum se fueron sumando uno tras otro. Katrid no entendía nada de lo que pasaba, ella jamás se hubiera atrevido a entrometerse en un momento así, pero su intuición le aseguraba que algo no iba bien, y quiso preguntarle.

—¿Qué está ocurriendo?

Kazum le pidió que confiara en ella. Entendía que las águilas reaccionaran de aquel modo y, por extraño que pareciera, no se molestó y se mantuvo en silencio.

Aquellas aves sagradas que tenía ante sus ojos eran su hogar. Siempre había añorado una vida distinta a la suya, un matrimonio feliz y un reino o castillo digno de su valía. Ahora, en cambio, sabía lo equivocada que había estado durante tantos años. En lo más profundo de su corazón sentía que formaba parte de ellas, que la pureza y la fortaleza de aquellas águilas era su mayor riqueza, y aguardó de manera estoica ante los agravios que le infirieron.

Las águilas eran los reyes del cielo, las aves con mayor valor de cuantas existían. Al contrario que las demás, ellas no temían a la tormenta, la usaban a su favor para volar más alto. Ninguna otra ave, por mucha leyenda que existiera, era comparada con el sacrificio y el poder que poseían las águilas. Su valía inspiraba fuerza, confianza y una valentía extraordinaria, pues solo ellas eran capaces de reinventarse a sí mismas, de resurgir desde lo más hondo para poder llegar a lo más

alto, tras un duro proceso. Kazum era su Reina, sus logros eran los suyos propios, y esperaría cuanto fuese necesario para poder explicarse.

—¡Silencio! —ordenó el Águila Imperial, acallándolas a todas—. Supongo, majestad, que tendréis un motivo que justifique vuestra petición —advirtió, dirigiéndose a ella.

—Así es, mi señor. —Era su momento, y Kazum se abrió ante todas ellas—. Sé que no me conocéis, y que tal vez no me creáis digna de ser vuestra Reina. No puedo culparos por ello, como tampoco por el hecho de no haberme presentado antes ante vosotras, o por no haber sido capaz de traer de vuelta al rey, tal y como se me encomendó. No me enorgullezco de mi error y me disculpo por ello.

»Pero ahora estoy aquí. Decidida a aprender de vuestros valores, a inspirar fuerza y confianza, tal y como vosotras lográis. Decidida a reinventarme, a usar las tempestades a favor para superar los desafíos y conocer realmente quién soy y de lo que puedo llegar a conseguir. Dispuesta a volar todo lo alto como me sea posible para distinguir cuál es el camino a alcanzar. Y completamente preparada para renovarme y no dejarme morir.

»Os he pedido ayuda porque os necesito para poder libraros del yugo de Nijal. Una Reina carece de su poder sin su rey, y es por eso que os solicito vuestro apoyo. Sin vosotras no podré derrocar a la mujer que pretende acabar con la ley sagrada del reino. Sé que es demasiado y entiendo que creáis que me excedo con tal atrevimiento. Sé de igual modo que os estoy pidiendo que luchéis contra los vuestros, que os enfrentéis a vuestros hermanos, a vuestros padres e incluso a vuestros hijos. Pero la barbarie que Nijal está llevando a cabo acabará con todas vosotras si no hacemos algo. Y yo no podré hacer nada si no lucháis a mi lado.

Hubo un largo silencio, hasta que una de ellas se atrevió a romperlo.

—¿Y cómo lo haréis? —cuestionó sin ocultar su recelo.

—Hablaré con la reina —respondió con firmeza.

—La reina es quien está detrás de todo esto, majestad —aseguró el Águila Imperial.

Todas ellas conocían toda la verdad, y Kazum ahora también.

—Soy consciente de ello —admitió—. Pero también de lo que juntas podemos conseguir. He visto el laboratorio de Nijal y sé que es allí donde radica su magia.

—¿Y qué nos garantiza que no caeremos en su embrujo como las demás cuando lleguemos allí? —inquirió una de las águilas.

—Nada —admitió—. Pero vuestra fama no os precede por la cobardía y el temor precisamente. Tengo plena fe en vosotras, y sé que podremos lograrlo.

—La fe no es suficiente para garantizar nuestra supervivencia —rebató otra.

—Cierto. Pero no sobreviviréis si os quedáis aquí sin hacer nada —insistió Kazum.

Varias de ellas se sumaron a la objeción y los murmullos se generalizaron entre la bandada.

—La Reina tiene razón —intervino el Águila Imperial, acallándolas una vez más a todas—. Llevamos días viendo cómo los nuestros caen uno tras otro, y no sobreviviremos si no hacemos algo para impedirlo.

—¡Sin el rey será imposible!

—¡Nos llevará a una muerte segura!

Ni siquiera la intervención del Águila Imperial sirvió para convencerlos. Kazum empezaba a presentir que volvía a fracasar como Reina. Su corona carecía de poder sin la presencia de su rey, y ella sola no lograría aplacar la sublevación de sus súbditos.

—No os rindáis —la alentó Katrid al ver la tristeza en su rostro. No había podido escuchar a las águilas, pero sí las respuestas de Kazum, y sabía que debía apoyarla—. Recordad las palabras de Vigar y haced caso a vuestro corazón.

Aquellas palabras de aliento removieron su interior. La anciana estaba en lo cierto. Su corazón la había llevado hasta allí, y nada de lo que había vivido tenía sentido si ahora se rendía. Las águilas nunca lo hacían, ella era su Reina y compartía su misma fuerza, y tenía el deber de demostrarlo.

Así pues, decidida a no dejarse vencer por la tristeza, se dirigió de nuevo hacia la bandada, dispuesta a defender su corona.

—Sé que mi reinado conlleva un gran poder y que mi responsabilidad es velar por vosotras —aseguró con templanza, con una fortaleza que jamás imaginó poseer—. Es por ello que, aquí y ahora, os hago el juramento de que lucharé hasta mi último aliento para lograrlo. —Su alma brillaba con más fuerza que nunca y nadie se atrevió a interrumpirla—. Soy vuestra Reina porque así está escrito —añadió—. Pero sabed que no ansío vuestra lealtad sin ganarme antes vuestro respeto.

Y así, tras aquel encuentro, Kazum, acompañada de la Anciana Sabia, se marchó decidida a enfrentarse a la reina Sagrid.

Capítulo 27

Tal vez se enfrentaba a que la desterrasen. Puede que incluso a una muerte segura. Todo era posible al desafiar a la monarca de uno de los reinos más importantes del continente.

Pero Kazum había dejado de pensar con la cabeza para guiarse tan solo por el corazón. Lo que toda su vida había defendido, la rectitud, la obediencia y la obligación de un miembro de la realeza, ahora se veía reducido a una atrevida y despiadada locura, tan solo dirigida por una fuerza que nacía de lo más profundo de su interior.

La Anciana Sabia se sentía orgullosa de ella. Su vieja amiga Vigar había acertado al elegir a Kazum como su digna sucesora. Era la mejor Reina que podían tener las águilas, y la acompañó hasta el castillo, aun sabiendo a lo que se enfrentaba.

Para cuando ambas llegaron a las puertas de palacio, las ropas de Kazum ya se habían secado por completo. La capa lucía en todo su esplendor, y uno de los guardias la retuvo al reconocerla.

—Tenemos orden de llevaros ante la reina, alteza —aseveró.

Kazum no puso reparo alguno, y caminó junto a los dos hombres que las custodiaron en dirección al salón del trono, donde Sagrid daba audiencia, como cada mañana.

—La Reina de águilas, majestad —la anunció el guardia desde la puerta, tras pedirle ella misma que así lo hiciera.

Todo el salón enmudeció y mostró su asombro al verla, excepto Sagrid, que mantuvo su gesto, confirmando así las sospechas de Kazum. De hecho, la monarca aguardaba su llegada desde que Nijal le advirtiera de que su cuervo la había visto descendiendo de las montañas dirigiéndose hacia allí.

Kazum, junto a Katrid y los dos guardias, se adentró por el pasillo central con la cabeza bien alta. La gente no conocía la existencia de una nueva Reina de águilas tras la muerte de Vigar, y muchos no ocultaron su temor a su paso, mientras que otros murmuraban acerca de su osadía y desfachatez por atreverse a aparecer.

—¡Mi querida Kazum, nos preguntábamos cuál había sido el motivo de vuestra ausencia todo este tiempo! —fingió Sagrid al verla, cuando todavía no había llegado hasta ella, ordenándole al campesino al que daba audiencia que se apartara.

Kazum no respondió, y siguió caminando hasta presentarse frente al trono.

—¡Ahora conocemos la respuesta al dignarnos al fin con vuestra presencia! —espetó la reina a su llegada.

—Mi señora —la saludó con un breve y casi inapreciable venia.

—Veo que habéis perdido los modales y que el peso de la corona os impide inclinaros como lo hacíais antes, alteza —escupió Sagrid delante de todos, con la intención de denostar su falta de protocolo.

—Majestad —la corrigió—. Yo también soy reina, como vos.

—¿Osáis a rectificarme? ¿Así es como agradecéis mi amabilidad por alojaros en mi castillo? —le recriminó, haciéndose la ofendida.

—Os estoy muy agradecida por vuestra invitación, mi señora, pues gracias a ella tuve oportunidad de saber quién soy en realidad.

Su calma no hacía más que aumentar la intranquilidad de Sagrid.

—Yo os lo diré —amenazó—. Una mera princesa ascendida a reina, que traicionó mi confianza y que ahora es incapaz de cumplir con su reinado.

Todos los presentes murmuraron y se unieron a ella en su descontento con la nueva Reina de águilas. Sin embargo, Kazum, obviando todo comentario que llegaba a sus oídos, siguió adelante con su cometido.

—Vengo a pedirlos que me ayudéis a conseguir la paz en el reino —anunció con determinación.

—Si sois quien afirmáis, ¿no os correspondería a vos tal hazaña?

—Sabéis tan bien como yo que las águilas jamás atacarían su propio reino si vos...

—¿Os atrevéis a negar los daños que sufre el pueblo? —la interrumpió, con el único fin de ganarse el afecto de los asistentes al salón, y ponerlos así en su contra.

—Sería una necia si lo hiciera —respondió Kazum con entereza.

—Lo sois al presentaros aquí sin haber hecho nada para evitarlo —escupió.

La gente se alborotaba y aumentaba el tono de sus airadas murmuraciones en contra de Kazum.

—Mi presencia se debe precisamente a querer ponerle fin —aclaró la Reina de águilas.

—¿Y a qué esperáis para hacerlo?

—Las águilas están fuera de control y yo...

—¿Y no sois vos su Reina?

—Sí, mi señora.

—¿Y acaso no os corresponde a vos controlarlas?

Kazum sabía que su única intención era desacreditarla y culpabilizarla de lo que estaba ocurriendo, pero estaba obligada a responder con la verdad, como así lo hizo.

—Así es, mi señora.

—Entonces reconocéis que sois la única culpable de sus ataques.

—No, no lo soy —aseguró con templanza.

—¡Os recuerdo que mentir a la Corona está penado con la muerte! —gritó Sagrid.

Algunas voces pedían ya su cabeza.

—No estoy mintiendo y puedo probarlo.

—No cabe la menor duda de que no sois digna de vuestro título, cuando ni siquiera os atrevéis a decir la verdad.

—Es precisamente lo que intento. Las águilas están atacando porque no actúan por voluntad propia —defendió Kazum.

—¿Queréis decir que sois vos quien les ha ordenado atacar a nuestro reino?! —alzó la voz para provocar un auténtico revuelto entre los asistentes.

—En absoluto. Me presento aquí para demostrar que no soy yo la que planea acabar con la paz del reino, sino vos.

El revuelo del salón retumbó incluso fuera de sus paredes. «La Bestia», de pie tras el trono,

hizo el ademán de moverse, pero Sagrid lo detuvo alzando la mano.

—¿Os atrevéis a cometer injuria contra vuestra reina?!

«No sois mi reina, ni siquiera la del reino».

—Solo soy leal a la verdad y al cumplimiento de mi deber de salvaguardar la ley magna —defendió Kazum, manteniendo la compostura.

—¡Y mi deber es defender el honor de la Corona de infamias como la vuestra! ¡Todo el mundo sabe que eso de lo que me acusáis tan solo podríais llevarlo a cabo vos!

—Erráis, mi señora. Hay alguien que sí puede hacerlo. Ella —dijo señalando con la mirada a Nijal.

Esta vez las voces eran de asombro y de incredulidad.

—¿Osáis a culpar a la hechicera del reino?! —gritó Sagrid enfurecida, al ver que la gente empezaba a creer a Kazum.

—Ella no es hechicera, solo es una bruja que cumple vuestras órdenes —la corrigió.

—¡¡¡Mentís!!! ¡¡¡Solo sois una insolente desagradecida que pretende engañarnos a todos!!!

—Enseñad al pueblo su laboratorio y demostrad que yerro.

Los ánimos para que lo hiciera se escucharon entre los asistentes, y Sagrid se sintió acorralada.

—¡¡¡Yo soy la reina, no tengo que demostrar nada!!! —gritó fuera de sí—. ¡¡¡Pero vos tendréis que hacerlo cuando llegue vuestro juicio por traición al reino!!! ¡¡¡Prendedla y encerradla en una mazmorra!!! —ordenó llena de rabia.

«La Bestia» fue el encargado de agarrarla del brazo y llevársela. Las voces de unos y otros se hicieron oír en todo el salón, pero ella solo escuchó la voz de Katrid rogando clemencia por ella a la reina.

De camino a las mazmorras, Kazum se dio cuenta del error que había cometido al enfrentarse a una mujer como Sagrid, con la verdad como su única arma. Había sido su juramento a las águilas lo que la había llevado hasta allí, a una derrota segura sin nadie que la respaldase. Ahora podía verlo con claridad. Y el temor comenzó a apoderarse de ella.

—Sois un guerrero, ¿por qué no hacéis nada para impedir la guerra?

—Yo solo soy un súbdito —masculló el hombre, mientras descendían por una de las escaleras de la torre.

Aquella parte del castillo era demasiado tenue, y Kazum apenas lograba ver los escalones de piedra, pese a la antorcha que él sujetaba con la otra mano. «La Bestia» era demasiado grande y su cuerpo impedía que la luz alumbrase por donde ella pisaba, dibujando únicamente su sombra.

—Pero sabéis tan bien como yo que es ella quien pretende acabar con el reino —defendió, mientras procuraba no estrellarse.

—Mi obligación es cumplir órdenes.

«Como la de matar a Durkán».

—Ayudadme a acabar con todo esto —imploró—. Ayudadme y os prometo que...

—¡Silencio, mujer! —bramó, harto de escuchar sus lamentos.

Al llegar a la zona de las mazmorras, la oscuridad era aún mayor, y el hedor plenamente insoportable. El olor a heces y orín se entremezclaba con la podredumbre de la putrefacción de posibles cuerpos en descomposición. Kazum sintió varias arcadas y su estómago se revolvió al instante.

Tras atravesar varios pasillos, en los que había puertas de hierro, llegaron a otro mucho más aterrador, algo más estrecho y con puertas de madera con forma de arco en la parte superior. Solo tenían una pequeña ventana de hierro que permanecía cerrada a cal y canto. «La Bestia» se detuvo ante una de ellas, y abrió la cerradura con una enorme llave que llevaba consigo.

—¿Por qué me traéis aquí? —cuestionó al ser consciente de aquel debía ser el lugar más recóndito y tétrico de todo el castillo.

Pero él no contestó y, tras abrir la puerta, le ordenó que entrara. Dentro solo había una profunda oscuridad y ni una sola aspillera por la que respirar.

—No, no puedo entrar ahí —murmuró casi sin aliento, sabiendo que moriría al hacerlo.

Intentó liberarse de su agarre, pero fue imposible.

—¡Entrad por vuestro propio pie o tendré que obligaros a hacerlo! —masculló.

—¡No! ¡No, por favor! —gritó desesperada.

Sus ruegos de poco sirvieron. «La Bestia», sin apenas esfuerzo, la empujó hacia dentro, con tan mala suerte que ella acabó golpeándose la cabeza contra una de las estrechas paredes de piedra.

Todo se volvió oscuro.

Y se hizo el silencio.

Capítulo 28

El dolor de cabeza la despertó y al instante Kazum supo dónde se encontraba. Lo último que recordaba era el momento en que «la Bestia» la obligó a entrar y después sentir un fuerte golpe. Se llevó la mano a la herida y notó que en esa zona el pelo era viscoso y rígido. Solo por el tacto supo que había sangrado.

Desconocía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero sabía que había pasado el suficiente para adaptarse al hedor que desprendía el suelo húmedo sobre el que yacía tumbada. Tenía el cuerpo entumecido, y su estómago le reclamaba impaciente algo de alimento. Se incorporó y apoyó la espalda contra la fría pared. Necesitaba un instante para recomponerse y recobrar el aliento antes de pararse a pensar en cómo salir de allí. Parpadeó dos veces seguidas para intentar acostumbrarse a la profunda oscuridad de la mazmorra, aunque de nada sirvió. No había luz alguna que la guiara y todo cuanto la rodeaba era de un negro intenso.

Cuando recobró fuerzas y comprobó que la herida era superficial, se levantó para reconocer la celda y encontrar la puerta. Recordaba que era de madera y, siguiendo el rastro de la pared, recorrió todo el espacio.

Pero la maldita puerta no estaba en ninguna parte. Caminó junto a la pared durante un buen rato, hasta darse cuenta de que todo cuanto tocaba era piedra. Volvió a repetirlo hasta en varias ocasiones, contando en todas ellas los cuatro rincones de la celda. No había duda alguna, la habían emparedado. Gritó con todas sus fuerzas, saboreando la sal de su propio llanto. Pero nadie podía oírla, y cayó rendida por la falta de oxígeno. Rota de dolor, sentada en el suelo, se abrazó las piernas... hasta quedarse de nuevo dormida.

Golpes. Gritos. Y de nuevo golpes aún más profundos.

—¡Matadlas a todas! —Le pareció escuchar a lo lejos.

Los quejidos de dolor acompañaban a las voces.

Kazum se despertó al comprobar que no era un sueño, y que el suelo y las paredes retumbaban. Se acurrucó en un rincón muerta de miedo. Los zumbidos eran cada vez más fuertes y ni siquiera al taparse los oídos dejaba de escucharlos. Empezaba a pensar que había perdido el juicio. Aquella celda podía acabar con la cordura de cualquiera, o tal vez solo se trataba de alguna especie de tortura para que enloqueciera antes de morir.

—¡Aguantad, majestad! ¡Os sacaremos de ahí! —escuchó de pronto.

¿Era real? ¿Lo había oído en verdad?

Kazum volvió a llorar, pero esta vez de esperanza. Al otro lado, decenas de águilas golpeaban sus picos contra la pared de piedra para salvarla. Poco a poco, la luz de la noche comenzó a iluminar la celda y ella se juró no volver a rendirse.

Cuando el hueco era más que suficiente, el Águila Imperial le pidió que se acercara.

—Agarraos fuerte, majestad —le pidió ofreciéndole sus patas.

Pese a estar casi sin fuerzas, Kazum se aferró a ellas, y él alzó el vuelo, acompañado del resto de águilas que volarían a su lado, custodiando a su Reina.

Mientras se alejaban del castillo en dirección al noreste, pudo ver que bajo sus pies y muy cerca de ella se alzaba una auténtica batalla. Los guerreros de la guardia luchaban entre ellos, como también lo hacían las águilas en las alturas. Unas a otras se clavaban sus garras hasta derribarse. Sus chillidos se entremezclaban con los lamentos de los hombres heridos en la contienda. Los ataques se producían por tierra, aire y por ambos. Guerreros matando águilas y águilas matando hombres a manos de sus garras o arrancándoles la cabeza. La imagen era devastadora. Las flechas de los arqueros atravesaban a muchas de ellas y amenazaba con su propia vida, pero la destreza del Águila Imperial y de las que lo acompañaban, logró sortearlas y llevarla sana y salva al Roble Fresnal.

Ya en el suelo, Kazum quiso agradecerles lo que habían hecho por ella.

—Jamás olvidaré lo que habéis hecho por mí.

—No tenéis que agradecernos nada, mi señora. Era nuestro deber salvaros, como también lo es pedirnos clemencia por no haberos ayudado antes.

Acto seguido, el Águila Imperial, cuyo tamaño sobrepasaba el de dos hombres, se inclinó de pronto ante ella, seguido por sus súbditos.

—Majestad, en nombre de todas las águilas del reino, nosotras, aquí y ahora, os juramos lealtad durante el resto de nuestras vidas.

Kazum se estremeció al contemplar la escena. Todo lo que había vivido y sufrido había sido para llevarla hasta allí, al momento más extraordinario y mágico de toda su existencia. Vigar le había hecho el mayor regalo, y solo entonces lo supo.

Emocionada como nunca antes, se dirigió a todas ellas.

—Vuestra grandeza es la que os representa. Sabed que jamás podría sentirme más orgullosa de todas vosotras como lo estoy ahora, y que mi juramento hacia las águilas permanecerá mientras viva.

—Ya podéis afirmar que sois una verdadera Reina —escuchó a su espalda.

No podía creerlo. Era la voz de Lúnam, y al volverse vio que también la acompañaban Visú y Katrid, esta última portando una petaca de cuero y una bolsa de tela en la mano.

—¿Qué hacéis aquí? —demandó Kazum con asombro.

—No respondíais a mis cartas —contestó Visú— y cuando por fin recibí una, resultó que era empalagosamente amable, ¿os lo podéis creer? Yo no, por eso supe que algo no iba bien.

Kazum deseaba reír y llorar al mismo tiempo, y se abalanzó hacia ella para abrazarla.

—Aún no puedo creer que estéis aquí —balbuceó estrechándola con todas sus fuerzas.

—Ni yo que seáis Reina. ¡Joder, oléis fatal! —se quejó la pelirroja.

—Esto no es nada —defendió Kazum, restándole importancia.

—¿Quién sois y qué habéis hecho con mi hermana? —se burló Visú, sintiendo que o la soltaba o acabaría partiéndola en dos.

Kazum se negaba hacerlo, pero lo hizo para poder abrazar también a Lúnam y Katrid.

Tras los saludos, y mientras se hidrataba y alimentaba de lo que Katrid le había llevado, la Reina de águilas supo que Visú le había contado a Lúnam sus sospechas y le pidió que la

acompañara para viajar al reino y averiguar qué ocurría. Pero fue la misiva de Miyah la que les confirmó que la habían arrestado por orden de Sagrid. Aconsejadas por Aifos, avisaron a la Anciana Sabia antes de su llegada mediante un halcón.

—¿La reina madre os avisó? —cuestionó sin dar crédito. La mujer que ella había creído una enemiga resultó ser su mejor aliada y poseer un gran corazón.

—Sí. Lo hizo en cuanto supo que os habían encerrado —confirmó Lúnam.

Kazum cerró los ojos, lamentando no haber confiado antes en ella.

—¿Cuánto tiempo he estado encerrada? —quiso saber al caer en la cuenta de que debía haber sido demasiado para darles tiempo a viajar desde Reino de Halcones.

—Dos días, mi señora —respondió Katrid.

Kazum no quiso ahondar en lo que había sufrido, y prefirió seguir preguntándoles sobre su presencia allí. Visú le contó que habían hecho el trayecto a caballo, sin carruaje, y que por eso habían tardado menos.

—¿Y Jurón?

—Solo le dije que veníamos de visita —argumentó Lúnam, quitándole hierro al asunto.

—¿Y las niñas? ¿Cómo están? Las echo tanto de menos.

—Pues sí que ha cambiado mi hermana, sí —murmuró Visú, haciéndolas reír a todas.

—Están preciosas —respondió Lúnam—. Ellas también os echan de menos.

Kazum se estremeció. En aquel momento hubiese dado cualquier cosa porque corretearan a su lado y se abrazasen a sus faldas, como tantas veces habían hecho.

—Contadme, ¿y cómo fue vuestro encuentro con Katrid? —quiso saber, dejando a un lado aquellos recuerdos que no hacían más que provocarle añoranza y dolor.

—Aifos ya nos había hablado de su amabilidad y lealtad. —Kazum podía corroborarlo—. Y a nuestra llegada, le pedimos que nos guiara hasta las montañas para hablar con las águilas —reveló Lúnam.

—Aguardad un momento —soltó Kazum al comprobar que algo no cuadraba en la historia—. ¿Cómo habéis podido hacerlo?

Solo una Reina podía comunicarse con sus animales sagrados.

—No lo hemos hecho —aclaró Visú—. Alguien se nos adelantó y lo hizo antes de que llegásemos allí.

—¿Quién? —inquirió intentando comprender lo que estaba ocurriendo. Se sentía molesta porque pudieran haber suplantado su identidad, y no tardó en venirle el nombre de cierta bruja a la mente.

—El rey, majestad —anunció Katrid, con una mirada esperanzadora que le atravesó el alma.

Kazum se quedó sin aliento en ese preciso instante.

—¿El rey está aquí? —demandó con un hilo de voz, al borde del llanto.

—Sí, mi señora —aseguró la Anciana Sabia—. Ha viajado desde el futuro.

—¿Y dónde está? —preguntó mirando a su alrededor, con el corazón atronándole bajo el pecho.

—Está luchando contra los hombres de Sagrid —explicó Lúnam.

—¿Y quién lucha a su lado? —cuestionó con temor.

—Los hombres de Jareth.

Era de esperar, Jareth seguiría creyendo que Durkán era su hijo. Aunque el hecho de que se

reencontrase con él, después de creerle muerto no...

—Sé lo que os estáis preguntando, mi señora —interrumpió Katrid sus pensamientos, como si pudiese conocerlos—. Gemar nunca supo que Jareth conocía quién era el verdadero padre de Durkán.

—¿Sabía que la hechicera le había sido infiel y guardó el secreto?

—Ay va, aquí hay salseo —celebró Visú, ganándose un suave codazo de Lúnam para que callara.

—Jareth no podía tener hijos —reveló Katrid—. Ocurrió tras un accidente que sufrió en una batalla. El médico se lo comunicó a ambos, y cuando Gemar quedó en cinta, los dos sabían que él no era el padre de aquel hijo que ella engendraba en su vientre. Pero Jareth la quería tanto que llegó a perdonarla, no deseaba su deshonra, y aceptó criar al niño como suyo. Con el tiempo, y conforme Durkán fue creciendo —prosiguió—, Jareth averiguó que el rey Ingod era su verdadero padre. Había heredado varios de sus gestos, aunque fueron sus mismos ojos los que le desvelaron la verdad. Jareth siguió al lado de su rey y de su esposa sin demostrar rencor alguno, pero cuando murió Gemar, trazó su particular venganza. Ingod le había quitado a su esposa una noche para dejarla embarazada de su hijo bastardo, pero él le arrebató el amor de la reina Miyah mientras se mantuviera con vida.

—Sin embargo, acabó amándola de verdad —confirmó Kazum, corroborando lo que ella había observado semanas atrás.

—Así es, mi señora. Ambos se enamoraron perdidamente, pero Miyah nunca quiso hacer público su amor por respeto a su hijo Lintos.

—El rey al que enterramos cuando vinimos —apuntó Visú.

Katrid asintió.

—No puedo quedarme aquí —anunció de pronto Kazum—. Tengo que ir con Durkán y ayudarlo.

—¡Alto ahí, hermana! —la detuvo la pelirroja, con aquel desparpajo que tanto la caracterizaba.

Pero ella no estaba para bromas cuando se trataba de la vida de su rey, y no dudó en enfrentarse a ella.

—Nadie va a detenerme, Visú, así que no os molestéis en intentarlo —advirtió, pese a ser consciente de lo que se enfrentaba.

—No podéis subir al castillo sin un arma —intervino Lúnam.

—Yo no estaría tan segura, solo con su olor podría tumbar al guerrero más fiero —se burló Visú.

Kazum no sabía si reír o cogerla de los pelos.

—¿Os ofrecéis voluntaria para probarlo? —se defendió, haciendo el ademán de abrazarla de nuevo.

—¡Apartaos de mí! —gritó dando un paso hacia atrás—. ¡Dais miedo, hermana, mucho miedo!

Finalmente, optó por la primera opción y rio a carcajadas al ver su reacción. Aunque su humor desapareció al ver que Lúnam se había acercado al Roble Fresnal y traía consigo su arco, una ballesta y una pequeña daga. Kazum entendió entonces a qué había venido la intención de su hermana de detenerla.

—No puedo permitirlos que vengáis conmigo —aseguró la Reina de águilas, negándose a ponerlas en peligro, pese a lo mucho que le emocionaba que estuvieran dispuestas a luchar a su lado.

—Ni yo que sigáis diciéndome lo que debo o no debo hacer —le rebatió Visú.

—Sabed que una Reina nunca abandona a otra —le comunicó Lúnam—. Y, de haberlo sabido, os aseguro que Urkana también estaría aquí, pero no hubo tiempo de avisarla.

—Ya, pero...

—Y yo que había pensado que había cambiado de verdad —se burló Visú en forma de queja, arrebatándole la ballesta de las manos a su cuñada.

Aquello significaba que la diminuta daga era la única opción que le quedaba a Kazum.

—¿Y por qué me toca a mí el arma más pequeña? —se quejó.

—No sabía qué destreza tendríais —respondió Lúnam—. Además, no estáis tan descansada como nosotras, y la daga es ligera y útil en las distancias cortas —aseguró.

Kazum deseó gruñir como lo hacía un can cuando alguien se acercaba a su comida, pero era algo que iba más con su hermana.

—Al final va a ser mejor lo de la peste, os lo digo yo —se mofó de nuevo Visú.

—Porque el reino nos aguarda, pues de lo contrario os cortaba la lengua yo misma con esta daga solo para dejar de oíros.

Lúnam sonrió, y Katrid se ofreció a acompañarlas hasta la entrada de los pasadizos del castillo. Mientras, a poca distancia, las águilas alzaban su vuelo para proteger y luchar junto a su Reina.

Capítulo 29

Kazum guio a Visú y Lúnam por los pasadizos que llevaban a la zona privada del castillo. Su corazón latía desbocado conforme se acercaba. Ella no tenía experiencia alguna con un arma, nunca había luchado contra nadie, pero estaba decidida, y su falta de destreza no la detendría hasta encontrar a su rey y acabar con Nijal; a Visú y Lúnam tampoco.

La Reina de halcones fue matando hombres de la guardia de Sagrid a su paso con el arco, como Visú lo hizo con la ballesta. Podían distinguirlos porque todos ellos intentaban atacarlas al verlas. Kazum no podía sentir más orgullo hacia ellas. Se había sentido responsable de arrastrarlas hasta allí, pero ahora se alegraba de tenerlas a su lado, aunque a ella no le dejaran oportunidad alguna de intervenir con su diminuta y absurda daga.

Al llegar al laboratorio, comprobaron que no había nadie.

—¡Menuda bruja! —soltó Visú nada más verlo.

Kazum le respondió de la mejor forma que supo, estrenando su daga para destrozar con rabia todo cuanto había en aquel tétrico lugar. Su hermana y su cuñada se unieron a ella, y en apenas un momento el laboratorio dejó de existir. Cuando terminaron, retomaron su camino en busca de Nijal.

El castillo era demasiado grande y no iba a ser fácil dar con ella. Había gente por todas partes, doncellas y sirvientes corriendo de un lado a otro, guerreros fieles a Jareth enfrentándose a los hombres de la reina. Era casi imposible distinguirlos, y Kazum las guio hasta las almenas. Era arriesgado, pero desde allí tendrían una mejor visión y podría defender a las águilas. A su llegada, los arqueros disparaban sin cesar sus flechas contra ellas.

—Hay que acabar con ellos —masculló Kazum.

—Lo estaba deseando —respondió Lúnam.

Uno a uno fueron derribándolos. Desde su posición podían acabar con ellos sin dificultad. La Reina de halcones era diestra con el arco y Visú no se le quedaba atrás con la ballesta. Ella, en cambio, poco podía hacer desde la distancia.

Entre todos los arqueros que se encontraban en aquella almena, había uno que mataba más águilas que ninguno. Debía ser el mejor del reino por su rapidez y acierto al disparar. Kazum le pidió a Lúnam que acabase con él el primero, pero no lo tenía a tiro desde allí, pues entre ella y el objetivo había dos guerreros luchando entre ellos, y ninguna sabía cuál de los dos era de los buenos.

—Ahora lo sabremos, yo me encargo —anunció justo antes de encaminarse hacia ellos.

A escasos pasos de ellos, Kazum fingió haber sido apuñalada con la daga.

—¡Socorro, ayudadme, os lo ruego! —gritó inclinada contra el muro, sujetando el arma contra su vientre.

Uno de los guerreros se acercó a ella para ayudarla, y el que no hizo nada murió en el acto al

atravesarle la frente una de las flechas de Lúnam. Eliminado el obstáculo, la Reina de halcones se deshizo del arquero.

Visú sintió verdadero orgullo por la valentía de Kazum, y a su regreso se lo hizo saber a su manera.

—En serio, sea lo que sea que hayáis hecho con mi hermana, no me la traigáis de vuelta. Me quedo con esta.

Kazum quiso responderle, pero en ese instante divisó a Nijal en lo alto de la torre, junto a su cuervo.

—Acabad con él antes —le pidió a Lúnam, señalándolo. Esta actuó al instante, y le bastó un único intento para conseguirlo, a pesar de la distancia—. Ahora está ciega —añadió al verlo caer—. Es el momento de acabar con ella.

Mientras se acercaban hasta su posición, Kazum pudo ver cómo Nijal controlaba a sus águilas. Su postura era extraña, aunque no tanto como su mirada. Estaba en trance y había verdadero terror en sus ojos. No se había equivocado con ella en su primer encuentro, pero estaba segura de que aquel sería el último.

—Deteneos —le ordenó cuando las tres llegaron hasta ella.

Nijal parpadeó y se volvió hacia ellas con altanería.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —cuestionó sin amilanarse.

—Porque yo os lo ordeno. Desistid y salvaréis vuestra vida.

—No he llegado hasta aquí para dejarme amedrentar por una mera Reina.

—¡Esta «mera Reina» puede acabar con vos ahora mismo! —gruñó Visú, decidida a defender a su hermana.

—Si ni ella es capaz de atemorizarme, aún menos lo haréis vos —aseguró con soberbia Nijal.

Aquella arrogancia iba a ser precisamente su perdición, pues lo que Kazum pretendía era entretenerla.

—¡No permitiré que acabéis con la ley magna! —aseguró para provocarla.

—¿Esa ley absurda? —se mofó—. Debió abolirse hace demasiado tiempo, pero por fortuna estoy aquí para conseguirlo —argumentó la bruja, jactándose de una posición que no le correspondía.

—Os adjudicáis un mérito que no os pertenece, pues será ella quien se vanaglorie de su éxito cuando todo esto acabe.

—¡Soy yo la que acabará con todo esto! —gritó.

Por fin la tenía donde quería.

—¿Por eso os ha enviado a vos a hacer el trabajo sucio y vos cumplís sus órdenes?

—¡Hago esto porque quiero y porque puedo! ¡Soy la hechicera del reino!

—Vos no sois más que una simple marioneta de la reina.

—¡¡¡Mis águilas os matarán!!! —amenazó Nijal.

—No, si yo puedo impedirlo. ¡Ahora! —le ordenó al Águila Imperial, que había estado protegiéndola en todo momento.

Los gritos de Nijal mientras la atacaba eran música para sus oídos. Le correspondía a él el honor de acabar con ella. Al entretenerla, Kazum había conseguido sacarla del trance y debilitar así el hechizo de las águilas. Pero aún quedaban algunas que seguían luchando contra los suyos, y su Reina quiso rematar la faena. Nijal apenas respiraba cuando se acercó. El Águila Imperial

aún la agarraba con sus garras, en una posición perfecta para ella.

—Sois... una... maldita... ramera —balbuceó con esfuerzo Nijal, justo antes de escupirle en la cara.

Kazum se limpió con el dorso de la mano, para después restregárselo a ella en sus ropas.

—Soy la Reina de águilas —siseó frente a su rostro—, y ni tú ni nadie acabará con la ley magna mientras yo viva —remató, degollándola con la daga.

—¡Así se hace! —la ensalzó Visú, colocándose a su lado.

El Águila Imperial soltó a Nijal, y su cuerpo cayó inerte al suelo.

—Nunca había matado a nadie —susurró Kazum, sin apartar la vista de ella.

—Ahora, además de Reina, sois también una guerrera —comentó Lúnam, colocándose al otro lado, orgullosa de su hazaña—. ¿Cómo os sentís?

—Lo sorprendente es que ni siquiera me ha temblado el pulso al hacerlo —reconoció Kazum.

—Mejor así. Ahora continuemos, antes de que os arrepintáis.

—¿Arrepentirme? —Se volvió hacia ella—. Nunca había estado tan segura de algo como lo estoy en este momento. Ahora, vayamos a por Sagrid.

Las tres mujeres se encaminaban decididas a encontrarla, cuando el Águila Imperial se dirigió a Kazum.

—Aguardad un momento, majestad. —Ella se detuvo y se volvió al escucharlo—. Llevadle esto de nuestra parte, así sabrá quién es nuestra única y verdadera Reina —anunció lanzándole la cabeza de Nijal, que él mismo acababa de arrancarle.

Kazum, lejos de atemorizarse, agradeció su gesto y cogió la cabeza del suelo agarrándola por el pelo. El Águila Imperial se inclinó ante ella y, antes de alzar el vuelo para unirse al resto de la bandada y liderarlas en la batalla, le indicó dónde podía encontrarla.

—¡Mi hermana mola! —celebró Visú después de contemplar la escena.

Kazum la miró con una sonrisa en los labios. Estaba completamente loca, pero la adoraba precisamente por ello.

La reina se ocultaba en el salón del trono. Era el lugar más grande y seguro para ella, al poder albergar más guardias que la protegieran. Desde su trono, inquieta y custodiada por una docena de hombres, observaba cómo sus guerreros luchaban contra los de Jareth. Sus enfrentamientos habían comenzado junto a las puertas, pero poco a poco empezaban a acortar la distancia hasta ella. «La Bestia» permanecía a su lado, bajo su orden. Era el más grande y fuerte de todos, y solo pondría su vida en peligro en último lugar para proteger la de ella.

Jareth era un maldito traidor. Le había arrebatado casi la mitad de sus guardias solo para conspirar contra ella y el reino. Sagrid solo pensaba en el tipo de tortura que le infligiría antes de su muerte, si sus hombres no lograban arrebatarse la vida antes. Por desgracia, Jareth era un guerrero experimentado, y había entrenado a sus hombres con su misma destreza en su modo de combatir. Los guardias que a ella aún le quedaban, luchaban contra ellos sin demasiado éxito, y el sonido de las espadas, los lamentos y el olor férreo de la sangre, se acercaban peligrosamente hacia ella.

Sin embargo, su mayor temor fue ver aparecer a Kazum por la puerta.

—Miradla. Esa mujer no levanta el culo del trono ni con agua caliente —masculló Visú al

verla al fondo del salón.

Pero Kazum no tenía ojos para ella, sino para su rey. Era real. Durkán había vuelto a su reino.

Su corazón se desbocó al verlo luchando junto a su padre y al resto de sus hombres. Su destreza con la espada era perfecta, era capaz de enfrentarse a dos guardias al mismo tiempo y salir vencedor en cada contienda. Era un gran guerrero. Y un gran rey. Pero fue ahí cuando Kazum se dio cuenta de algo que hasta entonces había estado ocultando. Amaba a aquel hombre más que ningún otro ser, y temió por su vida más que por la suya propia.

Sin embargo, ese hallazgo fue lo que la impulsó a seguir adelante y enfrentarse a Sagrid. La halló al final del salón, en su trono, tal y como había anunciado Visú.

—Lástima que no me permitáis clavarle una flecha entre los ojos —murmuró Lúnam.

—¿Y perdernos su cara cuando vea el regalito que le traemos? ¡Ni hablar! —comentó Visú.

Abriéndose paso entre los laterales del salón, las tres mujeres se dirigieron hacia el trono, hasta quedar a escasos pasos de la reina. Los hombres que la custodiaban formaron un escudo aún más estrecho para protegerla, aunque entre ellos había el suficiente espacio para poder verla.

—Rendíos, Sagrid, o vuestra cabellera correrá su mismo destino —amenazó Kazum, lanzándole a sus pies la cabeza de Nijal.

La reina enloqueció, presa del pánico. Era imposible que hubiese podido escapar de la mazmorra, y aún más presentarse allí con su cuñada y su hermana, tras matar a su prima. Aquello significaba que sus hombres perdían fuera de aquellas cuatro paredes, y que su destino, como bien había amenazado la maldita Reina de águilas, a la que siempre había subestimado, corría un grave peligro.

—¡¡¡Matadlas!!! —gritó fuera de sí.

Sus guerreros avanzaron hacia ellas, y las tres se defendieron de manera estoica. Lúnam provocó numerosas bajas con sus flechas, Visú hizo lo mismo con su ballesta, y Kazum logró esquivar y matar a dos hombres. Pero su arma era demasiado corta, y uno de ellos se la arrebató de las manos con un contundente golpe de espada. Kazum quedó entonces desamparada y supo que su final estaba cerca. No podía hacer nada para escapar, todos a su alrededor se defendían y luchaban entre ellos, y el guerrero se dispuso a matarla. Retrocedió su acero para coger impulso, cuando, de pronto, una espada clavada por la espalda le atravesó el pecho, hasta quedar su punta a escasos centímetros de su rostro.

—¿Estás bien? —le preguntó Durkán, acogiéndola con su brazo, tras sacar el acero del cuerpo del guerrero.

—Ahora sí —balbuceó ella, perdiéndose en sus ojos.

Durkán la acercó contra su pecho y la besó. Había pasado un infierno al estar dos días separado de ella y se juró que jamás volvería a vivirlo.

—Seguiría así hasta perder el conocimiento, pero he de seguir luchando.

—Os creía acostumbrado al hedor —se burló ella. En sus brazos, todo cuanto los rodeaba dejaba de existir.

—Mejor lo dejamos para otro momento.

—Más os vale que sea épico —amenazó Kazum divertida.

—Tienes mi palabra —aseguró entregándole la daga tras recogerla del suelo—. Ahora, mantén los ojos bien abiertos, y terminemos con esto de una puta vez.

Ella asintió y cada uno se fue por su lado para seguir luchando contra los hombres de Sagrid.

Pero la contienda duró menos de lo que ambos esperaban.

Fuera del salón el ejército de Jareth vencía y los hombres de la reina se habían rendido. Las águilas de Kazum, por su parte, habían conseguido acabar con las de Nijal y el Águila Imperial guio a muchas hasta el salón del trono. El zumbido de sus aleteos sobre sus cabezas alertó a los guardias que se encontraban allí, y los guerreros liderados por Jareth y Durkán aprovecharon su falta de concentración para acabar con todos ellos. Sagrid contempló con mirada de terror cómo su guardia se veía reducida a escasos veinte hombres que, agotados, formaron un nuevo escudo alrededor de ella.

Se hizo un silencio. Las águilas, vigilantes, se posaron en las barandillas de los balcones superiores. Kazum, Visú y Lúnam, se quedaron a un lado. Y Durkán y Jareth, sorteando los cadáveres que había repartidos por el suelo, se acercaron al trono, seguidos de sus hombres.

—Rendíos y recibiréis clemencia del rey —anunció Jareth a escasos pasos de Sagrid.

—¿De qué rey habláis? ¡Yo soy la única reina! —gritó exasperada. Había verdadero temor en sus ojos y nada de lo que dijese causaba efecto alguno.

—Erráis, mi señora —intervino la reina madre, apareciendo de pronto en el salón, hasta colocarse junto a Kazum—. Él es el verdadero rey —añadió señalando a Durkán.

—¡Siempre supe que erais un incordio! —masculló Sagrid con desprecio hacia Miyah—. ¡Os inventáis esa absurda mentira para arrebatarme lo que me pertenece, pero no os saldréis con la vuestra!

—Miyah está en lo cierto —la secundó Kazum, apoyándola como debía haber hecho hacía ya tiempo.

—¡Acallad vuestra boca, maldita ramera! ¡Vos sois la causante de todo esto!

Una de las águilas alzó su vuelo y se colocó sobre ella para defecarle sobre su cabeza.

—¡¡¡Matadlas!!! —gritó fuera de sí, mientras se limpiaba el pelo con un pañuelo.

Pero las águilas chillaron, y ninguno de sus guerreros se atrevió a moverse de donde estaban.

—Rendíos y se os perdonará la vida —les advirtió Jareth. Él los conocía a todos ellos antes incluso de que nacieran, les había enseñado todo lo que sabían, y esperaba que se doblegaran e hicieran lo correcto.

—¡Olvidaos de mis guardias! —lo amenazó Sagrid, evitando así darles tiempo y oportunidad de pensar—. ¡Ellos son fieles a su reina, tal y como deberíais hacer vos y los vuestros!

—Un guerrero solo debe lealtad a su rey.

—¿Y pretendéis que crea que un simple siervo es el verdadero rey?

—Él no es un siervo. Es Durkán.

«La Bestia», se removió al escuchar su nombre.

—¡Blasfemias! —ladró Sagrid, ante el estupor de sus hombres—. ¡Durkán murió hace años!

—No, no lo hizo —le rebatió Jareth—. Mi esposa, junto con Vigar, lo salvaron del incendio.

Sagrid agudizó la mirada para examinarlo. Conocía el cuadro de la sala de las reliquias y pudo comprobar que estaba en lo cierto.

—¡En el caso de que sea quien decís, él solo es el hijo de un traidor y una hechicera! —escupió.

—Os equivocáis. Nunca fui padre de sangre —admitió Jareth—. Durkán es hijo de Gemar y de Ingod. Es el hechicero y el único y legítimo rey del reino.

—¿Pretendéis que ceda mi trono a un bastardo?! Debéis de estar muy desesperado para

inventaros algo así y admitir que vuestra ramera esposa os fuera infiel —soltó con desprecio.

Jareth dio un paso hacia ella, pero Durkán lo detuvo colocando su brazo ante su pecho. Había esperado durante diez años a que llegase aquel momento, se había preparado para ello, y no iba a permitir que nadie le arrebatase la oportunidad que llevaba aguardando durante tanto tiempo.

—Es cierto, soy un bastardo. Pero también soy el verdadero rey —anunció con tal firmeza que todos enmudecieron.

Sagrid vio la reacción de sus hombres, y por primera vez temió perder su corona.

—¡¡¡No tenéis pruebas para demostrarlo!!!

—Volvéis a errar, mi señora. Sí que las hay —aseguró la Anciana Sabia, apareciendo de pronto en el salón del trono, trayendo consigo algo en la mano.

Capítulo 30

Kazum se sorprendió al verla, pero aún más al ver que Durkán parecía esperarla, a juzgar por su gesto. Para Sagrid, en cambio, aquella encerrona suponía su mayor ultraje, y no pudo ocultar su temor.

—¡¡¡Eso es imposible!!! —gritó histérica.

Katrid se acercó hasta el trono para entregarle el documento que llevaba consigo.

—Comprobad la firma y descubriréis que está escrito de puño y letra por el maestro de los Tenos —advirtió la anciana.

Gemar, previendo que algún día Durkán necesitase demostrar que era hijo del rey, le pidió al maestro de los Tenos que le hiciese la prueba de sangre. Era un método fiable que solo conocía y podía realizar él, pero que todo el mundo dogmatizaba y aceptaba como fidedigno.

—¡¡¡Mentís!!! ¡¡¡Este documento es falso!!!

—No lo es, mi señora —respondió el mismísimo maestro de los Tenos que, acompañado de dos de sus hermanos, había viajado hasta allí a petición de Katrid y del propio rey.

Los guerreros se miraron unos a otros, cuestionándose a favor de quién debían posicionarse. La presencia del maestro acreditaba la veracidad de que estaban frente al verdadero rey, y Durkán aprovechó el momento para mostrarse ante ellos, pues nunca ocuparía el trono si antes no se ganaba el respeto de sus hombres.

—He estado fuera más de diez años —comenzó a explicar—, concretamente desde el día del incendio. El rey Ingod sabía que yo era tan hijo suyo como lo era Badel, por eso intentó matarnos a ambos aquella tarde, quemándonos vivos en la sala de las reliquias. Todos dieron por sentado que el cuerpo calcinado que hallaron junto al del príncipe era el mío, y me dieron por muerto. Fueron la hechicera Gemar y la anterior Reina de águilas, Vigar, las que me sacaron de allí y me salvaron la vida. Katrid estaba con ellas y puede corroborarlo.

—¡¡¡Calumnias!!! ¡¡¡El rey jamás hubiese matado a su propio hijo!!! —vociferó Sagrid. Su mundo se desmoronaba a cada instante ante sus ojos y estaba fuera de sí.

—Sí lo hizo. Todos creyeron que había sido un accidente, pero yo vi quién disparó las bolas de fuego desde el patio de armas. ¡Él! —acusó, señalando a «la Bestia».

—¡Solo cumplía órdenes! —masculló aquel con su peculiar voz ronca, que Durkán tanto recordaba.

—¡Pudisteis negaros, tan solo éramos dos niños de dieciséis años! —le rebatió el rey sin ocultar su dolor. Kazum se estremeció.

—¡Solo fui leal a mi rey, como ahora lo soy a mi reina!

—¡¡¡Demostrad que es cierto y acabad con él de una maldita vez!!! —ordenó Sagrid.

—¡Obedeced! Llevo esperando este momento diez putos años —siseó Durkán.

Todos retrocedieron un paso cuando vieron a «La Bestia» adelantarse hacia él, decidido a

enfrentarlo. El tamaño del guerrero era mucho mayor que el del rey, pero este supo defenderse con maestría en las primeras estocadas. El sonido de sus espadas al chocar llenó el silencio que se había formado en el salón del trono. Pero Kazum solo podía escuchar los ensordecedores latidos que bombeaban bajo su pecho. Ella sabía que Durkán se había preparado para aquel combate, pero también que él le había asegurado que no estaba preparado.

Las estocadas asestadas por «la Bestia» eran mucho más fuertes, él no había luchado como lo había hecho Durkán antes de enfrentarse, no sentía cansancio alguno, y en más de una ocasión estuvo a punto de desarmarlo. No llegó a hacerlo. El rey demostró su destreza, aunque su agotamiento le jugó una mala pasada y «la Bestia» le hirió con un certero golpe, causándole un corte en la pierna. Kazum ahogó un grito al verlo. La sangre anunciaba la profundidad de la herida, pero el destino quiso que el filo de la espada atravesara la cicatriz de su muslo. Apenas sintió dolor, y Durkán siguió luchando, recordando los consejos de Ronco.

Los jadeos de ambos hombres se entremezclaron con la tensión que se vivió con aquel enfrentamiento. Nadie podía intervenir, el propio rey lo hubiese impedido de haberlo intentado. Sin embargo, su debilitada resistencia comenzaba a poner en riesgo su propia vida. «La Bestia» mostraba una clara ventaja ante su adversario, y la posibilidad de perder a Durkán recobró fuerza en la mente de Kazum. No sabía qué hacer para evitarlo. Deseaba ayudarlo, poner fin a aquella tortura, aun a riesgo de que él jamás la perdonase. Tenía el corazón en un puño, y las águilas se removieron al ver cómo se encontraba su Reina.

Decidida a enfrentarse a las consecuencias de sus actos, Kazum consiguió llegar hasta la reina, ante el asombro de los suyos. Los hombres de la guardia no opusieron resistencia ni hicieron nada para evitarlo. Estaban convencidos de quién era el verdadero rey, y abandonaron el trono para seguir viendo el duelo que había ante ellos.

—Acabad con esto o lo haré yo —la amenazó, con la daga en su garganta.

A esas alturas Sagrid ya lo daba todo por perdido y no puso objeción alguna.

—Haced cuanto queráis. Él vendrá a vengar mi alma y acabará con todos —soltó con arrogancia.

Kazum pensó en algún tipo de hechizo de Nijal antes de su muerte. Pero ni siquiera sus artes oscuras la detendrían para salvar la vida de su rey. Decidida a acabar con ella, hizo un movimiento previo para degollarla, cuando, a su espalda, un fuerte golpe llamó su atención. «La Bestia» había logrado desarmar a Durkán y este había caído al suelo.

Su corazón dejó de latir en ese instante. Iba a verlo morir ante sus ojos.

«La Bestia» había sido el claro vencedor de aquel duelo, la punta de su espada amenazaba el pecho del rey y ya no se podía hacer nada por él. Ante el estupor de los allí presentes, tomó la empuñadura con ambas manos, y alzó su espada para sestarle un último golpe.

—El adversario siempre puede sorprenderte y debes estar preparado —masculó Durkán, sacando de pronto un puñal de su bota para clavárselo en la femoral.

«La Bestia» cayó al suelo, muriendo desangrado casi en el acto. La ayuda de Ronco le había salvado la vida y, después de diez años, por fin había podido vengar la muerte de Badel, cumpliendo así su promesa.

Pese al cansancio y el dolor que sentía en buena parte de su cuerpo, Durkán se levantó y caminó despacio hacia Kazum. Ella aún sujetaba su daga contra la garganta de Sagrid sin poder moverse. Estaba en shock y se había olvidado incluso de respirar.

—Se acabó, majestad —aseguró con firmeza.

—¡Os equivocáis! —gritó Sagrid—. Esto aún no ha acabado. Él vendrá y...

—No me refería a vos —la interrumpió—, sino a ella —aclaró acercándose a Kazum, para estrecharla entre sus brazos y besarla delante de todos.

Los guardias apresaron a Sagrid y la amordazaron para dejar de oír las sandeces que siguió soltando por su boca. El ejército de Agusterra volvía a estar unido y la antigua reina ya no ocupaba el trono.

—Creí que nunca diría esto, pero desde este momento me declaro fan incondicional de mi puñetera hermana —murmuró Visú, provocando las risas de cuantos la rodeaban.

Cuando sus labios quedaron libres de los de Durkán, Kazum lo miró a los ojos y solo entonces regresó a la vida.

—Espero que seas lo suficientemente fuerte para soportar el peso de dos coronas, porque te aseguro que no pienso soltarte mientras viva —amenazó con voz ardiente, mientras la atraía hacia su pecho.

—¿Vuestra primera ley como rey es la de imponerme estar a vuestro lado? —se mofó, a pesar de lo mucho que le costaba asimilar la dicha que sentía su alma.

—La segunda será que te cases conmigo —susurró.

Durkán solo hablaba de aquel modo cuando únicamente lo hacía con ella.

—¿Hay una tercera? —quiso saber Kazum.

—La habrá después de la anterior, pero todo a su debido tiempo —respondió picarón.

La conversación de ambos fue interrumpida por Jareth.

—Majestad, los hombres preguntan qué deben hacer con Sagrid.

Dos de ellos la sujetaban a la espera de su decisión, pero Durkán quiso concederle ese honor a Kazum.

—Os encerró. Decidid qué queréis hacer con ella.

Las águilas se removieron desde los balcones al ver a su Reina dirigir la mirada hacia Sagrid.

—Encerradla —ordenó—, y aseguraos de que sí tenga alimento para que viva y tenga el tiempo suficiente para pensar en el daño que ha causado y lo que le esperará el día de su juicio.

—¿Pensáis en concederle un juicio justo después de todo lo que ha hecho? —cuestionó Jareth.

—El poder de un rey o una reina no debe radicar en su imposición sin la aprobación de su pueblo —respondió Durkán por ella—. Tendrá un juicio justo, y serán las gentes de Agusterra quienes decidan su destino.

—Creí que nunca llegaría a sentirlos como mi propio hijo por no llevar mi sangre —reconoció Jareth—. Puede que incluso me negase a quereros en más de una ocasión por no ser vuestro verdadero padre, y os pido perdón por ello. Pero os aseguro que jamás he sentido tanta dicha, ni me he sentido tan orgulloso de vos como lo estoy en este momento. Mi lealtad estará siempre con vos, os doy mi más absoluta y venerada palabra. Gloria al rey. Mi hijo.

Durkán dio un paso hacia él y lo abrazó con lágrimas en los ojos.

—¡¡¡Gloria al rey!!! —gritaron los guerreros.

Reino de Águilas acababa de reconocer a su nuevo monarca.

El juicio se llevó a cabo dos días después. Durkán ya se había proclamado rey y no quería alargar más de lo necesario el asunto de Sagrid, y aún menos su boda con Kazum.

El reino había vuelto a la calma tras su nombramiento, Agusterra había acogido con júbilo la grata noticia del nuevo monarca, pero aquella mañana el castillo se llenó por otro motivo. El patio de armas apenas podía acoger a toda la gente que deseaba asistir al juicio. Se había corrido la voz de que recaería en el pueblo el poder de decidir qué hacer con el destino de la anterior reina, y nadie quiso perderselo.

Cuando la guardia subió a Sagrid al patíbulo, los habitantes del reino le proferieron todo tipo de insultos. Ya no era ningún secreto lo que había pretendido hacer con el reino, y nadie parecía dispuesto a perdonarla. El magistrado apenas tuvo trabajo. El pueblo entero mostró cuál era su decisión al respecto y todos ellos exigieron su muerte.

—El pueblo ha hablado —anunció el rey, poniéndose en pie en la tribuna, que habían instalado junto al patíbulo. En el siglo que él había dejado atrás era impensable una situación así, pero aquel era su verdadero hogar y el lugar donde debía estar. Había regresado con todas las consecuencias, había asumido cuál era su papel y debía cumplir con su deber. A su lado, Kazum observaba expectante—. Antes de que se cumpla vuestra sentencia —prosiguió—, se os concede la oportunidad de pronunciar unas últimas palabras. ¿Deseáis decir algo?

—Sí. ¡Que solo sois unos malditos necios! —soltó con desprecio.

La gente gritó clamando su horca.

—¡Acabad con ella! —se escuchó.

—¡Matadla de una vez! —se le sumó otra voz.

—¡Dejad que nosotros nos encarguemos de ella! —gritó otro.

Pero Kazum siempre quiso preguntarle algo, y le pidió permiso a su rey para hacerlo. Durkán se lo concedió, y ella se incorporó, colocándose a su lado.

—Confesad por qué queríais acabar con las águilas —exigió con entereza.

El pueblo enmudeció para escuchar su respuesta.

—¡Muy pronto lo veréis por vos misma! —amenazó Sagrid, sin ocultar el odio que sentía hacia la Reina de águilas.

—Explicaos —le requirió Kazum.

—¡No tengo por qué hacerlo! ¡No sois nadie para mí! —gritó con rabia.

—Pretendíais acabar con la ley magna y reunir en el castillo a las gentes del reino. ¿Por qué? —insistió. Conocía el desprecio que sentía hacia ella, y sabía que solo era cuestión de provocarla.

—¡Nunca lo sabréis! ¡Me llevaré ese secreto a la tumba!

—También os llevaréis vuestra soledad, porque moriréis sin nadie que os defienda —persistió. Tan solo era cuestión de tiempo.

—¡Mi muerte será vengada! ¡Todos lo veréis!

Ya la tenía donde quería.

—Él no hará nada por vos —aseguró, recordando que había hecho referencia a un dios maligno el día que la destronaron—. De importarle os hubiera salvado de una muerte segura, pero ya veis que no sois nadie para él.

—¡¡¡Calumnias!!! ¡¡¡El rey vendrá y acabará con todos vosotros y con el reino!!!

Durkán se tensó al oírla.

—¿De qué rey habláis? —increpó.

—¡¡¡¿Quién creéis que lo organizó todo?!!! ¡¡¡Fue el rey de Reino de...!!!

De pronto, una flecha atravesó su boca, matándola en el acto.

—¡¡¡Encontrad al responsable!!! —gritó el rey en mitad del revuelo.

Pero nadie logró dar con su paradero. Alguien la había silenciado para impedir que hablase, y Sagrid se llevó consigo, tal y como había dicho, aquel oscuro secreto a la tumba.

Capítulo 31

La boda de Durkán y Kazum era la excusa perfecta para comprobar si la confesión de Sagrid antes de morir era cierta. Había nombrado a un rey antes de morir, y todos los monarcas del continente habían sido invitados a la ceremonia que se celebraría a la semana siguiente. El castillo de Agusterra los acogería durante tres días a todos, y la guardia estaba en alerta, bajo la supervisión de Jareth. Durkán había ordenado que mantuviesen los ojos bien abiertos y que estuviesen atentos a todo cuanto se dijese. Cualquier detalle podía ser importante para dar con el presunto responsable de acabar con el Reino de Águilas.

Durkán jamás lo permitiría, como tampoco iba a permitir que Kazum no disfrutase del reencuentro con su familia. Ella insistió en ayudar, pero él se negó en rotundo. Quería que disfrutase de su gente y de un día tan especial como lo era el día de su boda. Finalmente, llegaron a un acuerdo: Kazum solo aceptaría si su rey permitía que las águilas participaran, vigilando desde las alturas. Durkán no tuvo más remedio que claudicar. Había escogido a una mujer testaruda, y sabía que nada de lo que dijera la haría cambiar de opinión.

Kazum, por su parte, se alegró de haber llegado a aquel acuerdo. Estar con su familia fue el mejor regalo para ella. No supo hasta estar con todos ellos lo mucho que había echado de menos a las pequeñas, y la tarde anterior a la boda la pasó jugando con sus sobrinas y con los hijos de Lobos, acompañada de la siempre alocada Visú. Esta celebraba el cambio que había sufrido su hermana, aunque fueron Jurón y Teurón los que más se sorprendieron. A sus esposas les divertían las caras que ponían al ver a la Reina de águilas correteando de un lado a otro del castillo, gritando más que todos ellos, o incluso presentándose al final del día con la ropa tan sucia como los pequeños. Durkán, en cambio, la miraba con orgullo sin poder ocultar todo lo que sentía por ella.

—Sé que la vais a cuidar, pero como su hermano, debo advertiros de que, si le hacéis daño, acabaré con vuestra vida —lo amenazó Jurón.

En ese momento, los tres reyes bebían de pie junto a la chimenea, observando a sus mujeres al otro lado de la sala. Durkán había sido muy bien recibido por ambos monarcas, pero aquel ultimátum provocó que el sorbo que había dado a su copa no tragase con facilidad.

—Yo también vendría a por vos, debéis saberlo —advirtió Teurón, uniéndose a la amenaza de su cuñado.

La situación empezaba a tocarle las narices. Él tal vez no era tan corpulento como lo era el rey de Lobos, pero se había enfrentado a tipos más grandes que él.

—Entiendo por qué lo hacéis —aseguró, dirigiéndose a ambos—, pero si volvéis a amenazarme en mi propio castillo, seré yo quien os corte los huevos antes de llegar al patio de armas.

Los dos monarcas conocían su habilidad con el puñal tras acabar con «la Bestia», la fama de

Durkán había atravesado las fronteras precisamente por ello, y no pudieron evitar echarse mano a la entrepierna en una reacción instintiva.

—Lo entendemos —reconoció Jurón.

—Totalmente —se le unió Teurón.

—Me alegra haberlo aclarado —remató Durkán, tomando un trago que, esta vez sí, pudo atravesarle la garganta sin dificultad alguna.

Tal y como esperaban, la boda fue una ceremonia preciosa. Durkán y Kazum declararon su amor ante sus invitados y sus familias. El rey se había reconciliado con el que siempre consideró su padre, y le dio su bendición para que él también pudiera desposarse con Miyah, el segundo amor de su vida. Aunque ese día era para ellos, y el banquete con su correspondiente celebración se festejó en torno a los recién casados. Reino de Águilas celebraba tener una nueva reina y un nuevo rey que los dirigiera, sabiendo que traerían años de paz y gloria.

Entre toda aquella algarabía, Kazum se dio cuenta de algo. Visú volvía a cambiar su gesto cada vez que su mirada se encontraba con Minós, el rey de Leones. Su esposa ya se había recuperado de su segundo embarazo y se había presentado en Agusterra acompañando a su marido. Visú fingió en todo momento no importarle su presencia y no fijarse en Minós, pero para Kazum fue imposible no darse cuenta, y se percató incluso cuando aquella abandonó el salón para salir a tomar el aire. Tras excusarse a su recién estrenado esposo, la siguió para poder hablar con ella.

—Hace una noche preciosa, ¿verdad? —susurró al llegar a su lado.

Visú contemplaba las vistas del jardín, apoyada en el muro de piedra.

—No quiero hablar ahora —murmuró, mucho más seria de lo que era habitual en ella.

Kazum conocía el motivo, y no iba a dejar que por nada del mundo siguiera sufriendo sola.

—¿Recordáis cuando de pequeña me caí del caballo?

—Como para no hacerlo —siseó Visú—. Os pasasteis semanas quejándoos y reclamando atención a todo el que pudierais amarrar para haceros compañía y serviros en cada deseo.

—¿De eso es de lo que os acordáis? —cuestionó, un poco ofendida.

—Siempre habéis sido una consentida, no sé de qué os extrañáis ahora —defendió la pelirroja.

—¿Y recordáis el miedo que cogí a montar a caballo desde entonces? ¿O esa parte la habéis olvidado?

—No. Esa parte también la recuerdo —reconoció—. Me pasé años intentando que volvierais a subiros a uno, aunque fue en vano.

—Pues he de confesaros que lo hice.

—¿Cuándo? —demandó volviéndose hacia ella con asombro.

—En la finca, cuando dejé a Durkán para regresar aquí.

—Os felicito. —Kazum asintió en agradecimiento, y después de un breve silencio, ella prosiguió—. No os lo toméis a mal, pero no me apetece hablar de vuestros logros en este momento.

—No os he sacado el tema por eso, sino por vos.

—¿Qué queréis decir?

Kazum se volvió hacia ella con toda la dulzura del mundo.

—Sé por qué estáis aquí y el motivo de la tristeza de vuestro rostro.

—Las aglomeraciones me agobian, eso es todo —se excusó Visú, apartando de nuevo la mirada hacia el jardín.

«No es cierto, y nada de lo que digáis logrará convencerme de lo contrario».

—Os he contado lo del caballo para demostraros que todo es posible cuando nos lo proponemos, hasta superar nuestro mayor miedo, por mucho que nos aterre. Visú —insistió para que la mirase de nuevo—, sois la persona más fuerte y valiente que he conocido jamás, y por eso sé que lograréis aceptar vuestra posición y el hecho de que Minós no sea para vos.

Visú se dio cuenta de que nada de lo que dijera lograría ocultar su secreto ante su hermana.

—Nunca lo he dicho en voz alta, pero os envidio.

—¿A mí? ¿A la estirada y malcriada de vuestra hermana? —se mofó Kazum, provocando que por primera vez Visú hiciese un amago de sonrisa.

—Sois exasperante. Erais exasperante —corrigió—, pero aun así habéis conseguido todo esto —dijo señalando cuanto les rodeaba—, y encontrado vuestro lugar, como lo ha hecho nuestro hermano.

—Sé que también hallaréis vuestro reino —confió Kazum.

—¿Y convertirme en Reina como vos, Lúnam o Urkana? ¡Ni hablar! Apenas sé cuidar de mí misma, y no podría responsabilizarme de un reino o de los animales sagrados.

—Yo hablaba del amor.

—Ah, eso —fingió no haberse dado cuenta por dónde iba el tema—. Miradme bien. Nadie quiere a una salvaje. Lo sé y soy consciente de ello. Sin embargo, y aunque os suene extraño —añadió—, ni siquiera por alcanzar vuestros logros o todo el poder que ahora tenéis, cambiaría quién soy.

—Nunca lo hagáis, os lo ruego.

—No podría, aunque quisiera —reconoció con una divertida mueca—. Lo que quiero decir es que encajáis en todo esto, igual que Jurón, y a mi modo os admiro por ello. Yo nunca lo haré. Lo sé. Y no me quejo por ello, es solo que..., ser una mera espectadora cada día de la felicidad de otros, resulta desolador —confesó con tremenda tristeza.

—Tal vez algún día...

—No, Kazum. Nunca ocurrirá —la rebatió—. Y no lo digo por quien vos y yo sabemos —puntualizó—. Es un imposible, él está felizmente casado y, si os soy sincera, tampoco creo que sea el hombre ideal para mí.

—Tampoco habéis tenido oportunidad de conocerlo realmente para afirmar eso.

—¿Y de qué serviría? —planteó—. Lo de ser reina no va conmigo. Yo no quiero esa responsabilidad y sentirme atada. ¡Quiero ser libre!

—A veces, lo imposible se convierte en realidad. Desde mi regreso, vos misma siempre habéis afirmado lo mucho que he cambiado. ¿Qué os hace pensar que vos no acabéis encontrando vuestro amor y vuestro lugar?

—¡Porque era vuestro destino! —defendió con firmeza—. Este siempre fue vuestro sueño, no el mío. Yo deseo conocer lo inexplorado, vivir aventuras y conocer otros lugares, otra vida. Por eso lo que más envidio de vos es la oportunidad que tuvisteis de vivir en el futuro.

—¿Eso es lo que os haría realmente feliz?

—Más que nada en el mundo —aseguró con brillo en la mirada.

Kazum se apoyó en el muro y acalló un instante para pensar, mientras contemplaba las vistas al jardín. Nadie amaba más a Visú de lo que lo hacía ella, y su corazón iba a romperse en pedazos por lo que iba a hacer, pero no existía mayor muestra de amor que el sacrificio por la felicidad del ser al que uno ama. Ella ya había encontrado su lugar, su propia felicidad, y le tocaba su hermana encontrar la suya propia.

—¿Hasta dónde estaríais dispuesta a llegar para cumplir vuestro sueño? —le planteó.

—Todo cuanto poseo —confesó en un susurro.

Había llegado el momento.

—Durkán dejó la finca en manos de Teo, por eso tardó en regresar —relató—. No podía abandonar aquella vida sin dejarlo todo atado.

—Ya me habíais contado esa historia —puntualizó Visú.

—Lo sé. Pero lo que no os he contado es el riesgo que Teo corre de perder de nuevo la finca. Isaac no desistirá en su empeño por arrebatársela, Teo es demasiado bueno y...

—¿A dónde queréis ir a parar?

Kazum se volvió de nuevo hacia ella.

—Deseáis conocer otros mundos y siempre habéis hablado de viajar al futuro. Tal vez sea el momento de hacerlo y, de paso, poder ayudar a Teo.

—¿Habláis en serio?! —cuestionó con la ilusión de un niño pequeño—. ¿En verdad me permitiríais ir?!

Kazum asintió y Visú la abrazó con lágrimas en los ojos.

—Os concedería mi propia vida, si fuese necesario, hermana —confesó la Reina de águilas.

—No sé cómo daros las gracias —susurró entre sollozos.

—Prometedme algo antes. —Visú se separó y la miró frunciendo el ceño—. Prometedme que, si ocurriera cualquier cosa y me necesitarais, me avisaréis de inmediato.

—Os doy mi palabra —aseguró, volviendo a abrazarla de nuevo.

Tras enjugarse las lágrimas, Kazum quiso puntualizar un pequeño cabo que aún quedaba suelto.

—Tengo que convencer a Durkán, aunque hoy es nuestra noche de bodas y se me ocurre una buena forma de hacerlo.

Ambas hermanas rieron.

—Yo no juego con vuestra misma ventaja para convencer a Jurón —se burló Visú—. ¿Creéis que aceptará que me marche? —cuestionó.

—Hablares con Lúnam antes —propuso Kazum—. Si fue capaz de venir a salvar un reino sin su rey, creo que logrará que acceda a vuestro deseo.

—Cuanto más pasa el tiempo, más me doy cuenta de que, en el fondo, los hombres no son tan fuertes como parecen.

—Una vez alguien me dijo que para enloquecer a un hombre y conseguir que cumpla nuestros deseos, tan solo debíamos ser misteriosas y complicarle las cosas —argumentó, recordando el consejo que Sagrid le dio la noche que ambas pasearon por aquellos jardines.

—Eso se me da bastante bien, así que estoy segura de que triunfaré —aseguró convencida Visú.

—Sé cuánto deseáis ir al futuro, pero tened cuidado. Las cosas allí son distintas, e Isaac, por

lo que tengo entendido, es un hueso duro de roer.

—Más bien debería él tener cuidado conmigo, porque no sabe lo que le espera —se burló Visú, provocando la risa de ambas.

Al caer la noche, Kazum no dejaba de darle vueltas a la conversación que había tenido con su hermana. Habían acordado que aquella se encargaría de hablar con Lúnam y con Jurón, pero ella aún tenía que convencer a Durkán en su noche de bodas.

¡Su noche de bodas!

Después de numerosos días durmiendo con él, por fin había llegado el momento de consumar su amor. Había deseado aquel encuentro más que a nada en el mundo, aunque nada comparado con el ansia que sentía Durkán. El rey la había respetado desde la primera noche para no mancillar su honor y no veía el momento de resarcir aquel sacrificio, que no fue nada fácil para él. La deseaba con todo su ser y ardía por demostrárselo, hasta quedar exhausto, si era necesario.

La cogió en brazos para entrar en los aposentos, y al dejarla de pie junto a la cama, se percató de que le temblaba el pulso como a un adolescente. ¿Cómo era posible? ¡Él era el rey! Pero también un tonto enamorado hasta la médula de aquella hermosa mujer que tenía ante sus ojos.

—Hoy me has hecho el hombre más feliz —susurró en su boca, mientras abrazaba su rostro con las manos, tras un intenso y apasionado beso.

—Vos también a mí, aunque lo seré aún más cuando me demostréis cuánto me amáis.

—¿Acaso no es suficiente con decírtelo? —se mofó Durkán, fingiendo no estar nervioso.

—Si lo que queréis es usar vuestra lengua, se me ocurre una forma de darle un mejor uso que desperdiciarla en palabras —le rebatió picarona.

—Tienes razón —admitió—. Hay mejores usos, aunque tendré que deshacerme de esto para enseñártelos —amenazó con voz ronca, mientras le alzaba las faldas del vestido a ambos lados de la cadera.

Durkán sabía cómo torturarla, tomándose su tiempo en cada caricia, en cada roce, con aquella mirada oscura que ocultaba un sinfín de intenciones.

—Tal vez también tenga que deshacerme de esto —añadió al agarrar el camisón interior de igual forma.

Kazum se estremeció al sentir la calidez de sus dedos sobre su piel. Y todo se nubló a su alrededor cuando él se inclinó ante ella y atrapó su sexo con la boca. Fue obsceno, lascivo, morboso. Aquel contacto anuló todo su ser y se rindió ante él, presa del placer, dejando que el ardor de su impúdica lengua le arrancase un gemido desde lo más profundo de su garganta.

Cuando Durkán supo que había llegado al orgasmo, se incorporó para besarla.

—Quiero tu placer —jadeó en su boca, mientras la desnudaba por completo.

Él también se desprendió de sus ropas, y la tumbó sobre la cama para cumplir al fin su mayor anhelo. El temblor había dado paso a un incontrolable deseo por introducirse en ella hasta formar un solo cuerpo, una unión perfecta, una sola alma. Pero su bienestar estaba por encima de cualquier cosa, y quiso hacérselo saber.

—Si te duele, dímelo y pararé —le pidió con dulzura, acogiendo su cuerpo bajo el suyo.

—Sé que no me haréis daño —susurró, perdiéndose en aquellos ojos azules que tanto significaban para ella.

—Antes me cortarían un pie —reconoció con firmeza—. Te quiero, Kazum. Te quiero como nunca pensé que podría querer a nadie. Lo supe cuando te vi marcharte a lomos de Acero. Creí que te perdería para siempre, y fue entonces cuando lo vi todo claro. No regresé solo por el reino. Fuiste tú quien me salvó a mí, no al revés. Y te juro, que pase lo que pase, no dejaré que vuelvas a alejarte de mi lado, porque te seguiré allá donde vayas.

Kazum, con lágrimas en los ojos, lo agarró por la nuca y lo besó. Amaba a aquel hombre más que a nada en el mundo, y quiso entregarse a él de todas las formas humanamente posibles. Tras aquel intenso beso, lo miró de nuevo y asintió, concediéndole el permiso que tanto ansiaban.

Durkán, repleto de dicha y ardiente deseo, guio su miembro hasta ella. Kazum exhaló al sentirlo, hasta acostumbrar su interior a él. Cuando el rey escuchó sus jadeos, supo que había llegado el momento. El amor que sentía hacia ella se liberó en cada embestida, en cada conquista de su lengua al invadir su boca. Estrujó sus pechos de forma fiera. Creía que perdería el control ante aquella extraordinaria sensación de sentirse dentro de ella. Empujó con más fuerza, respondiendo a sus jadeos, a sus gritos mientras la penetraba una y otra vez, incapaz de parar, de detener aquella sensación que jamás había sentido antes. La deseaba. Con todas sus jodidas fuerzas. Con todo su maldito ser. Y siguió, continuó profundizando en ella hasta hacerla llegar al clímax. Solo entonces él se permitió correrse en su interior con un orgasmo devastador.

Al cabo de un rato, cuando ambos descansaban abrazados entre las sábanas, Kazum cayó en la cuenta de algo que había pasado por alto. Se incorporó de un salto y él la miró extrañado.

—¿Qué ocurre?

—No sé si estoy preparada para ser madre —soltó de pronto.

Lo había asustado y él se echó a reír.

—¿De qué os reís? Hablo en serio —defendió, molesta.

—Aún es pronto para hablar de eso, ¿no crees?

—Después de lo que ha pasado, más bien es tarde —le rebatió ella.

—Bueno, en caso de que te haya dejado embarazada a la primera, que ya sería puntería —puntualizó—, estoy seguro de que serías la mejor madre del mundo.

—El amor os ciega para decir algo así. Yo siempre he renegado de serlo.

—Pues ve olvidándolo, porque pienso llenar el castillo de churumbeles —se mofó.

—No sé qué significa eso, aunque intuyo lo que queréis decir. ¡Esto me pasa por no escuchar los consejos de Aifos!

—¿Te aconsejó no acostarte con tu marido? —cuestionó con asombro.

—¡No! ¡Jamás consentiría que alguien me dijese algo así! Y más después de haberlo probado —aclaró—. Pero debimos probar algún método para impedirlo, como la Nometaminina, por ejemplo.

—¿La qué? —cuestionó, justo antes de descojonarse de risa.

—¿Qué os hace tanta gracia? Según Aifos, es un método infalible del futuro para no quedar encinta. ¡Es culpa vuestra no haberme hablado de él! —lo regañó.

—Aifos solo te gastó una broma —explicó cuando pudo parar de reír—. La Nometaminina no existe. Dilo despacio y te darás cuenta lo que quiere decir —le propuso.

—No... meta... minina.

—¿Llamáis minina a la verga? —objetó con asombro.

—Es una forma cariñosa de llamarla, aunque más usada para vergas diminutas, de niños

pequeños, más bien.

—¡Aifos me va a oír! —amenazó, levantándose para comenzar a vestirse.

—¿A dónde vas? Es nuestra noche de bodas —advirtió. Pero al ver que ella no desistía, le gritó desde la cama—. ¡Ni se te ocurra salir por esa puerta!

Kazum se volvió hacia él con el dedo índice en alto para señalarlo.

—¡Oídme bien, majestad! ¡Yo también soy reina y no tengo por qué obedecer ninguna orden! ¡No vais a llenar el castillo de churumbeles hasta que yo lo diga! ¿Entendido?

Estaba tan furiosa que a Durkán le dio por reír. Si admiraba algo de ella, además de su incuestionable valentía, era su mal genio. Aquella mujer valía su peso en oro. Aunque debía armarse de valor, porque sabía que tarde o temprano, él se saldría con la suya y se vería obligado a soportar los cambios de humor que le provocarían las hormonas.

A los nueve meses, su deseo se cumplió, y Kazum dio a luz dos hermosos gemelos.

Epílogo

Un año después

Sus sobrinas y los niños de Lobos correteaban por el castillo, seguidos por las doncellas. Zira y las demás se habían trasladado al castillo de Agusterra; las cuatro, junto con Lagar, eran su mayor apoyo, y ese día no daban abasto con ellos y los hijos de Kazum.

Sus Majestades habían reunido a ambas familias para celebrar el primer cumpleaños de los gemelos y el palacio se llenaba de júbilo y gritos por todas partes con los pequeños. Sus retoños aún eran demasiado pequeños para jugar con los demás, pero no tardarían en hacerlo.

Visú no acudió. Supieron que tenía un compromiso importante. La pelirroja se había hecho con el control de la finca y que hasta el propio Isaac había dejado de presentarse por allí. Teo estaba encantado con ella, y la consideraba como a una hija, excepto cuando se enfadaba, que entonces se escaqueaba con cualquier excusa para evitar enfrentarse a ella.

Kazum la echaba muchísimo de menos, más que cualquiera de los que estaban allí. La vida le había cambiado tanto que aún le costaba asimilarlo. Lo que sintió al llegar a Agusterra tenía una explicación, y no era otra que la de haber encontrado su propio destino. Visú había encontrado el suyo, y ella solo debía aceptarlo.

Durkán la abrazaba por la cintura mientras recibían los regalos de sus invitados. Ambos se sentían agradecidos por la generosidad de los de Halcones y Lobos, a los que ya consideraban de su propia familia. Jareth y Miyah fueron aún más espléndidos. Convertidos ya en marido y mujer, y como abuelos de los gemelos, le regalaron un pony a cada uno. Aún era pronto para que los montasen, y Kazum, pese a agradecer su gesto, supo que se encargaría personalmente de retrasar cuanto le fuera posible ese día. Katrid, en cambio, le regaló ropa bordada a mano. La Anciana Sabia se había trasladado al castillo y era su otra abuela. Aifos y Kirba carecían de título familiar, pero para Kazum serían siempre sus guías, y su generosidad se mostró una vez más al traerles un amuleto protector a sus pequeños retoños.

Su Majestad los miraba a todos con orgullo aquella tarde. Reunirlos allí a casi todos era un privilegio y un verdadero honor para ella, aunque nunca presagió lo que estaba por venir.

Mientras charlaban unos con otros de forma animada, uno de los guardias se presentó en la sala de forma precipitada.

—Majestad, el hechicero de Reino de Panteras y un hermano de los Tenos solicitan reunirse con vos —anunció con la respiración agitada.

Durkán y Kazum se miraron extrañados. Ninguno de los dos esperaba aquella visita y aún menos con tanta urgencia.

—Llévalos a mi sala privada. La reina y yo iremos enseguida —ordenó.

El hombre salió del mismo modo que entró, y los monarcas invitados no tardaron en ofrecer

su ayuda.

—Avisadnos si nos necesitáis —dijo Jurón.

Durkán asintió en respuesta, y se marchó cogido de la mano de su esposa. Al llegar a la sala privada, el hechicero y el hermano del templo los aguardaban junto a la chimenea.

—¿A qué debo el honor de vuestra visita? —planteó el rey nada más entrar.

—Disculpad la intromisión, majestad, pero debíamos hablar con vos con extremada urgencia —respondió el hechicero.

Durkán lo reconoció al verlo. Había coincidido con él cuando era pequeño en una de sus visitas al reino. Era un hombre curtido en años, con la piel arrugada y el pelo blanco como la nieve. Su madre siempre lo tuvo en gran estima, y el rey confiaba en su palabra.

—Sentaos y contadme qué ocurre —apremió.

—Perdonad si rehusamos hacerlo mi señor. Ha sido un largo viaje y lo que venimos a deciros apremia aún más que el dolor de nuestras posaderas.

Kazum observaba en silencio, y Durkán los invitó a hablar.

—Nuestro rey ha enviudado recientemente y ha perdido el juicio —anunció el hechicero.

—¿Y no os bastaba con enviar un mensajero para tal noticia? —masculló molesto. Tenía el corazón en un puño por culpa de su interrupción y su forma de irrumpir en el castillo.

—Las consecuencias de sus actos y la amenaza que se cierne sobre él es lo que nos ha traído hasta aquí —explicó el hermano de los Tenos al ver su reacción.

Kazum, intentando aplacar los ánimos, le sirvió una copa a cada uno. Y otra para ella, por si acaso.

—Su majestad ha perdido la ilusión por vivir, y su dejadez acabará con el reino si no intervenís —argumentó el hechicero.

—Entended que mi territorio acaba en la frontera, no puedo gobernar más allá de ella ni imponerle a un rey lo que debe o no hacer —justificó Durkán.

—Vuestro reino también sufrirá si no intervenís, por eso nos hemos presentado sin avisar, mi señor.

Kazum se tensó al escuchar aquellas palabras, y el recuerdo de Sagrid regresó a su mente.

—Explicaos —le pidió Durkán.

—Minós, el rey de Leones, amenaza con una guerra para invadir Reino de Panteras, mi señor.

—¿Con qué excusa? —masculló.

—Hemos sabido que Minós pretende invadir todos los reinos y hacerse con el continente, majestad. Y lleva contando con el apoyo de vuestro reino desde hace tiempo para hacerlo.

—¡Os aseguro que Reino de Águilas no tiene nada que ver en esto! —defendió con firmeza.

—Lo sabemos, mi señor. Pero sí tuvo que ver en el pasado.

—¿Qué queréis decir?

—Minós, tras endeudarse con vuestro reino, urdió un plan para su ambición. Necesitaba a alguien que pudiera seguir prestándole oro para llenar sus arcas, y engatusó a Sagrid, convirtiéndola en su amante. Le hizo creer que estaba enamorado de ella y la convenció para matar a Lintos.

Ahora todo cobraba sentido. La amenaza de Sagrid el día de su juicio, la fortuita y repentina muerte de Lintos y el deseo de controlar al pueblo aboliendo la ley magna para deshacerse de las águilas.

—La acusación que hacéis demasiado grave, por lo que doy por hecho que disponéis de pruebas —concretó Durkán.

—No más que las que tenéis vos, mi señor. Podéis verlo por vos mismo, si así lo deseáis —dijo el anciano, señalando hacia el hogar.

Desde su vuelta, Durkán se había negado a usar sus poderes. El fuego seguía siendo una deuda pendiente que aún no había solventado, y el tiempo que llevaba en el trono nunca había ejercido de hechicero. Hasta ese momento.

Los tres guardaron silencio aguardando a que lo hiciera. Pero no conseguía ver nada. Kazum, consciente de cuanto había pasado su esposo, posó su mano en su espalda. Durkán sintió su apoyo, y fue entonces cuando logró verlo todo. Tan solo tuvo que concentrarse para poder ver todas las imágenes que se presentaron ante él en aquellas llamas. Los encuentros de Sagrid con Minós. El veneno que puso en la copa de vino de Lintos. El veneno que consiguió administrarle a Vigar... Todo, absolutamente todo, era cierto.

Durkán cerró los ojos. No necesitaba seguir soportando la dureza de aquellas visiones para saber lo que debía hacer. Había asumido quién era, y se volvió hacia ellos, decidido a enfrentarse a lo que le esperaba.

—Iré a Reino de Panteras —anunció con templanza.

—Majestad. Aún no le hemos contado el resto de la historia —advirtió el hechicero.

—Soltadlo todo de una vez —ordenó.

—Las panteras no podrán defender el reino. Su Reina era la esposa de nuestro rey y, tras su fallecimiento, no hay control alguno sobre ellas.

—Las águilas ayudarán —intervino Kazum por primera vez.

Durkán la fulminó con la mirada.

—Os agradecemos vuestro apoyo, majestad —manifestó el hechicero—, pero los leones son demasiado fieros bajo el control de Minós, y no creo que las águilas puedan con ellos.

Minós era el único rey que ostentaba el título de Rey de animales sagrados al tiempo que ocupaba el trono del reino. De ahí su codicia y su deseo de dominar el continente.

—¿Qué sugerís entonces? —planteó Durkán, ante la amenaza que se cernía también sobre ellos.

—Debéis ver esto, mi señor —anunció el Teno, mostrando lo que llevaba consigo. Era el libro de la leyenda de panteras, custodiado en su templo durante siglos—. Leed la descripción de la nueva Reina de panteras —le pidió.

Durkán palideció e intentó esconderle el libro a Kazum. Sin embargo, ella conocía demasiado bien a su esposo y, dispuesta a averiguar qué le ocultaba, le arrebató el libro de las manos. Al leer aquellas líneas, se quedó sin aliento.

—No es cierto —susurró con el corazón desgarrado—. ¡No podéis permitirlo! —le gritó al rey con lágrimas en los ojos.

Durkán se rompió al verla, y se volvió hacia los dos hombres.

—Iremos para hacer entrar en razón a vuestro rey. Haremos cuanto sea posible para impedir esta guerra.

—Me temo que no servirá de nada, majestad. El reino no sobrevivirá sin su Reina de panteras, por mucho que logréis convencer a Su Majestad.

Los tres hombres siguieron debatiendo entre ellos y Kazum se marchó. Durkán se sentía

abatido al ver que aquello era demasiado para su esposa, y lamentó haberla arrastrado hasta aquella situación. Sin embargo, para su sorpresa, al cabo de un rato, la vio reaparecer de nuevo en la sala.

—Las águilas lucharemos —anunció con firmeza, seguida de Lúnam, Jurón, Urkana y Teurón.

—Mi señora, como ya os he comentado antes, las águilas no podrán contra los leones —le rebatió el hechicero de Panteras.

—No lo harán solas —intervino Lúnam—. Los halcones también lucharán.

—Y los lobos —aseguró Urkana.

Emocionado y con un nudo en la garganta, Durkán se volvió hacia el hechicero.

—Ya habéis oído. Lucharemos para defender nuestros reinos.

—¿Y qué hay de las panteras? —cuestionó el hermano Teno—. Si Minós lograra controlarlas de algún modo, entonces...

—El reino tendrá a su Reina —aseguró Kazum con la barbilla alta.

—¿Estáis segura? —le planteó Durkán, y ella asintió—. Está bien. Iré a por ella.

—No. Lo haré yo —le rebatió la reina—. Soy la única que puede convencerla y traerla de vuelta.

—¡No voy a permitir tal cosa! ¡No os iréis sola a ninguna parte!

—No estará sola. Yo iré con ella —anunció Lúnam, adelantándose un paso.

—Y yo —le unió Urkana, adelantándose junto a su cuñada.

—¿Habéis perdido el juicio? —inquirió Durkán.

—Una Reina nunca abandona a otra —respondió Kazum, recordando las palabras de su cuñada la noche de su liberación.

Desesperado, Durkán miró a Jurón y Teurón en busca de ayuda.

—¿No pensáis hacer nada? —les reprochó al ver que ninguno de los dos movía un solo dedo para impedir que se marcharan.

—Amigo mío —advirtió el rey de Lobos posando su mano sobre su hombro—, aún lleváis poco tiempo casado para saber cómo se las gastan estas mujeres.

—Doy fe de ello, cuñado —se le unió el rey de Halcones.

Durkán no tuvo más remedio que rendirse. Se avecinaba una guerra y toda ayuda era poca.

—Está bien —claudicó—, id y traed de vuelta a Visú.

«Acercarte a tu enemigo te permitirá conocer sus debilidades, te facultará para vetar su ataque y te aventajará en la batalla para poder vencerlo».

García de Saura

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

SERIE REINAS:

- [REINA DE LOBOS](#). 2023.
- [REINA DE HALCONES](#). 2023.
- REINA DE ÁGUILAS. 2024.

SERIE NOBLES BELGAS:

- [EL BARÓN BOURDIEU](#). 2021. (Serie nobles belgas nº 1).
- [EL DUQUE DUMONT](#). 2023. (Serie nobles belgas nº 2).

SAGA HOUSTON:

- [HOUSTON, TENEMOS MÁS DE UN PROBLEMA](#). 2017.
- [HOUSTON, TENEMOS UNA MISIÓN INN-POSIBLE](#). 2018.
- [HOUSTON, TENEMOS NUEVE SEMANAS Y MEDIA](#). 2018.
- [SAGA HOUSTON \(Completa\)](#). 2020.

SAGA HUYAMOS:

- [¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS! Volumen 1](#). 2019.
- [¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS! Volumen 2](#). 2019.
- [BILOGÍA COMPLETA ¡HUYAMOS, AHORA QUE PODEMOS!](#) 2019.

SERIE LA CUADRILLA:

- [LA CUADRILLA 1](#). 2021.
- [LA CUADRILLA 2](#). 2021.
- [BILOGÍA COMPLETA LA CUADRILLA \(Volumen 1 y 2\)](#). 2021.

OTROS TÍTULOS:

- [LA CULPA ES DE D.I.S.N.E.I.](#) 2015.
- [LO QUE EL ALCOHOL HA UNIDO QUE NO LO SEPARE LA RESACA](#). 2016.
- [SOÑANDO A LO GRANDE, PENSANDO A “LO CHICO”](#). 2016.
- [EL ESPÍRITU DE LA NAVIDAD](#). 2020.
- [NO SOY EL JUGUETE DE NADIE](#). 2022.
- [URIARTE](#). 2022.
- [MI NAPOLEÓN Y SUS BUENAS PARTES](#). 2024. (Nueva versión de *Aquí le echamos*

muchos huevos... a la tortilla. 2017).

- MIS PODERES Y TUS POLVOS MÁGICOS. 2018.

OTROS LIBROS Y FORMATOS:

- 10 LIBROS PARA COLOREAR. 2022.
- 9 AUDIOLIBROS. 2023.

CUENTOS INFANTILES (Serie Recuperando los valores).

- [EL CUMPLEAÑOS DE NURIA](#). La Generosidad. 2018.
- [NO QUIERO IR AL COLE](#). La Responsabilidad. 2019.

NOVELAS TRADUCIDAS AL INGLÉS:

- I AM NOBODY'S TOY. 2023. (Traducción al inglés de *No soy el juguete de nadie*).
- THE SPIRIT OF CHRISTMAS. 2023. (Traducción al inglés de *El espíritu de la Navidad*).
- BARON BOURDIEU. 2023. (Traducción al inglés de *El Barón Bourdieu*).

Agradecimientos

Cuando miro hacia atrás, jamás pensé que la Serie Reinas me cambiaría tanto la vida. Así que, ¡gracias! Gracias por hacer realidad un sueño y por acompañarme en esta maravillosa locura. Vuestras valoraciones en Amazon, vuestros mensajes y comentarios lo son todo para mí.

Profundizando aún más en este apartado, quiero dar las gracias a personas muy importantes en mi vida. Empezando por mi familia, a la que quiero y adoro. Gracias por vuestra paciencia, vuestros consejos y todo el amor que me dais. Os amo con locura.

Gracias a mis cero. Vivir con vosotros esta historia ha sido lo mejor de todo. Comentar cada capítulo y hacerme partícipe de vuestras emociones ha sido increíble. Gracias por compartir conmigo nuestra pasión.

Por supuesto, quiero dar las gracias también a mis niñas, mis Gamberras brujillas, por seguir a mi lado después de más de nueve años y acompañarme en esta maravillosa locura que tanto nos apasiona y nos hace vivir grandes momentos. Soy profundamente afortunada de teneros.

Y, por último, quiero darte las gracias a ti, mi querido lector, por adquirir mi libro y por concederle a Reina de águilas entrar en tu vida.

Un abrazo «chillao», como decimos aquí en mi tierra.

García de Saura

Biografía



García de Saura es mi seudónimo, y mi nombre es Carmen María. Soy natural de Molina de Segura, Murcia. Cursé mis estudios de Bachillerato y COU en la rama de letras puras, tras los cuales, me gradué en Técnico Especialista en Administración, de lo que ejercí durante años. Mi alma inquieta y artística me llevó, además, no solo a asistir a cursos de informática, bisutería o tatuajes, sino también hacia la rama de la pintura, donde descubrí una parte de mí que hasta entonces desconocía, y que dio lugar a más de 400 obras; algunas de ellas se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires.

Aunque no fue hasta la primavera de 2015 cuando encontré mi verdadera pasión y vocación, la que a día de hoy se ha convertido en mi única y más preciada profesión. Ese año publiqué mi primera novela. Fue toda una sorpresa para mí que la editorial Planeta se interesara por mi trabajo, con la que acabé publicando ocho títulos en total. Después, en el 2018, decidí autopublicarme. Hice cursos de edición y maquetación y, desde entonces, edito mis propias novelas y también las de otros autores.

Ser autora de novela romántica ha superado mis expectativas, y gracias a ello sigo cumpliendo sueños.

Web: garciadesaura.com

Puedes localizarme en:

Sígueme en [AMAZON](#) para enterarte de todas las ofertas, promociones y lanzamientos.

REDES SOCIALES:

[INSTAGRAM](#)

[TIK TOK](#)

[FACEBOOK PERFIL](#)

[FACEBOOK PÁGINA](#)

[FACEBOOK GRUPO](#)

[YOUTUBE](#)

[X \(TWITTER\)](#)

Citas

- *"García de Saura logra un equilibrio perfecto entre romance, erotismo y humor"* (Web de Planeta).
- *"Prolífica escritora del género romántico... mejor prueba de la vitalidad de un sector que sabe cómo renovarse"* (Diario ABC. Suplemento).

Premios, logros y reconocimientos

- PREMIO Mejor 1ª novela auto-publicada 2012-2015 (La culpa es de D.I.S.N.E.I.).
- TERCER PREMIO Mejor novela erótica (Lo que el alcohol ha unido que no lo separe la resaca). Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Junio 2020.
- PREMIO Mejor Autora 2020. Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Diciembre 2020.
- PREMIO Mejor novela erótica 2020 (Huyamos, ahora que podemos). Blog La Puerta de los Libros Infinitos. Diciembre 2020.
- Autora del mes web de Planeta en Romántica. Junio 2017.
- Autora del mes blog Locas del Romance. Enero 2019.
- 8 Bestsellers.
- 8 Segundas Ediciones.
- 2 Terceras Ediciones.
- Fragmento de la novela MIS PODERES Y TUS POLVOS MÁGICOS en el libro didáctico LÁNZATE 2d (B1), de la editorial francesa Nathan, como ejemplo de "cómo una mujer debe ser valorada por su intelecto". 2019.
- Placa reconocimiento a la labor literaria. Paseo de Las Letras, Molina de Segura. Mayo 2019.
- Número 1 en Amazon España, Amazon México, El Corte Inglés y Kobo (Fnac).
- Más de 60.000 copias vendidas.
- Wikipedia. Marzo 2022.